MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO

YO, TÚ, EX



DIEZ HISTORIAS PARA TOMARSE EL DIVORCIO CON HUMOR

LIBROS CÚPULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Advertencia (muy seria)
Cómo este libro ha terminado viendo la luz
Agustín busca piso de soltero
Esperanza quiere empezar una nueva relación
Lázaro se convierte en nuevo amo de casa
Lourdes se enfrenta a taladros y alicates
Próspero intenta reanimar su comatosa economía
El rescate emocional de Angustias
Ángel, solo y al cuidado de sus niñas pequeñas
Guerra (con hijos adolescentes) y Paz
Ulises: en busca de la vida social perdida
Milagros (perdón, Mila) se empodera
Nota explicativa con agradecimientos
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Si tienes un amigo o una amiga que acaba de divorciarse, no le compadezcas: ¡dale la enhorabuena! Si eres tú quien ha pasado por el molesto trámite, ¡felicidades! Porque, una vez superados algunos inconvenientes (hacerse respetar por los hijos ahora que solo hay un adulto en casa, elegir un hogar, encargarse de engorrosas tareas de las que hasta ahora se ocupaba el otro o la otra —léase poner una lavadora o cambiar el aceite al coche—, gestionar la maltrecha economía, reactivar la agenda social, entablar nuevas relaciones…), los miembros de tan envidiable club afrontan lo mejor de sus vidas. Los protagonistas de estas páginas lo demuestran. Cinco mujeres y cinco hombres que no existen cuentan sus historias en este texto inclasificable que no es un libro de relatos, ni un manual de autoayuda, ni una pieza humorística, pero que, a la vez, aúna todos esos géneros. Con una moraleja: en esta vida, siempre, mejor, ser autosuficiente.

MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO

YO, TÚ, EX



DIEZ HISTORIAS PARA TOMARSE
EL DIVORCIO CON HUMOR

LIBROS **CÚPULA**

Para mis hijas, Maya, Olivia y Valentina
Para mi pareja, Paula
Para mi madre, Amparo

El humor no puede hacer daño.
Hay que tomarlo como un bálsamo que cura.

ÁLVARO DE LAIGLESIA

El matrimonio es la principal causa de divorcio.

GROUCHO MARX

Advertencia
(muy seria)

Los personajes que protagonizan este libro son ficticios. Pero, al mismo tiempo, muy reales: existen hombres que, tras divorciarse, pasan apuros económicos, mujeres que anhelan encontrar una nueva pareja, señores que afrontan por vez primera el fárrago de las tareas domésticas, señoras que debutan en el ámbito de las reformas en el hogar, etcétera. Esos perfiles, insisto, existen. Pero que los haya escogido para plasmarlos en estas páginas no significa, en modo alguno, que piense que no existen igualmente sus equivalentes en cuanto al género. A menos que el presente volumen se juzgue con mala fe o flagrante estulticia, es fácil inferir que estos personajes están elegidos porque representan determinados estereotipos, no siempre positivos, y, precisamente por eso, dan bastante juego en un contexto de comedia. Como no puede ser de otro modo, soy plenamente consciente de que las penurias monetarias también afectan a muchas divorciadas, que hay miles de hombres como locos por iniciar una nueva relación, multitud de señores que son verdaderos hachas programando lavadoras y abundancia de señoras que manejan con total maestría martillos y destornilladores. Yo mismo soy varón y la perspectiva de colgar un cuadro me provoca sudores fríos.

Algunas de las vicisitudes que afrontan estos personajes las he vivido en primera persona; otras me las han contado, las he observado o, en su mayoría, las he inventado. De esta decena de perfiles solo hay dos que reflejan mi realidad. Bueno, 2,37, para ser exacto.

N. DEL A.

Cómo este libro ha terminado viendo la luz

2 de junio:
*Para: l*******@planeta.es*
Asunto: propuesta editorial

*Querida L******:*

¿Cómo está mi editora favorita?... Y tú, ¿cómo estás? Ja, ja. Perdona la broma: ya sabes que tú eres mi editora favorita, además de la única.

¿Puedes creer que de la segunda edición de mi biografía de X solo me ha llegado un ejemplar de los que me corresponden como autor? Supongo que ha debido de haber algún error, porque tal decisión carece de todo fundamento matemático: de seguir esa progresión geométrica inversa, ¿de una eventual tercera edición tendría que enviaros yo a vosotros un ejemplar? ¿Diez ejemplares míos de una cuarta? Sea como fuere, revisaré el contrato para comprobar qué dice al respecto. No te ocultaré que no me apetece nada. Eso me obliga a dedicar una o más jornadas a buscarlo, porque, como, sin duda, sabes, los escritores somos rebeldes y anárquicos: debido a nuestra naturaleza caótica e ingobernable no podemos someternos al ordenado estilo de vida que rige al resto de la sociedad; no nos pidas que tengamos la mesa de trabajo recogida e impoluta como la de un delineante (o simplemente vacía, como la de un psicólogo). En el remoto supuesto de que lo encontrase, tendría que leerlo e intentar interpretarlo, y aun concediendo que la comprensión lectora es un activo común entre los de mi gremio, esto último va a exigirme ímprobo esfuerzo, habida cuenta de que el lenguaje que por lo general los juristas despliegan en documentos legales es harto incomprensible por nosotros, los escritores, seres bohemios, románticos y, como dijo Armando Palacio Valdés a propósito de uno de sus personajes, de «temperamento lírico».

Tras esta somera introducción (que espero no caiga en saco roto), pasemos al objeto del presente correo electrónico. Se me ha ocurrido una idea para un libro. Esta vez ¡no es de música! Ya ves, me he liado la manta a la cabeza (perdona la vulgarísima expresión). Unido por un clip virtual a este email va un documento sobrio y riguroso con los detalles. Sin embargo, permíteme que te haga ahora una breve presentación en términos más informales.

¿Te acuerdas de aquella tarde en la Feria del Libro de hace dos años? ¡Cómo olvidarla! Siempre que he hablado de ese día he referido largas colas que daban la vuelta a la caseta, pero tú sabes tan bien como yo que en el transcurso de aquellas dramáticas dos horas (que a mí me parecieron siglos) solo comparecieron tres personas (y una de ellas era mi hermano;

aprovecho para sugerir mejorar la comunicación de estas convocatorias, así como dotar a cada una de vuestras casetas de una pequeña nevera, como las de los hoteles, con al menos una docena de cervezas; ¡a quién se le ocurre convocar a un escritor a un acto sin que haya bebidas alcohólicas para calmar la sed!). Pues bien, esa tarde, para matar el rato, como no había mucho que hacer, intercambiamos impresiones sobre la vida. No sé si recordarás que te conté que acababa de divorciarme..., por segunda vez. Esa segunda disolución matrimonial me otorga algo así como un doctorado en la materia.

El caso es que me puse a escribir sobre cómo afrontaba personalmente la situación; ahora más complicada dado que tengo hijas pequeñas. He emborronado unos 25 folios (también adjuntos) sobre la complejidad de levantar a los niños por la mañana, adecentarlos y llevarlos al colegio con un límite de tiempo; sobre la técnica adecuada para hacer coletas y cómo organizarse para pasar una soporífera tarde de parque. Pienso que la problemática del divorciado atañe a otros ámbitos más allá de la paternidad: cómo gestionar una economía menguante, cómo montar un nuevo hogar, cómo recuperar viejas amistades, cómo entablar nuevas relaciones o, simplemente, cómo aprender a poner una lavadora. Todo habría que incluirlo en el libro, salpimentado con mi característico humor, claro está. Sería una especie de manual de autoayuda humorístico. ¿Sabes cuántas personas se divorcian al año en España? En el documento adjunto consigno el dato, que estoy seguro te sorprenderá. Pues bien: hete aquí que aproximadamente la mitad son hombres. Si uno de cada cien se comprara el libro tendríamos un auténtico superventas que ya lo querría para sí Pérez Reverte.

A la espera de tus comentarios, recibe un cordial saludo,

M. A.

* * *

15 de junio:

(Extraído de WhatsApp. Nótese que han transcurrido 13 días sin respuesta, lo que ha sumido al escritor en un terrible estado de ansiedad que ha conseguido aplacar solo a medias: mordiéndose las uñas de la mano izquierda.)

L******: El jueves voy a Madrid, por reuniones. No sé si te cuadraría vernos sobre las cinco y media. A las seis tendría que salir para la estación para coger el AVE de regreso a Barcelona.

M. A.: Hola, L******. ¡Qué alegría tener noticias tuyas!
Espera que consulte mi agenda...
M. A.: Oh, casualmente la tarde del jueves la tengo libre.
¿Dónde quedamos que nos venga bien a los dos?

L******: En la cafetería del hotel B******,
en Plaza de España.

M. A.: Genial, a dos pasos de mi casa. ¡Allí nos vemos!

(Sepa el lector que el escritor reside exactamente a 36,6 km del punto de encuentro, según Google Maps.)

* * *

17 de junio:

A las cinco y veinte de la tarde de aquel jueves, el escritor esperaba a las puertas de la cafetería del hotel B******, en la Plaza de España de Madrid. El panorama a su alrededor era delicioso, sugerente y hasta embriagador para cualquiera con nervios de acero: frenéticas hormigoneras, acechantes casetas de contrachapado, vallas roñosas que amenazaban con salir volando entre nubes de polvo, belicosos taladros hidráulicos y el siempre delicado bip-bip-bip de los camiones cuando van marcha atrás dominaban la escena, para goce y éxtasis de los turistas que por allí transitaban. Consultó su reloj para calcular cuánto faltaba para que llegara su editora, y todavía aguardó unos minutos más antes de encenderse un purito, de modo que la aparición de L****** coincidiera con el momento en que el purito estuviera a su mitad, aún vistoso, pero ya empezado, lo que le otorgaría un inequívoco aire de persona interesante y hombre de mundo. Sin embargo, apenas hubo sacado el encendedor del bolsillo, vio aparecer a la chica calle abajo, dicharachera y al mismo tiempo relajada, tremendamente profesional, y, sobre todo, condenadamente puntual. Al escritor, con el mechero en la mano y el cigarro en la boca, no le quedó más remedio que culminar la operación, a pesar de que esta boicoteaba claramente la celeridad que al parecer ella quería imprimir al encuentro. Ahora no podrían entrar derechos a la cafetería: tendrían que esperar a que diera al menos siete u ocho caladas, lo que les robaría unos cinco preciosos minutos de conversación.

Tras los saludos, la editora lo miró impaciente.

Al cabo de tres o cuatro chupadas, el escritor abandonó de mala gana el cigarro en un cenicero anexo a la fachada, mientras estimaba mentalmente cuántos céntimos de euro estaba perdiendo en el proceso.

—¿Entramos? —preguntó, y se volvió hacia la editora.

Ella, toda decisión, se le había adelantado, y empujaba la puerta de cristal con marquetería de hierro dorado del bar del hotel. Pero la puerta no cedía. El escritor sonrió: era más fuerte y, además, madrileño. Procedió a efectuar una enérgica presión en el tirador, primero hacia dentro, después hacia fuera, consiguiendo solo que el vidrio vibrara.

—A ver si va a estar cerrado —dijo perspicaz.

Entonces él y ella pegaron sus respectivas caras al cristal, usando sus manos como visera para

eliminar posibles reflejos. Al otro lado se adivinaba, efectivamente, una cafetería, con sus sillas y sus mesas, pero sin rastro de vida humana.

—Entremos por el hotel —propuso L******.

Al establecimiento se accedía por otra puerta, situada unos metros más arriba, giratoria. Alguien había programado la velocidad de giro para que pudieran pasar tortugas. Y como en ese momento una de las hojas pasaba dulcemente por delante de sus narices, hubieron de esperar unos segundos a tener vía libre para ocupar otro de los quesitos acristalados. Ella, que derrochaba determinación, se coló primero dejando todavía espacio y tiempo para que él hiciera lo mismo, pero justo cuando iba a plantar un pie en el felpudo pensó que el habitáculo era demasiado pequeño y el ritmo demasiado lento para que ambos compartieran tan íntima experiencia, así que resolvió esperar otro movimiento rotatorio para penetrar.

—¿Está abierta la cafetería? —preguntó la editora a la chica de recepción cuando ambos estuvieron dentro.

—Sí, por supuesto —respondió la interpelada, señalando con la mano abierta la zona que ocupaba el bar, como si su mera existencia confirmase que estaba funcionando a pleno rendimiento.

La decoración del área dedicada al consumo de refrigerios tenía un marcado aire sesentero. Abundaban las formas redondeadas en mesas, sillas y sofás; tonos de madera oscura y verdosos realzaban su carácter retro. La editora hizo ademán de ocupar una mesa alta, que concitaba a su alrededor varios taburetes también de cierta altura, pero el escritor pensó que era una pena desperdiciar aquellos cómodos sofás. Constituye una máxima extendida en el mundillo de los escritores (llevada por este a sus últimas consecuencias) que cualquier actividad que pueda realizarse sentado, es tontería hacerla de pie.

—¿Nos acomodamos mejor por allí? Cerca de los ventanales tendremos más luz —planteó él inteligentemente. Era innegable que aquella sección estaba mejor iluminada (por no hablar de sus vistas privilegiadas a la obra), así que ella accedió.

Aún estaban desalojando los taburetes —la editora había colgado en uno de ellos su bolso— cuando se acercó una camarera, vestida, peinada y maquillada como si fuese natural de Shanghái, pero con un acento que delataba un origen próximo a algún lugar de La Mancha.

—Un rooibos para mí —dijo la editora.

El escritor dedicó unos segundos a tratar de buscar en su base de datos mental qué demonios era un rooibos, y nada encontró. «Algún brebaje exótico típico de editoras», rumió para sus adentros. Como es lógico, él pidió un whisky solo, sin hielo, que es lo que se supone que beben las personas que se ganan la vida tamborileando teclas con letras, empezando por Hemingway. ¡No todos los días se le presentaba la oportunidad de tomar un whisky gratis!

Cuando observó que la editora se dejaba caer en un sofá, el escritor afrontó una nueva disyuntiva. El sofá, de tan bajo que era, situaba a quien lo ocupaba prácticamente tumbado panza arriba (por si te interesa: L****** no tiene panza). Sentarse al lado de ella, en tan clara actitud de

abandono, le parecía impropio, más aún con la cantidad ingente de asientos vacíos que poblaban el desértico local. De modo que optó por plantar sus posaderas en la butaca de enfrente, lo que además le colocaba en un plano algo superior desde el que esperaba dominar la coyuntura.

Apenas habían pronunciado un par de insulsos comentarios sobre el tiempo cuando reapareció la camarera para dar un tremendo disgusto a nuestro hombre. Una de las razones por las que pide siempre whisky solo, sin hielo, aparte de por ser la bebida oficial (en su imaginación) de los escritores, es por el beneficio que obtiene de los camareros inexpertos. La confusión de estos es directamente proporcional al volumen de whisky que echan en el vaso, medido en centímetros cúbicos. Acostumbrados a servir combinados, incluso espirituosos con hielo, ante la perspectiva de derramar el licor sin otros aderezos, se preguntan hasta dónde llegar sin querer pasar por cicateros... De modo que la mayoría de las veces nuestro héroe debe decir «basta» para que corten el chorro (y no lo dice hasta que considera muy bien amortizada la inversión). Todavía recuerda con inmenso regocijo una noche en un bar de copas del extrarradio, cuando la camarera supuso que debía llenar el vaso tanto como si estuviera sirviendo un cubata, de resultas de lo cual el escritor recibió, a cambio de siete euros, un vaso de sidra a rebosar de whisky, el cual no pudo terminar (aunque vive Dios que lo intentó). Pero esta china de Albacete se materializó con una bandeja y, en ella, un *jigger*, que no es otra cosa que un dosificador de bebidas para elaborar combinados; con precisión de cirujana, vertió un chorrito de whisky en el diabólico chisme, y el contenido de este, a su vez, en un vaso bajo y rechoncho. El dedo meñique de un bebé es más grueso que el charquito de whisky que acabó en el recipiente. Si te mojabas los labios habías consumido la mitad.

El escritor pensó que, dependiendo de los derroteros que tomase la conversación, pedirse otro sería perdonable.

Porque en este punto conviene aclarar que el simpático sujeto no sabía de qué iba a hablar con su diligente editora. Más de una vez, y más de dos, habían quedado cuando ella viajaba a Madrid sin un propósito claro ni urgente; para hablar de cómo iba su último libro y charlar en abstracto de posibles ideas para próximos trabajos. Podía darse el caso de que ahora departieran sobre la evolución de las ventas de la biografía de X, o de ciertos eventos promocionales que aún tenía por delante. Con todo, albergaba la esperanza de que la propuesta del divorcio saliera de alguna manera a relucir. El caso es que con el rooibos y la pátina de whisky en la mesa, la editora, sin duda consciente de que en quince minutos debía coger un taxi para la estación, dijo:

—Sobre el proyecto que me presentaste...

El escritor se puso tenso. Descruzó y volvió a cruzar las piernas, se llevó el vaso a la boca y lo olfateó y, por último, recordando un artículo sobre comunicación no verbal que había leído, elevó el mentón para inspirar respeto. Parecía alguien que estuviera bailando el *crusaíto* sentado y bebiendo de un vaso vacío, pero muy seguro de sí mismo. Con la cabeza tan para atrás, veía a su interlocutora a través del hueco de las gafas, borrosa.

—He de decir que me he reído mucho... —prosiguió ella.

—Gracias —repuso él, inclinando la cabeza en señal de aceptación, pero no tanto que echara a perder su majestuosa pose. Adivinó que le aguardaba un «pero» a la vuelta de la esquina.

—Está muy bien escrito...

—Gracias —repitió. El «pero» le esperaba ya con un bate de béisbol.

—Pero... —continuó la editora— pienso que explotas estereotipos un tanto pasados de moda. Lo de no saber poner una lavadora... Eso ha quedado muy atrás.

El escritor carraspeó mientras se desmoronaba el castillo de naipes que había construido con su fisonomía.

—Pero... el humor... estereotipos... Los monologuistas... Raúl Cimas... La torpeza masculina... —murmuró, consciente de que en su alocución faltaban varios verbos.

—Hoy las personas se divorcian antes. Algunas, a los treinta y tantos.

—Consultaré el INE [1] para averiguar cuál es la edad media a la que la gente se divorcia en España —replicó algo rehecho y a la defensiva, pues dudaba de la veracidad del dato.

—Esos hombres que no han pisado una cocina son mayores. Los treintañeros son de otra generación, y muy probablemente saben poner lavadoras.

—No, si poner una lavadora es fácil. Lo complicado es entenderse con los programas —adujo él para quitarse años.

—Aparte, está el hecho de que no queremos dirigirnos a un público que no sabe poner una lavadora. No sé si me explico.

A esto contestó solo con un gruñido de asentimiento. ¿Cómo cuestionar la filosofía de una empresa? Imposible.

—Mira, te seré sincera: un libro así yo no se lo regalaría a un amigo mío que se hubiera divorciado.

Un codazo en el bazo no le habría dejado con menos aire.

—Agua. Necesito un vaso de agua. ¡Camarera! *Ni hăo!*

—A los treintañeros que se divorcian seguramente les preocupan otras cosas —siguió la editora—. Recuperar viejas amistades, volver a salir por la noche... Mientras estaban casados abandonaron ciertos hábitos.

—Puede ser.

—En todo caso, podemos plasmar todos los clichés, pero riéndonos de ellos. Tiene que haber mucho humor.

—En eso estamos de acuerdo.

—Y sin dejar de aportar una lección: «Para afrontar esta nueva etapa, y en definitiva cualquiera de la vida, debes estar preparado en todos los frentes. Así que ponte las pilas».

—Sí, bueno... Lo tenía previsto.

Se produjo una pequeña pausa, durante la cual el escritor se echó al coleto medio vaso de agua (¡afortunadamente la camarera no había escatimado con el grifo!). De inmediato empezó a sudar copiosamente: cuando tenía calor y bebía algo fresco, su organismo tendía a regular la

temperatura interna expulsando cálidos vapores, los cuales, al cruzar la piel, pasaban del estado gaseoso al líquido en forma de acres sudores (probablemente le ocurría a todo el mundo, pero él lo consideraba una rareza personal). La reunión iba mal. ¿Iba mal? Su arraigado pesimismo le hacía ver que L****** le estaba dando la vuelta al libro; sin embargo, un observador externo pletórico de optimismo quizá habría reparado en que, de momento, ella no había extendido el pulgar hacia abajo al estilo Calígula.

—Por otra parte —retomó la editora. ¿Había más partes? ¿Se podía tergiversar aún más una propuesta editorial? El escritor notó que ríos de sudor se congregaban alrededor de su cuello—, sería interesante incorporar el punto de vista femenino.

Esto ya era demasiado. Iba a argüir que el libro estaba basado en su experiencia personal, y que él era palpablemente varón (ni siquiera hacía falta palpar para constatarlo), lo que complicaba bastante cualquier acercamiento *en primera persona* a la problemática del divorcio y las mujeres..., cuando la editora ejecutó un llamativo descruce de piernas, digamos que muy expansivo, casi teatral —la suela de una de sus deportivas llegó a apuntar a la lámpara, que, por cierto, también era *vintage*—, que neutralizó al instante la capacidad oratoria del escritor. L***** vestía una falda, posiblemente de Desigual, que le llegaba por encima de las rodillas cuando estaba de pie. La torsión iba claramente destinada a estirarse para coger su portafolios y extraer de él varios papelajos (los cuales, aunque solo los veía por el dorso, adivinaba que eran los 25 folios que le había enviado por email, aderezados de tachaduras y prolijos comentarios al margen, en pulcra caligrafía de editora). Pero, así como el silbido de un árbitro interrumpe automáticamente el juego, el aspaviento paralizó momentáneamente los músculos del escritor, incluida la lengua. Aquello supuso un punto de inflexión, un antes y un después, un... [pon aquí la muletilla que más te guste].

Cuando se repuso, dijo:

—El libro es, en parte, autobiográfico, de modo que...

—Las mujeres también nos sentimos perdidas en muchos aspectos después de un divorcio. —Como puede apreciarse, ninguna de las alegaciones del escritor merecía respuesta por parte de ella.

—No me cabe duda, pero...

Entonces la editora se puso a disertar sobre mujeres que durante su vida en pareja se relajan, desisten de ponerse al volante de un coche, por ejemplo, y cuando se separan se ven en la obligación de reaprender a conducir. ¡Y qué decir del mundo de las revisiones automovilísticas, de los cambios de aceite y filtros! También había señoras que no habían visto una caja de herramientas ni en pintura, que era mirar un taladro y se echaban a temblar, y que ahora debían sumergirse en el vasto y chamagoso universo de las brocas, los tornillos, los tacos y los destornilladores. Ellas, al igual que ellos, debían desarrollar nuevas habilidades para desenvolverse con éxito en esta nueva fase. De esta idea no había quien le apeara.

—Me temo que hablar por voz de una mujer iba a resultarme harto complicado —dijo él—.

No te digo nada si encima debo reírme de sus dificultades. ¡Tú quieres que me lapiden en Twitter!

—De hecho, hay carencias que atañen a ambos sexos. ¿Por qué quedarnos solo con las de los hombres? Yo, que solo tengo hijos varones, tampoco sé hacer una coleta. —Levantó los ojos del legajo—. Si tú y yo nos liamos, no sabría hacerles unas coletas a tus hijas.

Era el tipo de frase que en una película de Woody Allen se habría pronunciado en voz alta en un restaurante atestado, justo cuando la bulliciosa concurrencia se hubiera quedado en silencio. Y después los comensales, con sonrisas burlonas, se habrían girado hacia ellos como para calibrar las posibilidades de que eso ocurriera.

La sutil editora podría haber dicho: «Si tú y yo *tuviéramos una relación*» o, de empeñarse en la jerga coloquial, usar el condicional: «Si tú y yo nos *liásemos*». Incluso: «En el *improbable* caso de que tú y yo nos liásemos...». Pero no. Nada de «improbable». ¿Qué pretendía con el uso del presente futuro? ¿Ablandarle los sesos o que se levantara raudo a pedir una habitación? Una vez más, pensó, su exacerbado *sex appeal* hacía estragos.

La editora se acabó su rooibos y le dijo:

—¿Crees que puedes escribir un libro con todo eso?

—Bueno, yo... Entiendo lo que quieres decir, pero ¿cómo...? ¡Se necesita estructura!

—Ajá.

Entonces ella se puso a husmear en su bolso; una forma educada de esperar pacientemente a que el escritor sumara dos y dos. Durante unos treinta segundos él se quedó absolutamente bloqueado. Por su atribulada cabeza se mezclaban coletas y brocas, lavadoras y aceite para coche, hombres y mujeres. Se sentía perdido, como si le hubieran pedido que elaborase una receta de cocina con mostaza, chocolate y jamón de jabugo. Tenía claro el qué, pero ¿y el cómo? De pronto, vio un rayo de luz. ¡Oh, bendita inspiración!

—¡Ya lo tengo! —exclamó radiante—. ¡Diez historias, cinco mujeres y cinco hombres! ¡Diez testimonios... inventados! Cada uno, con una problemática diferente: los hijos, la economía, las amistades, el nuevo hogar... ¡Una fusión cremosa de ensayo, ficción y autoayuda, y con humor!

Ella suspiró.

—Brillante —dijo, satisfecha de que por fin él hubiera atado cabos. Guardó los papeles y sacó el monedero—. Ahora ponlo por escrito y me lo mandas.

Una oleada de orgullo invadió al escritor. ¡Qué inteligencia la suya! ¡Qué maestría para procesar tan variopintos ingredientes y ordenarlos con coherencia y sensibilidad literaria! Hubieron de pasar varios días —no es rápido de reflejos— hasta que se dio cuenta de que L****** había tenido la sagacidad de hacerle creer que había sido idea suya el enfoque que ella tenía en mente desde que había convocado la reunión...

Hicieron un gesto a la camarera para que les trajera la cuenta. La editora desenfundó su Visa, pero el escritor dijo, esperando que quedase en un gesto cortés nada más:

—No, por favor. Déjame pagar a mí.

—Vale —repuso ella alegremente—. Saldré a parar un taxi. Voy justa de tiempo. —Se despidió con dos besos y añadió—: Envíame eso cuando lo tengas. —Y desapareció del local.

De pie como un pasmarote y con cara de alelado; así se lo encontró la camarera cuando le llevó la cuenta, cuyo escrutinio le produjo una expedita contracción de músculos faciales. ¡Trece euros con cincuenta céntimos! ¡Un maldito té y una pincelada de whisky! Apesadumbrado, pasó su maltrecha tarjeta de crédito por el lector. Tan aturdido estaba, que casi se le olvida guardarse el tique para desgravárselo.

Agustín busca piso de soltero

I
La máquina del tiempo

Quiero mucho a mis padres, ni más ni menos que cualquier hijo de vecino. Es decir, ni más ni menos que cualquier hijo de vecino a los suyos, porque dudo mucho que, aunque los conozca de cruzárselos en el portal, el hijo del vecino del tercero derecha adore a mis padres tanto como yo. Aunque nunca se sabe: hay gente extremadamente cariñosa. Todos, en definitiva, queremos a nuestros respectivos progenitores, por una serie de razones también comunes. Para empezar, nos han dado la vida, lo cual es de agradecer, porque por muy perra que sea la que nos ha tocado vivir, todos experimentamos cada quince o veinte años algún suceso que nos hace suspirar: «¡Por cosas como esta merece la pena estar vivo!». Lo malo de que no se sucedan más a menudo es que no tenemos a quién quejarnos. Como si fuesen dioses, nos han creado a su imagen y semejanza, dotándonos generosamente de la nariz, el pelo y las cejas de uno y la boca, los ojos y las orejas del otro. Y oye, aunque *a priori* podría parecer improbable que las cejas de tu padre conjuntasen con los ojos de tu madre —no dejan de ser dos personas unidas al azar—, en general, la mezcla suele quedar bien, lo cual es bastante milagroso. También nos han transferido sus valores, enseñándonos a ocupar un lugar digno en el mundo. Si me preguntas cómo soy, te diré que honrado, trabajador, bonachón, recto, responsable...; si le preguntas a mi ex, me calificará de terco, rencoroso, perezoso, poco dado a las expansiones afectivas, desconfiado y un tanto egoísta, conjunto de cualidades que, mira tú por donde, al principio, cuando nos conocimos, le parecieron de perlas, pero que con el transcurrir del tiempo, vete a saber por qué, detestó. Es una mujer muy voluble.

Lo malo de tener padres y quererlos es que, cuando se hacen mayores, hay que demostrarlo. Cuando eres joven no: en la plenitud de su madurez son completamente autosuficientes y basta un beso y un regalo el primer domingo de mayo y el 19 de marzo para dejar constancia de tu amor filial. Pero a partir de que entran en edades delicadas, debes empezar a hacer cosas por ellos. A fin de cuentas, es lo justo, no en vano ellos han hecho cosas por ti. Admito que a mí hay quehaceres que me cuesta realizar más que otros. No tengo inconveniente en visitarlos los fines de semana. Tampoco en sentarme a su lado, armado de paciencia, y explicarles por vigésima vez cómo funciona WhatsApp, para que dejen de enviarme audios de sonido ambiente y fotos del suelo del salón. Algo más ingrato es controlar sus pastilleros, tarea que, a menos que tengas el

cerebro de un científico del MIT, no es de éxito garantizado. Pero nada me repatea tanto como el tener que sacarles dinero del cajero automático, ya que a nadie le gusta enfrentarse a esas máquinas perversas que su creador diseñó a conciencia para torturar a cualquiera que haya cumplido los setenta y cinco (he ahí un raro espécimen de alguien que no quería a sus padres), y que incluso ponen contra las cuerdas a quienes vamos camino de los cincuenta; pero es que, además, esos inventos invitan al robo callejero. Introduces la tarjeta y empieza el aluvión de preguntas: «¿En qué idioma desea que le atendamos?», «¿Cuál es su número secreto?», «¿Qué importe quiere retirar?», «¿Desea sacar dinero a débito o a crédito?», «¿Quiere que le endosemos un justificante?», «¿Le interesa conocer su saldo?»..., lo que te expone más de lo necesario al malhechor. Si por lo menos fuesen honestos, añadirían otra pantalla explicando: «Si no le importa, estimado cliente, vamos a entretenerle un poquito más a ver si, con un poco de suerte, pasa por aquí un ratero y le quita los billetes que acaba de sacar». Cuesta creer que se tarde menos en gastar ese dinero (la transacción en un estanco dura un minuto) que en obtenerlo, siendo tuyo. Pero es la realidad.

Queda claro, por tanto, que amo a mis padres. Pero si hoy me dieran a elegir entre vivir con ellos o debajo de un puente, tardaría un par de minutos en decidir.

No voy a airear ahora aquí los trapos sucios de mi divorcio, más que nada porque cada uno y cada una tiene los suyos, y, aun distintos, a veces derivan en las mismas lamentables consecuencias. En mi caso, una serie de funestas circunstancias me obligaron, tras la ruptura, a establecer mi residencia en casa de mis padres —aquella en la que crecí— durante una temporada.

Me río del Delorean: ¡yo sí que he viajado en el tiempo!

No he necesitado coches con motor rectificado, ni cascos con electrodos en la cabeza, ni traspasar misteriosas puertas humeantes para verme, de un día para otro, transportado a 1984.

Esa, y no otra, es la sensación que tuve hace algo más de dos años cuando, a los cuarenta y seis, reaparecí en el domicilio familiar recién separado de mi ex. Dejé las maletas en el coche: no quería que mis padres me vieran entrar como alma en pena o un pobre desterrado, lo que el voluminoso equipaje anunciaba a los cuatro vientos. Preferí entrar como si tal cosa, con las manos en los bolsillos, repartir besos lo más relajadamente posible (me faltó silbar, como hacen en las películas cómicas para disimular) y a su pregunta de: «¿A qué se debe esta visita sorpresa?», ir dando respuestas que fueran poniéndoles en situación a fin de que poco a poco se formaran una idea de lo que pasaba. Y cuando por sus ojos como platos deduje que lo habían captado, añadí: «Bueno, pues voy a bajar al coche, que tengo ahí mis cosas». ¿Has debido comunicar un fallecimiento alguna vez? Fue más o menos igual. Al que recibe la noticia hay que prepararlo. Sospecho que no se les olvidará la escena mientras vivan, ni a mí tampoco, pero dado que el daño sentimental era inevitable, la idea era evitar el tener que llamar a una ambulancia.

Y así fue como me vi propulsado de pronto a mi decorado particular de *Cuéntame*. Cuando lo único que ha cambiado en ese espacio es el aspecto de tus padres; cuando abres los ojos por la

mañana y pasas revista a tu dormitorio tal y como era hace 30 años, aún decorado con tu colección de cómics Vértice, un trofeo de karts que ganaste a los catorce, la desgastada caja del Scalextric encima del armario y aquel inefable equipo de música Aiwa con doble pletina; cuando vas al baño y recuperas la antigua técnica de afeitado que consistía en abrir ligeramente una de las portezuelas del mueble de espejo para poder verte de perfil; cuando vas a lavarte las manos y debes recurrir a la obligada pastilla de Heno de Pravia que creías habían retirado del mercado... Cuando todo, el color de las paredes, el olor de la cocina, el sonido de las zapatillas de cuadros de tu padre deslizándose por el pasillo, el tresillo, los fogones..., todo, en definitiva, se te representa de forma idéntica a como era tres décadas atrás, ¿cómo no experimentar la sensación de que has viajado en el tiempo?

Una cosa he de subrayar, y si has pasado por lo mismo sabrás que no miento: tus padres te reciben con los brazos abiertos. Fingida o no, con naturalidad; hasta con cierta alegría. Podría no ser así, pues la noticia también les afecta a ellos. Es posible que no vuelvan a ver nunca más a tu ex, a quien habían cogido cariño (si tienes hijos, como yo, es la madre de sus nietos). Seguramente, en virtud de ese sexto sentido que les caracteriza (sobre todo a las madres), habrían notado en los últimos tiempos señales que delataban que la relación no iba bien (en mi caso, mi ex de vez en cuando todavía aceptaba ir a comer a casa de sus suegros, pero tenía el santo cuajo de no abrir la boca desde que entraba hasta que se iba; mis padres, dolidos, lo acataban sin rechistar). Ahora podrían verter alguna crítica hacia ella, pero no lo hacen; es más, si ponen a alguien a caldo es a ti: «Es que con ese carácter que tienes...». Te acogen de buen grado, y no porque a partir de ahora vayan a verte más el pelo o vislumbren que disponen de inopinada ayuda en sus labores, sino por amor genuino: porque saben que te estás cayendo, y que servir de colchón mullido para no hacerte daño en la caída es todo lo que pueden ofrecer al hijo o a la hija de su alma.

Entonces llega la convivencia, y esas buenas intenciones por ambas partes se van erosionando con el fragor del día a día. ¡Es la guerra!

Tras meditar mucho sobre este punto he llegado a una clara conclusión: vivir con tus padres después de un divorcio es un infierno porque son compañeros de piso no elegidos. Eso propicia que te sientas siempre un poco incómodo. De buenas a primeras te ves expuesto a un montón de costumbres muy arraigadas que chocan con tu estilo de vida, pero que no sería de recibo cuestionar. Hay cien mil cosas que tú harías de forma distinta. Y a la humillación de dormir en tu cama de adolescente se une la afrenta de tener que acatar horarios de comida y cena o no poder apropiarte del mando a distancia a la hora de los culebrones turcos...

No cabe sino admitir que tu regreso desestabiliza sus rutinas. Si antes se hacía la compra para dos, de ahora en adelante se hará para tres. Pero en este apartado conviene diferenciar entre los productos que comparten todos los convivientes (como el papel higiénico; cada uno un trozo distinto, se entiende) y aquellos que se destinarán a tu uso y disfrute (como un buen cargamento semanal de latas de cerveza). En lo que a estos últimos se refiere, no hay conflicto posible,

siempre y cuando te sufragues las cervezas, el café que te gusta, el tipo de pan para tus tostadas del desayuno o alguna de esas nuevas modalidades de leche: sin lactosa, de soja, de almendras, de avena, enriquecida, ultrafiltrada, con calcio, de cabra, ecológica, de pastoreo, que se han unido a las tradicionales entera, semidesnatada y desnatada no para contribuir a una alimentación saludable, ni por razones organolépticas, estoy convencido, sino para que nos sintamos únicos eligiendo la más rara.

Los problemas vienen con los productos compartidos. Por más que agradezcas a tus padres que te hayan acogido en su domicilio, llega un momento en que dejas de transigir con determinadas cosas. A mí me ocurrió con el atún y la leche (no soy maniático de lácteos, y la entera que consumían me parecía perfecta). Como habrás podido deducir, detrás de la decisión de vivir con mis padres había cierto grado de descalabro económico. En esa etapa de zozobra me había acostumbrado a comprar marcas blancas, que, como las banderas blancas, las voces blancas y la ropa blanca, inspiran confianza (las armas blancas son la excepción que confirma la regla), y como todo buen ahorrador sabe, están fabricadas por las mismas empresas que producen las marcas de colores o más caras. Saben incluso mejor, cuando piensas en lo bien que le sientan a tu cartera. Como a mis padres tampoco les salía el dinero por las orejas, y mi retorno de algún modo suponía una carga para ellos, colegí que esas marcas más asequibles eran la mejor opción en el supermercado.

Explícale tú a una señora de ochenta años qué son las marcas blancas y trata de convencerle de que hay más etiquetas de atún que Calvo y de leche que Pascual. Con la edad todos somos más refractarios a los cambios; nos volvemos más tozudos, y aquel día pude constatarlo en su versión más extrema.

—Mamá, ya puede caerse España abajo que tú sigues con tu atún Calvo y tu leche Pascual —dije, como puede apreciarse con mucha mano izquierda. De fondo teníamos el culebrón turco de última hora de la tarde.

—Me gustan.

—Imagino. Pero son muy caras. ¿Por qué no compramos marcas blancas? Salen más baratas y no está la cosa para derrochar. Todo el mundo las compra. ¡La gente se está apretando el cinturón!

—A mí me gustan estas.

—¡Pero si son los mismos fabricantes, mamá! —exclamé ya ligeramente acalorado.

—Anda, anda... —dijo con desfachatez, poniendo en duda los estudios de la OCU.

—¡Que sí! Mira... —Tecleé en Google «marcas blancas fabricantes» y me apareció un artículo en que se especificaban—. ¡Aquí lo pone! ¡La leche de El Corte Inglés es de Central Lechera Asturiana! ¡Esa leche es leche buena! ¡Es de las mejores!

—Pero ¡cómo va a ser la misma! —repuso, incrédula—. Entonces ¿por qué es más barata?

—Mamá —respondí, tratando de tranquilizarme y buscando las palabras para exponer complicados tejemanejes comerciales—. Los supermercados llegan a acuerdos con los

fabricantes; estos se aseguran de vender millones de litros a las grandes superficies y ajustan el precio.

—¿Cuánto más baratas son?

—Bueno..., unos céntimos.

—Hijo mío, por unos céntimos no vale la pena.

—Pero, mamá, céntimo por aquí, céntimo por allá...

—Pero a mí me gustan estas.

—¡Que son las mismas!

—Que no.

Y para rematar el diálogo besuguiano, agregó:

—Además, no voy a ponerme a buscarlas en el supermercado. Estas ya sé dónde están.

—Mamá, dedicarías tiempo a buscarlas *el primer día.* La segunda vez ya las tendrías localizadas.

—Que no.

Que no, que no y que no.

El gazpacho, por supuesto, debía ser el de Belén Esteban.

—Mamá, hay gazpachos buenísimos de marca blanca...

—Este es que lo hace ella.

—¡No te lo crees ni tú!

—Que sí, que salió en televisión haciéndolo en su casa...

—Claro, ¡y allí los produce por hectolitros! No te digo...

—No, lo hacen en una fábrica siguiendo su receta.

—Pero qué receta ni qué receta. Mamá, me apuesto lo que quieras a que Belén Esteban no ha preparado un gazpacho en su vida.

—Que lo vi yo..., salió por la tele.

—¡Claro, para anunciarlo y que señoras como tú se lo crean y lo compren!

—Además, está muy rico.

En otra ocasión hice yo la compra por Internet. Cuando llegó, el papel higiénico no era de su gusto.

—¡Se me rompe en los dedos! —informó, de una manera bastante más gráfica de lo que yo habría deseado.

Al final decides que, toda vez que tu estancia esperas que sea temporal, no eres quién para trastocar sus preferencias.

Tienes que echar una mano en las labores domésticas, lo que significa que te pasas el día en la cocina. Y esto acarrea también no pocos conflictos. La primera vez que intentas freír unos huevos, eliges una sartén que te parece antiadherente; pero cuando intentas retirarlos con la espátula descubres que se han pegado como con Loctite, de modo que pasan al plato desmenuzados y con un aspecto más parecido al de unos huevos revueltos. «¡Vaya mierda de

sartenes tenéis!», gritas, un poco para desahogarte y un poco para que te escuchen. Mientras en tu casa sabías perfectamente dónde estaba cada cosa, en la de tus padres no encuentras nada, con el agravante de que cuando te pones a buscar el cucharón o la sal, la comida burbujea y se retuerce en los fogones amenazando con quemarse, lo que aumenta terriblemente tus niveles de estrés. «Mamá, ¡el pimentón!, ¿dónde está el pimentón?» o «Papá, ¿dónde demonios guardas el abrebotellas?» son frases que salen agónicamente de tus labios, y no solo el primer día: al siguiente, y para que los encuentres más fácilmente, ¡los han cambiado de sitio!

¿Has oído hablar de esas cocinas inteligentes dotadas de electrodomésticos que hablan, frigoríficos que hacen la compra por ti y lavadoras con las que puedes echar una partida de ajedrez? La de mis padres es exactamente lo contrario. Básicamente, no había sufrido modificación desde la década de los setenta. Los fogones son de llama, y, por supuesto, antes de prenderlos con una cerilla debes abrir una espita adosada a la pared, porque dejarla siempre abierta entraña, a su parecer, alto riesgo de explosión. El ventanuco aledaño huelga decir que está siempre de par en par, llueva, granice o nieve, a fin de poder evacuar el gas de una imposible fuga. Hay lavavajillas, sí, pero de los primeros que salieron al mercado; de cuando la obsolescencia estaba programada a cincuenta años. Los cajones donde guardan los cubiertos se atascan, lo que supone un importante inconveniente cuando estás cocinando y necesitas urgentemente la concurrencia de un cucharón o un tenedor para remover. Ya he dejado constancia de la pertinaz adherencia de las sartenes. Algunas son de hierro, razón por la cual el mero hecho de extraerlas del horno donde descansan convalida una semana de gimnasio. Hasta poco después de mi aterrizaje no disponían de tostadora; al principio no me quedaba más remedio que broncear las rebanadas de pan del desayuno en una de esas pesadísimas sartenes. Tuve que comprar una tostadora con mi dinero. Por supuesto, de una marca blanquísima.

Incongruentemente, el microondas es de última generación. Lo que quiere decir que en vez de albergar en su panel frontal dos sencillas ruedas, una para el tiempo y otra para la potencia, incorpora cuatro o cinco indescifrables pulsadores y una pantalla luminosa que exhibe dígitos al parecer de forma aleatoria. La simplicidad, el gran atributo de estos simpáticos aparatos, brilla en ese por su ausencia. Para calentar, por ejemplo, un vaso de leche, no basta con apretar un botón; es preciso girar cuatro ruedas, activar siete botones y esperar que la pantalla arroje el resultado esperado, lo que no suele producirse: esta, empoderada, se niega a seguir las órdenes de aquellos, y prefiere hacer las cosas a su manera. Al final no sabes si los números que muestra se refieren al tiempo de cocción, a la potencia o son los premiados en el último sorteo de la ONCE. Nunca llegué a hacerme del todo con el maldito microondas, sobre el que más de una vez llegué a pensar en estampar alguna de aquellas sartenes.

Asumes la responsabilidad de poner y quitar la mesa, y de introducir platos y cubiertos en el lavavajillas. Y, créeme, esto también genera enfrentamientos. Mientras yo soy perfectamente capaz de comer el primero, el segundo y el postre en un solo plato, mis padres mantienen ese hábito aristocrático, propio de regios tiempos pretéritos, de utilizar tres. O lo que es lo mismo: de

manchar tres platos, que, además, son de loza con unas flores grabadas y filo dorado. Cuando les haces ver que ni los marqueses comen hoy con semejante despliegue de vajilla, ellos responden con el consabido: «Así es como nos gusta». No te dejan otra opción que contestar: «Sí, ¡pero luego soy yo quien tiene que enjuagarlos y meterlos en el lavaplatos!».

Como las personas mayores comen muy poco, terminan enseguida. Aún estaba rebañando mi entrante y mi madre me soltaba:

—Cuando puedas te traes el postre.

—Yo todavía voy por el primero, mamá. ¡Déjame comer tranquilo!

—Pero nosotros hemos terminado.

—Ya. Pero no me gusta levantarme durante la comida, y ya que tendré que hacerlo para traer mi postre, prefiero levantarme una sola vez.

—¡Bueno, hijo! ¡He dicho «cuando puedas»! —Y acto seguido añadía—: ¡Con ese carácter, no me extraña que...!

(Me disgustaría que tú, que lees esto, te llevaras una impresión equivocada de mi carácter, y, a tenor de los hechos relatados, juzgases que soy mezquino, ingrato o, vete a saber, incluso un borde, nivel décimo *dan*. Has de comprender —y si has pasado por lo mismo, podrás confirmarlo — que en esas condiciones tú no eres tú. Tienes la autoestima lastimada, te sientes culpable del fracaso matrimonial, asfixiado económicamente y deprimido, enviado de nuevo a la casilla de salida; y, para colmo, no puedes salir a tomarte unas cervezas por la noche sin que se arme la marimorena, como verás a continuación. La adversidad saca lo peor de uno, pero en condiciones normales soy un hombre dócil y cariñoso, incapaz de decir una palabra más alta que otra, ¡me cago en todo!)

Vivir en casa de tus padres desata, además, enfrentamientos por cuestiones logísticas. Hace unos años, pensaron que dos octogenarios viviendo solos eran carne de cañón para los ladrones; entre esto, y que la vecina de enfrente instaló una alarma de seguridad, no tardaron ni cinco minutos en decretar que ellos necesitaban otra. Supongo que temían que se llevaran la vajilla.

Cuando me instalé con ellos, acababa de divorciarme, de modo que era un hombre otra vez soltero con ganas de divertirse. Muchas noches quedaba con amigas o con un buen amigo también divorciado, y regresaba a las tantas. Mis padres, al acostarse, activaban la alarma (temían que el ladrón nos hubiera estado vigilando y eligiese para su robo la franja horaria en que ellos dormían y yo estaba fuera; ¡ni que fuera la mansión de Elon Musk para tomarse tantas molestias!). Pero por alguna razón, la llave que me dieron para desactivar la alarma no funcionaba bien. De modo que, al llegar a casa a las tres de la mañana, yo procedía infructuosamente a desactivarla antes de que empezara a sonar a lo loco, lo que, sin duda, despertaría no solo a mis padres, sino seguramente también a medio vecindario. Mira que lo intentaba, acercando la llave de mil maneras; pero nada. Invariablemente, al cabo de unos treinta segundos —el margen de tiempo que te dejan para apagarla tras haber abierto la puerta—, una sirena demencial atronaba por toda la vivienda, con el desagradable efecto esperado.

Simultáneamente a la sirena, un dispositivo en la habitación de mis padres empezaba a emitir una grabación que recitaba algo así como: «Hemos detectado un acceso irregular en su domicilio, apague la alarma...».

En medio del estruendo, podía escuchar a mi madre decirle a la máquina:

—Es mi hijo..., que acaba de llegar... ¡Ya ve usted a qué horas!

—¡Mamá, que es una grabación!

«Apague la alarma...»

—¡Es mi hijo!

—¡Mamá, por Dios!

Si yo no había sido capaz de desactivar el sistema de vigilancia antes de que se pusiera a retumbar, menos aún lo era ahora que la casa parecía Guantánamo. Y no acababa ahí el drama. Los responsables de la empresa de seguridad habían dispuesto una cadena de eventos, de tal modo que, si ignorabas la primera señal, al poco rato activaban otra... Entiendo que el último eslabón es la llegada de los chicos del Grupo Alfa del ejército ruso metralleta en mano. Así que, cuando el sistema detectó que, pese al espantoso pitido, nadie apagaba el dichoso aparato, pasaron al siguiente nivel, que es llamarte por teléfono.

Sonó el fijo.

—¡Cógelo, que son los de la alarma! —aconsejó mi madre.

—Pero ¡qué hacen llamando a estas horas! —dije, haciendo gala de gran sentido común.

—¡Cógelo!

—¿Diga?

Al otro lado, un tipo con voz de adormilado me contaba lo que yo ya sabía: que alguien había penetrado en el domicilio de mis padres, haciendo saltar la alarma.

—He sido yo... Soy su hijo.

—¿Es usted su hijo?

—Sí, verá. Es cierto que he llegado un poco tarde...

—¿Código de desactivación?

La primera vez no sabía de qué narices me estaba hablando. Téngase en cuenta que me había bebido cuatro cervezas, y todo esto ocurría como en una nebulosa.

—¿Perdone?

—El código de desactivación.

Le pregunté a mis padres.

—¡«Princesa»! —respondió mi madre, que ya hacía amago de levantarse de la cama.

—¿«Princesa»? ¿En serio me lo estás diciendo, mamá? —dije, apartando el auricular.

—¿Código de desactivación?

—¡¡¡«Princesa»!!!

Y así era como varias veces por semana, mi hogar paterno se convertía en un apocalipsis demencial con una sirena aullando, una grabación que no se callaba y un cuarentón vociferando

en mitad de la noche: «¡Princesa! ¡Princesa!».

Por la mañana, mi madre me acusaba de no saber desconectar la alarma, tarea que consistía en acercar una pequeña placa, que colgaba del llavero, a un panel. Aunque me defendía alegando que eso podría hacerlo incluso un niño de tres años, llegué a pensar que era más tonto de lo que soy. Tiempo después se demostró que mi llave no funcionaba correctamente: el panel no la reconocía. Vino un operario, lo arregló y a partir de entonces las noches fueron más tranquilas.

Sospecho que si por algo se alegraron mis padres de tenerme en su casa fue porque así se ahorraban el taxi cada vez que debían ir al médico. Todas las semanas tenían cita con algún especialista; descubrí especialidades que ignoraba existiesen. Mi madre padece de las piernas, lo que la ha hecho asidua de traumatólogos, médicos de cabecera, cardiólogos y geriatras. Unos meses antes, mi padre había sufrido un infarto, del que afortunadamente se había recuperado favorablemente y sin secuelas. Esto, sin embargo, no le eximía de continuas revisiones y analíticas. Caí como llovido del cielo, tanto para ejercer de taxista como para traducir diagnósticos y tratamientos facultativos y velar por su riguroso cumplimiento.

Precisamente esta intensa actividad sanitaria provocó uno de los mayores sustos que me he llevado en mi vida.

Una noche quedé con unos amigos a cenar. Formaban el grupo de casados con quienes mi ex y yo solíamos salir en plan parejas cuando estábamos juntos. Tras la ruptura, me sentí un tanto desplazado de aquella pandilla —teníamos un grupo de WhatsApp que bien cesó casualmente su actividad por las mismas fechas, bien fue inmolado para crear otro en el que se me excluía—, así que me pareció excelente idea pasar un rato con los varones, todos muy agradables, de aquellos felices matrimonios. Tras la cena experimentamos una necesidad imperiosa de echarnos más líquido al coleto, pero como ninguno estaba muy actualizado en lo que a garitos noctámbulos se refiere, iniciamos un largo peregrinaje por los bares de la zona, que consistía en pararnos delante de alguno, sopesar a base de gruñidos viriles si encajaba en nuestras preferencias (o lo que es lo mismo: si cuatro cuarentones bastante muermos nos sentiríamos ridículos), y, tras descartarlo, continuar el paseo hasta el siguiente. Los ecos de reguetón que llegaban a la calle nos apartaron de la mayoría.

Nos detuvimos ante uno del que salía música ochentera. Al detectar nuestra indecisión, un empleado apostado a la entrada se acercó a nosotros y nos informó de una especie de oferta de copas de cuyos detalles, en realidad, no nos enteramos. Tras someterlo a severa deliberación mediante alzamientos de cejas contestados con encogimientos de hombros, entramos. Nuestra confusión era tan evidente y nuestro despiste tan mayúsculo que habría sido fácil convencernos para ingresar mansamente en un matadero. El local estaba vacío, pero de haber habido algún cliente habría asistido al bochornoso espectáculo de cuatro maduros solitarios de pie, cerca de la barra, sin poder intercambiar palabra (la música estaba muy alta) y sacudiendo tímidamente los pies al compás del ritmo, así durante aproximadamente dos horas. De tanto en tanto, uno de los chicos, más avezado que el resto en cultura pop, movía los labios para decir: «¡Depeche Mode!»

o «¡The Human League!», rindiendo pleitesía a los intérpretes a medida que los reconocía. Los demás asentíamos con entusiasta cabeceo. Cuando aceptamos que nos estábamos aburriendo como ostras, nos fuimos.

Y vuelta a arrastrar los pies por las calles. Podríamos habernos despedido en aquel instante, pero por algún motivo (el suyo seguramente distinto del mío) estábamos lanzados, dispuestos a quemar la noche con nuestro loco atrevimiento. Uno de mis amigos recordó que un icónico pub irlandés, que tenía fama de cerrar tarde, se hallaba en las inmediaciones. De repente, todos sentimos una súbita afición por el país de los tréboles y la cerveza negra.

En realidad, el pub estaba a cincuenta metros del lúgubre establecimiento al que habíamos honrado con nuestra presencia, de modo que pocos minutos después accedimos a la taberna, por cierto, atestada. El gentío redobló nuestro ánimo y dedicamos alegremente la siguiente media hora a hacer señas a la camarera para que nos pusiera unas Guinness. Una vez servidos, volvimos a hacer corrillo, a comunicarnos por lenguaje de signos y a dejar que nuestros pies se agitaran unos milímetros al ritmo de la música. Varias pantallas de televisión emitían combates de artes marciales mixtas, de las que enseguida nos hicimos todos grandes seguidores. Mentiría si dijera que no había en aquel bar una docena de chicas de indudable atractivo, reunidas en amenos conciliábulos. Por mi parte habría deseado iniciar conversación con alguna de ellas, pero interacciones de esa índole no formaban parte del objetivo de la expedición, habida cuenta del estado civil de mis acompañantes. Así que sumidos en tan divertida atmósfera pasamos otro par de horas más.

Doce peleas de UFC después, uno de mis amigos consultó su reloj y gritó: «¡Las seis, chicos! ¡Yo me voy a tener que ir yendo!», empleando la clásica sucesión de cuatro verbos tan apreciada en nuestro idioma en determinadas circunstancias. Los demás respondimos dando un respingo, que venía a significar gran sorpresa por lo intempestivo de la hora. Apuramos la quinta o sexta cerveza y desalojamos el lugar.

Tras despedirnos propinándonos tremendos manotazos en la espalda, eché a andar; me apetecía regresar caminando, con la esperanza de que el fresco aliento del amanecer rebajara un poco el estado de embotamiento al que el cúmulo de bebidas me había abocado. Por inercia, miré el móvil. Se me cortó la borrachera de raíz: tenía ocho llamadas perdidas de mi madre. Algo grave había ocurrido en casa. No cabía duda. Me frené en seco y empecé a analizar las posibles razones de la insistencia telefónica. Solo podía ser una cosa, deduje: a mi padre le había pasado algo. ¡Maldita sea! Y yo, mientras, de parranda con tres sosainas. ¿Habría sido otro infarto? El corazón me latía desbocado. Lo primero que hice, lógicamente, fue llamar a mi madre; no respondió, lo que aumentó mi intranquilidad. Casi podía ver a mi padre tirado en el pasillo o siendo introducido en una ambulancia o llevado en volandas en camilla a una unidad de urgencias.

Temblando de miedo paré un taxi. Tardó apenas cinco minutos en llegar al domicilio de mis padres. Entré en el portal como si me persiguiera una manada de lobos hambrientos (o los

miembros de una tuna), y en mi desasosiego no sé cómo fui capaz de abrir la puerta de casa y desconectar, por un gesto mecánico, la alarma del demonio. Todo estaba oscuro y silencioso. Chillé: «¿Qué ha pasado?, ¿qué ha pasado?». En esto se encendió una luz en el dormitorio de mis padres, y escuché a mi madre pronunciar, con voz trémula, las fatídicas palabras:

—¿Qué horas son estas de llegar?

Fuese por mi estado de excitación o por la mezcla de brebajes que bailaban en mi estómago (o por ambas cosas) no comprendí bien el significado de la frase, por lo que me asomé a su habitación, e insistí:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha pasado a papá?

Mi madre resopló.

—¡Eso! ¡Tarde y armando escándalo!

La luz de la mesilla, aunque tenue, reveló la presencia de mi padre plácidamente roncando a su lado.

—Mamá, ¡me has llamado ocho veces! ¿Ha pasado algo?

Ella apagó la luz y se arrebujó entre las sábanas.

—Hijo mío, ¿quieres que te diga qué ha pasado? Ha pasado que te fuiste antes de cenar y son casi las siete de la mañana y entre medias no hemos tenido noticia de ti. ¡Podrías haber avisado! Tu padre y yo estábamos muy preocupados. ¡Se oyen tantas cosas!

—¿Me estás diciendo que me has llamado para saber dónde estaba? ¡Ocho veces!

—Mira..., mañana hablamos. O dentro de un rato, pues dada la hora que es... No he pegado ojo en toda la noche. Tu padre, tampoco. Ha sido un sinvivir. Me has tenido horas sentada en el salón. ¡Que ya eres mayorcito! ¿Y con quién has estado? Hijo, haz con tu vida lo que quieras, pero mientras vivas en esta casa... ¡por lo menos un poco de respeto! ¿Qué te hubiera costado llamar? No, esto no puede ser. ¡Vamos, que no avisar! ¡Mañana hablamos!

—He llamado hace un momento. No me lo has cogido. Me habría ahorrado un susto de muerte. Y un taxi.

Ella respondió con una de esas frases de madre que no por ilógicas se prestan a discusión.

—Aquí no ha sonado.

Mi madre me estaba regañando como si tuviera diecisiete años. No sabía si sentirme humillado, ofendido o aliviado al saber que mi padre estaba perfectamente.

—¡Esto es el colmo! —gruñí, dirigiéndome a mi cama.

—Ay, hijo, con ese carácter, no me extraña...

Por estos y otros acontecimientos, se consolidó en mí la idea de que no podía quedarme en casa de mis padres mucho más tiempo. Un episodio se encargó de acelerar mi marcha. Una de esas noches de jarana ligué con una chica en un bar. No voy a entrar en detalles de lo que allí sucedió, pero las escaramuzas que se produjeron auguraban mayores placeres. Cuando esta posibilidad se verbalizó, la chica me reveló, cariacontecida, que vivía con cuatro amigas, todas bastante apretujadas en un apartamento, razón por la cual las visitas de índole sexual resultaban

embarazosas y molestas. La pelota estaba, pues en mi tejado, y mientras notaba cómo el rubor pintaba mis mejillas del color de un Ferrari, me pareció que contar la verdad era lo más apropiado en ese momento (si me inventaba una historia ella podría detectar el embuste y pensar, qué sé yo, que escurría el bulto porque estaba casado o algo así). Así que no hubo más remedio que cortar la prometedora aventura en ese punto. ¡Imagina mi frustración! Como buen previsor (otra cualidad, que creo que se me olvidó mencionar antes), advertí que ese tipo de vicisitudes podía repetirse en adelante, y que debía hacer lo posible por culminarlas. Además, estaba todo eso del atún, la leche y el gazpacho, y las sartenes y la vajilla y los postres y la alarma, y me dije: «Necesito mi espacio, ya».

II
Operación alquiler

Aun a riesgo de bajar varios peldaños en tu escalafón mental de personajes favoritos de este libro, he de confesar que había otra razón, de más peso que las expuestas anteriormente —incluso mayor que la de disponer de un picadero propio—, para considerar mudarme urgentemente: mis hijos.

Tengo dos chavales, varones ambos, preadolescentes en el tiempo en que sucedieron estos escabrosos sucesos. Cuando me tocaba estar con ellos (o les tocaba a ellos estar conmigo), nos agolpábamos como podíamos en casa de mis padres, donde no hay habitaciones suficientes para cobijar a tres personas llovidas del cielo. A la hora de la pernocta, cedía mi cama a uno de mis churumbeles, y habilitábamos en el suelo del mismo dormitorio un colchón hinchable para el otro; se alternaban en el reparto cada noche. Yo me iba a dormir al sofá del salón, que no es precisamente un *chaise longue* de dos metros y medio de largo, sino un tresillo a la vieja usanza; escoltado, como el propio término indica, por dos sillones a juego. La palabra «tresillo» creo que ha caído en desuso porque hace referencia a asientos para personas de estatura media en el siglo XIX; de esas a las que hoy, en tiempos de lo políticamente correcto, definimos como «de talla baja». En el último siglo, la altura de los europeos ha aumentado un promedio de doce centímetros, [1] de ahí que los sofás de tamaño tanqueta hayan desterrado a los tresillos encogidos, igual que los SUV han mandado al otro barrio a los Renault 4. Literalmente es como tres sillas (unidas). Aquel tresillo infame no está pensado para acoger a un hombre de mi portentosa anatomía. Tampoco responde al concepto actual de «mullido». Está, además, hundido por el centro desde que en 1989 lo utilicé como cama elástica para celebrar que Arantxa Sánchez Vicario había ganado su primer Roland Garros. Pero ya estoy otra vez hablando de mí, cuando quería hablar de mis hijos.

Con todo, dormir no era lo peor. Si hay un punto alrededor del cual gravita la existencia de un niño es su colegio, de tal modo que cuanto más lejos esté tu residencia de la institución docente,

más desgraciada es tu vida. La casa de mis padres dista doce kilómetros de la escuela, en el espacio de los cuales hay una carretera de circunvalación y varias calles céntricas de mucho tráfico, lo que equivale a treinta y cuatro minutos en coche, que en hora punta pueden incrementarse hasta los cincuenta. Para llegar a ella era necesario darse un gran madrugón, concepto incompatible con las necesidades fisiológicas de un preadolescente. Así que, según me caía del tresillo, irrumpía en la habitación donde dormían los chicos y trataba de despertarlos por todos los medios a mi alcance. Llegué a poner en mi móvil música de Bad Bunny a máximo volumen, para que se espabilaran y por si, con suerte, lograba el beneficio colateral de que acabaran aborreciendo el reguetón. (Lo hice solo en una ocasión; enseguida me remordió la conciencia: ni mis padres ni los vecinos habían hecho nada malo para merecer tal tortura.) Las reticencias de mis niños, expresadas con despreciativo silencio unas veces, con sonoros exabruptos otras, sumadas al estrés por no llegar tarde a sus obligaciones académicas, hacían que los días empezaran torcidos.

Por otra parte, en casa de mis padres los chavales no tenían un sitio tranquilo y espacioso donde estudiar, y no me quedó ninguna duda de que mi ex encontraría la manera de hacerme responsable subsidiario de cualquier merma en su rendimiento académico, por más que yo no tuviera la culpa de haber establecido mi residencia a esos doce malditos kilómetros. Se mirase por donde se mirase, todo eran problemas.

Lo peor, en cualquier caso, eran esas tardes de entrenamientos. Uno de mis hijos juega al fútbol; el otro practica baloncesto. Las clases terminaban a las cuatro y las actividades deportivas no empezaban hasta las cinco y media o las seis, dependiendo del día y la modalidad, dejando temibles espacios en blanco en su/mi agenda vespertina. En esos vacíos daba tiempo para ir a casa de mis padres, pero solo para regresar de inmediato, lo cual no dejaba de ser absurdo, aparte de un gasto inasumible en gasolina. Sentarnos en una cafetería a merendar era otra opción, pero dedicar una partida mensual de mi presupuesto a cruasanes y leche con cacao, solo para matar el rato, se me antojaba aberrante. Aun así, lo hicimos un par de veces. La mayoría de las tardes, en conclusión, nos las pasábamos metidos en el coche, ellos peleándose o haciendo que estudiaban, yo enviando y respondiendo correos electrónicos de trabajo en mi portátil. Un día, que por cierto llovía a mares, me convocaron en esa franja horaria a una reunión por videoconferencia. Por suerte, minutos antes de su inicio descubrí que la aplicación ofrecía la posibilidad de cambiar el fondo de la imagen, e *in extremis* pude modificar la estampa de mis dos hijos pegándose en el asiento trasero por una foto de una señorial biblioteca. No existía, sin embargo, posibilidad de alterar el audio, por lo que cada vez que abría mi micrófono se colaban gruñidos de reclutas provenientes de la parte de atrás y una cascada de martillazos que, en realidad, correspondía al furibundo golpeteo del aguacero en el techo. Ningún asistente a la reunión dijo nada, pero sospecho que todos supusieron que tenía mi despacho montado en un campo de tiro.

Llegada la hora del entrenamiento, los niños accedían al polideportivo y yo seguía una hora o dos más confinado en mi asiento de conductor, dejando las horas pasar, hasta que a las siete y

media u ocho volvían contentos y sudorosos y ponía rumbo al domicilio de los abuelos, donde llegábamos a tiempo de cenar y distribuirnos como podíamos por los inverosímiles camastros. Como *modus vivendi,* era delirante. Hay traficantes de droga que llevan un estilo de vida más ordenado.

No muy lejos de las instalaciones deportivas había un Starbucks. Se me ocurrió que podía ser un lugar agradable para pasar la tarde, pues sus cómodos sillones son una invitación a quedarse allí horas. La única pega es que no están disponibles para todo el mundo, sino solo para quienes consumen. Pensé entonces que el coste de un *espresso* y tal vez una *cookie* nos daría derecho a permanecer en el agradable local al menos hasta que empezara el entrenamiento. La idea era pedir el café y la galleta para mí y llevar preparados, como de costumbre, unos soberanos bocadillos para mis hambrientos retoños. Antes de entrar, les aleccioné. «Escuchadme con atención, muchachos —les dije—. En cafeterías, bares y restaurantes no permiten consumir productos traídos de fuera. Cuando nos sentemos, no os quitéis los abrigos. Esconded los bocatas en ellos, cerca del sobaco, y, disimuladamente, de vez en cuando, les dais un bocado y volvéis a ocultarlos. ¿Me habéis entendido?» Les hice repetir las instrucciones tres veces para cerciorarme y acto seguido repartí los bocadillos, que ese día eran de chorizo de Pamplona. Los chicos no solo las entendieron de maravilla, sino que, tomándoselo como un juego, practicaron el metesaca de bocadillo con minuciosa pericia. Pero no contaba con el olor. En cuanto rasgaron el papel de aluminio, una intensa peste a embutido impregnó el local, arruinando esa atmósfera de *chill out* cafetero que lo caracteriza. La gente entraba y hacía un mohín. Empleados y clientes no tardaron en detectar de dónde procedía el tufillo y nos dedicaban miradas de profundo escrutinio de las que, no obstante, no podían extraer nada en claro, pues los bocatas no se veían por ninguna parte. Yo me había propuesto trabajar, pero no podía concentrarme en la pantalla de mi portátil, de lo ocupado que estaba oteando el horizonte. Cada vez que sorprendía a alguien mirándonos, cogía mi galleta, se la mostraba y sonreía con un gesto de: «¡Exquisita!». Recurrimos a este alambicado sistema una sola vez. Entre que yo no podía trabajar, el mal rato que pasaba temiendo que nos expulsaran a patadas y el miedo a acrecentar en mis hijos ese instinto de picaresca que todos los españoles traemos de serie, se me quitaron las ganas de repetir.

Este cúmulo de atrocidades me llevó a la irrevocable decisión de buscar piso. Para alquilar una vivienda solo hacen falta dos cosas: una nómina (que tengo) y buena presencia (que derrocho), requisito este último imprescindible para que el casero se convenza de que no eres un *okupa*. El único problema era el económico: a primeros de cada mes, según recibía mi nómina, la ingresaba casi en su totalidad en la cuenta de la madre de mis hijos, en concepto de pensión de alimentos y la mitad del pago de la hipoteca de la casa en la que ellos tres seguían viviendo, de la que aún era propietario al 50 %. Ahora comprendes por qué había dado con mis huesos en casa de mis padres, ¿no?

La parte buena era que, si encontraba un apartamento que estuviera situado a medio camino entre el colegio de los niños y mi trabajo, podría ahorrarme una pasta en gasolina. Hice números,

y el resultado no fue precisamente alentador. Disponía, eso sí, de unos pocos ahorros con los que podía ir tirando. No entraba en mis planes dilapidarlos, pero cuando estás en una situación desesperada (amigos divorciados y amigas divorciadas, sé que me entendéis), te acostumbras a vivir el presente.

En un primer momento piensas que cualquier cosa te vale. ¿Un estudio de 30 metros cuadrados con cocina integrada, cuarto de baño del tamaño de un armario y espacio suficiente al menos para insertar un sofá cama y una litera? Perfecto. No había más que complementarlo con una mesa y unas sillas, que lo mismo sirvieran para comer que para estudiar. Por 60 euros las encontré en un catálogo de Ikea. Tenían un aire rústico espantoso, pero me daba igual todo: la cuestión era escapar de la casa de mis padres. Imagino que cuando un preso sale de la cárcel no concede mucha importancia al hecho de que al otro lado esté esperándole un Jaguar o un Panda: lo que quiere es poner tierra de por medio.

Pero algo me hizo cambiar de opinión.

Como puedes adivinar, cuando me acostaba por las noches —ya fuera en mi cama de jovencito o en el ajado tresillo del salón—, no podía pensar en otra cosa. Tantas vueltas le daba, que tardaba mucho en conciliar el sueño. Créeme si te digo que, en mi situación, es fácil entrar en barrena. Has cumplido cuarenta y tantos y, mientras ves a amigos y conocidos de tu edad con la vida resuelta, tú no tienes dónde caerte muerto. Sentía que estaba inmerso en un periodo de transición, camino de alguna parte, aunque no supiera cuál. Para compensar la creciente angustia, me visualizaba en mi nueva casa, y verme, o vernos a mí y a mis hijos, en un cuchitril impersonal no aliviaba mucho mi zozobra. No sé por qué todavía consideraba la casa familiar como mía, pero una noche, mientras contemplaba las formas que las tenues luces dibujaban en las cortinas, fui perfectamente consciente de que ya no lo era: que jamás volvería a poner un pie en ella. Me gustaba aquella casa no solo porque era grande y tenía buena distribución: me gustaban los colores de las paredes, que amorosamente habíamos elegido mi ex y yo hacía un porrón de años; las fotos de nuestros viajes por el mundo llenando cada rincón y aquel cuadro que compramos en París y el cartel de *Lo que el viento se llevó* que salió de no sé dónde; me hacía muchísima gracia el letrero de «Caballeros» que pusimos en la puerta del baño del pasillo, para distinguirlo del aseo del dormitorio, que solo usaba ella; me enternecía la estantería donde se mezclaban sus libros de arte y mi colección de coches en miniatura; me chiflaban las fotos de los niños que, desde su nacimiento, íbamos enmarcando y adosando a la pared de detrás del sofá, de modo que al entrar en el salón eran lo primero que veías; me había encariñado con los muebles coloniales, pero no porque fueran de estilo colonial, sino porque en el momento de escoger los habíamos preferido a los étnicos o a los minimalistas (con los que me habría encariñado igual de haberlos escogido); me encantaba que fuese una casa recargada, cálida, vivida: que fuese un verdadero hogar. Esa sensación de pérdida, no ya de una vivienda como techo bajo el que cobijarse, sino de un hogar, me sobrecogió. Y me di cuenta de que una casa, así

sin más, no me valía como destino de mi transición; me urgía encontrar una donde pudiera crear un hogar.

De pronto, me sentí mucho más animado. Empecé a hacer planes que eran tan halagüeños como factibles, puesto que no requerían desembolso económico o, al menos, no excesivo. Mi gran pasión son los deportes de motor (como ya habrás adivinado por un par de datos que he deslizado y alguna metáfora empleada), y entre las pocas cosas que me llevé de mi antigua casa cuando partimos peras estaba un maravilloso póster enmarcado de Ayrton Senna y la ya citada colección de coches en miniatura. ¡Podría comprarme una sencilla vitrina para exponerlos! ¿Y qué tal, en la habitación de los niños (a quienes había contagiado la afición), una alfombra con motivos automovilísticos? ¿Y si...? Bueno, no soy lo que se dice un manitas, pero ¿y si comprase un par de neumáticos viejos con sus respectivas llantas en algún desguace y los utilizase como base para una mesa de centro, colocando encima una simple plancha de cristal? ¡Oh, y pondría mi colección de ejemplares de *Car and Driver* esmeradamente encuadernados en una estantería preferente, junto a la vitrina! La noche que pensé todo esto no pegué ojo, pero de emoción.

El estudio de 30 metros cuadrados ya no me servía (la mesa y las sillas de Ikea tampoco). Necesitaba algo más de espacio, y, sobre todo, un hogar bonito, acogedor, que plasmara mis gustos e inquietudes; que, en definitiva, fuera mi reino, mi refugio. Solo así podría dejar de andar a la deriva y empezar de cero y rehacer la vida como todos nos merecemos.

Todos estos detalles ornamentales podría ir incorporándolos poco a poco, además. Lo que ya no podía esperar era alquilar un piso. Resultaba apremiante, pero ya no por la necesidad de huir de algo, sino por la de ir al encuentro de otro algo.

Subí un poco el listón de la búsqueda y comprobé a qué precios se estaban alquilando los pisos de dos habitaciones en la zona que me interesaba (una sería para mí y mis seguros ligues; en la otra emplazaría una litera para los chicos, además de la alfombra con motivos automovilísticos). Solo, lo que se dice solo, nunca había vivido. Todo lo más, había compartido piso con dos amigos cuando en mi época estudiantil me trasladé a otra ciudad para cursar la carrera. Después me eché una novia, y vivimos juntos una temporada, hasta que aquello terminó. Por tanto, me mantenía ajeno a una flagrante realidad: un piso para uno no cuesta la mitad que uno para dos. Es decir, que cuantas más personas habitan en una vivienda, más barato sale. Aun así, tiré otra vez de calculadora, y descubrí que, economizando en gasolina, recurriendo mínimamente a los ahorros todos los meses y tal vez privándome de algunos gastos superfluos, podía acceder a lo que necesitaba. Activé las notificaciones en las típicas aplicaciones de agencias inmobiliarias y, en septiembre, me sumergí de lleno en el proceso de rastreo.

Resultó que en mi zona ideal salían muy pocos pisos. Apenas uno al mes. La demanda, en cambio, era altísima: en mi situación, o con distintas motivaciones, había otras 50 personas buscando la aguja en el mismo pajar. Esto era como estudiar para unas oposiciones en las que solo valiera el salir el primero de la promoción. Recibía una notificación, y en lo que tardaba en ver las fotos y llamar, ya se me habían adelantado cinco. La siguiente vez llamé sin ver las fotos,

en cuanto un bip de mi móvil me avisó de: «¡Un piso nuevo en tu búsqueda!»; se me adelantaron tres. Pese a todo, cuando hablaba por teléfono con el encargado de la agencia, trataba por todos los medios de que me pusiera el primero en el orden de visitas. Pero ni mis ruegos, ni mi encanto, ni (¡ni siquiera!) mi sensual timbre de voz lo hacían posible. Con todo, acudí a inspeccionar algunos antros cuyos contratos no habían terminado de firmarse. «Hay una persona muy interesada», solía decir la agente, y yo creía que era el clásico farol para que me arrojara a sus pies suplicando de rodillas que me lo alquilara en ese mismo instante costara lo que costara. No tardó en revelárseme que no había farol que valiera: que realmente había una persona muy interesada, y en lo que hacía o no la transferencia, la comercial de la agencia no perdía nada enseñando el piso a un pobre diablo para, en caso de que la avanzadísima negociación se frustrase por alguna razón, tener un plan B. Uno de esos antros sobre los que se cernía una amenazante prerreserva era, en realidad, un estupendo piso que colmaba mis expectativas. Pero la cocina era más pequeña de lo que había supuesto y la entrada al garaje, en curva, representaba un desafío a la habilidad incluso para un conductor de pericia contrastada como yo (y como bien sabes, para los amantes de los coches un simple arañazo equivale a una semana de insomnio). De modo que, aunque por lo demás encajaba, dije que me tomaría un par de horas para pensarlo. Tras un breve paseo meditativo por el barrio, decidí que me importaba un comino la superficie de la cocina y que, si había alguien capaz de franquear con éxito la puerta del aparcamiento, era yo. Huelga decir que cuando llamé, al cabo de solo veinte minutos, el indeciso o la indecisa había apretado el acelerador y cerrado la operación. La agente me informó de ello audiblemente consternada, y me comunicó que esperaba que a final de año saliera en alquiler otro piso en la misma urbanización. «Llámame antes incluso de que publiquéis el anuncio», imploré.

Sí o sí, había que conseguir la *pole position.* Al quinto o sexto intento lo logré.

Por las fotos (que miré después de llamar), era un piso precioso: amplio, recién reformado, muy luminoso. Disponía incluso de una terraza de considerables dimensiones. Daba gloria verlo. Lo alquilaba un particular. Aunque yo no había sido el primero en llamar, conseguí, a fuerza de mucho insistir y con la excusa de que no podía visitarlo a la hora que el dueño prefería por cuestiones de trabajo (cosa que era cierta y, además, me presentaba como un honrado ciudadano cumplidor de sus obligaciones), colocarme el primero de la lista. «¡Esto está hecho!», pensé. El único motivo que podía frustrar el negocio era que el piso, una vez lo visitara, no me gustase. Dependía de mí y solo de mí. Me producía especial regocijo pensar en el momento de llevar a mis hijos a verlo. «¡Vamos a un sitio sorpresa!», les diría. ¡Ay, cuando vieran su desahogada habitación y esa magnífica terraza! Esa mañana me puse mi mejor traje de hombre solvente y allá que me fui.

Examiné las distintas estancias: las fotos no les hacían justicia. Todo era más grande, soleado y diáfano de lo que había previsto. Así que me dirigí al dueño y le dije:

—Está muy bien el piso. Es lo que busco. —Y como sabía que debía actuar con rapidez, añadí —: Deme un número de cuenta y ahora mismo le realizo el pago. O, si lo prefiere, bajo al cajero

y le doy una cantidad en efectivo a modo de señal.

El tipo calló unos segundos y respondió:

—Pues, verá, resulta que he quedado con otras siete personas que están interesadas...

—¡Pero yo lo he visto primero!

—... y quiero enseñárselo a todas.

—Le estoy diciendo que se lo pago ya.

—Las otras siete personas estaban dispuestas a pagarlo sin verlo.

Mi cara estaba como si la hubiera acercado a una parrilla.

—No comprendo. Yo he sido el primero en verlo, me ha gustado. Por tanto, no veo razón...

—Quiero que todos tengan las mismas oportunidades —explicó tan campante—. Al final del día, decidiré a quién alquilárselo. Descuide, que sea cual sea el veredicto, le llamaré.

Salí de allí echando humo. Para una vez que había conseguido ser el primero, ¡me había topado con El Justiciero del Alquiler! Si lo analizaba detenidamente, el asunto era aún más incomprensible: el dueño estaba en su derecho de alquilar la casa a quien le diera la gana, pero ¿en base a qué?; ¿qué criterio iba a aplicar para la elección? Seguramente yo no era el candidato más pudiente, ¡pero él no lo sabía! En ningún momento me había preguntado por mis ingresos, ni había tratado de soslayo de indagar acerca de mi solvencia económica o mi situación laboral. ¿Pensaba guiarse solo por el aspecto físico? ¿Se inclinaría por el más alto, el más bajo, el más rubio, el más moreno, el más gordo o el más delgado? Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Me sentí como si estuviera participando en un *casting*, solo que sin saber lo que se pedía de mí. Indignado, no tardé en comentar la aciaga experiencia con varios amigos, y todos se mostraron igual de estupefactos. Por la noche, incluso se lo conté a mi madre. Y me dio la razón: prueba irrefutable de que la tenía.

Al día siguiente el dueño me llamó.

—Lamentablemente no es usted la persona elegida —dijo.

A esas alturas yo ya me había hecho a la idea.

—De acuerdo. Gracias por llamar.

—Ha estado entre los finalistas —añadió. Definitivamente, era imbécil perdido.

—¿Puedo preguntarle en qué se ha basado para la elección?

—Bueno, en nada en concreto...

—¿En nada en concreto? Ha sido cuestión de *feeling*, entonces.

—Puede decirse que sí. ¡Espero no haberme equivocado! —exclamó con la candidez propia de un pasivo-agresivo.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no expresarle, por medio de palabras malsonantes, lo que opinaba de él y de su método. Pero me di cuenta de que, si le soltaba cuatro improperios, conseguiría que él pensara: «¡Menos mal que no he elegido a este energúmeno! ¡De la que me he librado!». Solo podía vengarme haciéndole sentir mal, y la única manera de conseguirlo era

mostrarme como un auténtico señor, un caballero, lo que sembraría dudas en torno a su decisión: «A lo mejor debía habérselo alquilado a este, que es tan educado».

—Muy bien, lo comprendo. Le deseo buena suerte —murmuré.

¡Para que luego diga mi madre que tengo mal carácter!

Coincido contigo, querido lector, en que no hace falta estar divorciado para cruzarse con un cretino de semejante calibre. Esta variante de la especie humana está, por desgracia, muy extendida, y nadie puede sentirse a salvo de tropezarse con alguno de sus individuos, en cualquier sitio e independientemente de su estado civil. Pero no pude dejar de preguntarme: ¿habría sido distinto si en vez de comparecer yo solo en el piso en cuestión hubiera acudido en pareja, en plan tortolitos encantadores? ¿Da mala espina una persona sola? ¿Llevaba escrito en la frente: «Estoy divorciado y al borde del precipicio»? ¿Temía el ínclito propietario que su casa, lejos de convertirse en un dulce nidito de amor, se transformara en la covacha de un borracho, en un laboratorio de éxtasis o una plantación de maría? ¿O que la llenara de gatos? ¿Somos las personas solas sospechosas? En lo que a aquella visita se refiere, solo una cosa saqué en claro: yo sí que me libré de una buena. ¿Te imaginas lo que puede acarrear el tener a un idiota así de casero?

Quizá había sido culpa mía: al querer cerrar tan impulsivamente el trato, no llegué a contarle nada sobre mí con lo que pudiera empatizar. Probablemente, otros le soltaron un rollo sobre su profesión o su familia o su lugar de origen que dio pie a una tertulia animada y terminaron cayéndole bien. Así, que, si estás en la misma situación, elabora un relato (no importa que sea inventado al cien por cien), provoca una charla distendida y posiblemente tendrás algo de terreno ganado.

La paciencia es otra de mis virtudes, pero estaba empezando a perderla. Pasó octubre, y en noviembre solo pude optar a un piso, pero cuando llamé me dijeron que era una vivienda protegida. Ignoraba si se refería a que tenía cimientos muy sólidos que la hacían resistente a terremotos, y cuando pregunté al respecto me notificaron que solo podían aspirar a ella personas con determinados ingresos y que no fueran propietarios de otra vivienda. Y yo, maldita sea, seguía poseyendo la mitad de la casa familiar. Le pinté al tipo de la agencia un breve bosquejo del asunto (prefería ir de frente para evitar posibles problemas posteriores), y me respondió que no cumplía ese requisito y que, por tanto, el piso no podía ser para mí.

Por suerte, en diciembre, la chica de la agencia que me había enseñado la primera casa —la de la cocina estrecha y la entrada al garaje diseñada para que se luciera Carlos Sainz—, cumplió lo prometido: en cuanto se puso en alquiler otro piso de la misma urbanización, me llamó. Le propuse quedar en la vivienda para firmar el contrato; la idea era poder echar antes un vistazo a fin de cerciorarme de que no había cadáveres en los armarios. Accedió; me personé con la documentación requerida y, como el piso estaba en óptimas condiciones, me hice con él.

Había conseguido lo más difícil; ahora solo faltaba llenar la estancia de cosas. No tenía absolutamente nada, excepto mis cacharros a escala, el póster de Ayrton Senna y alguna

chuchería más. Lamenté no haber aparecido con un aparador a cuestas el día que recalé en casa de mis padres, pero la verdad es que ni caí en la cuenta de llevarme algún mueble de mi antiguo domicilio, ni me habría cabido en las manos. Necesitaba adquirir todo lo que normalmente compone un hogar, y, aunque parezca lo contrario, si lo piensas son muchos enseres. Y no tenía un duro. Por suerte, la cocina estaba equipada, aunque no tenía lavavajillas. Evidentemente, podía pasar sin él, pero no me daba la gana: no sabes lo que ensucian mis hijos cuando se sientan a comer. Dejan la mesa como si unos marineros vikingos hubieran invitado a cenar a Atila y los hunos.

Reflexionando sobre el asunto, llegué a la conclusión de que podía ir amueblando el piso poco a poco. Así que cogí un folio y redacté dos listas, una con elementos básicos de habitabilidad (EBH) y otra con elementos secundarios (ESH). En la primera consigné mi cama, la litera para los chavales, un sofá y una mesa (que sirviera tanto para comer como para que los niños se sentaran a hacer sus deberes). ¿A qué llamo yo «elementos secundarios»? Un espejo para la entrada, por ejemplo. Mira que me gusta comprobar antes de salir si llevo bien anudada la corbata; pero el espejo del cuarto de baño cumple exactamente la misma función y con la misma precisión. Un mueble zapatero, una mesita de centro, las mesillas de noche... Todo eso es ESH de manual.

Con respecto al lavaplatos, un amigo me habló de un matrimonio que vendía electrodomésticos de segunda mano. Les llamé, y tuvieron la gentileza de enviarme por WhatsApp fotos de su nada desdeñable *stock*. Tenía una pinta bastante aceptable. Pero no sabía qué modelo elegir, así que les telefoneé.

—¿Qué antigüedad tienen estos lavavajillas? —quise saber.

—Ah, eso no lo sé —dijo la amable señora.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Pero están todos revisados.

—Bueno, ya. Pero creo que no es lo mismo comprar un aparato con un año de uso que otro que salió al mercado hace doce.

La vendedora no supo qué responder: lo mismo que si le hubiera preguntado por la segunda ley de la termodinámica. Resolví acercarme a su almacén y examinar personalmente el cargamento. ¡En qué momento! Quizá los electrodomésticos no estaban mal, pero la cochambre que les rodeaba tiraba para atrás. Puede que revisaran las máquinas, pero lo que es pasar una fregona por el suelo consideraban que no estaba dentro de sus funciones. Junto a lavadoras, lavavajillas, frigoríficos y microondas se apilaban jaulas de pájaros vacías, aperos de labranza, troncos, trapos viejos y utensilios grasientos que no supe identificar. Había mugre por todas partes, óxido en las paredes y, aunque no vi ninguno, seguro que representantes del reino animal acechando en los rincones. El cobertizo apestaba tan intensamente que deseé teletransportarme a la sección de perfumería de El Corte Inglés. Les dije que ya lo pensaría y me despedí educadamente del señor y la señora Diógenes.

Además, tampoco era tanta la diferencia de precio con un lavaplatos nuevo, de modo que me decanté por comprarlo en unos grandes almacenes, cuyos operarios te lo suben a casa y se supone que te lo dejan montado.

El resto de EBH los adquirí de segunda mano, en una de esas aplicaciones de compraventa entre particulares. Jamás se me habría ocurrido recurrir a ellas, de no ser porque mi amigo divorciado, durante una tarde de cañas, me comentó que se había pillado allí una de esas pulseras que lo mismo te dan la hora que te hacen la reanimación cardiopulmonar. «¿Pero no son solo para ropa?», inquirí desconcertado. Me miró como si hubiera hablado en esperanto, y a continuación me informó de que en esa *app* había comprado hasta un microondas, una tostadora y un juego de recipientes para el horno (ha terminado convirtiéndose en todo un cocinillas: ¡quién lo ha visto y quién lo ve! ¡Él, que no había pisado una cocina en su vida!). No tardé en localizar las camas y todo lo demás, a precio inopinado y en bastante buen estado de conservación. En vista de la variedad de producto con el que en estas aplicaciones se mercadea, aproveché para vender algunas camisas que ya no me ponía, dos trajes y el libro *La gran enciclopedia del automóvil,* del que tenía dos ejemplares. No puede decirse que fuera lo comido por lo servido, pero me ayudó a minimizar los gastos.

Cuando los muebles estuvieron montados, llevé a mis hijos a que vieran la casa. No olvidaré aquel día. Les había comprado unas figuras articuladas de Iron Man y Spiderman, sus superhéroes favoritos, que deposité amorosamente sobre sus respectivas almohadas. Quería que el piso les cayera bien, y qué mejor modo para conseguirlo que tener a Tony Stark y Peter Parker en el comité de recepción. Recuerdo que entraron, dieron una vuelta y preguntaron al unísono: «¿Y la tele?». Les dije que de momento no teníamos. Agarraron mi portátil, se tumbaron en una de las camas y se pusieron a ver vídeos de sus *youtubers* predilectos. Ni caso hicieron a los muñecos. El cambio no había alterado sus rutinas, lo que solo podía interpretarse como una buena señal. Desde entonces no han dejado de hacer otra cosa. Son muy metódicos; en eso han salido a su padre.

Si estaba solo, me recreaba en mi *paddock.* Había construido mi espacio a mi imagen y semejanza. Me sentí libre y realizado. Me abría una cerveza y ponía los pies encima de la mesa. Y no había nadie, ni una pareja ni mi madre, que me los quitara de un manotazo.

Y hablando de parejas... Unos meses después conocí a una chica maravillosa, también recién divorciada y con dos hijos. Empezamos una relación, que continúa feliz a día de hoy. Se llama Victoria, es pelirroja, muy buena, muy guapa y muy lista, de esas personas que saben un poco de todo. Lejos de horripilarle mi motorizada decoración, se identificó plenamente conmigo y hasta me ayudó a elegir la alfombra del salón: a cuadros blancos y negros, como las banderas que indican el final de las carreras. Asegura que soy su campeón.

¡Y le gusta mi carácter!

Esperanza quiere empezar una nueva relación

Acto I: Obsesión

Transcripción parcial de las sesiones de terapia cognitivo-conductual de Esperanza B. con doña María Ángeles Piernas Gómez del Butrón, psicóloga especializada en problemas de pareja y *coach* profesional. [1]

5 de octubre

Esperanza: No me gustaría que pensaras que estoy desesperada.

Señora Piernas: Yo no pienso.

Esperanza: ¿Cómo que no piensas? Todo el mundo piensa. Todo el rato. Si tú no piensas..., estamos apañadas. Te pago para que pienses por mí. Bueno, no exactamente. Te pago para que me ayudes a pensar. Y para ello, debes pensar tú antes.

Señora Piernas: Obviamente pienso. Pero me cuido muy mucho de emitir juicios de valor sobre lo que me cuentas. A menos que me reveles que has cometido un asesinato, nada está objetivamente bien o mal.

Esperanza: Como sigas en ese plan puede que cometa uno.

Señora Piernas: Detecto agresividad. ¿Te pone agresiva esta situación?

Esperanza: ¡No! ¡Joder! ¡No!

Señora Piernas: Vale. Me has convencido.

(Unos segundos de silencio.)

Esperanza: ¿Qué estás pensando ahora?

Señora Piernas: ¿No debería hacerte esa pregunta yo a ti?

Esperanza: Oh, Dios.

Señora Piernas: De acuerdo. Estaba pensando... A ver cómo lo digo. Según se deduce de nuestras conversaciones anteriores, tu matrimonio, o, mejor dicho, el tramo final de tu matrimonio, fue una experiencia poco satisfactoria.

Esperanza: Por decirlo de una forma suave, sí.

Señora Piernas: Entonces ¿por qué ese deseo irresistible de volver a estar en pareja?

Esperanza: Siempre he estado en pareja. Me gusta estar en pareja.

Señora Piernas: Estar sola no tiene nada de malo.

Esperanza: ¿Quieres decir que estar en pareja sí?

Señora Piernas: Tampoco.

Esperanza: Pues entonces no estás diciendo nada en absoluto. Es como si comento que me apetece comerme una menestra de verduras y me respondes que comer un filete no tiene nada de malo. ¡Yo quiero una menestra!

Señora Piernas: ¿Estás preocupada por la dieta?

Esperanza: Infinitamente más que tú por retener a los clientes, por lo que veo.

Señora Piernas: Necesitas sentirte de nuevo deseada, ¿no es eso?

Esperanza: Necesito llegar a casa y contarle a mi pareja cómo me ha ido el día. Que él me cuente cómo le ha ido el suyo. Ver una peli acurrucados en el sofá. Cocinar juntos mientras tomamos un vino.

Señora Piernas: Hacer el amor.

Esperanza: ¡Pues sí, claro! Quiero sentirme mujer.

(Carraspeo de la señora Piernas.)

Señora Piernas: Perdóname, pero ahora voy a emitir una opinión: esa expresión es extremadamente desacertada. ¿Acaso una mujer solo puede sentirse como tal en función de lo que represente para un hombre? ¿Estamos en el siglo XIX*? ¿Las Cortes de Cádiz? No, no, no, querida. Eres mujer, tengas relaciones sexuales o no.*

Esperanza: Ya me entiendes.

Señora Piernas: Te entiendo. Pero si no te sientes mujer, ¿te sientes avestruz? ¿Microondas? ¿Te sientes hombre? A ver si lo que vamos a tener aquí es un conflicto de identidad sexual. Y me parece que no es el caso. Esperanza, céntrate. Me preocupa que hayas empleado esa expresión. Anhelas sentirte deseada otra vez, porque en los últimos compases de tu matrimonio no fuiste objeto de pasión, ¿correcto?

Esperanza: Vale, digámoslo así.

Señora Piernas: Y, por supuesto, era culpa de él.

Esperanza: ¡Pues claro! No me ponía una mano encima, ni siquiera me miraba...

Señora Piernas: Si en una relación se acaba el amor, no hay muestras de cariño, no se camina por la calle cogidos de la mano, no se dan besos espontáneamente..., difícilmente se crea el clima adecuado para que surja la pasión.

Esperanza: Lo estás defendiendo.

Señora Piernas: No. A mí él no me interesa. Estamos aquí por ti. Solo intento que hagas un pequeño ejercicio de autocrítica.

Esperanza: Estás aquí defendiéndolo, tratando de que yo me autoinculpe... ¿No va eso en contra de todos los principios de la psicología? Para tu información, esa etapa, la de sentirme culpable, ya la pasé. Hubo un tiempo en que, si él no me miraba, si yo volvía de la peluquería y él ni siquiera se percataba de que algo en mi aspecto había sufrido una transformación, me preguntaba: ¿qué estoy haciendo mal? Cambié de peluquero. Me costó llegar a la conclusión de que yo no estaba haciendo nada mal, que si ya no le atraía

sexualmente era única y exclusivamente porque él había ahogado ese impulso, vete a saber por qué. A lo mejor se estaba acostando con otra, o quizá debería usar el plural. Por mi parte, cuando me miraba en el espejo seguía viendo a la misma chica atractiva a la que quince años atrás él deseaba. Y con mejor cuerpo, gracias a las clases de zumba.

Señora Piernas: Esperanza, no me malinterpretes... Simplemente intento poner el foco sobre ti.

Esperanza: ¿Sí? Pues me ha caído encima y me ha espachurrado. Mira, Mari Ángeles, yo lo intenté todo. ¿Te he contado aquella tarde en la sección de lencería de El Corte Inglés? ¿No? Pues una tarde me presenté en la sección de lencería y me pasé dos horas eligiendo modelitos. Lo más selecto. Nada chabacano. De La Perla para arriba. ¿Sabes cuánto me gasté? 800 euros. En lencería, que se dice pronto. Solo el hecho de elegir las delicadas prendas me hizo sentir bien. La dependienta que me atendió me dijo: «Con ese pecho tan en su sitio, este corpiño le va a sentar de maravilla». ¡Era el primer comentario halagador sobre mi pecho que escuchaba en años! Me entraron ganas de darle propina.

Señora Piernas: Lo entiendo. Qué supone un euro más o un euro menos cuando una se gasta 800.

Esperanza: Luego bajé a la sección de perfumería. En general prefiero comprar perfumes en boutiques *especializadas y evitar los grandes almacenes. Cuando pasas por allí tienes que tirarte al suelo y gatear como un marine si no quieres intoxicarte. Hube de sortear con llaves de kárate a varias azafatas que me ofrecían muestras. En fin, pero ya que estaba allí... Había visto en* Marie Claire *una lista con los diez perfumes más efectivos para despertar la pasión y Eau de Oh! aparecía en primer lugar. Otros cien euros. Llegué a casa. Cenamos como si tal cosa (aunque tuve la precaución de abrir una botella de vino, un Château de Roquefort de 2006 que casualmente andaba por la cocina), acosté al niño y me encerré en el baño. ¿Sabes el trabajo de esos restauradores de arte que dejan como nuevo un retablo del siglo XV? Una mierda comparado con el tratamiento al que yo misma me sometí. Me di una ducha, me depilé... Dejé aquello más liso y reluciente que la pantalla de un iPhone recién sacado de la caja. Me rocié de Eau de Oh!, me embadurné de crema hidratante, me apliqué el sérum como cada noche y me enfundé el corpiño y todo lo demás.*

Señora Piernas: ¿Y...?

Esperanza: Salí del baño y me detuve a la puerta del dormitorio. Él estaba metido en la cama, con su pijama de botones, examinando algunos balances en su iPad; ya sabes que tiene una fábrica de sanitarios. Para forzarle a que me mirara dije: «¿Dejo las luces encendidas?». Me refería a la de las mesillas, las únicas prendidas en ese momento. Aguardé su reacción con los brazos en jarras, la cadera ligeramente ladeada y un ligero mohín que juzgué lascivo. Tendrías que haberme visto. Está mal que yo lo diga, pero parecía salida de un desfile de Victoria's Secret, si las modelos tuvieran treinta y nueve años. Entonces levantó la vista, miró hacia mí unos segundos por encima de sus gafas de lectura y dijo: «¿Es eso una

mancha?». ¡Imagina mi reacción! «¡¿Dónde?!», exclamé alarmada escrutando el corpiño y las medias en busca de algún lamparón de fábrica. Me alegré de no haberle dejado propina a la dependienta. Encendí la luz del techo para ver mejor y en ese instante añadió: «Ah, no, era una sombra, ahí en la pared, justo detrás de ti». ¡Justo detrás de mí! Comprendí que me había vuelto completamente invisible para él.

Señora Piernas: ¿Y qué hiciste?

Esperanza: Devolverlo todo al día siguiente.

Señora Piernas: No, quiero decir: ¿no le preguntaste si le gustaba el modelito?

Esperanza: Ya me había humillado bastante, ¿no crees?

Señora Piernas: Pero habría servido para que se diera cuenta del desprecio que te había hecho. Pero da igual, aquello es agua pasada. ¿El problema es que ahora te sientes sola? No debería ser así: tienes a tu hijo.

Esperanza: Con mi hijo me siento madre, no me siento... mujer.

Señora Piernas: Vuelta la burra al trigo.

Esperanza: No sabes cuánto me reconfortan tus bonitas palabras.

Señora Piernas: Mira, Esperanza, no pienso que estés desesperada por iniciar una nueva relación, pero sí que detecto que se ha vuelto para ti una idea un tanto obsesiva.

Esperanza: Te repito: siempre he vivido en pareja. Conviví con mis padres hasta que me casé. Después me he pasado 15 años cohabitando con un señor que fabrica retretes. Esta situación es completamente nueva para mí.

Señora Piernas: Se nos está agotando el tiempo de sesión, pero antes de que te marches deja que te diga algo. El próximo día tráeme dos listas, una con los beneficios de estar sola y otra con las cosas que te parecen negativas. Analizaremos ambas. Veremos si las ventajas no superan los inconvenientes. ¿Has pensado en lo que vas a ahorrar en lencería? Mientras tanto, observo que deberías intensificar tu vida social. Ojo: no con el objetivo de encontrar un novio en una noche de copas con las amigas o una visita a un museo. Entiéndeme: no es una opción a la que debas cerrarte, pero tampoco es plan de que vayas bajándote un tirante cada vez que te cruzas con un hombre. Sal al cine, al teatro, a exposiciones; apúntate a alguna excursión al campo. Haz muchas cosas, oblígate a crear distintos escenarios. Céntrate en pasarlo bien, en hacer las cosas a tu aire, de disfrutar de la libertad. Piensa en actividades que te hubiera gustado hacer y que no podías por estar casada con el magnate de los inodoros. Disfruta, ríete mucho y empápate de actitud positiva, que es, en el fondo, nuestro mejor escaparate de cara a los demás. ¿Nos vemos en dos semanas? ¿Quieres una chocolatina?

19 de octubre

Esperanza: Aquí tienes la lista.

Señora Piernas: ¿Qué lista?

Esperanza: ¡La que me pediste que redactara con los pros y contras de estar sola!

Señora Piernas: Ah, la lista. A ver, déjame. (Ruido de un folio cambiando de manos.) Pero vamos a ver una cosa. Te pedí que enumerases cosas positivas y negativas. El apartado de positivas está en blanco.

Esperanza: Es que no se me ha ocurrido ninguna.

Señora Piernas: Debes poner un poco de tu parte para que empecemos a ver resultados... Bueno, ¿has salido por ahí? ¿Te has despendolado un poquito?

Esperanza: Mari Ángeles, me da la impresión de que tienes una idea equivocada de mí. Soy una mujer independiente. Siempre lo he sido. Tengo mi grupo de amigos y amigas con los que salgo a cenar. Cuando estaba casada hacía viajes con amigas, sin mi ex. Mi vida social es bastante rica. De hecho, se intensificó en los últimos años de convivencia con aquel témpano de hielo.

Señora Piernas: Lo comprendo. No estoy sugiriendo lo contrario. Pero coincidirás conmigo en que antes tenías pareja y ahora no. Me gustaría muchísimo que te dieras cuenta de que estar sola puede ser vivificante. Ya lo dijo Spielmann: el miedo a estar solo, o soltero, lleva a las personas a tomar decisiones importantes acerca de con quién están dispuestas a salir, si permanecer o no con la pareja actual, hasta dónde llegar en una relación para que alguien no las deje..., decisiones destinadas a evitar dicha soledad. Es una estrategia equivocada, pues las decisiones deben ir encaminadas a buscar lo mejor para uno mismo. Lo que quiero es que llenes tu vida de alicientes que te hagan ver lo enriquecedor de estar sola.

Esperanza: He ido al cine con amigas, al teatro, a cenar... Aunque todo eso ya lo hacía antes. El sábado me dejé convencer por mi amiga Inés para acompañarla a una excursión a la montaña. Pertenece a un club de senderismo, o algo así; no sabía ni que existiesen.

Señora Piernas: Muy bien. ¿Podrías describirme tus sensaciones?

Esperanza: Mmm... Digamos que mi idea de una jornada campestre es otra: pasear, sentarte en una piedra a admirar el paisaje, detenerte un poco más adelante para hacer unas fotos, aspirar aire puro... Había hombres, pero se lo tomaban como una competición. Metían la quinta marcha para tardar lo menos posible en llegar a la cumbre, como si en la cima estuviera esperándoles un juez con un cronómetro. ¿Y esos son los amantes de la naturaleza? Para eso que se dediquen a andar por la calle. Además, ¿crees en serio que puede resultarme atractivo un tipo con pantalones de parches? Seguro que son los mismos que cuando van a la playa se dedican a caminar a ritmo frenético de un lado a otro por la orilla, en vez de bañarse en el mar, que es lo que puede hacerse en una playa que no puede hacerse en otro sitio. Cuando vas a entrar en el agua, debes frenarte si no quieres que te atropellen. ¿No te ha pasado? Deberían instalar semáforos. O de los que salen los domingos a montar en bici con los amigos.

Señora Piernas: Mi marido tiene pantalones de parches y sale a montar en bicicleta.

Esperanza: Ahora entiendo muchas cosas.

Señora Piernas: ¿Has disfrutado de los pequeños placeres de la soledad? ¿Te has servido un vino mientras encendías una barrita de incienso?

Esperanza: Sí, y puse un disco de Chet Baker. Lo cual sirvió únicamente para crear una atmósfera a todas luces contraproducente. ¡Menuda consejera estás hecha!

Señora Piernas: ¿Te has sentado en una terraza para tomar un vermú, solo por pasar el rato?

Esperanza: También. ¿Querrás creer que no se me acercó ningún hombre a pedirme fuego? Sé sincera, Mari Ángeles: ¿te parezco una mujer atractiva?

Señora Piernas: Mucho. De hecho, estoy considerando apuntarme yo también a clases de zumba. De todos modos, me veo obligada a recordarte que el objetivo de esas recomendaciones no era situar hombres en tu radar, sino pasarlo bien, disfrutar de tu independencia. Como dijo Hölzenbein, es recomendable tomarse un año antes de comenzar una nueva relación para readaptarse a la nueva vida, dejar de lamentar el divorcio, desarrollar confianza en la independencia y en la capacidad para resolver cualquier problema. Aunque encontrases ahora al hombre de tu vida, la relación no empezaría con buen pie si no has pasado todas esas páginas. Pero, en fin, veo que no hay quien te saque de ahí. Se confirma que hay obsesión.

Esperanza: Que no estoy obsesionada.

Señora Piernas: Quizá debamos coger el toro por los cuernos.

Esperanza: Tu delicadeza me conmueve.

Señora Piernas: ¿Qué hay de los hombres de tu entorno? En el trabajo, ¿hay alguno que te llame la atención?

Esperanza: Mari Ángeles, tengo a mi cargo a 42 personas. No voy a liarme con un subordinado.

Señora Piernas: ¿Y entre el equipo directivo? Supongo que todos esos CEO, CTO, CSI, CO2, C3PO y C&A no irán a trabajar con pantalones de parches.

Esperanza: Evidentemente, no. Visten traje y corbata, excepto los viernes, que van a la oficina en vaqueros, como estipula el convenio. El CEO decidió que los viernes no se trabajase, y ese día se organizan talleres interesantísimos sobre un montón de disciplinas: expresión corporal, mimo, papel maché, punto de cruz, papiroflexia... Es por la motivación. ¡No sabes lo motivada que sale una después de haber hecho una pajarita de papel!

Señora Piernas: Nos estamos desviando. ¿Algún tipo atractivo e interesante en la cúpula?

Esperanza: No. Están todos felizmente casados con chicas rubias de treinta años. Excepto uno, que es gay, y está casado con un chico rubio de treinta años.

Señora Piernas: ¿Y en el gimnasio?

Esperanza: En las clases de zumba somos en un 90 % chicas. Los pocos hombres que asisten son para verlos, con esas mallas ridículas. Te diré una cosa: prefiero cien veces los

pantalones de parches.

Señora Piernas: Vale, vale, vale. ¿Y qué hay de esas aplicaciones de contactos? ¿Has considerado alguna vez inscribirte en alguna?

Esperanza: ¿Perdona?

Señora Piernas: Esas aplicaciones para conocer gente y, bueno, si se tercia, ligar.

Esperanza: ¡Por supuesto que no! ¿Por quién me has tomado?

Señora Piernas: Están muy extendidas...

Esperanza: Por Dios, Mari Ángeles. No estoy tan desesperada como para entrar en ese inframundo de anuncios por palabras. «Caballero formal, 52, busca chica de 30 a 45, con buena presencia, para amistad o lo que surja.» ¿Qué clase de gente puede introducirse en esos círculos sórdidos? Personas con problemas, sin amigos, de esas que no se duchan y se pasan el día encerradas en casa con las persianas bajadas. ¡Con lo beneficiosa que es la vitamina D! ¿De verdad me estás planteando que una mujer como yo...?

Señora Piernas: Debes ponerte un poco al día, querida. Lo que antes era cutre ahora es cool. *Muchísima gente usa esas aplicaciones. Hoy las personas quieren estar en todas las redes sociales, cada una con una finalidad. Tienen perfiles en Tinder lo mismo que en Facebook, Instagram o LinkedIn.*

Esperanza: ¡Que no! Con un desconocido. ¡Ay, por Dios, qué asco! Nunca he sido de rollos de una noche. Tuve un novio antes de casarme, con el que estuve dos años. Luego conocí a mi marido, y me tiré quince con él. Ahí termina mi currículum.

Señora Piernas: No se trata de que te acuestes con el primero que se cruce, mujer. O sí, si te apetece. Lo que quiero decir es que, en este caso, no debemos marcarnos eso como objetivo.

Esperanza: Pues entonces ya me dirás.

Señora Piernas: Mira, solo a modo de prueba. Una semana. Creas un perfil y compruebas qué se mueve por ahí. A lo mejor aparece un chico simpático que no usa pantalones con parches. Quizá puedes hacerte un nuevo amigo. Eso es. Alguien con quien quedar de vez en cuando para tomar una cerveza y charlar. Eso ya de por sí es bastante agradable, ¿no te parece?

Esperanza: ¿Y tengo que poner una foto mía... como si fuera para un catálogo de escorts? *Ay, madre...*

Señora Piernas: No tienes por qué. Puedes poner una foto de un paisaje, de una planta bonita... Algo que te defina. Un atardecer en Puerto Banús o un primer plano de tu Rolex, creo que eso te va más.

Esperanza: ¡Eh, cuidadito!

Señora Piernas: No pierdes nada por probar. Tómatelo como un pasatiempo, ¿de acuerdo? En la siguiente sesión me cuentas cómo te ha ido. ¿Quieres un caramelo de menta?

Acto II: Euforia

3 de noviembre

Esperanza: ¿Qué te parece? ¡Es muy atractivo!

Señora Piernas: Si te gustan con ojos saltones, sí.

Esperanza: ¿Y este? Le gusta esquiar y montar a caballo, y tiene el título de patrón de barco.

Señora Piernas: Podría colmarte de felicidad, ya lo creo.

Esperanza: Mira este. ¡Qué estilazo!

Señora Piernas: Ese pañuelo al cuello me gusta para mí.

Esperanza: Ay, Mari Ángeles, ¡esto es adictivo! A lo tonto dedico cuatro horas todos los días a examinar perfiles en la aplicación.

Señora Piernas: ¿Y has sacado algo en claro?

Esperanza: ¡Sí! ¡Que estoy buenísima! ¡Cien hombres al día me dicen que soy muy guapa! ¡Tengo la autoestima por las nubes!

Señora Piernas: ¿Al final te decidiste a poner una foto tuya? Bien. Eso va de perlas si necesitas validación. ¿Te has parado a pensar que quizá, no es por quitarte la ilusión, cada uno de esos hombres lanzan los mismos piropos a otras cien chicas cada día, independientemente de su grado de hermosura?

Esperanza: ¿Me estás llamando fea?

Señora Piernas: Dios me libre. Solo intento que ponderes ese aluvión de halagos en su justa medida. Es un juego de seducción, y mientras se limite al ámbito de la comunicación escrita las únicas herramientas de que disponen esos galanes de andar por casa son las palabras.

Esperanza: He hablado con uno. Por teléfono.

Señora Piernas: ¿Y bien?

Esperanza: Oh, todo un caballero. Muy educado. Parece un hombre sensible, además. Es asesor financiero. Dice que en su tiempo libre escribe poesía. Tiene dos hijas y se desvive por ellas.

Señora Piernas: ¡Vaya! Menuda alhaja.

Esperanza: ¿Crees que deberíamos quedar a tomar un vino?

Señora Piernas: ¿A mí me lo preguntas? No veo por qué no. El cara a cara revela muchas cosas, además. De hecho, lo revela todo. Sé de hombres que se han presentado a citas y tenían 30 años más de lo que aparentaban en las fotos. Y 30.000 folículos menos en la cabeza. ¿Quieres un chicle?

17 de noviembre

Esperanza: Nos tomamos una copa de vino en un bar superelegante que ni siquiera yo

conocía. Y mira que tengo una guía gourmet de la ciudad en la cabeza. Era un local nuevo: es un hombre que está a la última. No se conformó con pedir «una copa de vino». Sometió al camarero a un exhaustivo interrogatorio sobre denominaciones, marcas y añadas que me embelesó. Cuando le trajeron el vino no se lo bebió sin más: antes introdujo su nariz en la copa (¡y qué nariz más sensual!; grande, romana) y después centrifugó la bebida en la boca como si fuese un colutorio. Me alarmé un instante porque temí que a continuación iba a proceder a hacer gárgaras, pero no. Se lo tragó y chasqueó un poco la lengua, como para seguir paladeando el caldo. A ver, que estoy acostumbrada a beber buenos vinos, pero ese esmero con el que llevó a cabo el ritual... Me habló de un hombre ordenado y proceloso. Es un hombre exigente. Y yo soy una mujer exigente. En un momento dado señaló con el dedo la pared, donde había colgado un cuadro abstracto y empezó a hablarme de este estilo pictórico con una pasión... A mí, qué quieres que te diga, me recordó a una pintura que tengo en mi habitación, obra de mi hijo a los tres años, dato que estuve a punto de aportar, pero que omití, para no meter la pata, cuando me explicó que él también pintaba cuadros de ese estilo. Así que ya ves: poeta, pintor... Me parece fascinante que un hombre que trabaja con balances y auditorías esconda tamaña sensibilidad. En el fondo es un bohemio; con estilo, pero bohemio. El caso es que se nos pasó el tiempo volando: cuando quise darme cuenta, llevábamos tres horas hablando de trazos y garabatos. Al despedirnos me dijo que al día siguiente tenía que madrugar porque a las ocho firmaba alguna operación por valor de varios millones.

Señora Piernas: ¿Hubo protocolario beso en los labios? Creo que viene recogido en la letra pequeña de los términos y condiciones de la aplicación como trámite obligado.

Esperanza: No, queremos ir poco a poco. Conocernos sin prisas, y lo que tenga que surgir, que surja. No es de esos tipos desesperados por echar un polvo. Eso también me gusta.

1 de diciembre

Esperanza: ¡Ha sido la cita más romántica que he tenido en toda mi vida! Fíjate que lo primero que dijo cuando me vio fue: «Estás preciosa con el pelo así, ondulado». ¡Me lo había rizado con un cepillo eléctrico... y lo había notado! Igualito que mi ex. Luego entramos en el restaurante. Dos estrellas Michelin. Yo lo conocía solo de oídas: no podía ir con mi ex a esos templos gastronómicos. Y nada más sentarnos pide dos copas de champán. ¡He ahí un hombre con clase! Mi exmarido era más de pedir cerveza, y luego pasaba lo que pasaba: por las noches le entraban unos gases inauditos, pero muy audibles.

Señora Piernas: El champán también tiene burbujas.

Esperanza: Pero más finas. ¡Qué maravilla de local! Solo había gente bien vestida. Incluso un chico joven vestido de militar con sus condecoraciones y todo. El muchacho compartía mesa con una señora entrada en años, y cuando los ve, a mi acompañante le da

por inventarse una historia divertidísima acerca de esos dos: que si el chico era un gigoló y la señora, que debía de albergar alguna fantasía en relación con los uniformes, le había pagado para que se pusiera un disfraz. ¡Lo que pudimos reírnos! En serio: no paramos de reír en toda la noche. Ahora que lo pienso, igual las dos botellas de vino tuvieron alguna influencia. ¿Querrás creer que mandó retirar la primera alegando que el vino estaba picado? Eso sí que es moverse por el mundo con autoridad. El sumiller se quedó un tanto extrañado, pues nos habíamos bebido más de la mitad de la botella. Nos lo hizo ver de manera muy educada, pero mi chico respondió: «Como sumiller estoy seguro de que sabe que el vino experimenta un acelerado proceso de oxidación en cuanto se descorcha la botella». ¡Con esas palabras! Dicho lo cual, su apreciación inicial, de tan completamente subjetiva, no podía ser rebatida. Ya sabes cómo son estos sitios de postín: el sumiller nos pidió disculpas y nos trajo otra. En mitad del segundo plato sonó el teléfono de mi hombre. Descolgó y pude oírle decir: «¿Sí?... ¿Cuarenta millones?... Mira, ahora no puedo atenderte... No, lo siento... Ya, ya sé que es importante, pero ahora tengo que ocuparme de algo que lo es mucho más... Pues que espere. Mañana lo hablamos». Y colgó tan campante. ¡Antepuso mi compañía a un contrato multimillonario! La colección de piropos que dedicó durante la cena no es para contarla. Me llama «niña preciosa», concepto que me encanta (viniendo de él; si me lo suelta otro, no lo consentiría) porque engloba dos halagos en uno: el primero sobre mi juventud y el segundo sobre mi belleza natural. A los postres, y como también tenían algo de jazz flotando en el aire como música de fondo, se levantó, tomó mi mano y me sacó a bailar... ¡en medio del restaurante! Imagínate las caras de las mujeres presentes, incluida la señora del militar. Estaban amarillas de envidia. ¡Ni siquiera yo sabía que existiesen hombres así! ¿Y qué crees que sucedió cuando nos trajeron la cuenta? Como es lógico, él se empeñó en pagar, pero por ahí sí que no paso. Soy una mujer autosuficiente, como bien sabes, así que insistí en pagar yo y finalmente se encogió de hombros y aceptó. ¡Un hombre moderno! ¡Si es que lo tiene todo!

Señora Piernas: Ya veo, ya.

Esperanza: Cuando salimos a la calle, me abrazó y nos besamos. Dulcemente al principio, con creciente intensidad después. Nada más separar los labios, me preguntó si quería ir a su casa a tomar una copa. Yo había dejado al niño con una canguro, advirtiendo a esta que llegaría a las doce, pero supuse que un ligero retraso no se lo tomaría a mal. Nada me apetecía más, así que accedí.

Señora Piernas: ¿Y qué tal? Obviamente, no quiero detalles. Solo me interesa saber cómo te sentiste.

Esperanza: Oh, Mari Ángeles... En fin... No sé ni cómo explicarlo. Salió el poeta que lleva dentro y a la vez el troglodita que debía de mantener oculto por ahí. Realmente fue una noche muy cansada, porque me hizo adoptar más posturas que en una clase de yoga. Me habría encantado quedarme a dormir, y de hecho creo que estaba empezando a quedarme frita, pero cerca de las dos me acordé del niño, y de la canguro, di un salto en la cama y me

fui a mi casa. Mari Ángeles, debo agradecerte que me empujaras a meterme en esto de las aplicaciones. De no haber sido así, jamás habría conocido a un hombre como él. Me hace sentir..., suena un poco fuerte, pero me hace sentir que he estado quince años con un mediocre. Creo que podemos edificar una relación de amor sólida, sincera y respetuosa. ¡Ojalá lo hubiera conocido antes!

Señora Piernas: ¿Una gominola?

15 de diciembre

(Ruido de un abrigo colgándose de una percha y de una silla que se corre.)

Esperanza: ¡Maldita sea mi estampa, Mari Ángeles! ¡Qué desgraciada soy!

Señora Piernas: Pero ¿qué ha pasado? Tienes los ojos hinchados, como de haber llorado.

Esperanza: ¡Cómo no voy a llorar!

Señora Piernas: Intenta calmarte un poco. ¿Qué ha ocurrido?

Esperanza: ¡Ha desaparecido!

Señora Piernas: ¿Quién?

Esperanza: El hombre con el que me acosté. Le faltó jurarme amor eterno. ¡Y ahora no contesta mis llamadas! Le he enviado mensajes, pero debe de haberme bloqueado. En la aplicación deshizo el match*, así que ni siquiera por ahí puedo ponerme en contacto con él. ¡Ha desaparecido de la faz de la Tierra!*

Señora Piernas: Hasta donde yo sé es una práctica habitual. Debí advertirte.

Esperanza: Era tan... ¡perfecto!

Señora Piernas: Bueno, te queda el consuelo de haber constatado que no lo era.

Esperanza: Fíjate que me da que ni siquiera era asesor financiero. Que todo eso de la llamada... era un paripé.

Señora Piernas: Si no es porque acabas de decirlo, a mí no se me había ocurrido.

Esperanza: Y encima me acosté con él... No me gusta el «aquí te pillo, aquí te mato». Me siento engañada. Me ha estafado como a una tonta. Tuve relaciones con él por lo que creía que era. Si llego a saber que no merecía la pena, que era un farsante, desde luego que no lo habría hecho. ¡Qué ilusa he sido, Mari Ángeles! ¡Ay! ¡He caído en su trampa como una pringada!

Señora Piernas: Nadie está libre de picar en un caso de esas características. No debes culparte. Debe de ser un auténtico especialista en la materia.

Esperanza: ¡Hombres! ¿Es que solo pueden pensar en una cosa? Menos mi marido..., quiero decir, mi ex. Unos por exceso y otros por defecto, nunca están a la altura. Dios mío, era un depredador profesional. ¡Hasta me hizo pagar la cena! Cómo me engañó: le abrí mi corazón, le abrí mis...

Señora Piernas: Trata de ver el lado positivo.

Esperanza: ¿Acaso lo hay?

Señora Piernas: Quédate con el recuerdo de haberlo pasado bien y con la lección aprendida de que no hay que fiarse de nadie.

Esperanza: ¡Ja! Pero esto no va a quedar así.

Señora Piernas: Esperanza, ¿en qué estás pensando? No puedes hacer nada, se ha esfumado.

Esperanza: ¿Se trata de jugar? Pues juguemos.

Señora Piernas: Espera un segundo. Hoy... (cajón que se abre) en vez de caramelos quiero ofrecerte este blíster. Tómate una de estas cada 12 horas. Es natural, muy suave.

29 de diciembre

Señora Piernas: ¿Cómo han transcurrido estas dos semanas?

Esperanza: Han sido muy entretenidas.

Señora Piernas: ¿Debemos tomar eso como algo bueno o algo malo?

Esperanza: Regresé a la aplicación. Apareció este chico, de unos veinticinco años y cuerpo de gimnasio que lucía en una foto en la playa. Tableta de chocolate que ni Toblerone. Charlé con él y me pareció simpático. Y me dije: «¿Por qué no? ¿Por qué no voy a darme una alegría con un chaval con ese cuerpazo?». ¡Es tan fácil!

Señora Piernas: No me parece ni bien ni mal, pero debo recordarte que en alguna ocasión has deplorado en mi presencia el «aquí te pillo, aquí te mato». Cuando te sugerí que te apuntases a la aplicación era, más que nada, para hacer algún amigo con el que tomarte un vino de vez en cuando. Percibo que has perdido la perspectiva.

Esperanza: Ya no me acuerdo con qué fin me apunté. Mari Ángeles, cuatro horas me paso todas las tardes examinando perfiles; esto es como escoger un hotel para las vacaciones: partes con una idea en la cabeza, pero de tantas opciones que te asaltan en la página web terminas hecha un lío y sin saber qué era realmente lo que andabas buscando. El caso es que quedé con este chico, fuimos a cenar, y a la salida le invité a subir a mi casa. El acto en sí no me gustó especialmente, tanto es así que me preguntó si podía quedarse a dormir y le dije que no. ¿Y a qué no sabes qué ocurrió un par de días después? Entraba en el portal con mi hijo, después de haberlo recogido del colegio, y escucho a mi espalda: «¿Esperanza?». Me vuelvo y me encuentro al chico con un ramo de rosas. ¡Eran de Bourguignon! (Risas.) ¡Pobre chico! Con mi hijo delante dijo que se había enamorado de mí. Acepté las flores y lo mandé a tomar viento fresco.

Señora Piernas: Las personas no son objetos, Esperanza... Tienen sentim...

Esperanza: En el mismo plan he quedado con otros dos o tres. ¿O han sido cuatro?

Señora Piernas: Si ese es tu objetivo a partir de ahora, bravo. Es perfectamente aceptable enfocar una vida sexual en esa dirección. Pero si has entrado en esa dinámica por pura inercia... Además, no puede parecerte bien una manera de actuar que censuras en otros.

Esperanza: Mari Ángeles, ¿no se trataba de disfrutar de la vida? Ahora tengo treinta y nueve; dentro de diez años... Los hombres son muy intransigentes con eso de la edad. ¡Debo aprovechar!

Señora Piernas: Si tú lo dices... ¿Un polvorón?

Acto III: Decepción

23 de febrero

Esperanza: Estos hombres... ¡están como una cabra!

Señora Piernas: ¿Puedes especificar?

Esperanza: El otro día quedé con un chico en un bar. Nos habíamos citado a las siete de la tarde, y como a esa hora es tarde para tomar un café y pronto para atizarse un vino, me pedí un whisky on the rocks. *Él ordenó un zumo de piña, elección de la que pude extraer varias conclusiones acerca de su talante aventurero y su grado de madurez, ninguna positiva. Tras entablar un apasionante coloquio sobre lo necesario de la lluvia en esta época del año, la nueva ordenanza municipal sobre el acceso al centro de la ciudad de vehículos diésel y la huelga que a la sazón había iniciado el colectivo de controladores aéreos, mi acompañante tuvo a bien espetarme, sin preámbulos que me preparase para la escucha de tan extemporáneo relato, los términos en que se había producido el fin de su matrimonio. Una mañana que había salido a comprar cacao en polvo, crema de verduras y una botella de zumo de piña al supermercado anexo a su domicilio, se había encontrado, al regresar a este, a su esposa yaciendo en la bañera, víctima de una sobredosis de pastillas para dormir. Ni los desesperados intentos de reanimación por su parte, después de haber depositado las bolsas con las viandas en el suelo, y quiero creer que antes de depositarlas en el frigorífico, ni los urgentes y más expertos procedimientos de la dotación médica que en cuestión de minutos, a bordo de una ambulancia, se materializó en la vivienda atendiendo su precipitada llamada, habían surtido el efecto deseado, a resultas de lo cual su estado civil cambió de casado a viudo en lo que se tarda en bajar a un colmado.*

Señora Piernas: ¡Madre del amor hermoso!

Esperanza: Eso mismo pensé yo. El caso es que, presa de la confusión, no fui capaz en aquel instante de conceder veracidad a la fatídica narración, pero sí de juzgarla del todo inapropiada para una primera cita, digamos, romántica, por cuanto no predisponía precisamente a encender la pasión, amén de resultar incompatible con el objetivo, obligado en estas lides, de causar buena impresión en la otra persona, o sea, yo. Quizá solo quería dar pena, a fin de lograr que la conmovida oyente femenina (o sea, yo) lo abrazase y aplastara su voluminosa cabeza contra su seno (el mío). Desconozco cómo reaccionaron mis antecesoras al tener conocimiento de la dantesca crónica, pero yo no pude por menos que establecer una

relación de causa-efecto entre la personalidad del muchacho, bien es cierto que, apenas conocida por mí, y el aciago destino de la mujer con quien en otro tiempo había compartido la alegría de vivir. Llegados a este punto hice un par de gestos al camarero, mediante un lenguaje de signos internacional (señalando con el dedo índice el vaso vacío y con el pulgar el morrillo) le pedí otro whisky, me lo bebí de dos tragos, capeé un repentino ataque de tos y comuniqué a mi contertulio que se me había hecho tarde y debía abandonar con prontitud su gratísima compañía. Hete aquí que salimos a la calle y me suelta: «Soy capaz de hacer cien flexiones en un minuto. ¿Quieres verlo?». Y sin darme tiempo a responder (iba a alegar, obviamente, que no tenía el menor interés), se tumba en la acera y... Como puedes suponer no sabía dónde meterme. Bajo ningún concepto estaba dispuesta a convertirme en testigo ocular del bochornoso espectáculo, así que volví la vista hacia el escaparate más cercano, que resultó ser el de una copistería. Dado que aún no eran las ocho, el establecimiento permanecía abierto. Se me ocurrió que podía entrar y solicitar que me hicieran una fotocopia del DNI, no porque la necesitara, sino porque una nunca sabe cuándo va a necesitarla, pues ya sabes cómo funciona la burocracia en este país: mucha tecnología, pero al final sin una copia del documento de identidad no vas a ningún lado. Así que entré y conminé al dependiente, un señor entrado en años ataviado con la chaquetilla añil propia del gremio, a que sacara la aludida fotocopia, cosa que hizo con premura y precisión a cambio de solo cincuenta céntimos. Por unos segundos me detuve a reflexionar sobre cómo podía subsistir este tipo de negocios, porque ya no es que te hagan una fotocopia (por las dos caras) por cincuenta céntimos; es que les llevas doscientos folios para imprimir y te cobran diez. ¡Qué baratos se venden nuestros árboles! Una vez me hubo entregado el folio, cuya temperatura rondaba los 60 grados como consecuencia de su veloz tránsito por los rodillos de la máquina (cosa que agradecí, porque estaba fresca la noche), lo doblé cuidadosamente, lo introduje en mi bolso y salí a la calle justo en el momento en que el pundonoroso atleta se ponía de pie. «¡Ya está! ¿Qué te ha parecido?», barboteó, todo sudoroso, mientras se sacudía las manos de la inmundicia callejera. «Bravo —respondí—. Y ahora, si me perdonas, debo irme. Le dije a la canguro que llegaría a las ocho y son... uy, ¡qué tarde! Encantada de conocerte.» Lo cual era falso porque ese día el niño estaba con su padre. Entonces el esforzado chico se acercó con intención de endilgarme un abrazo de despedida, y por ahí yo ya sí que no pasaba, así que no me dejó más opción que chillar: «¡Ni se te ocurra ponerme esas zarpas encima de mi Carolina Herrera!». Fue el momento más tenso de la velada.

Señora Piernas: Claro, es lo peor que podía haberte pasado en compañía de ese alegre caballero.

Esperanza: Al día siguiente, pese a todo, quedé con otro varón. Por la descripción que él había subido a la aplicación deduje que se trataba de alguien con fino sentido del humor. La mayoría se decanta bien por enumerar sus destrezas gimnásticas y su pasión por los viajes (que suelen encuadrarse dentro de los confines de la península ibérica, no te creas), bien por

dejar explícita constancia de sus aptitudes en artes amatorias. ¡Qué pereza, la virgen! Este muchacho, en cambio, ponía: «Busco compañera para jugar al ajedrez». ¡Me hizo soltar una carcajada! El ingenio y la agudeza no abundan en ese mercado de ganado. Chateamos un rato, y convenimos en vernos esa tarde-noche en un bar del centro. Total, que allí me presenté, con los veinte minutos de retraso de rigor, y era tal la multitud que a esa hora se agolpaba en el casco antiguo que me vi incapaz de identificarlo. De modo que le envié un mensaje apremiándole a que se manifestara. Y me contesta: «Soy el que lleva el tablero bajo el brazo». ¿Tú te crees? A base de empujones, pisotones, coscorrones y alguna patadita en los... tobillos conseguí esquivar a la concurrencia y ponerme a salvo del émulo de Kaspárov.

Señora Piernas: Bien hecho. Podría haberte dicho eso de: «Voy a tratarte como a una reina» a saber con qué aviesas intenciones.

Esperanza: Un día después (ya te digo que esto es un no parar), me cité con un chico a quien, tras ignorar que en la foto salía con la camisa desabrochada hasta el ombligo y luciendo un colgante de lo más hortera en el cuello, además de un pendiente en una oreja, un tatuaje de alfabeto cirílico a un lado del cuello y los dedos amarillos de nicotina, juzgué muy atractivo. Era esloveno, ucraniano, letón o egipcio, de algún lugar de por ahí. Tenía alguna relación con la industria del circo. Cuando me recogió en su coche, un modelo deportivo, me di cuenta de que era idéntico al de mi exmarido, solo que de fabricación anterior; carecía de algunos detallitos imprescindibles, como la empuñadura de cristal de Bohemia en la palanca de cambios y un espejo de cortesía conectado a no sé qué aplicación de filtros de Internet, en el que cuando te miras puedes verte con orejas de conejo. Como puedes comprender, le hice notar que ese trasto, por lo demás estupendo en cuanto a prestaciones mecánicas, no era tan bueno como el de mi ex, y no veas cómo se quedó... Su tez, blanquísima como es costumbre en su tierra, se puso primero ajamonada, luego verde; plegó el ceño, apretó los labios, infló los carrillos e hizo de sus ojos dos ranuras a través de las cuales me pareció entrever el destello de una lágrima. Chica, si la comparación hubiera sido de índole anatómica no se habría mostrado más devastado. Tras un largo rato de silencio, dos minutos por lo menos, en el transcurso de los cuales no apartó la vista de la carretera, su fisonomía facial regresó al fin a su ser y, supongo que, para romper el hielo, me dijo que tenía preparado un plan sorpresa para la jornada. Detesto las sorpresas, pero comprendiendo que había herido gravemente sus sentimientos, me dejé llevar, no sin antes exclamar con fingida ilusión: «¡Qué es, qué es!». Con silencio y una escueta sonrisilla por respuesta, condujo media hora más hasta que llegamos a uno de esos outlet *de las afueras donde las firmas de lujo despachan excedentes. Pisó el freno, apagó el motor y me dijo que deseaba hacerme un regalo, el que fuera, para lo cual ponía a mi disposición todas las tiendas del centro comercial. No negaré que la oferta resultaba de lo más tentadora, pues aquel emporio consumista albergaba sucursales de Swarovski, Bulgari y otra dedicada por completo a galletas Príncipe de Beckelar, pero, por otra parte, ¿qué razón había para aceptarla? Ignoro si se trataba de una treta para comprar*

mis carantoñas o, simplemente, un intento más de impresionarme, pero da la casualidad de que no siento especial predilección por los citados outlet, *adonde los nuevos ricos acuden para intentar vestirse como los ricos de más rancio abolengo, inútilmente, por cierto, ya que estos no suelen adquirir prendas o artículos de temporadas anteriores. Como verter esta opinión habría sido lo mismo que echarle encima otro jarro de agua fría, accedí a dar con él un paseo por las instalaciones, advirtiéndole antes, para evitar malentendidos, de que no iba a necesitar desenfundar la tarjeta de crédito. Él debió de pensar, no obstante, que algún bolso, reloj o par de pendientes atraería mi atención, por lo que muy ufano me acompañó en el estéril peregrinaje, el cual, al cabo de un tiempo prudencial, se reveló absurdo. Además, con los taconazos que me había puesto ese día no estaba yo para muchas caminatas. Cuando se hizo patente que nos iríamos de allí con las manos vacías, contraatacó proponiendo llevarme a cenar a una marisquería según él de toda confianza, sita también en las afueras. La verdad es que ya eran casi las nueve de la noche y el traqueteo por el parque comercial me había abierto el apetito, así que volvimos a embutirnos en el bólido anticuado en dirección al nuevo destino, que por la somera indicación geográfica creí próximo. Las afueras del restaurante eran distintas a las del* outlet: *se hallaba en el extremo opuesto de la comunidad autónoma. Cuarenta y cinco minutos después estábamos sentados en ese local, ubicado, para mi pasmo, en un destartalado polígono industrial, dando cuenta de una mariscada para dos, una ración de percebes y una botella de Albariño dispuestas con primor sobre un práctico mantelito de papel en una de cuyas esquinas el camarero había anotado previamente, con boli Bic, la comanda. Del mismo material estaba confeccionada la servilleta que el chico procedió a fijar en su cuello, enganchándola al collar de cuero que pendía del mismo, a resultas de lo cual su tronco quedó coronado por el peculiar babero mientras su piloso abdomen se mantenía al descubierto en virtud de su proverbial manía de no abrocharse la camisa. Te estarás preguntando, amiga mía...*

Señora Piernas: ... por qué, con lo exquisita que eres para según qué cosas, no saliste escopetada de ese inmundo bar de carretera.

Esperanza: Podría alegar problemas de movilidad, pues el coche era suyo, pero también es cierto que nada me habría impedido pedir un taxi. Pero, si he de ser sincera, lo que me retenía allí era el físico del muchacho: estaba de muy bien ver. Pero deja que prosiga. Por dar más detalles, te diré que el comedor estaba decorado con motivos marineros, a todas luces elegidos por alguien que no ha pisado un barco en su vida. En un extremo, y sobre un altillo, un televisor emitía el partido amistoso España-Azerbaiyán, y la narración del mismo, por otra parte, extremadamente vehemente, como no podía ser de otro modo dado el enorme calado del encuentro, constituía todo el hilo musical. Respecto al marisco en sí, aunque daba el pego en cuanto a sabor, te diré que muy fresco no podía ser, pues la mañana siguiente me la pasé sentada en el baño víctima de violentos calambres intestinales y acometida de fuertes arcadas. Y eso a pesar de que, en parte por mi marcado escepticismo culinario y en parte por

la voracidad de que mi acompañante hacía gala, destrozando gambas y langostinos a brutales dentelladas, propiciando el lanzamiento de jugos a lo largo y ancho del perímetro de la mesa (en un momento dado tuve que anclarme yo también la servilleta al cuello, so pena de recibir en mi chaqueta, esta vez de Armani, los licuosos pildorazos), apenas probé bocado. Vaciada la bandeja, me preguntó si quería postre, e iba a contestar que no cuando un bramido de «¡Goooool!» inundó la sala, ahogando mi respuesta. Radiante, satisfecho y cubierto de secreciones crustáceas, me dijo entonces, mientras hundía los dedos en un cuenco con agua y limón, que a continuación me llevaría a mi casa, pero que antes haríamos una paradita estratégica para ver las estrellas en un prado desde donde podían observarse con nitidez. «¡A ver si de verdad va a ser un romántico!», pensé. Después de la cena concluí que ya nada podía ir a peor. El prado estaba en otras afueras, a casi una hora de trayecto (y eso que le pisaba bien), de lo que se deduce que en el transcurso de unas cuatro horas recalamos en los tres vértices de la región, si esta fuera un triángulo. Arribados al bucólico enclave, a eso de medianoche, nos tumbamos en la hierba (siempre hay una primera vez para todo), nos cogimos de la mano y nos dedicamos en completo mutismo a contemplar el cosmos, lo que la noche clara invitaba a hacer. Luego el chico se hizo un porro y me lo pasó. Como te digo, siempre hay una primera vez para todo... Cuando no quedaban más estrellas por contar, ni más chinas que fumar, regresamos al biplaza y condujo hasta mi casa, donde nos despedimos cortésmente como dos buenos amigos. Yo me había propuesto no cogerle el teléfono cuando me llamara, pero es que ni siquiera me llamó, así que en paz.

Señora Piernas: Cielo santo, debes de estar agotada. ¡Qué agitación de vida!

Esperanza: Dime una cosa, Mari Ángeles. Ya sabes que soy una mujer calculadora, que lo mío son los balances, los porcentajes, las estadísticas. Puesto que hasta la fecha debo de haber quedado con una docena de hombres, el cien por cien de los cuales eran absolutos tarados, me pregunto si esa cuota puede extrapolarse al total de varones que integran la sociedad, si, por el contrario, es tan solo cuestión de mala suerte o si, peor aún, es que hay algo en mí, una cualidad indescifrable, que atrae a los tontos.

Señora Piernas: Elaborar una respuesta digna de tan minucioso análisis me llevaría más tiempo del que tenemos, pues nos hemos pasado de la hora. Por cierto: ¿nunca antes habías fumado un porro? Hum... Pues mira, hoy, antes de que te vayas, tendré el gusto de compartir contigo... (Ruido de cajón que se abre y de un papelito que se manipula.)

9 de marzo

Esperanza: Dijo que era italiano. ¡Hablaba con acento italiano!

Señora Piernas: Con eso basta, claro. No sé por qué los agentes de aduanas se empeñan en pedir identificaciones, si el acento es suficiente para dar fe de la nacionalidad de una persona.

Esperanza: Además de italiano era dulce, romántico, educado y tenía un aire a Marcello

Mastroianni, de joven, claro. Me dije: ¡este es el que andaba buscando! Solo había un impedimento para dar inicio a una larga y fructífera historia de pasión: vivía en Roma, me aseguró. Estaba aquí por negocios. Era ingeniero (me limito a reproducir sus palabras) y al cabo de unas semanas tendría que partir para Islandia, donde no sé qué petrolera estaba construyendo una plataforma en la elaboración de cuyos planos él había ejercido de máximo responsable. No me dirás que no era un hombre interesante. Nos fuimos a la cama en la primera cita, después de haber cenado en una trattoria*, donde, ahora que lo pienso, es cierto que no tuvo una comunicación precisamente fluida con el camarero piamontés, que mi hombre justificó achacándola a los giros, códigos e inflexiones propios de cada región, a menudo incomprensibles por compatriotas de otras demarcaciones. Y yo que creía que bastaba mover una mano haciendo un racimo con los dedos para que dos italianos se entendieran. Al día siguiente regresaba a Roma, y antes de abandonar suelo español me juró fidelidad eterna y una próxima cita tan pronto como volviera a poner un pie en nuestro acogedor país.*

Señora Piernas: Si cada vez que venía le brindaban tan calurosa bienvenida, no me extraña ese apego.

Esperanza: ¡Pero si ni siquiera venía! ¡Si me da que jamás en toda su vida ha traspasado los Pirineos ni vadeado el estrecho de Gibraltar! Pero deja que prosiga y lo entenderás. Al cabo de una semana recibo una llamada suya: me informa de que se ha adelantado el proceso de edificación de la planta petrolífera y que ha tenido que coger un avión para Islandia. «Ahora estoy varado en una isla y necesito tomar un helicóptero que me lleve a otra cerca de la cual se está construyendo la plataforma», me cuenta. «Pero ha surgido un pequeño contratiempo y me preguntaba si podrías ayudarme», añade. Le pregunto qué ha pasado. «Verás, la tarjeta de crédito de la petrolera no sé por qué razón no funciona y necesito pagar el billete del helicóptero. No me he traído otra, porque suponía que esta sería suficiente para sufragar todos los gastos. Así que..., de verdad me da mucha vergüenza pedírtelo, y te prometo reintegrarte el dinero esta misma tarde, o mañana a más tardar, pero... ¿tendrías la bondad de ingresar 3.000 euros en una cuenta corriente cuyo número voy a darte a continuación?»

Señora Piernas: De fondo se oían pingüinos graznar y el rumor de las olas del mar, supongo.

Esperanza: Se escuchaba Estudio, estadio, *con notable nitidez. Mari Ángeles, ¡era un timador! ¡Quería estafarme! Y yo que creía..., que pensaba que... ¡Me veía pasando largas temporadas en la ciudad eterna! ¡Tomando* cappuccino *todas las mañanas en Via Condotti!*

Señora Piernas: Si es que en esas aplicaciones... no es oro todo lo que reluce.

Esperanza: ¡Pues yo sé de una que me las recomendó!

Señora Piernas: No seas injusta, Esperanza. Yo lo que te recomendé es que te dedicaras a ti misma, pero como te vi tan desesperada...

Esperanza: ¡Que no estoy desesperada, leñe! Lo que estoy es frustrada, decepcionada conmigo misma, pues ahora me doy cuenta de que, teniendo claro un propósito y habiéndome marcado un camino para alcanzarlo, una línea recta, que como bien sabes es la distancia más corta entre dos puntos, me he desviado para trashumar por toscas veredas, oscuras cañadas, sucios arrabales y algún que otro estercolero, donde he perdido el norte, el tiempo, el dinero y si me apuras hasta la dignidad. ¿Por qué? Pues porque como todo el mundo lo hace... Voy a cumplir cuarenta años, Mari Ángeles: ¿no es edad suficiente para saber llevar con decisión las riendas de tu vida? En mi caso está comprobado que no; he hecho bueno el refrán de: «Allá donde fueres, haz lo que vieres». ¿Qué autoridad tengo yo ahora para decirle a mi hijo, que dentro de cuatro o cinco años empezará a salir, que no se sienta obligado a beber solamente porque lo hagan sus amigos? ¡Si yo soy peor! No dudo de que en ese submundo digital haya nobles ciudadanos que busquen lo mismo que yo, pero precisamente su carácter virtual lo convierte en pábulo de lerdos, gañanes, fantoches, truhanes, fulleros, casados de incógnito, tahúres profesionales y, cómo no, donjuanes de baja estofa que han visto el cielo abierto para colmar sus lúbricas apetencias sin necesidad de apoquinar en clubes de alterne. Ignoro si se han realizado estadísticas sobre el tema, pero no me extrañaría que el negocio del lenocinio se haya visto seriamente afectado por la aparición de estas aplicaciones que en muchos casos suplen su función, y gratis.

Señora Piernas: Tengo un amigo escritor bastante obsesionado con los estudios del INE. Puedo preguntarle.

Esperanza: Renuncio, desisto, dimito, tiro la toalla. Centraré a partir de ahora mis esfuerzos en disfrutar de mí misma, como tú dices, y si algún día aparece alguien que merezca la pena...

Señora Piernas: Bueno, bueno. Vamos a intentar ver el vaso medio lleno: al menos te ha servido para percatarte de lo que no quieres. Denoto amargura en tu discurso, así que para endulzarte el día voy a darte un adoquín. Estuve en Zaragoza la semana pasada, por un congreso titulado «Intervenciones sistémicas en terapia familiar y retención de líquidos», y no pude resistir la tentación. No me mires así, que no lo cogí del suelo, ¡es de comer!

Acto IV: Redención

9 de marzo

Señora Piernas: ¡Brillo de ojos! ¡Rubor en las mejillas! Intuyo que hoy traes buenas noticias.

Esperanza: Ay, Mari Ángeles, ¡qué suerte he tenido! ¡La canguro! ¡Ha sido la canguro!

Señora Piernas: Reconozco que ese giro de los acontecimientos no me lo esperaba.

Esperanza: Que no... ¿Me dejas que te cuente o no?

Señora Piernas: Ardo en deseos.

Esperanza: Verás, resulta que cuando por todo ese ajetreo de las redes sociales, de infausto recuerdo, empecé a salir por las noches, tuve que recurrir a los servicios de una canguro para que se quedara en casa cuidando del niño en mi ausencia. Como no conocía a ninguna chica en edad de merecer..., de merecer mi confianza (ten en cuenta que me había mudado después de mi divorcio y era nueva en el barrio), realicé un pequeño sondeo entre vecinas y unánimemente me recomendaron a una jovencita preuniversitaria, también residente en la zona, aunque a cinco o seis manzanas de distancia, a quien describieron como muy agradable a la par que formal y consumada experta en el arte de calentar comida en el microondas. El caso es que la llamé, y en el transcurso de los siguientes tres meses, hasta el día de hoy, he tenido ocasión de corroborar tan favorables referencias. Es más: te diré que mis amigas se quedaban incluso cortas en sus valoraciones, pues cuando yo llegaba a casa a eso de la una o las dos me la encontraba enfrascada en el estudio de sus apuntes de Física en vez de malversando mi suscripción a Netflix, que habría sido lo lógico, mientras el crío dormía plácidamente en su cama, bien cenado y arropado. Pues bien, cada noche, cuando me disponía a entrar en el portal, me encontraba apostado frente al mismo, en la calle, a un señor de muy buen ver, inofensivo en su aspecto, pulcro en su aliño, paseando de arriba abajo como quien espera algo o a alguien, a veces enfundado en un elegante abrigo gris marengo, otras en una soberbia gabardina y al cobijo de un paraguas, si la ocasión lo requería. Al principio me limité a observarlo con curioso desdén, al tiempo que percibía que él me devolvía la mirada, igualmente curiosa, aunque no despectiva. Después de verlo allí como un pasmarote cinco o seis veces le dije: «Buenas noches», saludo al que él respondió con idéntica urbanidad. La semana pasada no me aguanté (lo siento, soy algo fisgona) y como quien no quiere la cosa le pregunté: «¿Espera usted a alguien? No he podido evitar reparar en su presencia aquí esta y otras noches, y dado lo intempestivo de la hora y lo perseverante de su conducta, me ha parecido que aguarda usted con encomiable voluntad la salida por esta puerta de alguien, una mujer quizá, que quién sabe por qué motivo o razón le hace a usted esperar largo rato bajo condiciones atmosféricas adversas sin que estas, ni la demora en su aparición, le lleven a perder la compostura». Esa noche había bebido un poco y si bien es cierto que el discursito me salió del tirón tal que así, es probable que me trastabillara en algún sintagma. El caballero, una vez repuesto de su sorpresa, me contestó con estoicismo: «Es más o menos como usted lo describe». Abandoné la búsqueda de las llaves dentro del bolso, faena a la que me había entregado para mostrarme más casual, y me encaré con él. «Ah, ¿sí? —repuse—. Pues sea quien sea esa mujer, sepa usted que no lo merece, ¡no, señor! Porque el hacerse esperar un poco está bien, yo misma lo practico, pero todas las noches y durante tanto tiempo... A saber, cuánto, porque independientemente de la hora a la que yo llegue, aquí me lo encuentro, perenne como la funeraria. ¿Dónde se habrá visto el tener a un honorable caballero como usted tirado, sí, tirado en la calle una noche sí y otra también, horas y horas, pasando frío y calamidades, mientras esa... mala pécora, porque

no tiene otro nombre, termina de componerse el moño? ¡Habrá que verla! Si tantos retoques necesita es que debe de ser un adefesio...» El hombre me escrutaba estupefacto y mudo, como presa de una súbita parálisis, y cuando por fin pudo recuperar el habla me dijo: «Si he de ser sincero, a mí ella me parece muy guapa. Y, aunque alguna vez me las hace pasar canutas, en el fondo es buena chica. Es a mi hija, que se saca un dinerillo haciendo de canguro, a quien espero aquí muchas noches». En ese instante deseé que la tierra se abriera bajo mis pies y me tragara hasta las más abrasadoras profundidades. Supuse que procedía interponer una rauda disculpa, pero de tan abochornada que estaba ahora era a mí a quien no le salían las palabras, así que por toda respuesta me eché a reír, roja como un tomate; sea por indulgencia con mi patinazo o por solidaridad con mi ataque de risa, el hombre también sonrió. «Uy, yo pensé...», logré decir. «Ya, ya me imagino que...», respondió él. «Qué iba yo a suponer...» «Claro, cómo iba usted a saber...» «Le pido mil disculpas», supliqué. «No las merecen», resolvió él.

Señora Piernas: Nada como dos personas civilizadas.

Esperanza: Y entonces añade: «Si la culpa no es de mi niña, ¡criaturita! La culpa es de la señora que la contrata para que cuide de su hijo. ¡Esa sí que es una mala pécora! Que deja al crío en manos ajenas solo para irse de parranda a saber con quién, o con quiénes, y le dice a mi hija que va a llegar a las doce, ella me lo transmite a mí, y como no estoy por la labor de que la chiquilla regrese sola a casa a estas horas, puesto que no pasa por esta calle transporte público alguno y hay un largo trecho andando, aquí que me planto a las doce, para que luego esa libertina llegue a la una, a las dos o vaya usted a saber cuándo».

Señora Piernas: ¡Ay, madre!

Esperanza: Como si fuera algo que se pudiera contagiar, me embargó entonces a mí la repentina atrofia muscular y la fulminante afasia que tan solo un minuto antes se habían cebado con él, y por toda reacción expulsé una escueta risotada, un «¡ja!» sonoro y brutal que lo mismo podía representar acerada indignación que locura total. Ni yo misma sabía si tenía que reírme o mandar al buen señor a su casa de una patada en el trasero. Durante unos segundos nos mantuvimos ambos en silencio, yo valorando qué postura tomar, él, supongo, intimidado por mi estentórea respuesta. En mi debate interno comprendí que su metedura de pata había sido precedida por otra mía de similares proporciones, si no mayores, y por tanto inferí que no estaba yo capacitada para mostrarme enojada, sino que, por el contrario, debía tomármelo con deportividad, como había hecho él. Así que tras ese primer «¡ja!» dejé escapar otros, me acerqué un poco más a él, le puse la mano en el brazo, como si fuéramos viejos compinches, y le dije: «Ande, ande, suba usted a casa, que aquí está pasando frío, y deje que le invite a una copa de vino, o a un caldito si lo prefiere, mientras la niña recoge sus apuntes de Física; porque al igual que usted está esperándola a ella, ella está esperándome a mí. Así que, estableciendo un simple silogismo, podemos concluir que usted está esperándome a mí, lo cual, y perdóneme la confianza, me parece que suena muy bien». Entramos en el

portal y mientras el ascensor descendía activado por mi pulsación del botón de llamada, le espeté: «Y ahora, dígame. En este enredo de esperas, ¿está esperándolo su esposa a usted?». «Nada de eso. Estoy felizmente divorciado. Y, por cierto —añadió—, ya que nos ha unido la risa en tan extrañas circunstancias, ¿le parece a usted correcto que nos tuteemos?» «Lo juzgo bastante procedente», contesté.

Señora Piernas: Ay, Esperanza de mis entretelas... ¿No tendrás un pañuelo a mano?

Esperanza: Te has emocionado... No es para menos.

Señora Piernas: No, es para sonarme los mocos. Gracias. ¿Y después?

Esperanza: Al día siguiente fuimos a cenar, para satisfacción de su hija, que así pudo ver ampliados sus emolumentos. ¡Qué hombre más interesante! Se llama Germán. Es culto, educado... Excepto por la vez que me llamó «mala pécora» nunca le he visto perder su circunspección, y ya hemos salido juntos tres veces. Y terriblemente atractivo. Qué planta. Vamos despacio, poco a poco, aunque ya hemos tenido alguna ocasión de intercambiar algo más que palabras. Cada vez que me ve me dice: «Estás guapísima». Y a mí no me queda más remedio que responder: «Y tú también». Es diseñador gráfico: diseña carteles de películas, de conciertos... ¡Ya ves qué diferente a mí! Y, sin embargo, somos muy parecidos en muchas cosas. Hablamos de todo, nos reímos muchísimo. Juntos se nos pasa el tiempo volando..., tanto que su hija me está haciendo un agujero en la cuenta corriente de aquí te espero. Por cierto, estamos planeando comer fuera un día los cuatro, él, su hija, mi hijo y yo. Es todo tan natural, tan fluido... Qué suerte he tenido, Mari Ángeles; qué suerte he tenido.

Señora Piernas: Me alegro mucho, Esperanza. No te pregunto cómo te sientes porque tu cara ya me lo dice. Y hoy, para celebrar esta buena nueva, sentiría gran satisfacción si aceptaras una galletita china de la suerte... Ah, perdona, que no la necesitas.

Lázaro se convierte en nuevo amo de casa

El blues de la lavadora

No hubo terminado el inefable técnico de poner ambos pies en mi flamante cocina cuando, tras atisbar la lavadora antigua, se rascó la cabeza, chasqueó la lengua, o más bien, por el rato que empleó en la operación, la usó para intentar extraer alguna partícula aprisionada entre dos molares, y me soltó con aire de suficiencia:

—Nos hacemos cargo de la recogida de la vieja, pero no de desinstalarla.

Por toda respuesta, paseé la vista de la máquina a la persona, y de esta a aquella, varias veces, como si estuviera presenciando un partido Nadal-Federer, y luego interrogué a la única de las dos que había dado muestras hasta el momento de poseer facultades oratorias lanzando una mirada mixta de incomprensión y súplica. Él pareció entenderla, porque repuso:

—Lo pone en la web.

El piso que alquilé nada más divorciarme es un primor. Tiene, eso sí, un par de detallitos que solo un tiquismiquis habría tildado de defectos. Uno es el ascensor, un modelo antiguo forrado de nogal, con cancela enrejada en cada planta y doble puertecita en la cabina, en el que a pesar de que un letrero ubicado en su interior asegura que puede dar cabida a cuatro personas, en realidad, solo sirve para subir o bajar, entre sonoras turbulencias, a un único usuario, siempre que no esté entrado en carnes. Si montan dos, se exponen a experimentar el acercamiento más íntimo al que tendrían acceso con cualquier otro ser humano a lo largo del día, incluidas sus parejas. Tarda tanto en realizar su trayecto que podría haber acogido partidas enteras de Monopoly. El otro impedimento, llamémoslo así, es que, pese a contar con todos los electrodomésticos, la lavadora no funcionaba, y la sustitución de la misma, había dejado claro el propietario desde el principio, corría por cuenta del inquilino. De ahí que yo hubiera tenido que comprarme otra, que era la que dos operarios trataban de introducir en la vivienda al tiempo que se llevaban la antigua (no exactamente a la vez, pues habría sido tarea harto complicada).

Como a mis cincuenta años me considero aún jovial y dicharachero, me dije que no necesitaba a nadie para tirar un poco de la lavadora y arrastrarla hasta el centro de la cocina. Y así se lo manifesté al técnico: «Vayan subiendo la nueva que esta está fuera en un periquete». El tipo replicó: «En realidad, he subido para decirle que cuando no hay ascensor la entrega conlleva un suplemento de cuarenta euros». Iba a elevar una airada protesta alegando que sí que había ascensor, pero enseguida me di cuenta de que, para el caso, era como si no existiera, pues el

artefacto no cabía en el minúsculo habitáculo, lo que implicaba que el odioso técnico y su compañero, que esperaba instrucciones en el portal, debían subirla a pulso, o como fuera, peldaño a peldaño, en un tortuoso periplo de siete pisos con recodos infernales, así que juzgué oportuno callarme. No obstante lo anteriormente descrito, es probable que trazas de estupor se dibujaran en mi cara, porque agregó: «Lo pone en la web». Comprendí que no podía hacer otra cosa que pasar por el aro, así que agité una mano en el aire dando a entender que de acuerdo y que fuera tirando para abajo.

Procedí entonces a abrir la portezuela del aparato, introducir las dos manos en el tambor y tirar hacia mí, con muy mala fortuna, pues era de una marca alemana, robusta de construcción, y pesaba un quintal. Y digo mala fortuna porque, incapaces de sacarla del nicho en que se hallaba, mis manos resbalaron y fui a dar con el trasero en el suelo de la estancia, duro y frío como corresponde a toda cocina que se precie. Dentro de lo malo, el ínclito operario no estaba presente; de haber asistido al percance, precedido como estaba, recordemos, de mi confiado efugio, rayano en la chulería, podría haber reaccionado con humillante hilaridad. Y, aún hube de dar gracias de no haber estampado la parte posterior de mi cráneo contra la pared de enfrente, lo que posiblemente habría exigido intervención facultativa. Mientras me frotaba coxis, sacro y aledaños, todavía doloridos, reapareció el señor a tiempo de ver que el artefacto no se había movido ni un milímetro con respecto a su posición original. «Vale, vale, ya la saco yo», dijo en un arranque de generosidad, y de una efectiva sacudida la extirpó de su lugar.

Podría decirse que mi relación con la dichosa lavadora fue de culo desde el inicio, de no ser porque el viacrucis había empezado incluso antes, con la elección del modelo. Abro un paréntesis en mi aciago relato para aclarar que soy (o, mejor dicho, era) un hombre chapado a la antigua, en el peor sentido de la expresión. Hasta que me divorcié no había puesto una lavadora en mi vida, negativa que se extendía al uso de otros enseres y productos domésticos, como la plancha, la aspiradora, la escoba y su inseparable amigo el recogedor, los trapos, las bayetas, el limpiacristales o el bote de lejía. ¿A qué se debían mis reticencias? Podría aducir que crecí en los años setenta, cuando las ideas de igualdad no estaban tan extendidas como ahora; que yo a mi padre no le vi poner una lavadora jamás, mucho menos pasar el plumero, pero confieso que es una excusa barata, porque con el transcurso de los años se han ido asentando hasta quedar sólidamente establecidas en la sociedad, proceso durante el cual quien suscribe mantuvo, sin embargo, su férreo apego a las trasnochadas tradiciones. ¿Por acendrado machismo? Puede que sí, o puede que por simple caradura. Las tareas domésticas son de un engorro casi mortal —sobre ese particular deduzco unanimidad— y confieso, ahora con vergüenza, que en mi etapa de casado delegué dichas funciones en una señora que podíamos costear, la cual se encargaba de ellas con paciencia, pericia y celo a partes iguales. En las páginas siguientes podrás comprobar, querido lector o querida lectora, cómo, aunque por obligación, me he reformado; sirva el uso del lenguaje inclusivo para demostrarlo.

El caso es que, hablando de lavadoras, siempre pensé que solo había de dos tipos: las caras y

las baratas. Mi desinformación al respecto quedó patente cuando acudí a una tienda especializada para adquirir una. Encontré que las había de carga frontal o superior, ecológicas y no ecológicas, inteligentes y tontas, con pantalla digital y sin ella, con secadora y sin ella, con varios grados en cuanto a eficiencia energética (que van de la G a la A, y en el caso de modelos antiguos, de la D a la A+++) y diferentes capacidades. En vista de mi desconcierto, el diligente vendedor me preguntó cuántas personas vivíamos en mi casa, para así calcular la capacidad más acorde con mis necesidades, y comoquiera que le dije que me disponía a habitar una vivienda unipersonal, decretó que con una lavadora de cinco kilos era suficiente. Lo de los kilos y las lavadoras ya lo había oído antes, y nunca había llegado a comprenderlo, puesto que la unidad de medida de capacidad mundialmente aceptada es el litro. Mezclar kilos y capacidad solo depara confusión y averías. Por ejemplo, una lavadora de cinco kilos puedes atiborrarla de ropa hasta que no quepa ni un mísero calcetín y su contenido nunca superará los dos o tres kilos; sin embargo, prueba a introducir en ella una mancuerna de cinco kilos: te sobrará espacio por todas partes. Rumié durante unos minutos estas teorías delante del atónito comercial, hasta que me di cuenta de que yo solo no podía cambiar la industria de las lavadoras, por lo que resolví someterme a los designios del experto, quedando así solventado el asunto de la capacidad, pero no los demás. Estresado por lo crucial de la decisión, chorreando sudor y me parece que hasta con taquicardia, rogué al dependiente que me vendiera una que fuese ventajosa en términos de sencillez-precio, que no de calidad-precio, pues la calidad se la presuponía a todas (el revoltijo de agua y jabón no puede dejar las prendas sucias). Me recomendó un modelo que estaba en oferta, pero solo en la web, de modo que presencialmente realicé un incongruente pedido *on line* desde mi teléfono móvil, por otra parte, sin detenerme a leer la letra pequeña, como se ha puesto de manifiesto.

El estricto operario y su compañero jadeaban cuando plantaron esta lavadora a estrenar a la que estoy refiriéndome en mi escueta cocina, tras lo cual, el primero desenfundó unos papeles de su cazadora y me conminó a que firmara el recibo de entrega.

—Pero antes me la dejarán instalada, ¿no? —protesté en un acceso inusual de lucidez.

—La entregamos, pero no la instalamos —dijo el mequetrefe—. Si quiere que se la instalemos, son cuarenta euros adicionales. Lo pone...

—En la página web, ya sé, ya sé. ¡Pues ya la enchufo yo, no creo que sea tan difícil! —Bufé.

Agarré los papeles y estampé mi firma en ellos sobre la misma lavadora, antes de devolvérselos con algún aspaviento que, esperaba, reflejase mi descontento. Y de verdad creía que no sería tan difícil, máxime cuando el modelo elegido era de una marca posiblemente china, quizá coreana, asiática con toda probabilidad, lo que en mi mente obtusa auguraba componentes peores que los alemanes y, por tanto, más livianos.

A solas ya con mi lavadora, dediqué un tiempo considerable a examinar el terreno. Del aparato salían dos tubos y un cable, que supuse debía conectar a la toma de agua, al desagüe y al enchufe de la luz. Los dos pitorros que descollaban en el extremo del cable me ayudaron a inferir que estaban hechos para ser insertados en el enchufe, pero ignoraba qué tubo estaba hecho para

qué, si el fino para la toma de agua y el grueso y estriado para el desagüe o viceversa. No me costó mucho averiguarlo, porque este segundo cable, por su grosor, no encajaba en la toma de agua. Dado que las tres conexiones estaban situadas debajo de la encimera, la ejecución obligaba a tirarse al suelo, lo que, pese a mi jovialidad, no estimé plato de gusto. Tomé la precaución de barrer un poco la cavidad antes de arrojarme en ella. Una vez enchufado todo lo que había que enchufar, me puse de pie, me sacudí los pantalones (al parecer mi barrido no había sido muy esmerado) y adopté posición de empuje. No me había equivocado sobre el peso: era indudablemente más ligera. Pero cuando, fruto de mi impulso, la lavadora quedó a escasos centímetros de la encimera, detecté, presa del pánico, que aquella era más alta que esta. ¡No podía ser! ¡Y yo que pensaba que en el variopinto mundo de las lavadoras al menos el tamaño era universal! Los anchos muros de la casa, que como ya se ha dicho era vetusta, impidieron que los vecinos de al lado percibieran la retahíla de improperios que salieron de mi boca, dirigidos a los fabricantes de electrodomésticos, al maldito técnico y a mí mismo, por bobo. Cambiar el modelo, con lo que me había costado alojar este en mi casa, se me hacía una montaña insuperable. Sumido en la más absoluta desesperación, creí urgente pedir ayuda a (o desahogarme con) alguien, y llamé a mi amigo Agustín, que sabe mucho de coches de carreras, por si sus vastos conocimientos en esa disciplina pudieran aplicarse a la coyuntura doméstica que me atribulaba.

Agustín no tenía la más remota idea sobre el caso, pero por suerte en ese momento estaba acompañado de Victoria, una pelirroja muy guapa con quien había empezado a salir no hacía mucho (él también era divorciado), y me la pasó. Lo cual no me hizo ni pizca de gracia, porque apenas la conocía y plantearle mi dilema se me antojaba una nefasta tarjeta de presentación; pero colgar por las buenas no parecía muy cortés.

—Tendrás que quitarle la tapa, Lázaro —sentenció Victoria tranquilamente.

Dicho así, a bocajarro, me sonó a labor ardua y tremendamente compleja: se supone que un nutrido equipo interdisciplinar formado por diseñadores, ingenieros, físicos, matemáticos, informáticos, montadores y puede que hasta algún licenciado en Filosofía había intervenido en la concepción y montaje de esta máquina de vanguardia para que ahora un indocumentado como yo se pusiera a desmontarla alegremente, echando por tierra el trabajo tal vez de años. Esta apreciación se la dejé caer resumida a Victoria, quien se echó a reír y respondió:

—¡Pero si solo tienes que aflojar dos tornillos!

Colgué, no sin antes expresarle efusivamente mi gratitud por la valiosa información aportada, y rodeé el artilugio, descubriendo, efectivamente, en su parte posterior, dos tornillos que mantenían fija a la estructura principal la cubierta de quita y pon. Fui a por mi caja de herramientas, desenterré un destornillador sepultado bajo una densa maraña de tornillos, tacos, clavos, siete llaves Allen, procedentes de sendos montajes de muebles de Ikea, y otros objetos inservibles, e hice con él lo que estás pensando; o puede que no, porque lo usé en primera instancia para rascarme un oído. Después sí, después lo apliqué a los tornillos, que mediante

vigorosos giros de muñeca logré desenroscar; quité la tapa, la guardé a buen recaudo (la dejé en el santo suelo, parcialmente escondida entre el frigorífico y la pared; me dije que ya le buscaría un sitio mejor, pero ahí sigue) e inserté la lavadora en el hueco que a tal efecto se significaba en la cocina, donde encajó con impecable y satisfactoria perfección.

Quince días más tarde la puse en funcionamiento por primera vez. Quizá te estés preguntando cómo es posible que en dos semanas no tuviera ropa que lavar, pero el pavor a enfrentarme con el diabólico aparato me llevó a postergar lo más posible el temido reencuentro, para lo cual hube de ponerme las mismas camisas tres veces y los mismos calzoncillos, dos. Cuando ya no me quedaban más camisas ni calzoncillos que reutilizar, metí el montón en el tambor, lo cerré, tragué saliva y me dispuse a elegir un programa de lavado.

En esos quince días me asaltó la tentación de coger el toro por los cuernos y activar el ingenioso mecanismo, bajo pretexto de que no debía de ser tan complicado: bastaba con arrojar la ropa dentro, encestar una pastilla de jabón y apretar un botón. Quien defina así el acto de poner en marcha una lavadora no estará faltando a la verdad, porque en eso, y no en otra cosa, consiste el procedimiento. Pero una vocecilla dentro de mí, un aguzado sexto sentido, me alertaba de que no sería tan fácil, aviso que me convencía de seguir aplazando el estreno. Y no me equivocaba: la única, pero tremebunda, complicación de una lavadora radica en los programas.

Además del nutrido plantel de profesionales de diversos campos de la ciencia, antes enumerados, que concurren en la fabricación de lavadoras, las empresas del ramo también deben de tener en nómina a dibujantes que se afanan, sabe Dios por qué, en traducir sencillos enunciados («algodón», «ropa delicada», «ropa de color») al lenguaje de la simbología. Son los mismos, supongo, que diseñan las señales de tráfico que alertan de que una vaca puede cruzarse en tu camino o los carteles que en los autobuses públicos dan prioridad para sentarse, sobre el resto de los viajeros, a ancianas embarazadas con una pierna rota y un brazo en cabestrillo. No hay palabras para describir la estupefacción que me embargó el advertir que la rueda de selección de programas me daba a elegir entre los siguientes monigotes: una flor; la misma flor, pero con una mancha al lado; otra vez la flor de marras, esta vez enmarcada por un rectángulo; una mariposa; una probeta (supuse que hacía referencia a las típicas manchas de ácido sulfúrico que pueden ensuciarle a cualquiera el pantalón); un biberón con un chupete; una caracola o una espiral; unas manos a punto de sumergirse en un recipiente con líquido; una plancha; y un ovillo de lana. A la vera del biberón y la plancha lucían, impulsadas por un par de líneas que indicaban movimiento, dos vaporosas nubecillas que identifiqué como ventosidades; de tan escatológicas reminiscencias que no me atrevo a describirlas aquí. Para otros conceptos, el imaginativo ilustrador se había quedado sin ideas o sin presupuesto, y pese a aparecer impresos en clara grafía, no eran menos indescifrables: «EcoMix 20º», «59'», «14', 30', 44'» y el tentador «Smart Touch».

Comprendí que estaba ante una decisión trascendente, pues no quería que mi ropa encogiera,

destiñera o saliera igual de sucia que como había entrado. Traté en un primer momento de aplicar mi sentido común a la interpretación de los iconos, pero el único que se me reveló como inequívoco fue el de «ovillo de lana», el cual no podía indicar otra cosa que «ropa de lana». Exprimiéndome la mollera a riesgo de aumentar mi tensión arterial creí poder descodificar la flor que aparecía por triplicado: posiblemente describía «ropa de algodón». En la variante con mancha al lado puede que refiriese «ropa de algodón hecha un asco», pero para lo que no encontraba explicación era para la flor rodeada de un rectángulo. Las manos metidas en un barreño acaso sugirieran «lavado a mano», tremenda incoherencia en tanto en cuanto un lavado puede realizarse a máquina o a mano, pero no de ambas formas simultáneamente. Si hubiera querido lavar a mano no me habría comprado una lavadora, vaya. Cuando noté que las venas de las sienes empezaban a adoptar un alarmante relieve, desistí de seguir desentrañando el jeroglífico. Aun así, no me quedaba más remedio que efectuar una traducción «lenguaje de símbolos-castellano» sobre lo que un lunático se había empeñado en trasladar del castellano al lenguaje de símbolos, y solo se me ocurrieron dos opciones. Una era volver a dar la tabarra a Agustín, o para ser más fiel a la verdad, a su novia Victoria, pero no quería que la mala impresión que podía haberse llevado con mi consulta inaugural fuese a peor. La otra, indagar en el manual de instrucciones de la lavadora, lo que me parecía el colmo del absurdo: si para poder interpretar los signos había que echar mano de las instrucciones, ¿para qué demonios servían los signos? Pese a mis justificadas reservas, busqué el cuadernillo, aunque no lo encontré. No soy un hombre especialmente desordenado, pero había hecho una mudanza unas pocas semanas atrás y tenía la casa manga por hombro. No encontraba un par de zapatillas muy guapas de El Ganso, ¡como para saber dónde estaba el manual de instrucciones de la lavadora!

El armatoste me esperaba silencioso y mordaz, el muy tunante, cuando regresé a él un par de horas después para examinar por duodécima vez los dibujitos. Tras sopesar las diferentes opciones, aleatorias casi todas en lo tocante a mi elección, concluí que el programa que más me seducía era «EcoMix 20º». Sonaba ideal se mirase por donde se mirase: era *eco,* y, aunque no quedaba del todo claro qué quería eso decir (si era bueno para el medio ambiente o para mí; si ahorraba agua, electricidad o las dos cosas), solo tenía connotaciones positivas; era *mix*, lo que a mi juicio lo hacía válido para lavar a un tiempo algodón egipcio, pura lana virgen, seda salvaje, lino, tafetán, poliéster, viscosa, rayón, franela, Gore-Tex o el fabuloso batín de felpa con que me paseo por casa los días de invierno; y lo hacía a 20º, temperatura idónea, pues no es ni frío ni calor. Armado de valor, agotada ya la paciencia, giré la rueda hasta «EcoMix 20º» y presioné el botón de «Start/Pause». Ese programa de lavado tiene una duración de una hora y 54 minutos, que valoré excesiva, aunque como no tenía que estar ese tiempo mirando la lavadora de brazos cruzados, la di por buena. Unos veinte lavados después descubrí que jugando con diversos botones el usuario puede realizar distintas combinaciones de lavado, modificando la duración de los programas. Pero como aquella vez la ropa me quedó muy bien (valga el uso de la primera persona en el pronombre: puesto que tardé más en decidir el programa que la lavadora en lavar,

puede decirse que hicimos el trabajo a medias), me he cuidado muy mucho de no tocar nada más desde entonces.

No me malinterpretes: no soy uno de esos cincuentones cascarrabias que repudian cualquier indicio de avance. La lavadora, implantada en nuestras vidas desde hace muchas décadas, nos ahorra el tener que bajar al río a lavar, por más que esto sea hoy prácticamente inviable: no todos tenemos cerca un riachuelo o un arroyo donde arrodillarnos y encontrar una tabla de lavar es imposible a no ser que visites una tienda de instrumentos de música folk. Si me preguntas cómo nos llevamos la lavadora y yo a día de hoy, te diré que nos profesamos un respeto mutuo, aunque me temo que mayor por mi parte, pues, aun cuando trato de contrariarla lo menos posible, reduciendo al máximo los instantes de interacción con ella, si se considera ultrajada al empapuzarla de ropa o administrarla contenido de difícil digestión, como algún par de zapatillas con suela de goma, expresa su protesta bien tragándose algún calcetín, bien haciendo más ruido del que normalmente emite, bien amagando con irse de casa, dando unos pasitos (botecitos, más bien) y saliéndose dos palmos de su sitio. Cuando esto ocurre, la devuelvo suavemente a su posición, sin mayor oposición por su parte; la última vez, sin embargo, ya me hartó y le dije: «Ahí tienes la puerta». Pero la muy cuca sabe que vive muy bien (dos horas de trabajo a la semana: ¡menudo chollo!) y no se va.

La plancha con tendencias homicidas

Los párrafos que siguen los he compuesto mentalmente mientras tendía, pues si algo bueno tiene la acción de colgar ropa mojada en cuerdas o varillas, dependiendo del tipo de tendedero que te hayas agenciado (el mío es metálico y plegable a la par que ligero, ya que lo compré en un chino), es precisamente el tedio que despierta, lo que unido a que no requiere un doctorado en Harvard para llevarla a cabo, posibilita el dividirse en dos, dejando que las manos trasieguen solas, mecánicamente, mientras el cerebro o torre de control se recrea en menesteres más productivos/placenteros (como esos pianistas de hotel que aporrean las teclas como autómatas mientras lanzan procaces miradas a la concurrencia, principalmente su sección femenina). Aunque no faltará quien argumente que tiene su intríngulis, opino que, de todas las tareas domésticas, y quizá porque precede a la más compleja, la de tender es de lejos la más fácil; lo que desde luego no significa que pueda llegar a convertirse en un gozoso pasatiempo.

He aquí una lista de pensamientos en los que uno puede enfrascarse mientras tiende:

- Analizar el sentido de la vida; de dónde venimos y a dónde vamos.
- Lamentarse una vez más por el penalti que birlaron a tu equipo el domingo anterior.
- Transportarse (telequinésicamente, se entiende) a una idílica playa de fina arena blanca y frondosos cocoteros (la humedad que desprenden las prendas ayuda a despistar los sentidos, de modo que si uno cierra los ojos puede confundirla con suave brisa marina).

- Hacer planes para el fin de semana que no sean pasarlos en el bar con los amigos.
- Preguntarse: ¿es esta la existencia que quiero llevar?
- Dejar la mente en blanco o, como dice mi psicóloga, la eminente señora Piernas, practicar *mindfulness.*
- Plantearse si merece la pena adquirir una secadora.

No tengo mucho más que añadir sobre este paso de transición en el ciclo de puesta a punto de la ropa. Solo diré a modo de modesto consejo tras muchos meses de tendido: hazlo cuando no tengas otra cosa que hacer. De lo contrario, es decir, si tienes que ponerte a preparar la cena o has quedado con los del bar, ese momento (bueno, momento...; a mí la media hora no hay quien me la quite) de íntima reflexión filosófica puede desembocar en un episodio de estrés agudo, pues por muy rápido que intentes tender siempre se tarda más o menos lo mismo. No está probado que los más duchos en la materia empleen menos tiempo que los neófitos; antes, al contrario, existe entre los primeros la creencia de que un buen tendido simplifica el planchado, de lo que se deduce que se esmeran más. Pero ese es un nivel al que todavía no he llegado.

La dificultad en el manejo de la plancha comienza con la plancha en sí, un aparato potencialmente peligroso; y podemos ahorrarnos lo de «potencialmente». La primera vez que la utilicé me quemé cuatro dedos, incineré la camisa, chamusqué la tela que recubre la tabla y a punto estuvo de caérseme dos veces, lo que habría originado un socavón en el suelo (la primera) o aplicado una suerte de descabello taurino a mi querida gata Kora (la segunda), que por allí deambulaba, de no haber tenido yo los reflejos suficientes para atraparla en el aire (a la plancha, no a la gata), provocándome añadidas quemaduras en la mano. No comprendo cómo para sacarte el carné de conducir u obtener la licencia de armas debes pasar un examen psicotécnico, y cualquiera pueda, en cambio, emplear la plancha independientemente de sus dioptrías, su pulso, su edad o su capacidad de resistencia al calor. En el pasado, las casas reservaban una habitación exclusivamente para tan arriesgado menester, conocida coloquialmente como «cuarto de la plancha», con objeto, no me cabe duda, de mantener el dañino artefacto lejos de las cortinas del salón o los bebés gateadores. (Como ya he reseñado, mi casa es antigua, pero también unipersonal, por lo que el sujeto encargado de diseñar los planos debió de considerar superflua la adición de una dependencia que no fuera el dormitorio principal y único.) En ese habitáculo, generalmente austero y donde nadie que no fuera el encargado de la plancha tenía interés alguno en entrar, los peligros se minimizaban. Por desgracia, los arquitectos han ido reduciendo metros cuadrados a las viviendas a medida que aumentaban sus dividendos, obligándonos a practicar el planchado en estancias no pensadas ni decoradas para tal fin, sino para el disfrute del bienestar hogareño y dotadas por tanto de elementos textiles, plantas, alfombras y especímenes humanos y bestias que se mueven.

La plancha actual consta también de programas, como la lavadora, pero que no te engañen: en sí misma no difiere en nada de los bloques de hierro en forma de delta, calentados al fuego, que según Wikipedia ya utilizaban en el siglo XVII para desarrugar calzas y jubones. El usuario de

entonces, como el actual, se ve abocado a pasar un cacharro candente por la ropa para alisarla. En cuatro siglos no hemos avanzado nada. Ocurre lo mismo que con la indumentaria de caballero: hace cuarenta años uno imaginaba que en pleno siglo XXI los hombres iríamos ataviados con ajustados monos blancos, y aquí seguimos, enfundados en trajes y corbatas que, con distintos cortes y hechuras, eso sí, habrían hecho las delicias de don Benito Pérez Galdós.

Planchar una camisa puede hacerlo cualquiera; plancharla bien, no. Requiere de una técnica que, si nadie te la enseña, la ignoras toda tu vida. Esto me retrotrae de nuevo a las habilidades automovilísticas: antes de dejar que te pongas al volante de un coche te obligan a cursar estudios en una autoescuela donde un experto te instruye sobre su uso. Y en muchos casos ni siquiera sirve, porque es bien sabido que una cosa es conducir y otra circular. Tras aprehender las enseñanzas teóricas y prácticas de las que uno sale pertrechado de esos templos del conocimiento, cualquiera está en disposición de moverse en un vehículo de cuatro ruedas por ciudad o carretera, pero todos tenemos constancia de conductores que circulan tan felices por el carril izquierdo a escasa velocidad, sacando de quicio al resto, que juzgan innecesario activar el intermitente al incorporarse a una autopista o que hasta que no dejan su sello en forma de notable abolladura en el frontal del coche de atrás y en el maletero del de delante, no consideran su trasto bien aparcado. Lo vemos incluso en conductores veteranos, prueba de que ni siquiera la experiencia adiestra en ese sentido. Algo parecido sucede con la plancha: puedes llegar a los ochenta años planchando mal, si nadie te transfiere los secretos de la técnica.

Como absoluto desconocedor de la misma, he ido desarrollando la mía propia, que a nadie recomiendo. El principal escollo reside en ese otro utensilio, parte de la tramoya, apéndice de la plancha, que es la tabla. ¿A nadie le ha dado por pensar que es demasiado estrecha? Su superficie, óptima para planchar ropa de bebé, resulta insuficiente para albergar una camisa de adulto, por lo que sin ambages puede tacharse de un invento deficiente. Las tablas de planchar deberían tener las medidas de una mesa de comedor, de modo que el sufrido usuario pudiera extender por completo sobre ellas las prendas propias de la edad madura y obtener, por así decirlo, una panorámica global de su trabajo. No por su mayor tamaño serían menos plegables, por lo que podrían guardarse convenientemente detrás de una puerta, debajo de una cama o donde diablos escondas la angosta tabla que no nos queda más remedio que comprar. Pero como a día de hoy nadie, que yo sepa, las ha patentado, hay que conformarse con el modelo actual, que aboca a planchar por partes. En el caso de los pantalones es más fácil, porque puedes explayar primero una pernera y a continuación la otra, sin menoscabo del resultado integral.

Con respecto a las camisas, me pongo primero con las mangas, quizá por esa tendencia natural en los españoles de posponer lo farragoso. Aunque, a diferencia del tendido, en el planchado hay que concentrarse con los cinco sentidos en detrimento de las reflexiones metafísicas, las mangas no son realmente difíciles por el mero hecho de que caben en la tabla. A continuación, me encomiendo a san Judas Tadeo, patrón de los imposibles, o a Adolfo Domínguez, patrón de las arrugas bellas, y afronto pechera y parte posterior. Digamos que lo

hago lo mejor que puedo, dado que unas pocas pasadas de la plancha no acaban con los pliegues más pertinaces, y si te excedes te expones a dejar impreso en la tela un brillito muy desagradable que acompaña a la prenda para los restos. Pero como el ancho de las camisas es mayor que el de la tabla, inevitablemente mientras te dedicas a una parte, el resto permanece arrebujado sobre el tablón, o colgando del mismo, lo que multiplica las arrugas y la frustración. Por tanto, estoy en disposición de afirmar que si no plancho del todo bien no es por mi culpa, sino por culpa de la tabla, cuyas dimensiones no se adecuan a la tarea para la que está concebida.

Si nos hemos tirado planchando así cinco siglos, no hay razón para pensar que no vayamos a seguir haciéndolo otros cinco, y soy de la opinión de que detrás de ese atasco en la evolución está la Federación de Osteópatas y Fisioterapeutas Asociados (la FOFA), y explico por qué. Vivimos en la era de la ergonomía. Todo, absolutamente todo, está diseñado para causar el menor daño posible a nuestra estructura ósea: no hay más que ver las actuales sillas de oficina, que, en vez de estar dotadas de púas y clavos para mantenerte alerta, con sus amplios brazos que previenen el codo de tenista, albardas en la zona lumbar, reposacabezas acolchados, curvas que protegen cervicales y respaldos de inclinación regulable invitan a la siesta. Tengo entendido que los nuevos modelos te dan masajes, a elegir entre balinés, tailandés, sueco o de pareja. No seré yo quien vitupere esos adelantos, pero coincidirás conmigo en que contrastan ostensiblemente con el acto de planchar y la insalubre postura que obliga a adoptar. Años de planchado, de pie, con la columna vertebral en forma de paréntesis, rigidez articular, tensión de cartílago tiroides y la cabeza gacha sobre la tabla solo pueden proporcionarte una joroba como la de un antiguo compañero de trabajo a quien apodábamos cariñosamente El Camello, y no porque trapichease con drogas.

Claro que, ahora que lo pienso, ese mismo problema lo tienen los cirujanos, que se pasan horas todos los días combados sobre desdichados pacientes, con mascarilla y gorrito, además, y ninguno se ha quejado.

No te fíes del lavavajillas

Hace años leí en la sección de salud de un periódico de tirada nacional un artículo sobre cómo usar correctamente un lavavajillas. Qué relación tiene este electrodoméstico con la medicina, más allá de que predispone a la ciática, es algo que se me escapa, aunque tiempo después supe que la directora de la sección había muerto de una sobredosis accidental de Cheetos. Pero a lo que iba: en aquel atinado texto ojeé algo que se me quedó grabado (en la mente, aunque por su enorme calado bien podría habérmelo cincelado en el brazo). Venía a decir que antes de poner en funcionamiento un lavavajillas lleno no solo no es necesario enjuagar los platos en el fregadero, sino que hacerlo es contraproducente. El lavavajillas, de hecho, *enjuaga* los platos (y todo lo demás) como punto de partida de todos y cada uno de sus programas; es lo primero que hace

antes de dar rienda suelta al misterioso pandemonio interno que propicia que cuencos que has puesto cuidadosamente boca abajo aparezcan al término del proceso boca arriba y llenos a rebosar de un agüilla grisácea que no da ganas de beber. De modo que, si los enjuagas tú antes en la pila, estás perdiendo el tiempo y desperdiciando agua, lo que redunda en perjuicio de tu economía y del planeta. Es hasta posible que, si realizas esa operación, en cierto modo lo único que consigas sea descolocar al lavaplatos, que no sepa cómo reaccionar al percatarse de que alguien le ha suplantado en una de sus funciones, y lave peor.

Con o sin razón, me amparé en tan estimulante pieza periodística (mi biblia en la materia) cuando empecé a utilizar el lavavajillas un par de semanas después de divorciarme, y desde entonces, pletórico de confianza, me afano por introducir en él platos con granos de arroz incrustados en churretones de tomate frito reseco, sartenes con generosas capas de aceite solidificado, cucharillas de postre con trozos de tarta y tazas de café con tantos posos que su sola visión provocaría una apoplejía a Rappel. Y, oye, el condenado, consciente de las molestias que me tomo en pos de su bienestar mecánico, responde a las mil maravillas. Como broche final a su tarea me devuelve los artículos de vajilla y cristalería pulcros y tan brillantes que a veces me detengo un instante a mirarme en ellos para comprobar si me he recortado bien la barba. Desde aquí aconsejo a todos y a todas que sigan esa técnica; los trabajadores y las trabajadoras de los servicios técnicos oficiales lo agradecerán.

Pero no todo van a ser buenas noticias en la cocina. Al mes y medio de iniciar mi tórrido romance con el lavaplatos observé que en su panel frontal se había encendido una lucecita amarilla. «¡Maldita sea! —exclamé—. ¡Qué poco dura la alegría en casa del pobre!» Como cualquiera en mi lugar habría deducido, el prendido repentino de un piloto en un aparato que mientras no había mostrado ningún tipo de aviso lumínico funcionaba a pedir de boca solo podía significar «avería». Tras revolver toda la casa en busca del manual de instrucciones, que al fin encontré, primorosamente doblado, en el cajón de los calcetines, descubrí con alivio que no había motivo para emprenderla a patadas con el ingrato lavavajillas. Lo que la bombillita indicaba no era sino que había que rellenar cierto compartimento con un líquido abrillantador. El hallazgo me desilusionó sobremanera, pues no contaba con que hubiera que someter al muy mamón a este tipo de mantenimiento; para ser honesto, había creído que con suministrarle antes de cada lavado una pastilla de jabón bastaba para obtener de su parte un rendimiento óptimo durante años. En eso, fíjate tú, la lavadora, con todas sus pegas, es menos pedigüeña. No hay otro artificio doméstico que requiera de esa clase de cuidados periódicos: no me cabe en la cabeza un aparato de televisión al que hubiera que echarle por la ranura de los altavoces aceite lubricante cada tres meses, por ejemplo. Por otra parte, ¿necesitaba yo brillo en mis platos? Vale que me recrease admirando mi reflejo en la fuente de aluminio, pero del espejo del baño podía obtener el mismo servicio, si no mejor, a cambio de nada. ¿Acaso no podían los fabricantes de las pastillas añadir a su fórmula unas gotas de líquido abrillantador? Con el tiempo me enteré de que sí que lo hacían (en las tiendas del ramo despachan pastillas de acción «tres en uno»: limpian, abrillantan

y brindan una tercera función que espero algún día esclarecer), a raíz de lo cual resolví que esa cantidad bastaba para devolver el innecesario lustre a mi ajuar; y puede que estuviera en lo cierto, pero para lo que no servía era para apagar la dichosa lucecita a cuya exposición mi organismo respondía con un tic nervioso consistente en encoger el hombro derecho, torcer el labio inferior a la izquierda y guiñar alternativamente ambos ojos. Acordándome de los antepasados de los señores Balay, Fagor y Teka, y no precisamente en términos afectuosos, bajé al súper y, al cabo de cuarenta y cinco minutos de concienzuda exploración di con el abrillantador y lo compré. Dado que el efecto satinado en las piezas me importa un comino, no deja de ser un sinsentido que si vierto dicho líquido sea con el único propósito de apagar el indicador.

Muy felices me las prometía yo tras haber resuelto el enigma cuando unas semanas más tarde se encendió *otra* lucecita. Seguro de haber guardado esta vez el manual en un lugar a prueba de pérdidas, ahora lo localicé dentro de la funda de un disco de Supertramp. «Rellene el compartimento de la sal», preceptuaba en un tono imperativo que no me gustó un pelo. Así que el insaciable lavaplatos también exigía algo de sal... ¿Qué sería lo siguiente? ¿Pimienta, aceite, vinagre...? Acto seguido me pregunté qué tipo de sal necesitaría, si fina o gruesa; por aquello de cuidar la tensión, vital (nunca mejor dicho) en quienes hemos cumplido los cincuenta, ambos paquetitos lucían casi enteros en mi despensa. También podía ser sal marina o del Himalaya, a todas luces distintas por cuanto en los aledaños de la célebre cordillera no hay mar. Lo sé porque lo he visto con mis propios ojos; no tan cerca como para precisar el apoyo logístico de un sherpa, pero sí a una distancia prudencial, concretamente desde Katmandú. Si el agua salada está en el mar, ¿de dónde demonios sale la sal del Himalaya? ¿De la nieve? ¿Está hecha la nieve de esas latitudes de agua salada? Dediqué unos minutos a esta digresión antes de volver al problema que me ocupaba y que había sumado otro gesto a mi tic: ahora, además, meneaba la cabeza como si quisiera peinar un flequillo inexistente o rematar un córner. En cualquier caso, crucé los dedos para que la sal necesaria no fuese la de aquella remota variedad, por el impacto (negativo) que eso podría tener en mi cuenta corriente. Para salir de dudas, consulté en Google y me fue revelado que la sal que hay que embuchar a estas máquinas abusonas no es ninguna de esas, sino una especial: sal de lavavajillas, creada *ex profeso* para contrarrestar los efectos de la cal. Puedes hacerte una idea del humor con que bajé de nuevo al súper para adquirir la bolsita de rigor, que encontré al cabo de noventa minutos de exhaustiva búsqueda (podría haber preguntado, lo sé, pero soy reacio a exteriorizar mis carencias a desconocidos, igual que cuando me pierdo con el coche; no quiero pasar por tonto). Deposité la sal en una especie de poza con agua, previa retirada de la alcantarilla de PVC que la cubría a rosca, no sin grandes esfuerzos y críticas torsiones gimnásticas por mi parte, logrando que se apagara la lucecita y, por extensión, que todo mi ser volviera a su estado natural de relajación.

Después de varios meses de uso, sigo preguntándome: ¿compensa un lavavajillas? Fregar a mano no es un martirio chino: si lo haces en cuanto has acabado de comer, cuando aún no ha

dado tiempo a que los restos de la comida se queden pegados, no lleva más de cinco minutos. A los cubiertos basta con aplicarles el chorro del grifo a máxima presión para dejarlos relucientes (más o menos). Total, luego voy a ser yo quien los use, y solo faltaría que me diera asco yo mismo (corramos un tupido velo). Es cierto que la actividad, ejercida durante años, puede dejarte las manos como las de una percebeira, pero aún no me he decidido a ganarme la vida como modelo de extremidades superiores. Por su parte, alojar los platos y demás parafernalia en el lavaplatos no tiene mayor misterio y se hace en un pispás..., siempre que lo hagas de forma inmediata al término de cada colación y no vayas levantando rascacielos en el fregadero, por más que eso resulte sugestivo después de una buena cena, cuando lo único que te apetece es arrojarte en el sofá y tal vez remojar el paladar con algún digestivo. Pero ¡ay, el proceso de extracción!

Vaciar el lavavajillas una vez que ha completado sus ciclos: eso sí que me parece un tormento. Al contrario de su llenado, que se realiza poco a poco tras sucesivas ingestas, el vaciado se efectúa generalmente de una tacada, lo que compele a dedicarle un largo rato en el transcurso del cual hay que agacharse y erguirse unas veinte veces, como si estuvieras ejecutando una coreografía a lo Fred Astaire (puedes simultanearlo con unos pasos de claqué, pero es rizar el rizo), y distribuir cada pieza en su armario o cajón correspondiente, o lo que es lo mismo, los platos llanos donde los platos llanos, los hondos donde los hondos, los cubiertos donde los cubiertos, los vasos donde los vasos, las copas donde las copas, las sartenes en el horno y así sucesivamente. Tan ingrato me resulta este ritual que tiendo a postergarlo, realizando la descarga también poco a poco, esto es, sacando solo lo que voy a necesitar para la inminente comida y dejando el resto reposando limpio en el humeante friegaplatos, tendencia que, pese a todo, no prescribo, pues los utensilios que usas y manchas no puedes introducirlos de vuelta en el artefacto, ya que aún alberga los impolutos, y no queda otra que apiñarlos con residuos hasta que te animes a desocupar por completo la máquina, lo que deriva indefectiblemente en un caos instrumental considerable.

Dicho lo cual, hago un llamamiento desde aquí a los fabricantes de pastillas para lavadoras y para lavaplatos instándoles a que organicen una convención conjunta, un congreso científico, una capea, una cama redonda o lo que les dé la gana, pero que lleguen a un acuerdo amistoso para que de ahora en adelante las pastillas de unos se diferencien *claramente* de las de los otros. Lo comento porque me he pasado tres meses lavando platos, vasos y cubiertos con pastillas de lavadora. Y así habría seguido *per secula seculorum* si la noche que invité a cenar a Agustín y a Victoria ella, cuando abrí el friegaplatos para meter en él unas copas, no hubiera comentado: «¡Qué bien huele tu lavavajillas!». Efectivamente, yo siempre había tenido la sensación de que desprendía una fragancia muy agradable, con reminiscencias botánicas sobre todo después de usarlo, que se hacía extensiva al instrumental que de él sacaba. Omito describir el ataque de espasmódico regocijo que sufrió cuando, tras preguntarme qué cápsulas eran esas tan aromáticas que compraba, le enseñé la caja donde ponía: «Skip».

ENTRE LA ESCOBA Y LA PARED

Mi puntualidad en lo tocante a la limpieza de la casa podría calificarse de obsesión: ya puede estar cayendo un meteorito sobre el hemisferio norte o desencadenarse un ataque alienígena que cada dos meses dejo lo que tenga entre manos, saco la aspiradora, la fregona, las bayetas, los estropajos, los distintos tipos de jabones y desinfectantes y me entrego frenéticamente a la higienización de cada estancia de mi hogar. Esa fecha suele coincidir con un domingo por la mañana, único momento de la semana en que, no siendo yo mucho de salir en bicicleta con los amigos, subir montañas como las cabras, ni jugar pachangas de fútbol-sala, me encuentro por completo ocioso y, precisamente por eso, afable de ánimo para entregarme a tan fastidiosa ocupación.

Ciertamente, dicha labor tiene mucho de opresiva y desesperante, pero tampoco hay que exagerar, porque si uno se para a pensarlo, perderse en las inmediaciones del poblado caníbal de los wari en el Amazonas, encallar a bordo de un junco a vela frente a las costas de la isla Sentinel o que se te haga de noche al raso en el parque nacional de Serengueti, donde campan a sus anchas los *Big Five* (elefante, león, rinoceronte, leopardo y búfalo), puede resultar un poco más desmoralizador.

En virtud de la elevada comprensión lectora que en ti doy por sentada, querido lector o querida lectora, sé que te habrás dado cuenta, por lo expuesto en páginas anteriores, que desde que engrosé la fraternidad de divorciados no puedo permitirme el contratar a una señora o a un señor que realice por mí las tareas domésticas. Es por ello que, además de la utilización de la lavadora y el usufructo de la plancha y el lavavajillas, también recae en mi persona la ejecución de las labores de saneamiento de las que voy a hablar (o, para ser exactos, a escribir) a renglón seguido. En este sentido, creo que lo más práctico es que enumere una serie de consejos, sugerencias o *tips* (una pátina de inglés aportará mayor credibilidad) derivados de mi corta, pero pródiga experiencia.

- «Tip» N.º 1: Elige bien los productos

El primer paso, lógicamente, es hacer acopio de productos de limpieza, para lo cual deberás coger el carro más grande del establecimiento. Paséate por la zona reservada a aquellos con aire de suficiencia, a ser posible silbando la *Danza húngara N.º 5*, de Johannes Brahms. Ignora la nomenclatura de los botes: afortunadamente, los dibujantes de los fabricantes químicos son mucho mejores que los de la industria de las lavadoras, y sus diseños, extremadamente realistas y diáfanos como cristal de Sévres. Si en la pegatina aparece estampado un suelo de madera, no hay duda: sirve para fregar suelos de madera. Si, por el contrario, muestra baldosas de cocina o baño, es que el fluido en cuestión está pensado para aplicarse en las baldosas de la

cocina o el baño. Si describe un retrete, es que es para verterlo en la taza. A este respecto, no hay error posible.

- «Tip» N.º 2: Configura un ambiente festivo

Procura compensar lo desapacible del trabajo creando una atmósfera grata y placentera. Yo lo que hago, por ejemplo, es poner en el tocadiscos algún vinilo alegre y marchoso que me muera de ganas de volver a escuchar, como cualquiera de Nick Drake. Puedes jalear las letras de las canciones o acompasar las melodías más rítmicas con unos movimientos de baile. Usa la escoba como compañera o micrófono. Si son más de las once, sírvete un vermú. Dale un tiento cada dos minutos (si la empresa se alarga, puedes servirte más de uno: los que sean necesarios para cubrir las dos horas de maniobras a una cadencia de un trago cada 120 segundos). Con el manos libres, haz esa llamada que llevabas tiempo queriendo realizar (asegúrate que no coincide con la fase de la aspiradora). En mi caso, aplico todo esto y más. Puede que esa sea la razón por la que los vecinos del otro lado de la calle, que es bastante estrecha, se sientan frente a la ventana y se toman su *brunch* dominical admirando mi espectáculo. A veces me da la sensación de que aplauden, aunque como no me llega el eco de sus ovaciones tal vez solo estén viendo la santa misa en La 2 y el acto de juntar las manos sea, simplemente, ademán de oración.

- «Tip» N.º 3: Haz uso de la escobilla del váter a diario

Cuando te toque ocuparte de la limpieza general, lo agradecerás.

- «Tip» N.º 4: No acumules cáscaras de huevo en la encimera

Si cada vez que fríes unos huevos tiras las cáscaras a la basura en vez de abandonarlas a su suerte en la encimera, la misión de recoger la cocina será bastante menos enojosa. Lo mismo puede aplicarse a pieles de naranja, corchos de botellas de vino, latas de atún, servilletas arrugadas, pan duro y los envases de plástico en los que vienen las pechugas de pollo.

- «Tip» N.º 5: Planifica correctamente el área de fregado

Empieza pasando la fregona desde el ángulo de la habitación situado en el extremo opuesto a la puerta. De este modo, cuando acabes, podrás salir por la misma sin pisar el suelo mojado.

- «Tip» N.º 6: Quita el polvo de arriba abajo

Desde que Isaac Newton formulase la Ley de la Gravitación Universal en 1687, el ser humano tiene la vaga noción de que cualquier objeto suspendido en el aire tiende a desplomarse sobre el suelo (es de suponer que antes de Newton ya se olía algo al respecto). Es por ello que si empiezas pasando el plumero por la parte baja de los muebles para, acto seguido, emprenderla

con la zona superior, con toda seguridad el polvo de esta última describirá, al ser removido, una trayectoria descendente y acabará depositándose en el área acicalada con anterioridad, arruinando la acción anterior. Así las cosas, parece razonable concentrarse primero en los altillos e ir descendiendo progresivamente, de modo que, en su última pasada, el plumero arrample con todas las motitas y pelusas, tanto las que estaban arriba como la del centro y las de abajo.

- «Tip» N.º 7: Primero barre; luego friega

Asumo que este precepto no requiere mayor explicación. Pero puedes pasarlo por alto si no te importa que las tiras de la fregona se conviertan en un criadero de mugre que se desliza de un lado a otro de la casa.

- «Tip» N.º 8: Primero quita el polvo; luego barre

Es el paso previo al punto anterior, pero lo pongo después para despistar.

- «Tip» N.º 9: No mezcles el estropajo de la cocina y el del baño

Este mandamiento ya lo conocía de antes, pero no está de más consignarlo en la presente retahíla. Descubrí que debían mantenerse lo más lejos posible el uno del otro en los tiempos en que trabajé en una oficina dotada, como la mayoría, de baño y *office*, espacio este último en el que con frecuencia me acomodaba para comer o prepararme un piscolabis. Una señora de aviesa mirada y peores modales se encargaba cada tarde de adecentar toda la planta, incluidas, como es natural, las dos estancias que acabo de mencionar, favoritas, por otra parte, de empleados comilones, con incontinencia urinaria o que gustan de tomarse estratégicas pausas en su trabajo. Nunca supe el porqué de su animadversión hacia mí, aunque una de esas tardes la inquina se tornó recíproca. Ocurrió que estaba yo fregando mi taza de los Beatles y frotando una lechuga con el estropajo empapado con una gota de lejía (soy muy escrupuloso con la comida), cuando reparé en que la lámina de esparto verde que tenía en la mano y que con desaforada fruición pasaba por la loza y la planta herbácea que disponía a llevarme a la boca era la misma que (o se parecía mucho a) la que la siniestra señora empleaba para restregar residuos orgánicos en el excusado. Interrumpí abruptamente mi quehacer culinario para presentarme como un rayo en el aseo con objeto de confirmar mis sospechas y, efectivamente, el estropajo que de normal asomaba en la parte posterior del váter no estaba por ninguna parte. Huelga decir que la lechuga la tiré, la taza de los Beatles me la llevé a casa para someterla a un tratamiento intensivo de desinfección con alcohol y me pasé tres días con el estómago revuelto y violentas náuseas. Más adelante, he tenido conocimiento de que los fabricantes, conscientes de que pueden producirse estos terribles equívocos, han encontrado una sencilla solución para evitarlos, que consiste en producir estropajos rosas y blancos para el baño y reservar el

tradicional verde para los de la cocina. Te decantes por esta combinación de colores o prefieras la monocromía, elude, por lo que más quieras, el guardarlos juntos.

Pesadilla en la cocina

Opino que esas revistas que dispensan en los supermercados para publicitar las ofertas de la semana, aparte de innecesarias —basta fijarse un poco en los expositores del propio establecimiento para encontrar las mismas rebajas—, son enervantemente parcas de contenido. De hecho, el término «revistas» les viene siete tallas grande; son más bien panfletos, folletos de papel basto y de escaso gramaje, mal grapados e impresos con colores que se diluyen irremisiblemente en cuanto las dejas un segundo encima de una encimera con apenas una pizca de grasa. Pero, sobre todo, recrimino que están desaprovechadas. Yo las dotaría, a modo de añadido, de algunos artículos que sirvieran de entretenimiento casero a los clientes y, de paso, ya que talan árboles para fabricarlas, incentivaran la lectura entre la ciudadanía. Por ejemplo: «Las diez secciones más visitadas del mes», «La tragedia de un chorizo en la boca de un birmano» (relato breve), una lista de *tips* sobre cómo conseguir despegar una bolsa en menos de quince minutos, quizá un reportaje de fondo sobre la huelga de camioneros o sueltos del tipo: «Así es tu personalidad según el tipo de compra que hagas». Si me hubiera topado alguna vez con esta pieza de alto contenido psicológico, confieso que me habría parado a pensar. En verdad, hay unas cuantas formas de hacer la compra y muy posiblemente dependan de la psique del consumidor. ¿Cómo la haces tú? (Sí, tú.) ¿Eres de los que conducen el carro acelerados, como si estuvieran huyendo de un incendio, o, por el contrario, prefieres deambular pausadamente por el lugar, admirando productos, clientela y distribución, impregnándote de olores y colores y tarareando cordialmente la musiquita de la megafonía? En caja, ¿eliges la fila más corta, pero con cestas más llenas o la más larga, pero con personal que porta una barra de pan y una bolsa de naranjas? ¿O no escoges ninguna y recalas inconscientemente en la que más cerca te queda? ¿Pagas rebuscando céntimos uno a uno en el monedero (para desesperación de las personas que no van a echar allí la mañana, como yo), acercas la tarjeta de crédito al datáfono o eres de los modernos que posan el móvil en la TPV? ¿Eres tan previsor como para llenar el carro una vez por semana o realizas pequeñas compras todos los días en función de lo que te falta o te apetece? Ya sé que se comenta que el 90 % de los trabajos del 2050 aún no se han inventado, pero me da igual: si volviera a nacer, estudiaría para dedicarme a algo tan tradicional como dirigir una de esas publicaciones.

Pero no quiero desviarme del tema. Desde que me hago a mí mismo la compra, pertenezco al colectivo de los que frecuentan estos locales casi a diario, y por varias razones. Una de peso (expresión que aquí viene que ni pintada) es que me inclino más por subir a casa mi zurrón de tela medianamente cargado una vez al día que por transportar diecisiete bolsas una vez por

semana, acción para la que a buen seguro se hallan mucho más preparados los profesionales de las mudanzas o los sherpas del Everest. Portear una gran cantidad de bolsas (o de lo que sea) se me antoja incompatible con la condición humana, una de cuyas características físicas es la posesión de solo dos manos. Supongo que cuando se acarrean entre varias personas no es tan traumático, pero para un divorciado solo, resulta imposible trasladarlas del maletero a la nevera sin tener que desprenderse de varias al menos cuatro veces: para cerrar el coche, para abrir el portal, para llamar al ascensor y para introducir la llave de la vivienda en la cerradura de la puerta. Podría decirse que es un acto contra natura, aunque si algunos siguen empeñándose en practicarlo no me extrañaría que, en aras de la evolución, de aquí a unos siglos los individuos de nuestra especie empezáramos a parecernos a los pulpos.

Otra razón es que he descubierto que me gusta el microcosmos del supermercado, por el que profeso una reciente y sincera simpatía. Máxime ahora que, en algunas de estas tiendas, franquicias de empresas alemanas, lo mismo puedes comprar medio kilo de carne picada que un práctico rascador para la espalda, con el que siempre soñé. A fuerza de personarme allí a diario me sé de memoria dónde está cada cosa, así que puedo recorrer los distintos lineales rápidamente sin que por ello ninguna oferta ni ninguna curiosidad escapen de mi agudo escrutinio. Efectivamente, soy ese que se precipita por los pasillos como si tuviera que salvar algunos víveres en medio de un incendio voraz. Este es, además, el motivo por el que comienzo a bufar cuando, una vez en la fila de la caja, algún nacido antes de 1940 desenvaina su ajado monedero y se pone a hurgar en su interior en busca de moneditas para abonar el importe exacto. ¡Por favor, que estamos en pleno siglo XXI! ¡Que las tarjetas de crédito existen (desde hace décadas) para algo! ¡Que en pocos años el dinero físico habrá desaparecido de nuestras vidas lo mismo que se esfumaron el listín telefónico y las mecanográficas Olivetti! Claro, que tampoco me fío de quienes pagan con el móvil: intuyo que esta técnica aún no está completa y satisfactoriamente desarrollada, porque tiende a fallar, ralentizando hasta la exasperación el sencillo trámite. Supongo que su impulsor fue el mismo que creó el gatillo fijo de las mangueras de gasolinera, teóricamente ideado para no someter a tu dedo al esfuerzo de apretar durante cinco eternos minutos, mecanismo del que, tras exhaustivas inspecciones en estaciones de servicio de todo el país y diferentes marcas, estoy en disposición de afirmar que nunca funciona.

Leí en alguna parte que un grupo de avezados científicos, de los que se ocupan de cosas importantes (posiblemente de la Universidad de Wisconsin), habían publicado una investigación sobre la velocidad a la que discurren las colas en las cajas de supermercados y grandes superficies, con ánimo, entiendo (y agradezco), de hacer la vida más fácil a quienes atracamos en ellas (léase el verbo en su acepción náutica, por favor) con asiduidad. Prueba de que es un asunto candente que preocupa. Concluyeron que, puestos a escoger entre una cola donde esperan pocos clientes muy cargados y otra muy nutrida, pero con gente ligera de equipaje, siempre conviene decantarse por la primera. Justificaban su valiosísimo hallazgo argumentando que de todas las operaciones que se llevan a cabo en las cajas, la de pagar es la única susceptible de padecer

contratiempos. (Aunque los investigadores eran demasiado elegantes para expresarlo abiertamente, apuesto a que se trataba de una indirecta a los del monedero y el móvil.) Por tanto, y dado que el pasar los productos por el lector de precios no suele deparar ningún problema, una fila con dos carros llenos a rebosar solo detendrá su fluido avance en dos ocasiones. En cambio, la otra, aunque sus componentes vayan prácticamente con las manos en los bolsillos, al estar más concurrida tendrá que frenarse irremediablemente muchas veces, exponiendo a los integrantes que aguardan turno a búsquedas negligentes de moneditas, entrega de las mismas, recepción de vueltas (si procede), vanos intentos de acercar el teléfono a la terminal y otras penurias.

Yo me atengo a lo que decretan los expertos, aunque también he desarrollado mi propia técnica, que paso a compartir aquí por si te resulta útil. Se aplica cuando solo hay una caja abierta. Consiste en situarme en su fila (no hay alternativa) y, acto seguido, gesticular y moverme nerviosamente, como si fuese una persona hiperactiva, a fin de llamar la atención del cajero o la cajera. (Si se hace bien, puede incluso generar la ilusión óptica de que soy más de uno.) Cuando consigo atraerla, advierte que en la fila hay *demasiada* gente y procede a pedir refuerzos por megafonía, del tipo: «Margarita/Fermín, acuda a caja N.º 2». Antes incluso de que Margarita o Fermín se materialicen ante nosotros, el cajero o la cajera inicial pronuncia las palabras mágicas: «Vayan pasando por la caja N.º 2 en orden de espera». Dedico entonces una crucial décima de segundo a escudriñar las reacciones de quienes me preceden: si todos se mudan a la caja N.º 2, yo me quedo donde estaba, convirtiéndome así en el siguiente en pagar; si se instala entre ellos la duda, me planto de dos zancadas en la caja N.º 2 y aún no ha llegado Margarita o Fermín cuando ya estoy distribuyendo en la cinta con presteza y prestancia mis viandas.

Debo admitir que este bien testado sistema no siempre ofrece el resultado esperado. Recuerdo que hace unos días estaba yo saltando, extendiendo los brazos, realizando torsiones de cuello y paseándome de acá para allá en un metro cuadrado cuando la cajera me vio y, tras comprobar el gentío de la fila, que ya era intolerable, llamó a un compañero y habilitó otra caja. En esos instantes en los que hay que decidir prontamente, me percaté de que delante de mí solo una señora mayor, provista además de una pequeña bolsa, se animaba a pasarse a la nueva caja. Radiante por mi sabiduría y por la certeza de que al cabo de treinta segundos estaría ya de camino a casa, me situé tras ella. Por desgracia, la dama lo que extrajo de la bolsa era una especie de batidora, comprada días antes, que quería devolver. El cajero, que venía fresco de otros cometidos, examinó con parsimonia la pieza, por arriba, por abajo, por los lados... Casi llegó a desmontarla. Ignoro si esperaba encontrar en su interior un anillo de diamantes. Luego le pidió a la señora el tique..., y la confesión de que lo había perdido fue recibida con una salva de suspiros lastimeros e imprecaciones malsonantes por mí y todos los que nos habíamos ubicado a su espalda. El empleado y la clienta iniciaron entonces un improductivo debate basado en la repetición constante dos frases: «Lo siento, pero sin tique no puedo hacer la devolución. Es política de la empresa» (él) y «Es que lo he perdido, ¿no podría, aun así, devolverme el dinero?» (ella), y dado que se alternaban como respuesta y pregunta, se sucedían armoniosamente en bucle

y sin solución de continuidad. Yo, mientras tanto, lanzaba miradas de perro apaleado a la caja de al lado (¡de la que yo venía!), y comprobaba impotente cómo incluso compradores que habían llegado después que yo pagaban y se iban felices. Tras cinco minutos de enconado tira y afloja, la señora, enfadada, abandonó el producto en la caja y se fue soltando sapos por la boca, sin batidora y sin dinero. Le acompañó un resoplido general de alivio y juraría que hasta se escuchó un tímido aplauso. Cómo estaría de desencajado mi rostro para que, cuando me tocó por fin el turno, el cajero me pidiera disculpas por la demora.

Pese a todo, estos enriquecedores incidentes constituyen otro aliciente más en el proceso; me atrevería a decir que son la salsa de la compra.

No quiero dejar de denunciar el desprecio con que los supermercados ignoran a nuestro grupo (me refiero al de divorciados y divorciadas) al empeñarse en empaquetar en bandejas comida para varias personas. La tendencia actual de mirar por los intereses de colectivos desfavorecidos se la pasan por donde yo me sé. Soluciono esta papeleta comprando la citada bandeja, abriéndola al llegar a casa; divido su contenido y lo que no me voy a comer ese día, lo congelo. A grandes males... También podría buscarme un mercado de los de antes y plantarme ante el mostrador del carnicero o el pescadero; pero no sé si mis nervios soportarían otra cola.

Y una vez que repartes apropiadamente las provisiones entre la nevera, el congelador y la despensa, se impone el ir sacándolas si lo que te propones es prepararte la comida o la cena.

No quiero presumir, pero ahora que me veo obligado a cocinar yo mismo para mantenerme con vida, he salido bastante airoso del paso. Descuellan en mi menú algunos *plats principaux* que modestamente podría definir como «especialidades», entre los que se encuentran el filete de ternera a la plancha, la pechuga de pollo a la plancha, el salmón a la plancha y el emperador a la plancha. No sin grandes esfuerzos he logrado dominar la plancha: no tiene secretos para mí. Aunque se trata de una técnica de endiablada complejidad, y como ha quedado patente a lo largo de estos párrafos que no quiero tener secretos para mis lectores o lectoras, gustosamente paso a sintetizar la receta:

- Filete de ternera a la plancha (para 1 persona)

Ingredientes: un filete de ternera, aceite; sal y pimienta al gusto.

Preparación: en primer lugar, agarra una sartén, a ser posible limpia, y pasa por su superficie un gurruño de papel de cocina con el fin de hacer desaparecer la rugosa pátina negruzca que por alguna razón siempre tiende a adherirse a aquella, esté fregada o no (por lo menos a mis sartenes de bazar chino les ocurre). Vierte en ella dos gotas de aceite y haz que se expandan lo más posible por la sartén girando enérgicamente la muñeca como si estuvieras jugando al futbolín o fueses Antonio Banderas en *El Zorro*. Asegúrate de que no es de las que se han combado por abajo, pues el aceite tendería a acumularse en uno de los bordes de la sartén y queremos que se extienda homogéneamente. Eleva la temperatura de la placa al máximo. Espera a que la sartén humee para colocar en ella el filete (ya sé que tienes hambre, pero la

paciencia es la clave del éxito en la cocina, sobre todo, en el caso de platos sofisticados como este que requieren de una procelosa preparación). Por ambos lados del filete has diseminado previamente un poco de sal y, si así te sabe más rico, algo de pimienta. Procura que la dispersión se realice también de forma homogénea, para que cada bocado alcance el mismo grado de sazón. Cuando la sartén esté a punto de quemarse, entonces sí, planta en ella el filete; cuenta mentalmente hasta quince (si te gusta la carne poco hecha) y dale la vuelta. ¿Con qué?, te estarás preguntando. Un simple tenedor te sacará del apuro. (Aun a riesgo de hacerte perder el hilo, lo cual es probable por lo intrincado del procedimiento, abro un inciso para declarar que mi intelecto tiene grandes problemas para procesar el concepto «vuelta y vuelta», pues al filete solo se le da una vuelta, no dos, tanto para cocinarlo semicrudo como para achicharrarlo; es decir, que el manido «vuelta y vuelta», aparte de inexacto, no guarda relación alguna con la escala de cocción. Queda dicho y prosigo.) Bien, íbamos por la parte de darle la vuelta a la carne con el tenedor. Hecho esto, cuenta otra vez hasta quince y realiza un trasvase del filete de la sartén al plato: ya estará listo para que le hinques los dientes.

Aunque bordo la cocina con plancha, mi insaciable curiosidad por las artes gastronómicas y mi consiguiente avance en conocimientos de restauración me han llevado a descubrir un aparato que, sencillamente, es jauja: el horno. Junto al frigorífico, es mi electrodoméstico favorito: apenas necesitan mantenimiento, no hay que echarle sal, ni líquidos abrillantadores, ni pastillas, ni nada de nada, y su eficacia ronda el 120 %. Supongo que los robots de cocina son la repanocha, pero para quienes como yo no pueden dedicar un sueldo a una de esas obras maestras de la ingeniería alemana, el horno es un amigo que nunca te falla y está ahí cada vez que lo necesitas. Admite prácticamente de todo, aunque lo utilizo fundamentalmente para pescados, cuartos de pollo, verduras y hasta para patatas fritas, porque la indiscutible fortaleza del horno radica en que no ensucia la cocina. En mis primeros experimentos con él introducía una bandeja de cristal sobre la que había puesto directamente el manjar en crudo, mediando entre una y otro una fina capa de aceite, pero tras hornear muchas pizzas precocinadas (mira, ahí tienes otra posibilidad) me di cuenta de que podía emplear el papel especial para horno también como *cama* de los alimentos en la citada vasija de cristal, opción que propicia que ni siquiera esta se manche. El horno está dotado a su vez de luz, lo que facilita que puedas comprobar el punto de tostado sin tener que abrir la portezuela y llevarte un sofocón literal. El hecho de que mi agudeza visual ya no sea la que era y que mi cocina no pertenezca a la gama de las de última generación, que acogen el horno a una altura razonable en vez de a ras de suelo (inconveniente que me obliga a ponerme de rodillas para realizar la pertinente comprobación), no merma en lo más mínimo mi aprecio por el genial artilugio.

Con todo, para una persona sola es difícil moverse en la cocina. Bueno, sí, de acuerdo, lo normal es que en todas las casas se cocine individualmente y no a cuatro manos, pero cuando tienes conviviente este puede ayudar encargándose de otras tareas, como ir poniendo la mesa,

cortar el pan, pasarte ese cucharón al que no llegas o servirte un oporto cuando lo necesitas (que suele ser siempre). Los divorciados y las divorciadas que aún no hemos rehecho nuestras vidas somos solitarios corredores de fondo y auténticos malabaristas en la cocina. Si supiera calentar las sobras de ayer en el microondas mientras me las entiendo con el filete y la plancha, al tiempo que corto el pan, saco un tomate del frigo, descorcho el jerez y llevo los cubiertos a la mesa, me pondría una malla de ballet y un tutú y me apuntaría a *Tú sí que vales.*

El estrés que esto genera puede ocasionar algunos contratiempos, como el que me sobrevino una noche cuando trataba de freír un huevo. Resulta que mis vecinos de al lado son un matrimonio mayor, originario de un pueblo en donde pasan muchos fines de semana. He hecho amistad con ellos, y un domingo por la tarde, al regreso de su escapada, me obsequiaron con una docena de huevos puestos ese mismo día en un corral del municipio. Por si no lo sabes, al contacto con el aceite hirviendo los huevos frescos saltan; pero vamos que si saltan... Y mira que me avisaron, pero como estaba intentando compaginar varias acciones, relajé la atención sobre el huevo que acababa de romper en la sartén y este, tras dar un brinco digno de las acciones de Pfizer en bolsa en tiempos de pandemia, fue a parar al dorso de mi mano izquierda. La primera reacción fue manotear en el aire y emitir un aullido de dolor; la segunda, desplazarme como una exhalación a la puerta de los vecinos y llamar al timbre: nadie mejor que ellos para saber cómo actuar en estos casos, tan raros en ciudad como supongo que rutinarios en el ámbito rural. Cuando reparó en que mi mano había adoptado un color granate y estaba hinchada, la señora de la casa dictaminó: «Esto se soluciona con una mezcla de agua de nieve y aceite». Y tal mejunje, que así de entrada juzgué propio de la farmacología sioux, fue lo que me aplicó, por más que, en mi conmocionado estado, no se me ocurrió preguntar qué propiedades tenía el agua de nieve y cómo es que disponían de ella en pleno mes de junio. El caso es que mi mano sanó, aunque siempre que relato el suceso a amigos o conocidos les insto a no obrar como yo y acudir sin dilación a urgencias, por lo que pueda pasar.

Como ves, no creo que este año pueda aspirar a la estrella Michelin, pero mi ascenso a pasos agigantados en el dominio del busilis de la cocina es indudable. Creaciones (por utilizar el lenguaje habitual en el gremio) más enrevesadas, como la paella, los estofados o los guisos de legumbres, así como las recetas de plato cuadrado, por ahora se las dejo a los chefs que saben manejar cosas raras como ollas y nitrógeno líquido. Tampoco aspiro a reconocimientos, ni siquiera cuando tengo invitados a cenar. Me basta con el mío: la satisfacción de constatar que, desde que uso la lavadora, la plancha, el friegaplatos, dejo mi casa como los chorros del oro, hago la compra y cocino, soy un hombre más completo y mejor.

Nos vemos en la cola del súper: el tipo de atrás que se mueve como si tuviera el baile de San Vito soy yo.

Lourdes se enfrenta a taladros y alicates

¿Te has sentido alguna vez tentado de probar a ordeñar una vaca? ¿Has mostrado un mínimo interés por saber cómo se construye y lanza un cohete espacial? ¿Has experimentado el irrefrenable deseo de erradicar la infección dental de algún dolorido desgraciado aplicando cirugía periapical? Puede que sí o puede que no. Si es que sí, si en ocasiones te has planteado que te gustaría llevar a cabo ese tipo de actividades, u otras, lo más probable es que hayas terminado realizándolas y que, en caso de haber comprobado que te gustan, las hayas convertido en tu profesión o, cuando menos, en una febril afición, a pesar de que esto último no siempre es posible, debido a que existen gremios muy tiquismiquis que no permiten que cualquiera, como pasatiempo, se ponga a extraer molares a incautos que se presten a satisfacer su deseo. Menudos son los dentistas. Aunque, en parte, comprendo sus reticencias: dado que hay profesionales que han estudiado y practicado para acometer determinadas tareas, carece de sentido que otros, simplemente por pasar el rato, se las usurpen. Y si los odontólogos se cabrearían ante un ejemplar de sacamuelas aficionado, el mismo derecho al enfado, digo yo, tienen albañiles y fontaneros, más víctimas del intrusismo que los periodistas, que ya lo son mucho.

Puede, en cambio, que no te hayan llamado esas respetabilísimas ocupaciones. En ese caso, puedo poner la mano en el fuego y asegurar que nunca te has remangado para hacerlas; y no me quemaría, por más que poner una mano en el fuego y no achicharrarse sea científicamente imposible. Todos, en definitiva, sabemos de acciones que *no nos llaman*, y que, por tanto, ignoramos olímpicamente. Comprendo que a determinadas personas no les llame el sentarse en un taburete mugriento y tirar de las ubres de una vaca, lo mismo que a otras no les llame el pasar una tarde de compras subidas a tacones de doce centímetros, cargadas de bolsas y jalonando probadores. Esto último a mí sí que me llama, fíjate tú, no así lo primero. Tampoco me había llamado el mundo del bricolaje, lo que explica que durante gran parte de mi vida haya mantenido una prudencial distancia con todo lo que tenga que ver con reparaciones, montajes e instalaciones en el ámbito del hogar, o con los entresijos de los coches.

Podría aducir que es más cómodo buscar en Internet un profesional del ramo, lo cual es verdad. Podría invocar falta de tiempo y no sería menos cierto. Mi trabajo de directiva en una empresa familiar dedicada a la fabricación de sanitarios me roba más horas al día de las que me gustaría, y eso a pesar de que es mi hermano, director general, quien se encarga del farragoso día a día y de la relación con los empleados. Sabiendo cómo es él, un pelma de tomo y lomo, cuando nuestro padre, fundador de la compañía, se jubiló, le ofrecí ese caramelo envenenado, que

lógicamente aceptó. Su manera obsesiva de asumir los rigores laborales, que implica el llevarse los balances a casa y escrutar al personal a través de la ventana de su despacho cronometrando hasta las pausas del café, se llevó por delante su matrimonio, lo que yo agradecí (mi excuñada Esperanza es una petarda insoportable), pero a él no parece importarle, porque después de haberse divorciado sigue entregándose, con más ahínco si cabe, a tan delirantes maniobras. Yo elegí el cargo de directora general adjunta, lo que me permite mantenerme en un segundo plano y enfocarme solo en las grandes decisiones. Pero eso no quita para que después de dieciséis reuniones, catorce videoconferencias y veinticuatro firmas de contratos no tuviese ninguna gana de llegar a casa y ponerme a instalar un maldito ventilador en el techo, manchándome las manos de polvillo y cargándome la manicura.

Porque para eso (y ahí va otra buena razón) ya estaba mi exmarido.

Por más que nos guste proclamar que todos los seres humanos somos iguales, la sociedad ha establecido varios baremos, ampliamente aceptados y aparentemente inapelables, para clasificar a los individuos que la componen. Así, por citar solo unos ejemplos, existen hombres y mujeres, niños y adultos, altos y bajos, guapos y feos, honrados y corruptos... Estas divisiones son claramente imperfectas, pues hay personas que no son ni lo uno ni lo otro o son ambas cosas a la vez: quien más quien menos conoce a adultos que son como niños, niños que saben más que el señor Miyagi, feos que tienen su aquel y sujetos que se las dan de honrados y vituperan a los políticos chorizos, pero que, mira por dónde, procuran inflar un poco el apartado de gastos en su declaración de la renta o se colarían alegremente en el metro si tuvieran la certeza de que no acechan cámaras ni vigilantes de seguridad en las taquillas. Quizá por lo defectuoso de aquellas y otras catalogaciones, determinados colectivos, generalmente minoritarios, han creado las suyas propias para diferenciarse del resto o, simplemente, designar a los demás. Los militares nos llaman *civiles* a quienes estamos fuera de la disciplina castrense, como si hubiéramos nacido con ese gen o, indiferentes a la defensa de la patria o a los suculentos trienios, hubiésemos estudiado denodadamente en alguna academia (civil) para serlo. Para las personas de etnia gitana, quienes no compartimos raíz con Camarón somos *payos*. Del mismo modo, los aficionados a despelotarse en las playas también han acuñado un término para denominar a los pudorosos, discretos o que simplemente disfrutamos luciendo modelito en cualquier lugar u ocasión: nada menos que *textiles*, lo cual es gracioso de veras porque sugiere que estamos hechos de franela o lana merina.

En el polo opuesto, ciertas mayorías empleamos locuciones concretas para mostrar admiración (subrayada por el uso del diminutivo) hacia sectores de la población que destacan por inusuales habilidades. Tal es el caso de *cocinillas*, que alude a duchos aficionados en operaciones culinarias, o *manitas*, que sirve para describir no a aquellos de manos pequeñas, sino a quienes, sin ser profesionales, se dan buena maña en montajes y reparaciones relacionados con el bricolaje, la albañilería, la electricidad, la fontanería o la mecánica del automóvil.

Según lo expuesto hasta ahora, yo podría definirme como mujer, adulta (cuarenta y dos años), más baja que alta, buenísima de la muerte, requetehonrada, civil, paya, textil, regular en la cocina y lo contrario de manitas, es decir, *manazas,* expresión que, por otra parte, tampoco remite a un tamaño de manos fuera de lo común.

O, por lo menos, eso es lo que he sido siempre, hasta ahora.

Los últimos diez años de mi vida los he pasado unida por lazos conyugales a un hombre que es lo opuesto a mí: un manitas cinturón negro, si puede adjudicarse tal color a la ajada correa de cuero amarillenta, de la que pendían martillos, destornilladores, tenazas, alicates y otros chismes cuyo nombre entonces yo desconocía, con la que se paseaba sin descanso por casa buscando cosas que arreglar. Era su maldito *hobby.* Por suerte para él, se nos estropeaban cosas sin cesar: cuando no era un interruptor de la luz era que se desenrollaba la cinta de la persiana, por lo que tenía entretenimiento asegurado todo el rato. Llegué a barruntar que él mismo se dedicaba a romper objetos y cortar conexiones para luego darse el gustazo de repararlos. En Leroy Merlin ya lo conocían y le saludaban por su nombre de pila al entrar. Lo comprobé yo misma una tarde en que, en un momento de enajenación, decidí acompañarlo. «¿Qué va a ser hoy, José? ¿Lo de siempre?», le consultaron los empleados a modo de bienvenida, mientras formaban en fila de a uno en el vestíbulo y extendían la alfombra roja que guardan para ocasiones especiales. Al parecer un día acudió el rey en visita oficial y no le rindieron tantos honores.

No hace falta que diga que José acaparaba para sí todas las intervenciones caseras de esta índole, lo que, si he de ser sincera, me venía muy bien. Las mujeres podemos encargarnos de las reparaciones domésticas y del automóvil por lo menos igual de bien que los hombres; no quiero barrer para casa, pero me inclino a pensar que podemos ejecutarlas aún mejor, ya que les superamos en intuición, de modo que simplemente echando un vistazo a los cables averiados somos capaces, en virtud de nuestro proverbial sexto sentido, de identificar la raíz del problema. Pero, vaya, en ese aspecto marital sí que reinaba la armonía: mientras yo evitaba esos quehaceres, él se ocupaba de ellos con frenesí.

Eso no quita para que la convivencia, por culpa de esa manía suya, fuese desastrosa. Solo puede haber algo peor que estar casada con un adicto al bricolaje: estarlo con el tambor mayor del ejército bengalí. Como muchas veces mi ex no se valía él solo para reparar las cosas y surtirse simultáneamente del material necesario, me pedía a voz en grito desde lo alto de una escalera:

—¡Lourdeeees, pásame el berbiquí!

A lo mejor yo estaba leyendo un *best seller* de un empresario norteamericano o viendo *El lobo de Wall Street;* entonces le decía:

—¿Y para qué quieres tú un berbiquí?

—Tú pásamelo... Eso, eso de ahí. No, al lado. Eso alargado, puntiagudo y con un pequeño mango transversal de madera.

Yo echaba una mirada lánguida a su caja de herramientas, más atiborrada que el bar del

Congreso en día de votación, tratando de localizar algún instrumento que respondiera a la detallada descripción que había asignado mi ex a la palabra «berbiquí». Cuando lo encontré, me quedé mirándolo un instante (al instrumento, no a José, a quien ya tenía muy visto), sopesando cómo era posible que algunas mujeres usasen tal artefacto para marcarse los rizos en el pelo.

—¡No, mujer, no! ¡Eso es la escofina!

Y entonces examiné la escofina, preguntándome cómo podían ponerse eso antaño en la cabeza las niñeras y aún hoy algunas enfermeras. Al parecer, el mundo de las reparaciones y los de la peluquería y los tocados estaban interrelacionados.

Leí en una ocasión que las ferreterías son el establecimiento con más referencias en su inventario, alrededor de 25.000; pues bien, estoy segura de que José las conoce todas. Ha extendido su afición a otros ámbitos: su bebida favorita es el *destornillador* y se afilió al Partido Comunista solo porque en el logo aparece un martillo. Gusta de trufar su discurso con frases hechas como: «Dar en el clavo», «agarrarse a un clavo ardiendo» o «le falta un tornillo», vengan a cuento o no. Ese es mi José.

Y, sin embargo, se gana la vida como dentista. Asegura que lo de sacar muelas es su vocación; en cualquier caso, ambas actividades consisten básicamente en lo mismo: en quitar, poner, rellenar y reparar con la asistencia de aparejos que se accionan con las manos.

Hace unos meses nuestra relación tocó a su fin. Su fama de manitas se había extendido por todo el bloque, y descubrí que los trabajitos que le hacía a la vecina del cuarto primera no eran precisamente de mampostería. El agujero que corrió a taparle resultó que no estaba en la pared. Entonces nos divorciamos. Él se fue de casa, mientras que la niña y yo nos quedamos en el que hasta entonces había sido domicilio familiar. Experimenté un fuerte deseo de romper con el pasado y empezar de cero, y cortarme el pelo y ponerme mechas californianas no fue suficiente. Comprendí que la vivienda, tal y como estaba, seguía en cierto modo atándome a tiempos pretéritos, por lo que se antojaba obligado darle un aire nuevo. Esto pasaba principalmente por pintarla entera, modificar distribuciones e instalar recientes adquisiciones que le darían otro aspecto, aprovechando que el infatigable José se había llevado a su nuevo piso unas cuantas cosas. Había, por tanto, que dar brochazos aquí y allá, colgar lámparas y cuadros, atornillar barras de cortinas, colocar alguna estantería y conectar ciertos aparatos, además de enmendar algunos enseres a los que diez años de uso continuado empezaban a conferir natural deterioro.

Y ahora ya no estaba José para hacerse cargo.

Mi impulso inicial fue buscar en la red especialistas en cada una de esas áreas, a ser posible que vivieran por la zona, por aquello de reducir los costes de desplazamiento. También barajé la opción de llamar al seguro, pues mi póliza, creía recordar, incluye una prestación que responde al divertido título de *manitas service.* Segura de que la letra pequeña del contrato recogería algún impedimento para poder hacer uso de esa asistencia —no me cabe duda de que una de las cláusulas es: «Sea cual sea su estropicio, búsquese la vida; su póliza no lo cubre»; lo que pasa es

que nunca las leemos—, y reticente a gastarme un pastizal en la reforma, pues los divorcios nos dejan a todos tiritando, a la vez que deseosa de demostrarme que podía hacerlo yo misma, decidí por ponerme *manos a la obra.* Comprendí que empezar a emplear ese lenguaje constituía de por sí una buena señal.

El primer paso, por el que recomiendo comenzar si estás en la misma tesitura, fue comprar una caja de herramientas. La caja, quiero decir: no las herramientas. Me olía que una caja ya equipada traería escofinas y otras fruslerías que, a la hora de la verdad, reputaba inútiles. Cuando tuviera mi caja, me dije, elegiría las herramientas en función de las necesidades reales. Fiel a mi carácter práctico, busqué antes en Internet las posibles opciones en cuanto a color: ya que vas a meter en tu casa algo tan feo, por lo menos que tuviera un componente estético aceptable. Para mi sorpresa, descubrí que el color, en esto, es lo de menos. Lo que realmente importa es el material. En un completísimo portal averigüé que las hay de madera («hoy apenas se usa»), de acero («fuerte, pero pesada»), de aluminio («ligera e inoxidable») y de plástico («siempre liviana, pero ¿resistente?»). Las páginas web están concebidas para que entres, mordiendo el anzuelo de alguna palabra clave, las examines por encima y no saques nada en claro. ¿Es posible que no existan autoridades en la materia que se arriesguen a decretar cuál es la mejor caja de herramientas del mundo? Se me ocurrió que, igual que hay premios a la mejor tapa, la mejor paella, el mejor coche híbrido y el mejor belén confeccionado con ganchillo, también lo habría a la mejor caja de herramientas, pero por más que indagué no lo encontré. Total, que no me quedó más opción que personarme en la tienda que hay debajo de casa, Ferretería Gutiérrez, para que me brindaran asesoramiento personalizado y, a ser posible, la dichosa caja. Entré, me abrí paso entre el grupúsculo de clones de mi exmarido que por allí pululaban generando un siseo tan armonioso como desesperante, y apoyé las palmas de las manos en el mostrador.

—Buenas. Quiero una caja de herramientas —dije.

De pronto, el murmullo cesó, se impuso un silencio sepulcral y toda actividad quedó en suspenso; los neuromediadores de mis corpúsculos cutaneomucosos, que por lo general no dan guerra, inervaron y transmitieron señales a mi cerebro de que todos los allí presentes, empleados, compradores y hasta el calendario de Ronaldinha, que alguien había dejado allí colgado en 2004, me miraban. Me giré para corroborarlo, y encontré que los parroquianos, todos varones de cincuenta y ocho años, compartían idéntica postura congelada: la cabeza ladeada hacia mí, la boca abierta, los ojos fuera de las órbitas, las cejas alzadas en actitud de pasmo y en la mano, inmóvil, el tornillo o perno que hasta ese momento hubieran estado analizando. Uno de ellos cayó al suelo (de los tornillos, no de los señores), y ni siquiera el cling cling que produjo suscitó reacción alguna.

—Un momento, por favor —musitó azorado el dependiente, un hombre también de cincuenta y ocho años ataviado con la reglamentaria chaquetilla añil.

Desapareció en la trastienda y al cabo de unos segundos regresó acompañado de otro hombre más mayor.

—Es esta señora —dijo el primero.

—Perdone —comentó el segundo—, pero mi compañero *asegura* que usted pregunta por una caja de herramientas.

—Así es —respondí, acompañando las palabras con un golpe de melena.

El caballero mayor carraspeó.

—Verá usted, con el debido respeto: soy Benito Gutiérrez, propietario de este modesto establecimiento fundado en 1957. Y es la primera vez en todo este tiempo que entra una señora con traje de chaqueta y pide una caja de herramientas.

Un runrún de asentimiento siguió a la declaración.

—Ah, ¿sí? —exclamé—. Pues con las mismas póngame además un taladro.

Los hombres allí reunidos reaccionaron de diversas maneras. Los más se mesaron los cabellos, otros se pasaron las uñas por la cara, algunos cogieron de las solapas al más próximo y lo zarandearon; hubo quien se rasgó las vestiduras, lo que tampoco tenía mucho mérito, porque vestía un mono de empresa y los zurcidos no iba a pagarlos él. Unos minutos después tenía ante mí, y sobre el mostrador, además de una caja de herramientas vacía y un taladro, una colección de útiles que a juicio de don Benito Gutiérrez constituían el equipo básico para iniciarse en esta clase de labores:

- Un martillo
- Una llave inglesa
- Un destornillador de estrella
- Un destornillador plano
- Una cajita de tornillos de cinco milímetros
- Otra de escarpias del mismo diámetro
- Otra de tacos del mismo diámetro
- Una cinta métrica

Con eso podía una ponerse a perforar paredes y colgar objetos en ellas, igual que con unas zapatillas de *running* uno ya puede empezar a correr, dejando para más adelante, si ha comprobado que encuentra gusto en el desempeño de esa disciplina deportiva, la camiseta fosforito, el pantalón de licra negro, la cinta de felpa para el cabello, las gafas antirreflejantes y resistentes a las caídas, los auriculares para la música, el brazalete portamóviles, el reloj-pulsómetro, la mochila de hidratación con su correspondiente tubito para succionar, la riñonera para las llaves y el resto de la parafernalia que nunca verás en los profesionales, solo en los aficionados (cierto es que hay gente que se lo compra todo el primer día, para satisfacción de los patronos de Wallapop). Aun así, ignoraba por entonces que mi compra no estaba completa. El conjunto de trastos pesaba y abultaba lo suyo, lo que aguzó mi capacidad de reflexión y me llevó a preguntar:

—¿Sirven a domicilio?

—Solo en compras superiores a 4.500 euros —me informó don Benito.

Razón por la cual creí necesario añadir al pedido un carrito plegable, que al fin y a la postre usé para transportar tan nutrida carga a mi casa.

De este episodio aprendí una lección:

- LECCIÓN N.º 1:

Las herramientas no traen instrucciones de uso

Excepto el taladro, que aparecía cuidadosamente acomodado en un maletín de plástico que a su vez venía dentro de una caja de cartón, ninguna de las herramientas que compré se acompañaba de manual de instrucciones, ausencia que se había hecho manifiesta en la ferretería, pero de la que no fui plenamente consciente hasta que desplegué la mercancía sobre la mesa de la cocina, silbé y me dije: «¡Vaya arsenal!». Pensé que, si en ese momento me estuviesen grabando en vídeo, incrustaran un emblema tremebundo en la imagen y me pusiera un pasamontañas, pasaría por miembro de una organización terrorista que depone las armas. A continuación, amagué con buscar los respectivos manuales de uso, amago que quedó en eso porque rápidamente, en virtud de la *desnudez* de la que hacían gala los utensilios, comprendí que venían así, a pelo, sin instrucciones, sin caja, ni funda, ni nada que se le pareciera. Solo los tornillos, las escarpias y los tacos, tan monos, estaban procelosamente empaquetados en sendas cajitas, envueltas estas en un pequeño papel adhesivo cuya función debe de ser únicamente la de dificultar su apertura. Entonces supe por qué a algunos hombres les gustan tanto las herramientas: manejarlas no exige el aprendizaje de unas pautas previas. Basta una pizca de instinto. Es decir: el martillo se empuña por el asa con la mano buena (los diestros la derecha, los zurdos la izquierda) y, hala, ¡pom, pom, pom, pom!; el destornillador se agarra con la misma mano y ¡frum, frum, frum, frum! ¡Qué prodigio de simplicidad!

Una vez cerciorada de esta evidencia —que, con todo, merece alguna matización: para *apretar,* o como dicen los pedantes, *atornillar* hay que girar la mano en el sentido de las agujas del reloj (en el sentido de su marcha, porque cuando están quietas, como ocurre en un reloj parado, las agujas no se mueven en ningún sentido), mientras que para *aflojar*, o *desatornillar*, se recomienda hacerlo a la inversa—, y sofocado así el arrebato de bajar a cantarle las cuarenta a don Benito Gutiérrez por haber olvidado incluir los manuales junto con los objetos, consideré que había llegado la hora de remangarme. Como llevaba una camisa de manga corta, juzgué que podía saltarme ese paso.

Decidí empezar por lo más fácil: colgar unos cuadros. (En esto puedo regresar a la analogía del *running:* los expertos recomiendan iniciarse en él recorriendo distancias cortas, de unos diez o quince metros, para progresivamente ir ampliándolas hasta los cinco, cincuenta o quinientos kilómetros.) Determiné el punto exacto donde debía quedar suspendido el primero, pero pesaba poco, por lo que estropear la pared para alojar en ella el taco y el tornillo se antojaba excesivo,

poco práctico y, en definitiva, una pena. Bajé a Gutiérrez, le expuse el caso y me recomendó unas piezas pequeñas y doradas llamadas *ganchos equis*, que contrariamente a lo que este nombre puede sugerir, no tienen nada que ver con el boxeo ni con la pornografía. Estos ligeros clavitos constan de dos partes, una de ellas doblemente agujereada de fábrica, por la que hay que introducir la otra, que no es más que una fina puntilla que reacciona a los martillazos introduciéndose en los agujeros de la primera y, en consecuencia, en diagonal en el muro, lo que asegura su inamovible sujeción. Regresé a casa, tras despedirme cordialmente de don Benito, con quien comenzaba a forjar una sincera amistad, y procedí a vérmelas con los ganchos equis. Verifiqué al instante que estos tienen un grave defecto: solo pueden ser empleados resueltamente por personas con tres manos. O por equipos de dos personas, a una de las cuales se le permite dejar una mano libre para sostener un vasito de cianuro (la operación es tan desesperante que quizá desees recurrir a él). Sí, porque al subdividirse en dos partes, el gancho equis precisa del concurso de dos manos para su instalación, una que sujete el elemento horadado, de manera que quede pegado a la pared y a la vez en estricta verticalidad, y otra que asegure la puntilla, para que no baile. Hasta ahí, bien, pero ¿con qué mano se coge el martillo? Sola como estaba, hube de encomendarme a una dosis al 50 % de ingenio y paciencia para aferrar con mi mano izquierda las dos secciones del gancho equis y liberar así la derecha para arrearle los necesarios zurriagazos. Al cabo de cinco o seis intentos infructuosos, que dejaron otros tantos orificios en el yeso —bien es cierto que, delgada como es la puntilla, pasan un tanto inadvertidos; del todo si luego quedan escondidos tras el lienzo—, conseguí mi primera victoria en el campo de las obras domésticas: colgar un cuadro.

Pletórica de moral, me dispuse a pasar al nivel dos: instalar una barra de cortinas y una lámpara. Pensarás: ¿qué vínculo une ambas cosas para que esta buena mujer las englobase en un mismo escalafón? Bien es cierto que, a simple vista, pertenecen a mundos distintos, pero están unidas por una dificultad común: se ponen en lo alto. Miré al techo, y, aunque mi casa es moderna, y las habitaciones no tienen cuatro metros de altura como las de hace cien años, como desvelé al principio soy más baja que espigada, y ni elevada sobre los dedos de mis pies iba a llegar a tan inaccesible recoveco. Irrumpí otra vez en la ferretería para comprar una escalera, pues la que teníamos en casa se la llevó mi ex.

- LECCIÓN N.º 2:

Las escaleras son extrañamente caras

Me figuro que la decisión de los fabricantes de techos (también llamados arquitectos) de situarlos cada vez más bajos causó un daño enorme a la industria de las escaleras: ¿quién podría necesitar a partir de entonces un soberbio modelo de seis o siete peldaños más que los profesionales que arreglan el alumbrado público o los reparadores de fachadas de edificios? Y,

sin embargo, ¿has visto a los fabricantes de escaleras quejarse, ponerse en huelga? El otro día una manifestación congestionaba mi calle y distinguí en ella banderas independentistas catalanas, pancartas antivacunas y cánticos en defensa del tigre de Sumatra, en peligro de extinción, pero entre aquella mezcolanza no divisé ni escuché una sola reivindicación relativa a las escaleras. [1] Los muy ladinos (me refiero a los fabricantes de escaleras) han preferido subir los precios, convirtiendo sus productos en bienes aspiracionales, de tal modo que uno puede medir el estatus y la solvencia de una familia en función de si dispone o no de escalera y su número de peldaños. Un modelo ordinario de apenas dos o tres escalones no baja de los cuarenta euros; más o menos lo mismo que un juego de sartenes de calidad media, con la diferencia de que estas las utilizas todos los días y la escalera, no más de media docena de veces al año (y no puedes guardarla en el horno).

Estrené el taladro para colocar los soportes de la barra de cortinas, teniendo cuidado en no dejarme las manos como un Cristo (literalmente) y de usar la broca de cinco milímetros, de tal modo que los tacos encajaran a la perfección. Descarté consultar las instrucciones del taladro, pues su uso tampoco encierra gran misterio: tan solo hay que insertar la broca que gustes, enchufar el aparato a la corriente eléctrica y apretar un botón. [2]

No obstante, el trajín de apretar los tornillos se me hizo muy cuesta arriba, porque entre la postura a la que la acción me abocaba y el esfuerzo imperioso de girarlos hasta que no pudieran desajustarse ni con un terremoto de magnitud ocho en la escala de Richter, me obligó a ingerir a la jornada siguiente dos litros de agua con azúcar para paliar las terribles agujetas.

No soy mujer que se arredre, pero las molestias me obligaron a introducir un *impasse* en el proceso de reacondicionamiento de mi hogar. Bajé a la ferretería para ver si don Benito Gutiérrez podía ofrecerme solución.

—A fuerza de atornillar y atornillar se me ha puesto un dolor en la mano de derecha... Yo no sé si se me ha abierto, dislocado o roto por tres partes —le confié.

—Ah, pues, aquí mismo, sobre el mostrador, tengo lo que puede aliviarle las molestias —repuso don Benito. Cogió una tarjeta de un montón y me la ofreció—. Es un fisioterapeuta que acaba de abrir gabinete en el barrio. Me preguntó si me importaba que...

—No, don Benito —respondí, aceptando el impreso por si necesitaba recurrir a sus servicios tras mis clases de *step* funcional—. Me refería a si tiene usted destornilladores más ergonómicos, más gruesos, yo qué sé..., pero que no me destrocen nervios y tendones.

—Oh, haber empezado por ahí. Un momentito.

El venerable ferretero desapareció en la trastienda y al cabo de un minuto regresó con un par de cajas.

—Verá, doña Lourdes. Lo de atornillar así a mano..., está mal que yo lo diga, pues sigo despachando destornilladores..., pero ha quedado un tanto desfasado. Se lo digo yo, que llevo en la vanguardia de la industria ferretera desde 1957. No niego que para apretar un tornillo suelto

cumplan su función, no, pero para tareas más ambiciosas como la que, al parecer, está usted acometiendo en su casa, hoy lo más práctico es un atornillador eléctrico.

—Pero ¡qué maravilla! ¿Y basta con presionar un botón? ¡Qué novedad más ilusionante!

—No lo llamaría «novedad». Existen en el mercado desde hace ya muchos años. Y en una amplia gama de precios.

—¿Y por qué no me lo vendió el primer día? —Uno de los modelos que me presentó, el más barato de la gama, costaba menos que la escalera, así que estuve tentada de propinarle en la calva unos golpes entre amistosos y represivos con el susodicho ingenio por no habérmelo despachado antes.

—Es que como usted me pidió cuatro básicos...

—¿Qué entiende usted por «básico»? ¡Esto es un invento imprescindible!

Y me llevé un modelo sencillo, bastante asequible, con puntas de diferentes formas y cargador USB.

- LECCIÓN N.º 3

Un destornillador eléctrico es un «básico»

Lo mismo que una camisa blanca de Zara. El hecho de que *Telva* y las otras revistas femeninas no lo incluyan en sus secciones de *must* mensuales solo puede esconder un flagrante sexismo. Como si las mujeres solo considerásemos *imprescindibles* los vaqueros *wide leg,* los tacones *mule* de colores o los *blazers* de Arpatex. Hay una especie de pacto de silencio al respecto, pero considero que los atornilladores/destornilladores eléctricos se cuentan entre los inventos más fastuosos de la humanidad, al nivel de la rueda, la imprenta o las uñas de gel.

Satisfecha del resultado (para que luego digan que las mujeres somos difíciles de complacer), y tras colgar de la barra mis preciosas cortinas nuevas color Volcanic Glass (eso ponía en el paquete; un gris ceniza muy elegante), me puse con la lámpara.

En la instalación de una lámpara participan dos ramas de la chapucería casera: la albañilería (muchas requieren practicar agujeros en el techo) y la electricidad. Toda vez que mis nociones de la primera son escasas y de la segunda, nulas, me pregunté: «¿Cómo narices se pone una lámpara?». Lo hice en voz alta y frente al espejo de la cómoda, y, sin embargo, este no me dio respuesta alguna. Ni siquiera me susurró: «Eres la mujer más hermosa de este reino y de todos los demás», como en los cuentos infantiles. Pero entonces se me ocurrió una brillante idea: consultarlo en Internet. La red rebosa de tutoriales de todo tipo, por lo que en la caja de búsqueda tecleé la misma pregunta (lo tecleé, de hecho, en el teclado, que para eso está, pero apareció escrito en la caja de búsqueda): «¿Cómo narices se pone una lámpara?». Descartados los vídeos sobre el tratamiento de la sinusitis, hallé varios que daban respuesta a la cuestión. Cuando digo «varios» hablo de 13.000.

- LECCIÓN N.º 4:

Los tutoriales de YouTube son prácticos... solo a medias

Que yo sepa, a nadie se le ha ocurrido hasta ahora subir un tutorial que enseñe a usar los tutoriales de Internet; aquí dejo la idea. Y aporto una pincelada: elige aquellos que están en tu idioma, porque si ya es complicado entender los procesos, el empleo del argot técnico en otra lengua puede entorpecer la comprensión; los vídeos duran de media 12 minutos, pero los diez primeros puedes saltártelos (los *youtubers* rellenan estos con una introducción siempre muchísimo más larga que la descripción de la ejecución en sí: primero se presentan y a continuación proceden a explayarse sobre lo importante que es esa chapuza que vas a llevar a cabo, y por qué entraña tantos inconvenientes; pero como eso ya lo sabe quien está viendo el vídeo, aconsejo adelantar la reproducción hasta el momento en que queda patente que se ha iniciado la intervención). Por último, según se desprende de estas didácticas grabaciones, nueve de cada diez manitas son americanos, a tenor de sus acentos. Esto dice mucho de la pericia en estas lides de las personas de la orilla occidental del Atlántico. Claro, que también puede deberse a que en España residan 40 millones de personas y en América 400 millones hablen castellano. A efectos de utilidad, lo mismo da un acento que otro —«martillo» se dice igual en España que en Chile, y «destornillador» de forma exacta en Ecuador y Paraguay—, pero los vídeos españoles duran tres minutos y los americanos pueden alcanzar los 25.

Si fuese una mujer engreída no tendría reparos en manifestar que poseo unas dotes artísticas por encima de la media; pero como no lo soy, y la modestia es mi luz y mi guía, me conformaré afirmando que tengo un talento fuera de lo ordinario, y por tanto extraordinario, para todo lo relacionado con el arte y la creatividad. Bien es cierto que no lo he explotado hasta la fecha, pero eso no significa que no lo atesore. Entre los hombres hay muchos que son brillantes entrenadores de fútbol y no necesitan ejercer como tales para demostrar su buen juicio en cualquier barra de bar. A veces la vida nos lleva por derroteros inesperados que imposibilitan el aplicar el talento innato a una carrera profesional, y por eso hay tantos grandes teóricos políticos que se ganan la vida como camareros y eminentes trileros que se dedican a la política. Baste un dato para respaldar mi anterior declaración: hará unos diez años me apunté a las clases de pintura al óleo que una sexagenaria ociosa impartía los sábados por la mañana en su soleada terraza acristalada, en el ático de un edificio situado a tres manzanas de mi casa. Entre las once y la una, un grupo de estudiantes nos arremolinábamos en torno al bodegón que la señora había compuesto y situado sobre un altillo (una fuente rebosante de uvas, una tetera, unas naranjas, una manzana, un melocotón) y tratábamos de reproducirlo, mediante brochazos más o menos certeros de pintura, sobre un lienzo. No era fácil, pues entre los rojos de los tubitos de óleo que cada uno de nosotros portaba en su maletín (cadmio, bermellón, titán, carmín) no había ninguno que fuera igual al rojo de la manzana, y como la claridad matinal, y la correspondiente sombra, imprimían en la pieza

de fruta distintas tonalidades de dicho color (había un redondelito, justo donde impactaba más directamente la luz, que podía considerarse blanco; fenómeno inaudito, pues la manzana era totalmente roja), debíamos mezclar el contenido de distintos tubos sobre una tabla de madera llamada «paleta» hasta conseguir el más similar en cada caso (porque lo que sucedía con la manzana también ocurría con las naranjas, el melocotón, las uvas y la loza de la fuente y la tetera, y no siempre con el rojo). El nivel del alumnado era tan alto que la profesora aprovechaba para bajar al supermercado y hacer la compra semanal. Cuando regresaba, cinco minutos antes de la una, se paseaba por entre los caballetes (no sin antes haber guardado el contenido de sus bolsas en el frigorífico) y, mientras limpiábamos los pinceles, nos iba dando a cada uno, en voz baja, para no despertar suspicacias ni alimentar envidias, su opinión sobre nuestro trabajo. A mí siempre me decía que era de los aventajados de la clase. A continuación, empezaban a llegar los papás y las mamás de mis compañeros, les lavaban las manitas, les daban un huevo Kinder y se los llevaban a comer un Happy Meal.

Evoco aquellos dulces momentos no para darme un baño de prestigio gratuito, sino para que comprendas que, versada como estaba en las artes pictóricas, el proyecto de darle una mano de pintura plástica al dormitorio principal era, de todas las tareas pendientes, la que menos de cabeza me traía. Si había sido capaz de copiar, con todos sus matices, cincuenta bodegones en el plazo de un año (al final me borré de las clases porque sentía que no avanzaba), ¿qué problema podría entrañar pasar una brocha, empapada de pintura de un solo tono, por una superficie de pladur? Cuando pensaba en ello no solo no me agobiaba, sino que experimentaba un gran placer: me imaginaba blandiendo el pincel con maestría y ejecutando enérgicos giros de muñeca, como suponía hacían los grandes maestros. Sin embargo, un día, hablando con mi amiga Victoria del tema, me dijo:

—Tú estás loca, chica. Quizá pintar es fácil, pero ¿tú sabes el trabajo previo que requiere? Hay que proteger ventanas, puertas, enchufes e interruptores con cinta Krepp o de carrocero; las puertas hay que cubrirlas por completo con papel o plástico *film;* deberás extender también papel protector por el suelo... ¿Qué necesidad tienes de darte esa paliza? Búscate un pintor, que por una sola habitación no creo que te cobre mucho.

Solo con esas palabras, sin necesidad de atarme a una silla y aplicarme descargas eléctricas en las sienes, me convenció.

Al día siguiente iba yo por la calle y desde una parada de autobús me asaltó el siguiente anuncio:

Pintor económico
666 xx xx xx

Tras meditar unos minutos sobre si lo que se ofrecía como «económico» era el propio pintor o eran sus servicios, me incliné por lo segundo y le llamé. Se avino a pasar esa misma tarde por

casa, echar una ojeada a la habitación y emitir un presupuesto. Hizo las tres cosas, y las tres bien: llegó puntual, escudriñó el espacio con ademán de experto (mirando ceñudo en todas direcciones, asintiendo con la cabeza, sacando la lengua por un lado de la boca y rascándose el cráneo) y el dinero que me pidió me pareció razonable.

—¿Compro yo la pintura? —me preguntó cuando se iba.

Deduje que le harían descuento de autónomo, y que sabría la cantidad exacta que iba a necesitar, para que no sobrase ni faltase, así que le respondí:

—De acuerdo. Ya le diré el color.

Tenía claro que quería pintar el dormitorio de gris, sin duda, porque va en consonancia con mi carácter acerado y así dejaba patente que ese habitáculo ya no era mío y de mi ex, sino solo mío. Pero tonos de gris hay muchos. El gris grafito me parecía excesivo, y el gris perla, algo insulso. Me hice con una carta de colores de Pantone para elegir el que más me gustase, e inmediatamente me sedujeron el 17-5104 *(Ultimate Gray),* el 13-0002 *(White Sand)* y el 11-4201 *(Cloud Dancer).* El *Petrified Oak* tampoco me disgustaba. ¡La de grises que hay! Fue en ese instante cuando descubrí algo que solo los gais saben a ciencia cierta: que todos los colores tienen apellidos. Dependiendo de si era *Ultimate Gray, White Sand, Cloud Dancer, Petrified Oak, Plaza Taupe, Lead Crystal, Medium Gray* o el mismísimo *Dorian Gray,* cada tonalidad tenía su propia intensidad, que iba desde la más pálida, cercana al blanco, a la más oscura y tétrica, ideal si lo que quieres es sufrir un episodio depresivo nada más abrir los ojos por la mañana. Pero el rectángulo de muestra que ofrecen estos catálogos es tan pequeño que no me hacía a la idea de cómo resultaría ese color después, ya en grande, cubriendo por completo la pared. Es decir, quizá el tono más lívido se perdería enjalbegando las cuatro paredes del dormitorio o puede que el más intenso, agresivo así concentrado en tamaño sello de correos, no fuese finalmente tan siniestro embadurnado a gran escala. El rectángulo del muestrario era de 3 cm de largo por 2 de ancho, o lo que es lo mismo: de 0,03 m x 0,02 m (0,0006 m^2). Una sola de mis paredes medía 2,20 m de alto por 3,40 m de largo (7,48 m^2), por lo que, recurriendo a una regla de tres:

0,0006 m^2 = 1 muestra de Pantone

7,48 m^2 = x

hallé, multiplicando 7,48 por uno y dividiendo a continuación el resultado (7,48, ¡increíble!) por 0,00006, que necesitaría comprar 124,6 catálogos para llenar la pared con otros tantos rectángulos recortados de cada uno y así poder hacerme una idea real del efecto.

Lo consideré un instante, pero enseguida lo descarté, porque eso me obligaba a comprar un *cutter*, que no tenía.

Los días que precedieron a la toma de la decisión no pueden describirse con precisión si no es usando la palabra «angustia». Me metía en la cama por las noches y la cabeza me daba vueltas

como si me hubiera tomado cinco Galway Greys. Examinaba el catálogo bajo luz natural y bajo el tubo fluorescente de la cocina, por la mañana y a la caída de la tarde; y aun una noche, a las tres, me sorprendí iluminando la paleta con la linterna del móvil en busca de algún matiz hasta entonces inadvertido que me ayudara a decantarme por uno u otro. Puede sonar exagerado, pero para una persona con mi sensibilidad estética suponía una resolución trascendente. Tras varios días de pruebas y reflexiones, me decanté por el *White Sand*, un tono pálido, pero no tanto como para que se desleyera una vez aplicado en la pared y no tan arrebatado como para que me provocara una apoplejía. Le mandé el código hexadecimal al pintor (#D9D5D1) y quedamos el martes siguiente.

Para no dejar a este desconocido solo en mi casa y, además, poder vigilar sus evoluciones, me cogí ese día libre. A las nueve y cuarto de la mañana —le cité a esa hora para que me diera tiempo a llevar a la niña al instituto— se personó con el mismo aspecto profesional de la otra vez, al que ahora añadía un mono curtido en mil batallas cromáticas que en el pasado debía de haber sido blanco.

—Le aviso cuando empiece a aplicar el color —me dijo mientras desembarcaba sus útiles en el dormitorio.

La advertencia no hizo sino convencerme aún más de que estaba ante un pintor de excelente disposición, pues dejaba abierta la posibilidad de la rectificación (si no hubiera vuelta atrás, ¿para qué habría de avisarme?). Le dejé a su aire [3] y fui a prepararme un café, mientras él desplazaba la cama, la cómoda y el espejo al centro de la habitación y protegía el suelo, las puertas y todo tipo de cercos con los papeles y las cintas correspondientes; tarea que no requirió más tiempo que la construcción de la Sagrada Familia.

Una hora después, oí su voz en la lejanía:

—¿Señora?

No había corrido tanto desde que en la final del concurso de disfraces de carnaval del AMPA pronunciaron mi nombre para que subiera al estrado a recoger el cuarto premio. Esta vez lo que me arrastraba en volandas, por el pasillo de casa, era la centelleante ilusión de impregnarme de la alegría recatada del *White Sand*. Di por bueno el cardenal que me hice en la espinilla al tropezar, en mi alocado frenesí, con la esquina de un pequeño baúl repujado que había comprado en un bazar tunecino a un comerciante muy simpático que, consumada la transacción, empezó a reírse a carcajadas y a gritar, señalándome con un dedo: *«¡Ghabiun, ghabiun!»*. Cojeando y despeinada, llegué al umbral de la puerta, me detuve un instante para respirar hondo y me asomé para recrearme en la contemplación de la prueba del gris.

Lo que me encontré fueron unos churretes tono plomizo ocupando la mitad de una de mis paredes.

—P..., p..., pero... ¡ese no es el *White Sand*! —chillé, presa del pánico.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Que ese no es el color que he elegido. ¡No se le parece ni en pintura!

—Mujer, pintura sí que es.

—¿Qué? Vamos a ver. ¿Sabe usted... —empecé a decir con voz ahogada; inspiré profundamente para recuperarla y, de paso, rebajar mi ritmo cardiaco; y ya con más aplomo seguí—, sabe usted *cuánto tiempo* he dedicado a escoger el color para mi pared?

—Pues —repuso el señor, refregándose el mentón pensativo—, ciertamente lo desconozco.

—¡Muchas horas! ¿Qué digo «horas»? ¡Muchos días!

—*Ce n'est pas possible!* —exclamó muy afectado elevando las manos al cielo.

—Pero ¿por qué me habla en francés ahora? ¿Es que quiere volverme loca?

—*Nein, madam.*

—¡He estado al borde de la degeneración macular de tanto mirar la maldita paleta de colores! He destinado días enteros, ¡noches enteras!, a elegir el color ideal para esta habitación... Coño, ¡que hasta le he pasado el código hexadecimal, que usted, a su vez, se ha pasado por no sé dónde! Pero ¿qué es esto? ¿Qué color es este? ¿Dónde está mi *White Sand*? —Las tres últimas preguntas las pronuncié replegándome sobre mi misma, próxima al sollozo. Recobrando la compostura, me enfrenté al tipo y reiteré—: ¿¡Dónde está mi *White Sand*!?

El pintor políglota parecía no entender nada de mi prístino *spanglish*, y por toda respuesta, se inclinó sobre el bote de pintura y dijo:

—¿Le parece muy oscuro? Tal vez, si lo aclaramos un poco...

Entonces sí que casi me da un parraque. Si bien yo estaba convencida de que el hombre había acudido a un centro de pinturas a encargar 10 litros de *White Sand*, que, en base al código aportado habría fabricado en un periquete de forma automática una máquina tintométrica, lo que, en realidad, había hecho era comprar un bote gigantesco de pintura blanca a granel en el que, *completamente a ojo*, iba añadiendo unas capsulitas de acrílico negro para alcanzar un menor o mayor grado de gris. ¡Hala, a la buena de Dios!

—Pero ¿qué..., qué está haciendo usted? ¿Qué clase de disparate es este?

—Usted me enseñó un tono de gris que yo puedo conseguir mezclando así... ¿ve?..., un poco de negro y un mucho de blanco.

—¡Ja! ¿Y de verdad piensa que lo va a clavar?

—Va a quedar muy parecido.

Resoplé.

—Mire, no sé qué clase de pintor es usted ni qué técnicas utiliza; es más, ¡me importa un bledo! Como comprenderá, no he consagrado una semana de mi vida a elegir un color muy concreto para mi dormitorio (el lugar donde paso más horas al día), debatiéndome entre varios, desvelándome por las noches, para que ahora venga usted a sacarse de la manga otro parecido, que, además, ni se le parece. ¡Es que no quiero otro! ¡Quiero mi *White Sand*, también 13-0002 o #D9D5D1 en el sistema hexadecimal! ¡Más pistas no le puedo dar! —El pintor me miraba estupefacto, como si el hecho de que, un cliente reclamase un tono específico para su casa fuese algo insólito en los anales de su oficio—. Seamos prácticos —añadí a continuación, sacando mi

vena práctica; además, debía serenarme: estaba segura que del disgusto acababan de salirme cinco canas—: vuelva usted a la tienda de pinturas; dígales que le saquen con la máquina el 13-0002, se trae el bote para acá y se pone a pintar. ¿Lo ha entendido, o se lo digo en chino?

—*Ho capito.*

- LECCIÓN N.º 5:

Ojo con las mezclas de colores

Si has elegido un color para pintar una pared, asegúrate de que es exactamente el que se ha comprado a tal efecto. Y si no te fías, ¡cómpralo tú!

Así, a lo tonto, en mes y medio había hecho grandes avances en la reforma de mi casa. Había colgado lámparas, barras de cortinas, cuadros, supervisado el pintado del dormitorio, y, aunque aún me quedaba brega por delante, me había cultivado en la realización de estas tareas, que como en el fondo no son más difíciles que el aprender a montar en bicicleta, una vez las interiorizas nunca las olvidas. [4]

No contaba, pese a todo, con la irrupción de imprevistos en forma de cosas que no tenía previsto reformar, pero que, siguiendo su ciclo natural de funcionamiento, se estropeaban.

Una noche estaba durmiendo plácidamente cuando me despertaron unos nativos balineses interpretando música gamelán. Es este un tipo de folclore basado en patrones repetitivos que se ejecuta con una pequeña variedad de instrumentos, entre los que el chirriante xilófono ocupa posición preeminente. Dicho de otro modo: si has nacido en un país donde la gente no se saluda juntando las manos e inclinando la cabeza, te parecerá un sonido desquiciante (es probable que los balineses sean de la misma opinión, pero lo disimulan bien, los jodíos). Pegué un salto en la cama, consulté la radio-despertador, no fuera a ser que se hubiera producido una interferencia con una emisora local de Ubud, pero estaba apagada. De pronto, la música cesó. ¿Y si había estado soñando? Procurando no moverme ni un milímetro, para no hacer ruido, agucé entonces el oído, que es, junto con el ingenio, una de las pocas cosas que la gente aguza; pero no, no había sido un sueño: el rabioso tintineo se había reanudado y provenía... ¡del radiador!

¡Un grupo de músicos de gamelán se había encerrado en el radiador para darme una serenata! ¡Con xilófonos y todo!

Descarté esa posibilidad casi inmediatamente, y concedí mayor verosimilitud a la teoría de que algo debía de estar fallando en los tubos de la calefacción, provocando el tilín-tilín del demonio. Localizada la raíz del problema, tocaba ahora ponerle solución. Tres eran la opciones que, dadas las circunstancias, se me ofrecían: 1) intentar seguir durmiendo como si tal cosa, eso sí, tratando de proyectar en mi cabeza imágenes de un templo balinés en cuya escalinata un encantador conjunto, ataviado con sedas blancas, rojas y doradas, estuviese aporreando sus agudas marimbas; 2) coger el objeto más grande y rotundo que tuviese a mano (dada la cercanía

del baño, podía valerme del secador de pelo) y liarme a golpes con el radiador, hasta reducirlo a escombros (el radiador y el secador); y 3) apagar el calefactor, lo que no me hacía ni pizca de gracia porque eran las tres de la mañana de una noche de invierno en una ciudad de clima no precisamente tropical. A pesar de que esta última alternativa implicaba pasar frío, me pareció la más sencilla y efectiva, de modo que giré la rueda de regulación de la temperatura hasta el mínimo y realmente tuvo un efecto paralelo de audio, como si hubiera bajado el volumen de un televisor.

El veredicto que Google me dio al día siguiente decretaba que había que *purgar* el radiador. Me quedé de una pieza: ¡qué maravillosa expresión! Y yo que hasta entonces creía que lo único que se purgaban eran las almas... ¡en el purgatorio! ¡Cuán espiritual verbo para referirse a tan prosaico apaño doméstico! ¿Quién acuña la jerga de los técnicos en calefacción? Los propios técnicos, ¿no? Igual que los plastas de la telefonía móvil se han inventado lo de la *permanencia* y la *portabilidad*... ¿Qué clase de poeta romántico fue el primero de ellos, que en vez de establecer que hay que *vaciar, extraer* o *sacar* aire de un radiador atascado, lo que se impone es *purgarlo*? *¿Qué preguntaría aquel académico de la RAE frustrado a sus amigos cuando entraba en un bar? ¿Qué queréis paladear, estimados adláteres?* ¡Ay, qué delicado! ¡Qué culto! A mi ex seguro que se le daba muy bien purgar el radiador, pero jamás le oí decir que estaba purgándose un botellín cuando se lo trincaba de un sorbo.

Ciertamente, el hallazgo me sumió en una profunda confusión, de la que no me quedó más remedio que reponerme si no quería pasar otra noche en compañía de la tuna balinesa. De acuerdo con los quince vídeos de YouTube que reproduje, *purgar* consiste solamente en girar una pequeña ranura ubicada en un extremo del radiador, lo que indefectiblemente deriva en la expulsión de aire por otro minúsculo conducto hasta que empieza a salir agua, razón por la que se recomendaba recurrir a un vaso si no quieres que el diligente chorro, que no contiene precisamente agua recién extraída de los manantiales de Karlovy Vary, ponga perdidos el suelo y la pared. Para rotar la ranura se proponía utilizar un destornillador fino o una simple moneda, y como el más delgado de mis destornilladores era demasiado grueso para la angosta hendidura, y no era cuestión de sacar de la cama a don Benito Gutiérrez (era domingo por la mañana), hube de rebuscar en ese cenicero repleto de moneditas que todos tenemos en el aparador de la entrada hasta dar con una de cinco céntimos que se me antojó ideal. La solución, dicho sea de paso, volteaba los principios universales de la economía, pues cuanto menor es el valor de la moneda elegida, mejor es el resultado final, máxima que solo puede aplicarse a los radiadores y a algunos bazares chinos. Dediqué aproximadamente cuarenta y cinco minutos en buscar y encontrar la discreta ranura, que giré sin dificultad, y el vaso estratégicamente colocado bajo el tubito comenzó, tras unas cuantas pedorretas, a acoger un líquido grisáceo y calentito —podía notarlo incluso a través del cristal— que me hizo desistir de beber agua durante seis meses. Consideré entonces finiquitada con éxito la operación, percepción confirmada aquella misma noche, y las siguientes, con la ausencia de hilo musical.

También relacionado con la música y el agua, un par de semanas después sufrí un nuevo contratiempo doméstico. Los desagües del baño dejaron súbitamente de tragar agua, de modo que cuando te limpiabas los dientes el lavabo quedaba anegado de H_2O y sustancias que suelen componer la pasta de dientes, tales como monoflurofosfato de sodio (Na_2FPO_3), fluoruro de sodio (NaF) y algún químico más, mixtura cuya sola visión conducía inexorablemente a la arcada. Cuando te duchabas, sin darte cuenta se iba formando una balsa a tus pies de la que solo eras realmente consciente cuando te llegaba por encima de los tobillos. Ante esta tesitura, una ya no sabía si lavarse los pies o no, pues ambas extremidades quedaban sumergidas en la ciénaga y sometidas así a un último *enjuague* —si podemos llamar así a la acción del espeso caldillo formado por agua, jabón, restos de suciedad desprendidos del cuerpo y cabellos— que desbarataba el enjabonado anterior de haberse llevado a cabo. No necesité consultar nada en Internet para determinar que se habían atascado las cañerías, por lo que juzgué oportuno bajar a la ferretería a comprar un desatascador de fuelle, que don Benito ni siquiera quiso cobrarme, argumentando que tenía la política de regalar un desatascador por cada doscientos cincuenta euros gastados en su establecimiento. Tras mostrarle mi agradecimiento poniéndome de rodillas en el suelo e inclinando el tronco con los brazos extendidos como si adorase a Vishnu (gesto al que él respondió otorgándome la bendición papal), subí a casa y apliqué el gomoso artículo con vigoroso empuje a los desagües del lavabo y la ducha, solo para conseguir que el agua, en la prueba que realicé a continuación, se drenase a medias. Insatisfecha del desenlace, bajé al supermercado, pues me sonaba que vendían un producto tan altamente corrosivo que se llevaba por delante la amalgama de suciedad, cualquiera que fuese su composición, que pudiera estar obstruyendo las tuberías. Me tapé la nariz con una toalla húmeda, para prevenir la posible intoxicación por los tóxicos efluvios, y derramé una buena cantidad de criptonita por el agujero del desagüe. Tal y como indicaban las instrucciones de uso, esperé un rato a que se consumaran sus devastadores efectos..., y por segunda vez el desatranco fue parcial. Al principio parecía que sería total, pero si dejaba el grifo abierto un rato el agua comenzaba de nuevo a acumularse en el seno del lavamanos.

Le imploré alguna indicación a don Benito, quien sacó a relucir un término que me descolocó por completo y que, como dije antes, volvió a remitirme al ámbito de la música:

¡El bote *sinfónico*!



Desafortunadamente no era que la Filarmónica de Berlín hubiese escogido un recodo de la instalación para interpretar la Segunda de Mahler.

Confieso que me llevé una gran decepción cuando, tras hacerle repetir el concepto, resultó que era *sifónico,* no *sinfónico.* Habría sido bonito que el término gozase de esa segunda acepción vinculada al mundo de la fontanería.

Por mi parte ya había empezado a oír violines y trombones cuando don Benito, raudo y enciclopédico, me aclaró que el bote sifónico es ese depósito cubierto por una plancha redonda situado en el suelo del baño. Claro que había reparado en la presencia de ese platillo en la superficie de mi aseo, pero le había concedido la misma atención que a un puesto de bragas a un euro en un mercadillo dominical.

—Ahí van a parar los desagües del baño, excepto los del retrete. A veces se acumulan pelos... —añadió el perspicaz ferretero echando una ojeada a mi melenita—, lo que provoca el atasco.

Inmediatamente me llevé una mano a mi pelambrera en busca de eventuales calvas, pues no tenía noticia de que estuviera sufriendo alopecia. Me tranquilizó encontrarla al tacto tan tupida y sedosa como siempre. Aunque no podía negar que algunos cabellos se desprendían cuando me pasaba el cepillo, mi media melena no parecía capaz por sí sola de convertir el bote sifónico en un decorado de Tarzán. Entonces pensé en mi hija. Como todas las niñas de trece años, la mía es flaca, espigada y luce una melena lisa cuya extensión serviría para rellenar una almohada de matrimonio, si estas se rellenasen de pelo en vez de plumas. No era probable que a esa tierna edad fuese candidata para un viaje a Turquía, pero sí plausible que progresivas duchas y paulatinos cepillados frente al espejo hubiesen contribuido a formar en el bote sifónico una densa maraña atascadera.

—¡Mañana mismo te llevo a la peluquería! —la amedranté en cuanto regresó del instituto.

Y acto seguido, haciendo caso omiso de su rapto lacrimógeno, me encorvé sobre las frías baldosas del baño, desatornillé la tapa del bote, y previa dotación de un par de guantes de cocina, me dispuse a evacuar la masa informe que hallé, integrada efectivamente por abundancia de pelo, además de otras sustancias en mayor o menor grado de descomposición, como algodones, trocitos de papel, una tirita..., no sin sentirme invadida por una aguda repugnancia que logré superar intentando convencerme de que era Jamie Oliver preparando una ensalada de fideos estilo oriental.

- LECCIÓN N.º 6

Tan importante como saber reparar averías caseras es prevenirlas

En este sentido, no permitas que tus hijas lleven el pelo hasta la cintura y purga al inicio de cada temporada de frío los radiadores si no quieres que una delegación de músicos asiáticos te dé una serenata nocturna no solicitada.

No soy ninguna maldita experta en publicidad, pero de todos los anuncios de la industria automovilística sobre los que he posado la vista en los últimos tiempos, de los que ponderan

aspectos como la potencia del motor, la capacidad de carga o incluso algo tan abstracto como la sensación de libertad, ninguno, que yo sepa, ha dado en el clavo enalteciendo la única verdad inherente a todos los cacharros de cuatro ruedas, y es que son una extensión de tu casa. De haberlo hecho, de haber consignado que los coches representan, por así decirlo, un habitáculo más de tu hogar, solo que portátil, el sector del motor jamás habría entrado en crisis ni se habrían hecho necesarios programas de ayuda para renovar el modelo de cada cual, pues todos tendríamos en mayor estima esa parcela rodante que, por culpa de una mal enfocada propaganda, muchos consideran solo una herramienta para desplazarse. Sí, el coche es una extensión de tu casa, o por lo menos a mí me lo parece: ese olor familiar que impregna cada rincón de tu vivienda también flota en el interior de tu automóvil, las manchas de rotulador que tus hijos dejan en el sofá también se perpetúan en la tapicería de los asientos, los arrugados dibujos a medio terminar que convierten el suelo de su dormitorio en un chapatal papirofléxico igualmente acaban empantanando las alfombrillas; gracias a la expansión de los dispositivos audiovisuales, la música que escuchas en casa resuena además en tu coche, las series juveniles que atormentan tus tardes hogareñas amargan los desplazamientos interurbanos y las emisoras de radio a través de las cuales te enteras de las noticias del mundo son las mismas que guardas en los botones de sintonización predeterminada del estéreo del salpicadero. Aquellos que pueden presumir de tener una casa limpia y ordenada poseen coches donde podrían practicarse intervenciones quirúrgicas, y quienes, por el contrario, son víctimas del caos y el desorden proyectan su anárquica personalidad lo mismo en su morada que en su auto. Los metódicos que no dejan pasar un sábado sin enchufar la aspiradora tampoco se saltan un fin de semana de llevar el carro al lavadero, y quienes no se molestan en comprobar la presión del calentador suelen ser los mismos que dejan pasar quinquenios antes de comprobar la de los neumáticos. Sé de gente tan confiada que cuando sale de casa evita cerrar con llave; cuando bajan del coche se dejan una ventanilla medio bajada. Por el contrario, aquellos que sellan su domicilio con siete cerraduras y una alarma antirrobo son los que regresan al coche a los dos minutos de haber aparcado para asegurarse de que han bloqueado bien las puertas. Si la casa es una extensión de nosotros mismos, el coche no lo es menos. Basta poner un pie en un domicilio particular o en un vehículo privado para saber cómo es su dueño. En mi caso, hasta uso el mismo ambientador con aroma a lavanda francesa para fumigar el cuarto de baño y la guantera.

Y así, los coches están sujetos a eventualidades tan fatigosas como las de las casas. Mi ex, también un as de la mecánica, se ocupaba sistemáticamente de ellas, permitiéndome a mí ignorarlas, pero ahora que ya no vive conmigo he tenido que ponerme al día en lo referente al mantenimiento del vehículo (que no en cuanto a las averías, para cuya reparación existen unos establecimientos especializados llamados *talleres*).

Una vaga idea de lo que me esperaba planeó por mi mente cuando nos separamos, pero no fui plenamente consciente hasta que un día, al recoger a mi hija del instituto, un padre me alertó de que una de las ruedas estaba *baja*. ¿De qué otro modo podría estar, si va a ras de suelo?, pensé.

Tras examinarla detenidamente, me di cuenta de que había querido decir *deshinchada.* Le di las gracias al servicial tipo y me quedé mirándolo: ¿de verdad hay gente que camina mirando el asfalto para darse cuenta de esos nimios detalles o es que pasan revista a las ruedas de todos los vehículos que desfilan ante sus ojos para determinar el grado de presión de sus neumáticos? En cualquier caso, el hombre tenía razón, la rueda estaba baja, o por lo menos más baja que las otras tres, de modo que esa misma tarde, aprovechando que debía hacer algo de compra, paré en una estación de servicio para hincharlas todas, por si acaso.

El momento de inflar las ruedas de un coche entraña un estrés rayano en el delirio, pues en el mismo instante en que desenroscas el tapón de la válvula comienza a sonar un ruido como de aire que se escapa que obliga a ejecutar todos tus movimientos a velocidad *fast forward* para impedir que en cuestión de segundos el neumático quede reducido a una ensaimada. Por no hablar del negro tiznoso que imprime en tus manos, y que solo desaparece cuando el agua caliente y un frenético frotado con jabón te las deja en carne viva. El minúsculo tamaño de los tapones no hace, sino aumentar el desasosiego, porque no quieres imaginarte a qué dramáticas penurias te expondrías de perder alguno. Aquella primera vez conecté la bomba de aire a tres de las ruedas, comprobé la presión y procedí a presionar el botón del manómetro para aumentarla. Pero con la cuarta, aunque aplicaba la pistola del compresor a la válvula exactamente igual que con las anteriores, la presión que me indicaba la bomba era de cero, lo cual era imposible habida cuenta de que la rueda exhibía un cierto volumen. Pero lo más raro del caso es que incluso apretando desaforadamente el botón del manómetro —si hubiera sido el timbre de una casa me habrían lanzado un cubo de agua hirviendo por la ventana, por cansina— la presión no ascendía. Al cabo de un rato comprendí que lo que no había logrado en media hora no iba a conseguirlo insistiendo cinco o diez minutos más, así que con mi coche cojeando (esa sensación tenía) me trasladé a otra estación de servicio radicada en la misma rotonda para completar el arduo proceso.

Sucedía tres cuartos de lo mismo. Para descartar que el problema fuese de la rueda y no de las máquinas de aire, probé a insertar la pistola en uno de los neumáticos ya hinchados: también estaba bajo mínimos. Lo cual era un absoluto sinsentido, porque acababa de inflarlo en otra gasolinera y la presión se había elevado hasta alcanzar los márgenes recomendados por el fabricante.

Busqué una tercera estación de servicio. Al poco de llegar, se situó detrás de mí un caballero a bordo de una moto de gran cilindrada, al que ya había visto en las dos paradas anteriores. Me planté ante él con los brazos en jarras como diciendo: «¿Me está usted siguiendo o qué?», y él debió de interpretar sagazmente la postura, pues quitándose el casco me explicó: «Perdone, pero me ocurre lo mismo que a usted. Vengo de esas dos gasolineras y en ninguna funciona correctamente la bomba de aire. Me temo que estamos haciendo idéntico periplo. ¡A ver si en esta tenemos más suerte!».

Como suele decirse, a la tercera fue la vencida, lo que celebré dando saltos y alzando los

puños victoriosa porque, dada la tardanza, las patatas fritas que había comprado se estaban descongelando. (Si piensas que soy una torpe por no saber inflar unas ruedas estás en tu derecho; yo prefiero adjudicar la ineptitud a los fabricantes de bombas de aire, de las que dos de cada tres no funcionan.)

Pero no hay mayor ansiedad a bordo de un coche que la que produce el encendido de alguna lucecita en el cuadro de mandos. Cualquiera que sea, tiene un significado inapelable: algo va mal. Las adversidades pueden oscilar desde la anomalía más intrascendente a la desgracia segura, pero desdichadamente los diseñadores de estos paneles no las han clasificado por colores (verde, por ejemplo, para las más banales, rojas para las de efecto más catastrófico), de modo que en todos los casos su encendido provoca una invariable agonía. Es como ir al médico y que te diga: «Tengo malas noticias que darle», sin especificar si has pillado una gripe o te quedan tres meses de vida. Así, que se encienda el indicador de que no hay agua en el depósito del limpiaparabrisas no impide el seguir circulando con normalidad ni condena a pena de muerte al vehículo: lo peor que puede pasarte es que acciones el mecanismo de activación del chorro y este no salga. Pero si el icono que se prende es el de una especie de lámpara de Aladino, échate a temblar: apenas queda aceite, y a menos que vacíes en el tanque correspondiente el contenido de una de las doscientas latas que habitualmente todos almacenamos en el maletero antes de haber recorrido veinte kilómetros, habrás *gripado* el motor (¡otro hurra para los creadores del argot técnico!), que es el equivalente automovilístico al infarto fulminante de los humanos.

Por otra parte, y como más de una vez escuché decir a mi exmarido, de tanto en tanto conviene comprobar el nivel del aceite para evitar que el simbolito se encienda y debas someter al motor a una urgente transfusión. Su preocupación, con todo, chocaba frontalmente con las imborrables palabras del comercial que me encasquetó mi pequeño utilitario cuando, antes de entregarme las llaves, levantó el capó y declamó: «El usuario de un M****** no debe molestarse jamás en tocar nada de aquí..., si lleva ordenadamente las revisiones». Y como siempre he sido muy estricta con las revisiones periódicas, jamás me he visto en la necesidad de husmear en las tripas del coche. No así mi ex, que se empeñaba en vigilar cada tres meses el nivel del aceite por el ancestral método de extraer una varilla y comprobar si la marca que dejaba el líquido oleoso estaba entre dos muescas.

De manera que cuando se me encendió el piloto que avisaba de que apenas quedaba agua en el compartimento del limpiaparabrisas, decidí que, ya que iba a tener que abrir el capó, podía aprovechar para verificar que no iba corta también de aceite. Fruto de una sesuda investigación localicé la palanca que levantaba el capó en algún rincón cerca de los pedales y me asomé al churretoso amasijo de hierros y tubos que se me reveló. ¿Cuál era el depósito del agua y cuál el del aceite?

Uno de los conductos tenía grabado en la tapa el mismo símbolo que identificaba en el cuadro de mandos el sistema del limpiaparabrisas, por lo que no me costó determinar que era ahí donde debía volcar la botella de Evian de la que me había pertrechado. Realicé después el numerito de

la varilla, con la única consecuencia de que mis manos adoptaron un tinte muy parecido al de mis cortinas gris volcánico. Incapaz de discernir a qué altura llegaba el nivel del aceite, pues la varilla entera estaba empapada, limpié esta con un trapo y repetí la operación..., con similar conclusión. Por si las moscas, resolví que un poco de aceite no le vendría mal. Previsora como soy, también llevaba conmigo una latita de aceite virgen extra, de extracción en frío, de la variedad arbequina para más señas. Así soy yo: si debía darle aceite a mi coche, mejor que fuera de calidad superior. Suerte que andaba yo aproximando la lata, ya destapada, a la abertura del depósito cuando sonó el teléfono y hube de interrumpir el trámite. Era mi amiga Victoria. Hay amigos que nunca te fallan cuando los llamas porque te encuentras en apuros y luego está Victoria, a quien no hace falta llamarla: como si tuviera algún tipo de poder mágico para detectar cuándo se la necesita, consigue intervenir por aparente casualidad en los momentos críticos (solo tiene una cosa mala, y es que también es amiga de la presumida de mi excuñada Esperanza). El caso es que descolgué y comencé a explicarle que me había cogido en mal momento, pues estaba a punto de echarle arbequina al motor. Mediante una serie de contundentes gritos y apremiantes advertencias me hizo desistir de mi empeño, por lo que, ante la duda, tapé el depósito, bajé la portezuela delantera (ya llevaría el coche a pasar la revisión cuando tocase), cerré el utilitario, arrojé la botella de Evian vacía al contenedor de vidrio y me subí a casa con la lata de oro líquido, sin usar, lo que consideré beneficioso en términos de ahorro.

- LECCIÓN N.º 7

Cuida tu coche como tu casa

Los aceites para el motor y los que recomiendan los nutricionistas para una dieta saludable no son intercambiables. Si en el recipiente pone algo ininteligible, como Mobil Super 3000, Shell Helix HX7 5W-40 o Repsol Elite, renuncia a embadurnar con él tus tostadas del desayuno. Toda operación que tenga que ver con el coche, excepto la de conducirlo, deberás llevarla a cabo provista de guantes (hay quien los utiliza incluso para conducir, lo que constituye la definición perfecta de «horterada»). Familiarízate con los iconos del panel de mando si quieres ahorrarte sobresaltos. Por último, no dejes de llevar tu coche a un taller para la revisión periódica o *puesta a punto,* jerigonza en este caso diáfana y precisa.

(No se me ocurre mejor remate a estas páginas que reproducir un coloquio de la semana pasada con mi ferretero, botón de muestra de mi rampante evolución.)

Yo: Buenos días, don Benito.

Don Benito: Buenos días, doña Lourdes. ¡La echábamos de menos! Hace ya dos días que no nos honra con su presencia.

Yo: He estado conectando las tomas de agua con latiguillos flexibles y realizando un ajuste de

hermetos en el baño.

Don Benito: ¡Qué delicia! Y dígame: ¿en qué puedo ayudarla?

Yo: Me va usted a dar una alcotana berlinesa, un picachón y una talocha.

Don Benito: La talocha, ¿de base esponja, base goma blanda, goma dura...?

Yo: Goma blanda. Y un gato de botella y un juego de galgas. Y para terminar con el zoológico, un alicate pico de loro.

Don Benito: Muy bien. ¿Algo más?

Yo: Ya que estamos, póngame también una llave de carraca.

Don Benito: ¿Articulada, de cabeza redonda o de dientes?

Yo: De dientes. Creo que necesitaré, además, un escafilador, un sacabocados y un serrucho de costilla.

Don Benito: Con mango bimaterial, supongo.

Yo: Por nada del mundo le pediría a usted de otro tipo.

Don Benito: ¿No querrá también un paletín forjado?

Yo: No. Pero sí una prensa de fleje.

Don Benito: Tomo nota. Acabo de recibir unas cajas de ingletar que da gloria verlas.

Yo: De momento no las necesito, gracias. Ah, y una bolsa de ojetes.

Don Benito: Que no falten unos buenos ojetes.

Yo: Mientras me lo prepara, voy a bajar un momento al garaje. He de echar un vistazo al coche. Me temo que tendré que cambiar el árbol de levas y, muy posiblemente, el muñón del cigüeñal.

Don Benito: Muy bien. Cuando regrese aquí tendrá preparado su pedido.

Yo: Muchas gracias, don Benito, y hasta luego.

Don Benito: Adiós, doña Lourdes.

Próspero intenta reanimar su comatosa economía

No soy pobre, pero no tengo dinero.

Lector: *Mal empezamos. El manido recurso efectista para atrapar la atención desde la primera línea. Y encima intenta dar pena. Como no mejore, me salto este capítulo, que bastante tengo con lo mío.*

Concedo que tan chocante aseveración, del tipo: «Soy ateo, pero profundamente cristiano», parece concebida para deleitar a los amantes de las dicotomías y/o provocar un calambre mental en todo aquel que, por genuino interés o despiste mayúsculo, sostenga este sinuoso escrito entre sus manos. Juro que no es ese mi propósito: solo he pretendido poner las cartas sobre la mesa desde el principio.

Además, afirmar que uno no es pobre, pero no tiene dinero a nadie debería causar sorpresa; mucho menos espasmos neuronales. De un tiempo a esta parte se han puesto de moda las contradicciones: así, muchos restaurantes han empezado a comercializar hamburguesas *veganas;* los bares despachan como si tal cosa cerveza *sin alcohol;* y entre los humanos del siglo existen al parecer *viejóvenes* y *gordiflacos,* y algunos políticos honrados. ¿Y qué me dices del aceite de oliva? Es saludable, pero a la vez no lo es, porque si lo consumes en grandes cantidades predispone al sobrepeso y este, a su vez, a sufrir enfermedades cardiovasculares, diabetes o la muerte, si no algo peor. Vivimos en una constante discordancia, de modo que la supuesta pretensión de sacar provecho de una desconcertante paradoja nace siendo pólvora mojada.

Insisto: a nadie debería extrañar, pero mucho menos al colectivo de divorciados, del que presumiblemente eres miembro honorífico, pues de lo contrario no sé qué haces leyendo este libro —a menos que seas un casado, soltero o viudo con tendencias masoquistas, excepción que a buen seguro es celebrada efusivamente por el autor descorchando una botella de sidra de las más baratas—. En otras palabras, si has pasado por el traumático trámite de un divorcio, estarás al cabo de la calle de que la declaración inicial carece de intenciones pirotécnicas.

Pero para que se me entienda mejor, voy a desarrollarlo.

La ancestral división de la sociedad en ricos, pobres y representantes de la clase media quedó completamente desfigurada cuando en el seno de cada estamento comenzaron a surgir, como manzanas podridas, divorciados y divorciadas con hijos, algunos de ellos y algunas de ellas

obligados y obligadas a pasar a estos, a través de sus respectivos excónyuges, una pensión de alimentos. A partir de entonces, fueran ricos, pobres o de clase media, ya no saben lo que son.

Así, los ricos son ricos mientras no se divorcien; si se divorcian, son menos ricos, pero no lo suficientemente pobres para ser recibidos con honores por la clase media o los pobres de solemnidad. Quienes pertenecen a la clase media se convierten, cuando se divorcian, en algo así como pobres con ínfulas de clase media, por lo que no son, en ningún caso, ricos, pero tampoco pobres en sentido estricto, y, además, han quedado descolgados de la medianía de la que provenían. Los pobres seguirán siendo pobres a no ser que les toque la lotería, pero si no gustan del juego y además se han divorciado, y tienen hijos, y deben pagarles una pensión —y no por la pensión en sí, porque a los hijos hay que alimentarlos, sino porque tras un divorcio, no se sabe bien por qué, los gastos se duplican—, lo normal es que pasen a formar un nuevo grupo, el de los pobres más pobres que los propios pobres, para el que nadie de momento ha encontrado denominación, razón por la cual seguirán siendo pobres.

¿Ha quedado claro?

Lector: *Cielo santo, espero que este tipo no se dedique a la docencia... ¿Dónde puse la caja de paracetamol?*

Por si no me he expresado con suficiente nitidez, ahondaré en las razones que subyacen tras este berenjenal. En parte por convicción, en parte por inercia, en parte por evitar que el divorcio repercuta negativamente en los hijos, y en parte porque la justicia establece que el nivel de vida de los niños no debe variar estén con su madre o con su padre, no es extraño que un divorciado o una divorciada deba apretarse el cinturón y, a la vez, trate, en la medida de lo posible, de mantener determinados hábitos a los que cree que tiene derecho. Pondré ejemplos para disipar definitivamente cualquier duda. Con frecuencia, un/a divorciado/a rico/a seguirá enviando a sus hijos a un colegio de pago, aunque para eso deba mudarse a una casa más pequeña. Seguirá comiendo en restaurantes caros, pero tendrá la delicadeza de dejar que otros le inviten. En fin, continuará haciendo la clase de cosas que solo hacen los ricos, aunque su cuenta corriente esté en la unidad de cuidados intensivos. Una persona de clase media hará lo posible porque sus hijos no dejen de ir en verano a la costa, aunque ahora sea solo una semana (antes era un mes) y en un apartamento en cuarta línea de playa (antaño, un hotel en pleno paseo marítimo con varias piscinas, jacuzzi, pista de pádel y animación nocturna). Lamentablemente, los pobres de verdad no pueden permitirse ni eso.

Pero, para ejemplo, el mío, que para eso me han pedido que escriba estas líneas.

Si alguien me preguntase cuál ha sido el día más feliz de mi vida, no podría hablarle de uno solo, sino de tres: el 9 de mayo de 2010, el 20 de diciembre de 2012 y el 7, también de diciembre, de 2014. Fueron esas las fechas en que vinieron al mundo mis hijos y las que mejores recuerdos me traen de mis hasta ahora cuarenta y cuatro años de existencia. Por más que hayan

pasado ya unos cuantos desde entonces, permanecen indelebles en mi memoria la mayoría de los detalles que adornaron aquellos rutinarios natalicios: mi posición tras el cabecero de la cama, desde donde, en realidad, no se veía nada de lo que ocurría en el epicentro de los acontecimientos, y creo que para bien, porque de lo contrario sendos desmayos me habrían privado de ser testigo de cada uno de los momentos; las caritas y cuerpecitos de los neonatos; el ajetreo sereno de médicos, enfermeros, celadores...; y hasta algunas de las frases que, en medio de la barahúnda, allí se pronunciaron: «¡Apriete, apriete, que ya casi está!», «¡Anda, qué rubita!» y «¿A qué hora juega el Getafe el domingo?».

Cualquier matemático te dirá que tres alegrías son, exactamente, el triple de una alegría. O una alegría elevada al cubo. Desde el punto de vista aritmético, y como padre de familia numerosa, puedo considerarme más dichoso que la mayoría, y, sin ánimo de comparar, sí que, de hecho, me siento un hombre muy afortunado en tanto en cuanto la vida, la Madre Naturaleza, el universo, Dios o quienquiera que sea que tenga la sartén por el mango en este valle de lágrimas me ha regalado tres hijos (dos niñas y un chico) que son tres soles: desobedientes, holgazanes, pendencieros, malhablados, pésimos comensales, adictos a los *youtubers*, alérgicos a los deberes y poseedores, en fin, de todas las cualidades que hacen adorables a los niños. Claro que, como toda moneda tiene dos caras, cuando las cosas vienen mal dadas los problemas también se multiplican. Tres pequeños que se turnan cronológicamente llorando por la noche causan más estragos que uno solo, el ataque de los piojos puede llegar a requerir la intervención de la Brigada Antiparasitaria Municipal (BAM) y —aquí es adonde quería ir a parar—, llegado el momento del divorcio, el padre o la madre que tiene que aportar una cantidad por cada uno en concepto de manutención puede darse por arruinado.

Si mientras estuvimos casados, mi ex y yo fuimos incapaces de ponernos de acuerdo en casi nada, ¿cómo íbamos a alcanzar un pacto amistoso después del divorcio con respecto a la custodia de los niños? Como ella quería una cosa y yo otra, recayó en una juez la responsabilidad de decidir; considero innecesario entrar en detalles, pero el dictamen final otorgó a la madre la custodia y a mí, verificada mi aptitud como padre, un «régimen amplio» no exento, en cualquier caso, del pago de una onerosa cantidad en concepto de manutención por cada niño y otra, no menos gravosa, por el 50 % de la hipoteca de la casa que mi ex y los críos siguen habitando un poco más de la mitad del tiempo. Cierto que la casa sigue siendo mía en esa proporción, y que algún buen dinero me reportará el día que se venda, pero hasta que llegue esa fecha, costear una vivienda y media me aboca a horribles agonías (puede que a otros padres u otras madres no, pero a mí, sí).

La otra mitad del tiempo, o un poco menos, mi trío de herederos reside conmigo, lo que me obliga a disponer de un techo lo suficientemente amplio bajo el que cobijarnos; o lo que es lo mismo, a alquilar una vivienda de al menos dos dormitorios (de tres, cuando sean más mayores). Costearla supone recurrir a la cantidad de mi sueldo restante tras deducir la pensión y la hipoteca. Digamos que, descontada esa suma, mi sueldo se queda como si lo llevase a pasar una noche a

Siberia en bañador: tiritando. Pero es que, además, ¡qué menos que darles de comer! Aparte, estoy seguro de que, si no pagase la luz, el agua, la calefacción y la conexión a Internet, las empresas del ramo se lo tomarían a mal, e, inflexibles como son, me cortarían el suministro y me incluirían en alguna lista de morosos. Y, aunque menos importante, digo yo que alguna vez habré de comprarme un par de zapatos nuevos, surtir de gasolina al coche o pedir cita en el dentista...

En fin, que lo primero que hice nada más conocer la sentencia fue coger lápiz y papel y averiguar la magnitud del desastre: cuánto dinero pierdo cada mes.

Expuesto lo cual, debo aclarar que tengo trabajo, y un sueldo que, aun siendo parvo, daría para vivir dignamente a cualquiera que no esté en mi posición. Por eso digo (y vuelvo con esto al enunciado inicial) que no soy pobre..., pero dinero no tengo.

Lector: *Vaya, una vez explicado correctamente, no solo lo entiendo, sino que veo que a este pobre desgraciado le pasa lo mismo que a mí; o a mí lo mismo que a él. Veamos cómo lo ha resuelto..., si es que ha podido.*

***

Transcurrieron unos meses desde que mi ex y yo nos separamos *de facto* hasta que se celebró el juicio y se dictó la sentencia, y no es que durante ese periodo me entregase a una vorágine salvaje de disipación y desenfreno; intenté seguir con mi vida como si tal cosa. El mayor dispendio del que puede acusárseme fue el de alquilar un piso que no era ni caro ni barato, ni grande ni pequeño, ni feo ni bonito, ni alto ni bajo (un tercero) y que confiaba en poder pagar gracias a lo que esperaba fuese una resolución procesal más próvida; esperanza que, como ha quedado patente, quedó truncada al cabo de esos meses de espera. Pero levantar el campamento y establecernos en otro sitio en tan poco tiempo habría sido excesivo para mí y, sobre todo, para mis hijos, que en el plazo de medio año habían pasado de convivir con su padre y con su madre a diario en un piso estupendo a saltar de la casa de su madre al apartamento de su padre todas las semanas cargados con un juego de maletas. Decorada su habitación con los pósteres de rigor (The Avengers, Emma Stone en el papel de Cruella de Vil y un *collage* de perritos con cámaras de fotos colgando del cuello), y el resto de la casa concienzudamente minado de bolsas vacías de patatas fritas, maltrechas latas de refrescos sin cafeína, muñecas descabezadas, lápices, tijeras de manualidades y papelajos en diverso estado de descomposición; creado ese casi palpable *calor de hogar,* convertir a los niños en nómadas beduinos se me antojaba una atrocidad. Aparte de que, consciente ya de las implicaciones de la sentencia, gastar dinero en una nueva mudanza era lo que menos le convenía a mis achacosos fondos.

Cuando un revés de esta magnitud azota tu existencia, no queda más remedio que empezar a economizar. No en el sentido de *ahorrar* o reservar parte de las ganancias para futuras inversiones; no, ese tipo de ahorro, en mi caso, era utópico. Se trataba de gastar menos, o incluso no gastar *nada,* en todo lo que fuera posible. Evidentemente, esto último equivalía a renunciar a

la adquisición de ciertos bienes o servicios (también podría haber considerado la opción de conseguirlos sin pagar, pero suponía que esto me llevaría a vérmelas con el gremio de las togas, con el que no me apetecía volver a tener relación).

Lector: *Bueno, bueno... Seguro que alguna vez lo intentó.*

Confieso que una vez lo intenté. Recuerdo que estaba en la fase más acuciante de la desesperación y supongo que quería probarme a mí mismo si era capaz. Al fin y al cabo, no debía de ser tan difícil. Así que me presenté en el supermercado con el firme propósito de sacar de allí algún producto de extranjis, valiéndome de cualquier artimaña sobre la que, por otra parte, no me había detenido a meditar. Pensé que lo más sencillo sería arramplar con algo de pequeñas dimensiones, de modo que me paseé por los pasillos buscando un artículo que me cupiera en el bolsillo interior del abrigo. Pero los productos de reducidas dimensiones, bien eran insustanciales (exponerme a que me pillaran robando una latita de mejillones en escabeche me parecía el colmo del ridículo), bien contenían algún manjar de lujo innecesario, como un frasquito de caviar o un tarro de paté al oporto o a las finas hierbas, variedades estas últimas que hace años descarté de mi dieta porque por la noche me producen ardor de estómago. Tan titubeante estaba, que no me di cuenta de que llevaba una hora arrastrando los pies de aquí para allá, de la sección *gourmet* a la de droguería y de esta a la de encurtidos, lanzando evasivas miradas de izquierda a derecha para calibrar la lejanía del guardia de seguridad y oteando de vez en cuando el techo en busca de cámaras, y de pronto tuve la certeza de que estaba manteniendo una actitud altamente sospechosa. Me apremié a tomar una decisión, y resolví que, puesto a hurtar, mejor sustraer algo que ciertamente fuese a comerme; algo de lo que habitualmente compraba. Como, por ejemplo, una bandeja de filetes de pollo o una bolsa de patatas congeladas. Me desplacé al área de congelados, cogí una de estas bolsas y durante unos minutos la sostuve en la mano, sopesando si el esconderla bajo el jersey podría provocarme una pulmonía. También, si someter al producto a mis 36,5º de temperatura corporal rompería la cadena del frío y terminase sirviendo a mis hijos un alimento en mal estado (aunque me sentía tan acalorado por los nervios que era probable que en una toma de temperatura el mercurio se hubiera elevado hasta los 40º). Ese era un riesgo que no podía correr, por lo que ejecutando el enésimo giro sobre mis talones me trasladé al expositor de productos cárnicos, donde se apilan los filetes de pollo. Aunque en la etiqueta aseguraba «corte fino», la bandeja era palmariamente gruesa, ideada seguramente para que a nadie se le ocurriera guardársela bajo la cinturilla del pantalón. Había empezado a sudar copiosamente y mis movimientos eran temblorosos; notaba que las mejillas me ardían; en mis oídos se reproducía el solo de batería de *Made in Japan*, de Deep Purple, y resultó que eran los latidos de mi corazón; llevaba hora y media dando tumbos por el colmado, y cuando escuché a mi espalda: «¿Se encuentra usted bien?», y me giré y vi a un empleado de seguridad escrutándome con extrañeza, di un respingo que hizo que la bandeja de filetes de pollo saliera disparada como un *fresbee* en

dirección al apartado de lácteos. Recuperada el habla, que había perdido unos instantes, farfullé algo sobre que me sentía algo mareado; el hombre me dijo que no me preocupase, que el local estaba provisto de desfibrilador... Dejé todo como estaba, incluidas las cosas que había echado en el carro con intención de pagar, y salí de allí pitando, ansioso por que me diera el aire y jurando que nunca más volvería a plantearme semejante aventura.

Lector: *¡Menudo ladronzuelo del tres al cuarto! ¿Una hora y media en el supermercado y no cayó en que lo facilísimo que habría sido sustraer una cajita de pilas? Cabe en cualquier bolsillo, y tarde o temprano algún dispositivo casero demanda su reposición. Ahora bien, si su simple conato de hurto le puso al borde de la arritmia, no quiero ni pensar en qué condiciones habría salido del supermercado ocultando su saqueo, por nimio que fuera.*

Pero, como digo, esto sucedió más adelante...

Lo primero que supongo que hay que hacer cuando te encuentras en esta delicada tesitura, o por lo menos lo primero que yo hice, es eliminar gastos superfluos o aquellos que, sin serlo, no constituyen la esencia de tu día a día.

Así que en el transcurso de una mañana di de baja:

- Mi suscripción a las revistas *Hobby Consolas* y *Edge.*
- Mi cuota a una asociación profesional de mi gremio.
- Mi seguro médico privado.
- Mi suscripción a Amazon Prime.
- Mi suscripción a Netflix.
- Mi donativo anual al colegio de huerfanitos de San Toribio de Mogrovejo.
- Mi donativo a la Sociedad Protectora de la Apis Mellifera (SPAM).
- Mi abono del gimnasio.

¡Hasta las pobres criaturitas sin padres iban a verse afectadas negativamente por mi divorcio! Me dio muchísima pena, pero algo me decía que, en lo tocante a favores filantrópicos, pronto iba a pasar de aportarlos a tener que pedirlos.

Lo del seguro médico me dolió, porque soy algo hipocondriaco; pero no hay mal que no pueda curar la sanidad pública, y si lo hay, como en efecto ocurre, tampoco puede curarlo de pago.

Por la misma razón, me afligió renunciar al gimnasio. No creas que soy el típico vigoréxico: si hasta ahora acudía todas las mañanas al centro de entrenamiento es porque soy de la opinión de que, en estos días de costumbres sedentarias, hay que cuidarse; más aún si uno ha cumplido los cuarenta. Deportado del *gym*, cambié las clases de *spinning* por caminatas por el barrio, con resultado insatisfactorio, porque las clases de *spinning* y las caminatas son muy distintas, radicando su diferencia en que mientras las primeras queman muchas calorías en poco tiempo,

las segundas requieren mucho tiempo (al menos una hora) para pulverizar unas pocas calorías. Pero no tenía otra opción. Sustituí, además, los aparatos y las mancuernas por unas bandas elásticas que, según leí, cumplían idéntica función, y brindaban la posibilidad de graduar el esfuerzo dependiendo de la tensión a las que las sometieras. Poco tirantes, podían extenderse sin excesivo denuedo; aplicándoles gran tensión, podían equivaler a levantar una pesa de quince kilos.

Cuando me llegaron a casa, su textura me escamó, pues el material del que estaban fabricadas no era la irrompible goma de cinco milímetros de grosor que había imaginado, sino algo más parecido al látex con que se confeccionan los globos de las fiestas de cumpleaños infantiles. Si, los mismos que a veces, sin saber por qué, sin que medie roce alguno más allá de la suave caricia del borde de una mesa, explotan, provocando llantos en los niños y paradas cardiacas en adultos. Al mínimo estirón se volvían traslúcidas, lo que tampoco daba mucha confianza. El primer día las usé con precaución: tras enrollarlas en los barrotes de la barandilla de la terraza, tiré de ellas con sumo cuidado. Comoquiera que resistieron mis bríos, al día siguiente me relajé; volví a anudarlas en los barrotes y me dispuse a realizar un ejercicio de remo, sentado en el suelo. Paulatinamente fui incrementando la fuerza, y al ver que aguantaban, seguí aumentándola. Pero cuando con más ahínco estiraba y más lejos estaba sentado para intensificar la oposición; cuando apretaba los dientes como un sádico, el sudor me perlaba todo el cuerpo, me temblequeaban los brazos y, en fin, llegaba a ese punto en que corres el riesgo de dejar de controlar el esfínter; en ese momento, la banda, quizá por la afilada configuración del barrote, se rompió, y los 140 caballos de potencia que yo mismo imprimía se volvieron contra mí, proyectándome hacia atrás y precipitando mi espalda hacia el pavimento con la misma violencia que si hubiera caído de un primer piso. Me hice mucho daño, y aún hube de dar gracias por que el extremo rasgado de la banda no me golpease en la cara. ¿Sabes lo que es que te arrojen al suelo y te azoten el ojo con un látigo de látex? No, no lo sabes, porque eso no pasa. Pero puedes hacerte una idea.

***

Hay quien dedica parte de su tiempo libre a hojear a Dostoyewski y quien lo emplea en empaparse de *best sellers* o libros de autoayuda. Otros devoran puntualmente con la vista ejemplares de periódicos de actualidad. Durante una larga temporada, yo me hice fanático lector de folletos de ofertas de supermercado. Son de gran valor si lo que uno busca es enterarse de los productos que han bajado de precio en tal o cual establecimiento. Cada vez que incursionaba en uno de ellos —y repartía mi compra entre tres o cuatro cadenas—, cogía una de esas revistillas y luego, ya en casa, la analizaba, al principio con curiosidad, más tarde con nerviosa compulsión. Rodeaba las ofertas con rotulador y a continuación, a modo de resumen, las pasaba a limpio en una cuartilla que, garabateada con mis esquemas, ascendía a categoría de lista de la compra. Llegué a cogerles tanto cariño a esos panfletos que me daba no sé qué tirarlos, así que los

acumulaba, uno sobre otro, en la mesita de centro del salón. Se me pasó por la cabeza llevarlos a encuadernar, mandando grabar en el lomo, en letras doradas, el nombre de la tienda y el año de publicación, pero me pareció excesivo.

Si bien es cierto que los folletos son muy útiles para planificar la compra, el interior de los comercios puede proporcionar asimismo gratas sorpresas, de las que no se publicitan sino en sus instalaciones. Desde que alguna gran cadena decidió que, antes que tirar a la basura los alimentos que estaban a punto de caducar salía más ventajoso el mantenerlos a la venta, eso sí, con un descuento, el sector diría que en bloque ha consensuado la iniciativa, y de un tiempo a esta parte en la mayoría de las tiendas del ramo es posible localizar hamburguesas, filetes de pollo y ternera, rodajas de pescados y hasta lechugas embolsadas esperando ser comidos antes del cercano final de su vida útil.

Determinados negocios dedican un mueble frigorífico a apeñuscar estos alimentos; otros los ubican en su expositor habitual, junto a los más frescos del mismo género, pero distinguiéndolos mediante una pegatina fosforescente en su envoltorio que anuncia el descuento, que suele ser del 30 %. Yo prefiero estos últimos, pues me dan la ocasión de alegrarme fingiendo que he encontrado una aguja en un pajar.

Recomiendo efusivamente mi método para proveerse de víveres. Yo ya no entro en el supermercado buscando lomos de merluza o chuletas de cerdo y si, por casualidad encuentro esos productos rebajados, los compro en detrimento de los que no lo están. No. ¡Eso lo hacen hasta los ricachones que no se han divorciado! Yo traspaso las puertas del supermercado como un Eurofighter Typhoon y recorro los pasillos como si tuviera rayos X en los ojos tratando de detectar adhesivos fosforitos incluso debajo de cualquier montón. ¿Que encuentro tres bandejas de añojo al 30 %? Arramplo con las tres. ¿Cuatro bateas de salmón? ¡Vengan a mí las cuatro! Confieso que a veces no sé ni lo que compro. Una vez me llevé tres recipientes de lo que, luego en casa, resultó ser salpicón de marisco. No es, desde luego, una receta que uno se prepare habitualmente en su domicilio, y tampoco el imaginármela sobre el plato excitaba especialmente mi apetito. Se me ocurrió entonces hervir pasta y prepararme unos deliciosos *spaguetti frutti di mare*, que aliñé con un chorrito de aceite y alguna cayena, para darle un toque picantito. Una excelente forma de salirse de la rutina culinaria por poca guita. ¿Y qué hago con tantas bandejas de productos a punto de caducar?, te estarás preguntando. Simplemente, según llego del supermercado, las congelo. La noche anterior al día en que decido comerme su contenido, las saco para que este se adapte a la temperatura ambiente y... *voilà!* Puedo afirmar rotundamente que desde que adopté esa dinámica solo compro alimentos con etiqueta fosforito. Lo cual, dicho sea de paso, creo que contribuye a combatir el despilfarro y erradicar la sobreexplotación ganadera y la agrícola.

Otra estrategia interesante para recortar gastos es hacer la compra sin hijos. Los niños, como niños que son, se dejan fácilmente embaucar por *snacks*, chocolatinas, galletas y otros productos que quedan fuera de los márgenes de lo que la OMS considera alimentos de primera necesidad.

Cuando traspasaba las puertas de los supermercados en su compañía, tardaban exactamente dos segundos en separarse de mí e inspeccionar por su cuenta los lineales de chucherías; al término de su expedición, reaparecían ante mí portando todo tipo de fruslerías, acompañando su botín con un mohín de no haber roto un plato en su vida y una estudiada colección de ruegos, amenazas, argumentos peregrinos que trataban de hacer pasar por convincentes y hasta alguna lagrimilla. Entablábamos entonces un estéril tira y afloja en el que las más de las veces su padre acababa cediendo por no privar a sus retoños de un pequeño placer. Este doblegamiento paterno es a todas luces incompatible con el afán de ahorrar, de ahí que sostenga que lo más indicado es dejar a los niños en casa o incluso en el coche.

En una ocasión, el reencuentro tras las compras paralelas del padre y los hijos se produjo en la caja. Mientras yo iba depositando los artículos elegidos por mí en la cinta, ellos hacían lo propio con los suyos, y de tan atareado que estaba no me di cuenta de la magnitud de sus adquisiciones —los niños las guardaban rápidamente en la bolsa— hasta que la cajera me comunicó el importe total de la transacción. Me pareció abultadísimo, pero, aun así, pagué y, una vez en el coche, antes de arrancar, examiné el tique con celo policial para identificar el origen del dispendio. Hallé que un tubo de Pringles, una bolsa de Cheetos, unas barritas de chocolate y un par de cosas más superaban en montante lo que yo había comprado para cenar. Mis voces debieron de escucharse fuera del vehículo, porque algún transeúnte se volvió a mirarnos.

—¡Esto no es comida! Gastar dinero en esto es como coger unos billetes y tirarlos, ¡hala!, directamente a la basura. ¿Es eso lo que queréis? ¿Queréis tirar el dinero? ¡Muy bien! ¡Pues vamos a tirar el dinero! Ahora mismo voy a bajarme del coche y depositar estas m... —dediqué un sustantivo bastante inapropiado para referirse a productos comestibles— a la papelera más próxima. ¡Así sabréis lo que es tirar dinero de verdad!

La idea era *escenificar* esa deplorable pérdida de efectivo. De modo que me apeé del vehículo con la bolsa de la compra y arrojé las bagatelas en una papelera pública cercana. Regresé al coche bufando y repitiendo la cantinela («Ahora yo me he quedado sin dinero y vosotros sin merienda, ¡ea!»), por si no había quedado lo suficientemente clara. Los niños callaban, no sé si profundamente impresionados o reviradamente enfadados. Sin embargo, me disponía a girar la llave de contacto cuando reparé en lo estúpido de mi acción. Efectivamente, había tirado el dinero... y los productos; pero si en lugar de eso hubiera regresado a la tienda e intentado devolverlos, podría haber recuperado la pasta. Creo que hasta lo expresé en voz alta: «¡Debería haber tratado de devolverlos!», lo que no suscitó reacción alguna en la bancada trasera. Aún podía hacerlo..., aunque ello exigiría introducir la mano en la papelera y rebuscar en la basura para recuperar los aperitivos. No era una maniobra agradable, pero me daba tanta rabia que el ardid no se me hubiera ocurrido antes que me animé a ejecutarla: descendí otra vez del auto, me aproximé a la papelera y me asomé. Ahí seguían las bolsas, naturalmente..., junto con el resto de los objetos que los viandantes habían despreciado con anterioridad. Y uno de ellos era un pañal *ostensiblemente* usado. Haciendo pinza con los dedos, procurando no rozar nada más, extraje con

sumo cuidado uno a uno los artículos que me interesaban. Regresé al súper. No era seguro que la cajera se aviniera a recepcionar de vuelta unas vituallas, pero valía la pena intentarlo. Me planté en la zona de pagos buscando a la dependienta que me había atendido, esperando que se acordase de mí, pero otra, desocupada, al verme deambular por un sector generalmente de paso, se adelantó y se dirigió a mí.

—¿Sí?

—Pues verá. No hace ni cinco minutos que he salido de aquí después de hacer la compra, y al revisar la bolsa, ahí mismo, en la calle, he encontrado que mis hijos me han metido esto... —saqué las Pringles—, esto... —desenfundé los Cheetos—, esto... —enarbolé las chocolatinas—, esto y esto otro. Aquí tengo el tique de compra. ¿Sería posible devolverlo? —Y compuse la más beatífica de las sonrisas de un padre superado por los acontecimientos.

La chica también sonrió.

—Traiga —dijo, aceptando el recibo—. A mí, la mía también me lo hace. Hay que andar con un ojo... —Tecleó varias veces en la pantalla, se abrió la caja registradora y extrajo de ella las monedas y el billete de los que jamás habría debido desprenderme.

Desde entonces soy el más firme defensor de la compra en solitario.

***

Este paquete de medidas resulta muy efectivo para reducir costes, pero puede que no baste. En mi caso, aunque contrajo considerablemente los gastos en alimentación, la suma que me quedaba para vivir era aún escasa.

Lector: *¿Y no se le ocurrió pedir a su abogada que solicitara una reducción de la pensión?*

Naturalmente, llamé a mi abogada para pedirle que solicitara una reducción de la pensión, que no podía pagar. Pero me dijo que era muy difícil de conseguir (la positividad no era uno de los rasgos más descollantes de su carácter) y, además, implicaría aumentar sus emolumentos, lo que me hizo desistir.

Lector: *¿Y un aumento de sueldo?*

También podía implorar en la empresa donde estoy empleado que me subieran el sueldo, pero aparté enseguida la idea de mi mente: ponerme a bailar la danza de la lluvia para que del cielo cayeran billetes habría sido más productivo. El dueño de la compañía es de esa clase de personas que creen que el trabajo dignifica, y por tanto opina que el brindar a la plantilla la oportunidad de dignificarse ya es suficiente favor, de modo que el salario, tirando a exiguo, constituye algo así como un añadido innecesario, y la posibilidad de agrandarlo, una quimera.

Pensé entonces en buscar un segundo trabajo, lo que si bien constituía un enorme sacrificio dada la cantidad de horas que echaba en la empresa, podía ser asumible si apelaba a la capacidad de sacrificio de todo padre por sacar adelante a sus hijos. Pero no era posible; no podía, por ejemplo, emplearme de camarero nocturno o pinche de cocina si muchas noches debía ejercer de lo mismo, pero en casa y con mi prole (actividad, por otra parte, solo remunerada con violentas pataletas y sonoros clamores de: «¡Esto no me gustaaaa!»).

Por asociación de ideas se me ocurrió que quizá la solución pasaba por encontrar un nuevo empleo en una empresa donde pagasen mejor. Con ese fin, me inscribí en varias páginas web de ofertas de empleo, y tras dedicar una noche a consignar procelosamente mis datos, mis estudios y aptitudes y mi sector de especialización, mi bandeja empezó a inundarse de vacantes de «tornero fresador», «experto en *marketing* digital», «tostador de café» y otros oficios que en nada se parecían al mío.

¿Y si...? Fugazmente se materializó en mi cabeza el proyecto de apostar algunas cantidades a juegos de azar. Pero entre que no disponía de fondos para arriesgarlos, que desde niño se me ha inculcado que la ludopatía es mala y mi proverbial mala suerte, más que una ayuda podía convertirse en un salvoconducto para acabar jugando a las cartas con una cohorte de señores harapientos con barba hasta el ombligo al calor de una hoguera.

Asumí en todo su dramatismo mi situación y me pregunté qué hacían para comer las personas con poco dinero o ninguno. Y el concepto *bancos de alimentos* se me vino encima como la sombra de Godzilla.

Sin embargo, habida cuenta de que existen personas que verdaderamente carecen de recursos, ¿tenía yo derecho a pedir ayuda?, me pregunté. ¿Y por qué no habría de tenerlo?, me respondí. Los divorciados (con hijos, se entiende) somos los grandes olvidados de la sociedad.

Lector: *¡Y tanto! La sociedad es, por naturaleza, solidaria, de ahí que existan en el diccionario palabras como «dádiva», «propina» y «limosna», que hacen referencia a la ayuda desinteresada y espontánea que en forma de óbolo desde hace siglos prestan las personas que están en disposición de dispensarla a otras que la precisan. Con la organización administrativa llegaron las subvenciones, los subsidios, las prestaciones. ¿Quieres rodar una película? Te dan un millón. ¿Padeces una dependencia de grado ocho (sobre tres), tienes quince hijos todos ellos con alguna discapacidad, estás en paro y la radiación de un cementerio nuclear próximo a tu casa ha modificado tu fisonomía, otorgándote tres nuevos brazos y branquias en el cuello? Algo te cae. ¿Has cumplido 102 años? Puedes viajar prácticamente gratis en autobús (y tal vez incluso algún viajero te ceda su asiento). Fuera de los tentáculos de los gobiernos, hoy la gente sigue ayudándose libre y voluntariamente. Si has creado un videojuego y necesitas financiación para desarrollarlo, congéneres anónimos financian tu proyecto mediante* crowd funding. *¡Si hasta a los desempleados les hacen descuento en las peluquerías! No hay desvalido en la Tierra que no despierte en los habitantes más comprensivos su instinto altruista, cuando menos su*

compasión. Exento de tales simpatías, sin embargo, queda el divorciado con hijos, que se pasea por el mundo como otro adulto más, sin mostrar el agujero oculto que horada su ánimo y su cuenta corriente. ¡Cómo demostrarlo, cuando posee trabajo y luce un cocodrilo en la pechera de un polo que le costó un dineral... allá por 1998! No se ha creado para nosotros carné acreditativo, ni conozco restaurante donde, explicada tu historia, te inviten por lo menos al café. Cuando relatas tu situación a un conocido, te mira atónito sin saber en qué categoría clasificarte. ¡Pues claro que somos los grandes olvidados!

Analicé por enésima vez mis cuentas y decreté que, si bien no estaba en la miseria, mis recursos podían definirse como «ínfimos». Cabía la posibilidad de que, de prolongarse la coyuntura —y aún faltaban años para que mis hijos alcanzasen la mayoría de edad y fuesen independientes económicamente—, aquellos se convirtieran en inexistentes. Suponía que había distintos grados de asistencia, y a mí, cualquiera, por pequeña que fuera, me aliviaría. Consulté la web del ayuntamiento, donde ponía que en estas eventualidades había que pedir cita con el área de servicios sociales.

Como llamar y contar de viva voz mis problemas a un desconocido se me hacía cuesta arriba, envié un correo electrónico. Me respondieron enseguida solicitándome un número de teléfono, que aporté. Supuse que me llamarían a la mañana siguiente, mientras estaba en la oficina, y no me hacía gracia tener que exponer mis penurias en presencia de mis compañeros, de modo que concebí un plan: cuando recibiera la llamada, bajaría corriendo a la calle a contestarla; si colgaban antes de lograr abandonar las instalaciones, siempre podía marcar inmediatamente ese número y explicar que tenía una llamada perdida que no me había dado tiempo a responder.

A la mañana siguiente, a las 9.30 —una vez que los funcionarios hubieron terminado su sagrada pausa del café, deduje—, sonó mi móvil. Me encontraba en el trabajo. Salté de mi silla y bajé las escaleras lo más rápidamente que pude, pero la llamada se cortó antes de ganar la calle. Hice lo previsto: llamé sin perder un segundo. La señora que respondió me dijo que me había telefoneado de los servicios sociales del ayuntamiento; habían recibido mi correo.

—¿Qué es lo que necesita? —me preguntó.

—En realidad, no lo sé. Cualquier cosa. Acceso a alimentos, alguna ayuda económica...

—¿Cuál es actualmente su situación?

Había bajado en mangas de camisa y el frío de enero me hacía tiritar. Estaba jadeante por la carrera, y muy nervioso: nunca me había imaginado implorando socorro a una trabajadora social. Fuese por la baja temperatura, por la falta de resuello o por la alteración del ánimo, o por el cúmulo de factores, la voz me salió temblorosa, ahogada, propia de alguien que está al borde del llanto.

—A grandes... rasgos... Soy un padre... divorciado... Tengo... tres hijos... pequeños... Y...

La señora, al percibir mi desasosiego, me interrumpió:

—Es suficiente. Me hago cargo.

Lo cual agradecí muchísimo. Y me dio cita, aunque a un mes vista.

Transcurrido el plazo, me personé en sus oficinas. Aguardé turno en una sala de espera, ojeando y reordenando tembloroso los papeles que demostraban mi situación. Cuando oí que me llamaban, pasé a un despacho, donde una joven trabajadora social cumplimentó en el ordenador una ficha con mis datos y me preguntó a continuación cuál era el motivo de mi visita. Tras exponérselo, y, aunque coincidió conmigo en que era una situación delicadísima, me informó de que no podía ayudarme. La única ayuda que brindaba el consistorio era una prestación económica que se aprobaba en función de los ingresos, no de la diferencia entre ingresos y gastos. Mis ingresos, añadió, superaban el mínimo exigible para poder optar a dicha asistencia. En cuanto al acceso gratuito a alimentos, lo gestionaban otras organizaciones, como Cruz Roja; como comprendiera que estaba muy apurado, me animó a que acudiera a la sede de esta entidad en mi ciudad e incluso me facilitó el nombre de sus responsables.

Lamenté que no me hubieran advertido por teléfono que este servicio no lo prestaba el ayuntamiento; me habría ahorrado un mes de inútil espera. A fin de no demorar más las diligencias, acudí a primera hora de la mañana siguiente a la oficina de la Cruz Roja. Alegué nuevamente en la oficina que llegaría un poco más tarde porque debía realizar unas gestiones.

Me hicieron pasar a una habitación rectangular con cuatro mesas, dos de ellas ocupadas por sendas mujeres de chaleco rojo, que luego supe eran una voluntaria y una trabajadora social; ambas atendían a las personas que iban llegando. La primera me invitó a sentarme y me indicó que, como trámite previo, debía pedirme mis datos personales para consignarlos en un programa informático. Supuse que ese paso preliminar no duraría más de cinco minutos, pero me equivoqué. Entre que le facilité mi número de carné de identidad y le di mi dirección postal pasaron fácilmente diez minutos; y eso que el DNI consta solo de ocho cifras y una letra. Colegí que el dichoso programa le estaba planteando algún problema a la buena señora, lo que se confirmó cuando se levantó a pedir asistencia a su compañera, coreografía que repitió poco después.

—Es que es mi primer caso —se sinceró conmigo.

—Oh, no se preocupe —respondí, en parte porque me hacía cargo, en parte porque cuando vas a pedir ayuda a alguien, siempre es mejor caerle bien.

Tras dos primeras consultas internas, la voluntaria debió de pensar que interpelar una tercera vez a la trabajadora social era un abuso, por lo que prefirió quedarse durante veinte minutos contemplando su pantalla al tiempo que tamborileaba con el dedo en el ratón. La escena era de una quietud insostenible, pero que se sostenía asombrosamente: dos personas estáticas, una mirando a la otra y esta su ordenador. Tampoco quería interrumpir sus protocolos, no fueran a echarme de allí de una patada en el trasero. Aun así, me atreví a romper el tenso silencio:

—Digo yo que... ¿No será mejor que le cuente lo que me pasa y luego ya, si eso...? Porque a lo mejor no pueden ayudarme y... En fin, no me gustaría estar haciéndole perder el tiempo.

—Sí, sí, enseguida.

No me preguntes cómo, pero diez minutos después (sin contar los veinte anteriores), la neófita voluntaria logró pasar de pantalla. Lo cual celebré descruzando y cruzando otra vez las piernas, pues la de apoyo se me había quedado dormida.

—¿Tiene usted trabajo? —quiso saber.

—Sí, sí. La cuestión es...

—Que le gustaría conseguir otro mejor —continuó en tono afectuoso.

—Bueno, sí. Pero no es ese el problema.

En vista de que volvía a quedarse atascada con la computadora y para evitar tener que dedicar otra media hora a mirar las musarañas, me lancé en tromba a declarar mis estrecheces. Supongo que también a causa de su bisoñez, apartó la vista del ordenador (donde seguramente no estaba ocurriendo absolutamente nada) y se puso a escucharme con atención (lo que ciertamente debía de ser más entretenido).

—Solo quiero saber —concluí— si puedo optar a alguna ayuda, a conseguir alimentos gratis, un bono o lo que sea.

—Comprendo —dijo—. Ahora le preguntamos a mi compañera, que es la trabajadora social.

Pero su compañera estaba atendiendo en ese momento a un chico colombiano de quien, gracias a la nula intimidad de que disfrutábamos, pude saber que se ganaba la vida encadenando trabajos basura y había dejado un hijo en su país. Deseé con todas mis fuerzas que el pobre chico culminara cuanto antes su gestión, y al mismo tiempo que mis interminables preámbulos hubiesen servido para algo. Estábamos a punto de cumplir la primera hora de proceso; lo sé porque de vez en cuando consultaba mi reloj.

—¿Tiene usted prisa? —me preguntó la señora al detectar mi gesto.

—A ver, prisa, no. Pero entre no tener prisa y dedicar a esto toda la mañana, supongo que hay un término medio.

—Perdóneme —dijo compungida—. A ver si termina mi compañera...

Casi me da un síncope cuando veo que la trabajadora despide al chico colombiano y, en lugar de acercarse a nuestra mesa, sale a la sala de espera para dar entrada a una mujer iraní que no hablaba ni una palabra de español. Afortunadamente, una vez que la dama del lejano país hubo tomado asiento, la responsable de la dotación tuvo a bien apiadarse ya no sé si de mí o de su compañera.

Relaté por segunda vez mis desventuras económicas, ahora con espontánea exaltación y blandiendo los papeles acreditativos en la mano, que iba leyendo para luego entregárselos.

—Entonces... Está usted viviendo por encima de sus posibilidades.

—¡Y tanto!

—Comprendo perfectamente su desesperación. Debe de estar pasándolo muy mal. Sol —indicó a la voluntaria—, vamos a concederle una ayuda de primera necesidad. Pincha aquí... Dale aquí... No, ahí no, aquí... ¡Ah, que no lo has guardado! Hum. Pues tendrás que empezar de

nuevo. Entra aquí... Pasa de página... Rellena esto, esto y esto..., y envíalo a imprimir. —Y regresó a su mesa.

Huelga decir que la operación de pulsar «imprimir» y hacer aparecer unos folios en la bandeja de la impresora requirió otros treinta y cinco minutos. Intenté distraerme con el absurdo diálogo que la facultativa mantenía con la expatriada iraní; esta le aportaba su número de teléfono, pero cuando la primera la llamaba desde el terminal de su mesa para confirmar que era correcto, nunca sonaba; entonces la migrante persa volvía a darle el número, cambiando un «tres» por un «cinco», y vuelta a empezar. Mi estado de ánimo lindaba ya con lo que los psiquiatras denominan «histerismo», pues no quería faltar dos mañanas seguidas en el trabajo. Y, aunque no hubiera tenido nada que hacer, la exagerada dilación habría hecho perder la paciencia al más calmado. Y encima no tenía derecho a quejarme, pues estas dos señoras, benditas sean, estaban socorriéndome. En mi mente mantenía un animado diálogo conmigo mismo.

—¡Perder dos horas aquí es demencial!

—No digas «perder»: has conseguido ayuda.

—¡Coño, habría obtenido la misma ayuda en menos de la mitad de tiempo con una voluntaria más ducha!

A modo de feliz colofón, la jefa salió un momento de la habitación y regresó con dos tarjetas de compra de un supermercado por valor de 80 euros, las cuales me entregó. Y, por fin, pude poner mis piernas en posición vertical, lo que mis rodillas agradecieron con un retumbante crujido de placer. Tras dudar un segundo si debía dar calurosamente las gracias o pedir el libro de reclamaciones por la esperpéntica espera, me incliné por lo primero (literalmente: casi doy con la frente en el suelo de lo sentida que fue mi reverencia) y salí de allí jurando devoción eterna al cuerpo de la Cruz Roja.

***

Llegó un momento en que ahorrar no era suficiente: necesitaba percibir ingresos extras. Hasta entonces mi relación con Wallapop había sido de cliente inconstante: había utilizado un par de veces la aplicación como comprador, para adquirir artículos deportivos de segunda mano y algún videojuego. Caí en la cuenta de que, espoleado por las apremiantes circunstancias, podía convertirme ahora en vendedor.

Abrí el armario de mi dormitorio y pasé revista a mi ajuar. Fruto de mi condición de no-pobre sin dinero, descollaban de entre el amasijo de perchas algunas camisas de Ralph Lauren que ya no me ponía, así como algún que otro pantalón de Calvin Klein. Sin perder tiempo, descolgué las prendas, las estiré sobre la cama y procedí a fotografiarlas para publicar los anuncios. Dado que se encontraban en buen estado, eran de marca y las subí a buen precio, no tardaron en surgir pretendientes.

El problema de la ropa es que, antes de comprarla, hay que probársela. No me colmaba

precisamente de ilusión el meter a un desconocido en mi casa; que transformara mi cuarto de baño, mi más íntimo espacio, donde reposan mi esponja, las toallas impregnadas de mi fragancia corporal, mi cepillo de dientes y el retrete donde quizá no había pasado a fondo la escobilla, en un probador popular. ¿En qué otro lugar podría llevarse a cabo la obligada operación? ¿Qué sitio había, accesible a cualquiera que pasara por la calle y sintiera necesidad de usarlo, que no comportara gasto alguno, ni siquiera el pago de una pequeña consumición, y que al mismo tiempo ofreciera una mínima intimidad? Tras meditar concienzudamente el asunto, resolví quedar con el primer comprador en los aseos de El Corte Inglés.

A la hora acordada, se personó en dicha demarcación el interesado.

Nos saludamos fuera de los baños con urbanidad, le entregué la camisa para que se la probara y se encerró en uno de los reservados para comprobar si le quedaba bien. Mientras, yo aguardaba en la zona de los lavabos, hasta que un sexto sentido me hizo ver que el adoptar esa actitud expectante en tan delicada zona resultaba algo embarazoso. Iba a salir de los servicios cuando se entreabrió la puerta del cubículo donde este señor se había confinado a probarse la camisa.

—Perdone... Si no es molestia... —musitó tímidamente.

—Dígame.

—Si pudiera acercarse un momento.

Abrió más la puerta y me aproximé hasta quedar en el umbral.

—Un poco pequeña para mi gusto —murmuró.

—¿Le gustan más grandes? Tenga en cuenta que una más grande le llegaría a mitad de muslo. ¿Va a llevarla por dentro del pantalón?

—Hombre, por fuera llamaría mucho la atención, ¿no le parece?

—Es posible.

—Es francamente llamativa.

—Psé, alguna vez me lo han dicho.

—Si tiro de aquí... ¿Ve?, ¡me aprieta!

—Haga el favor de tratarla con delicadeza... Pero toque, toque.

—Es muy suave, eso sí.

—Está recién lavada. Otra cosa no, pero soy muy limpio.

—Desde luego, oler, huele muy bien. Y se ve que no la ha usado mucho.

—Lo crea o no, solo tres o cuatro veces.

—¿Solo?... Pero... ¿Qué es esto? ¿Un pelo?

—¿Un pelo? ¿Dónde?

—Aquí... En la parte de abajo.

—Es una pelusilla.

—Ah, vale.

—A ver, dese la vuelta.

—Vale. Por detrás, ¿qué tal?

—Le encaja a la perfección.

—Un poco arrugada sí que está.

—Bueno, pero se le da así un poco con la mano, plas, plas, y ¿ve?, se estira y enseguida se alisa.

—Pues es verdad.

—Y el color, ¿es de su agrado?

—Sí, el color me vuelve loco. En las fotos se veía más oscura.

—Quizá porque las hice en la cama, y en contraste con las sábanas...

No pude continuar mi disertación cromática porque en ese preciso instante se abrió de golpe la puerta de la cabina de al lado, y el señor que salió por ella, mirándonos con una mezcla de espanto y repulsión, nos espetó:

—En un sitio público... ¡Pervertidos!

Finalmente, y creo que porque después de la escenita no le quedaba más remedio, el comprador se llevó la camisa. Vendí, ya sin opción a prueba, otras prendas que ya no usaba, incluso alguna que sí; una mesita decorativa que, en realidad, siempre me había parecido un estorbo; dos cajas de madera de las que transportan fruta, que hacían las veces de maceteros, y que son muy apreciadas como revisteros por el público *hipster;* alguna de la ropa que a mis hijos se les había quedado pequeña; calzado en el que ya no les cabían los pies; un molde para tartas, una batidora y otros utensilios de cocina con los que me equipé al poco de divorciarme, considerándolos imprescindibles en un pisito de divorciado, y que habían terminado acumulando telarañas en un cajón... Llegué a especular con los objetos: como me quedó el resquemor de haberme deshecho de la mesita, compré otra muy parecida a un precio imbatible, pero enseguida me di cuenta de que no la necesitaba y la vendí por el doble de lo que me había costado. ¡Ay, si hubiera nacido con gen aventurero y hubiera hecho eso mismo con acciones de Bolsa! Pero no tenía ni gen aventurero ni fondos para invertir.

***

Para reducir la factura de la luz, iluminaba mis noches caseras con velas. Las compraba de esas en que la cera viene dentro de un vasito de cristal; averigüé, gracias a un tutorial de YouTube, que cuando quedan consumidas es posible reciclarlas en una nueva pieza de cristalería dejándolas por la noche con un chorrito de líquido lavavajillas. A la mañana siguiente, la escasa cera restante se desprende con facilidad. De este modo, mataba dos pájaros de un tiro: ahorraba en electricidad y aumentaba mi menaje. Me volví especialmente puntilloso en lo relativo al consumo de agua: abría los grifos solo en caso de extrema necesidad, me ponía las camisas ocho o diez veces antes de volver a lavarlas y espacié mis rigurosas duchas, que pasaron de tres a una a la semana.

Cuando quedaba con amigos a tomar unas cervezas, me esforzaba por consumirlas en

singular. Llegué a adquirir una depurada técnica consistente en darle sorbitos pequeños, como a una cucharada de sopa hirviendo de restaurante chino. Por no gastar en gasolina, iba andando a cualquier destino que no estuviese a distancia inabordable; gracias a ello, empecé a reducir los kilitos de más que había cogido por abandonar el gimnasio. Para destinos alejados, cogía el transporte público. Troqué a mi saludable copita de vino de las cenas por vasos de agua del grifo (posiblemente, el único momento del día en que lo abría). Esto también implicó beneficios en mi estado físico, pues tuvo un efecto diurético inmediato y estimuló rabiosamente riñones y sistema urinario; dicho de otro modo: por las noches me levantaba a evacuar la vejiga no menos de cinco o seis veces. (Al principio, sin embargo, lo achaqué a un galopante y letal problema de próstata que, tras una serie de pruebas médicas desesperantemente separadas en el tiempo —había otorgado a la sanidad pública la exclusiva de mis cuidados facultativos— y alguna embarazosa inspección manual del urólogo de partes muy recónditas y delicadas de mi anatomía, quedó felizmente descartada.)

Prescindí del café de media mañana en el trabajo, que como todo veterano asalariado sabe no debe saborearse en la máquina del *office,* sino en algún bar próximo a la oficina, de tal suerte que el acto de ingerir 25 mililitros de brebaje marrón pueda dilatarse unos treinta minutos. De resultas del cafetito descartado, y como no salgo a fumar —ya sabes que para mí la salud es lo primero—, trabajaba más, pero ganaba lo mismo. Trabajaba más no solo porque me saltaba la colación de media mañana, sino también porque en cierto modo busqué refugio en mi faceta laboral: era el primero en llegar y el último en irme. Por las mañanas, cuando no estaba con mis hijos, y como no me duchaba, me caía de la cama y a los cinco minutos estaba sentado en la oficina.

—Hay empresarios que son reticentes a contratar embarazadas, extranjeros y mayores de cincuenta. —Oí que decía un compañero a otro camino del café, al pasar por mi mesa, a un volumen lo suficientemente alto como para que yo lo escuchase—. A quienes habría que discriminar de verdad es a los divorciados: como se han quedado sin familia y no tienen vida, trabajan más y nos dejan en mal lugar al resto.

Al cabo de unos meses, el propietario y director general, el señor Bragado, me llamó a su despacho. Es un hombre chapado a la antigua que ha sabido imprimir su sello personal a la compañía. Para el señor Bragado, la *conciliación* es algo que pasa en el Vaticano de vez en cuando. También practica un talante *conciliador* para con sus empleados; una actitud paternalista, que por otra parte nadie le ha pedido, que manifiesta tratándonos como a hijos y por la que debemos estar agradecidos, aunque nos obligue a estar diez horas cada día al pie del cañón. Vive volcado en el trabajo, y más desde que se divorció. Mientras estuvo casado se metía en la cama con facturas y balances, haciendo caso omiso a su mujer, hasta que una noche ella, que había comparecido en el dormitorio conyugal envuelta en lencería por valor de 800 euros y sugerentes vapores de Eau de Oh!, no aguantó más su indiferencia y le pidió los papeles del divorcio. De esto tuvieron conocimiento varios compañeros casados que, con el correr del

tiempo, se habían cruzado con ella en Tinder primero y de manera presencial (y literal) después. La exesposa de Bragado, siguiendo al parecer el consejo de su psicóloga de no guardarse nada dentro, lo contaba sin ambages no bien se despojaba del sujetador.

—Próspero, amigo mío —dijo el señor Bragado—. Tome asiento. ¿Cómo le va?

—Uf, ¡por dónde empiezo!

El director general levantó una mano para frenarme.

—Deje, deje. Ya sé que los beneficios de trabajar para esta empresa son incontables y no voy a forzarle a enumerarlos, pues resultaría harto abrumador y soy el primero que los conoce y alienta. —Se levantó y se asomó al ventanal que daba a la nave de producción y parte de las oficinas y desde el que vigilaba la actividad de los empleados—. Ay, amigo Próspero. No sabe usted lo difícil que es dirigir un negocio hoy en día. Mire, está la planta a medio gas. El que no ha salido a desayunar se ha ido a la puerta a fumar un pitillo... ¡Por lo menos antaño podía uno nicotizarse mientras trabajaba! Luego, a la hora del almuerzo, no les basta con las bolsas de patatas fritas que dispensamos en la máquina de *vending* que con tanto cariño compré para su uso y disfrute, y se van en tropel a comer al bar de la esquina. —Se giró hacia mí—. ¿Y tiene usted idea de lo que tardan en comer un menú de primer plato, segundo y postre? ¡Una hora! Una hora, sí, señor. Regresan amodorrados. Así es imposible sacar adelante una empresa. Cuanto más les das, más reclaman. Accedí a adelantar la salida los viernes a las tres, por Navidad reparto tabletas de turrón del duro (de ese que, dicho sea de paso, no gusta a nadie), y cuando nace un niño, obsequio al padre o a la madre con un cheque-regalo de cinco euros en la Ferretería Gutiérrez... ¿Cree usted, querido Próspero, que lo agradecen? ¡Nada! Les das la mano y te toman el brazo. —Regresó con aire cansino a su mesa y se sentó—. Ahora son todos revolucionarios. Nunca han vivido mejor, y, sin embargo, no cesan de hacer ridículas reivindicaciones. Exigen hasta las cosas más peregrinas. ¿Querrá usted creer que recientemente les ha dado por plantearme la posibilidad de trabajar desde casa ciertos días a la semana? Los oficinistas, claro; los operarios, afortunadamente, no pueden llevarse las máquinas a su salón-comedor. Otros me han solicitado que instale un aparcamiento para bicicletas, aduciendo que este medio de transporte es respetuoso con el medio ambiente. Y quién lo paga, ¿eh? ¡Hasta me piden jornada continua para salir antes y poder estar con sus familias! ¡El colmo de los colmos! Cualquiera con dos dedos de frente sabe que lo mejor para la familia es trabajar duro y llevar dinero a casa a fin de mes. —Resopló—. Se me hace muy cuesta arriba, amigo Próspero. —Se inclinó hacia delante, con aire confidencial—. ¿Quiere saber lo último? Rupérez, el jefe de suministros, me ha anunciado que se va. Le ha salido un trabajo en otra empresa del ramo donde le pagan más, dice. ¡Como si el dinero fuera todo!

—El dinero es importante, señor Bragado.

—¡Hombre, claro que es importante! Si no fuera por los beneficios a fin de año, ¿crees que iba a estar aguantando este infierno día tras día? Pero no es lo único. Hay algo más importante: la

lealtad. Le pagarán más, sí, pero ¿ dónde excepto aquí va a encontrar Rupérez un ambiente tan familiar, tan sano, tan agradable? ¿Qué otro empresario va a tratarlo como a un hijo?

Sospeché que cualquier comentario que hiciese podría ser utilizado en mi contra, y no estaba yo para correr riesgos, por lo que decidí callar.

—Desde hace unos meses —prosiguió, más tranquilo— le veo a usted emplearse con benemérito celo y encomiable prurito.

—¿Con quiénes? —salté alarmado.

—Que trabaja usted mucho, Próspero.

—Ah. Bueno...

—Soy un firme defensor de la ética del esfuerzo, querido amigo. Y en esta empresa, emblema de la rectitud, todo esfuerzo tiene recompensa. —Me dedicó una sonrisa bonachona—. He decidido que sustituya usted a Rupérez. Que sea el nuevo jefe de suministros. Ascenderlo.

No sé si se notó desde fuera, pero por dentro percibí que me temblaban los ojos y me lloraban las piernas. También que se me aceleraba el pulso. Para contrarrestar esto último, pues no quería que la inoportuna llegada de una ambulancia interrumpiera nuestra interesante plática, empecé a llenarme de aire los pulmones a grandes bocanadas y soltarlo formando un tubito con los labios. La noticia podía suponer el fin de mis estrecheces.

—Ascenderlo de cargo. Porque de sueldo... Ya sabrá que no corren buenos tiempos. Si por algo me caracterizo, amigo Próspero, es por mi honestidad, por hablar siempre con franqueza. Y si quiere que le hable con franqueza, no podré pagarle lo mismo que le pagaba a Rupérez. Llevaba 35 años en la empresa (entró cuando todavía la dirigía mi padre) y percibía un sueldo de los de antes... De los de antes de estas sucesivas crisis que nos han minado más que a nadie a los empresarios, creadores de empleo. Se lo habría congelado en 2003, pero ya sabe usted cómo se ponen los sindicatos... Capaces habrían sido de montarme una huelga. Pero, tranquilo, no se ponga pálido, que me está asustando... ¿Quiere un poco de agua? ¿Abro la ventana para que le dé el aire? Comprendo su reacción, pues acaba de comprobar usted de primera mano la generosidad de este humilde y afable patrón. Lógicamente, dado que aumentará su responsabilidad en la compañía, no me quedará más remedio que subirle también un poco el sueldo. ¿Está usted contento?

Jarreaba esa noche, a las nueve, cuando salí de la oficina camino de la boca de metro. La lluvia me pilló sin paraguas, porque el día había amanecido soleado, sin trazas de terminar en diluvio. La aplicación del tiempo del móvil tampoco lo había vaticinado, pero esto no es de extrañar, porque, por algún intrincado prodigio, cuanta más tecnología hay a disposición del hombre para predecir fenómenos atmosféricos más yerra aquel en su predicción. Detrás de esas aplicaciones debe de haber finos desarrolladores y sagaces emprendedores, pero desde luego no meteorólogos. Creo que esta es una profesión que ya no existe. Y si no, examina tu entorno más cercano, querido lector: seguro que hay algún abogado, algún informático, algún mecánico, diecisiete funcionarios..., pero ¿a que no conoces a ningún meteorólogo? Es posible que incluso

hayan cerrado las facultades que impartían conocimientos de esta índole, y lo comprendo: cuando es posible dar un pronóstico del tiempo a varios siglos vista (moriremos todos tragados por los océanos, cuyo nivel aumenta imparable debido al deshielo producido por el cambio climático), la esencia de este oficio pierde todo fundamento y la Meteorología se convierte en una carrera sin futuro. Imagino que el primer día de clase los catedráticos exponían esta aciaga circunstancia a sus discípulos, que a la mañana siguiente vendían los libros y se matriculaban en estudios con mejores perspectivas, como Bellas Artes o Filosofía y Letras. Lo que hacen bien las aplicaciones del tiempo es retransmitir en tiempo real los bandazos del clima, lo cual, estarás de acuerdo conmigo, carece por completo de interés porque basta con salir a la calle y mirar al cielo para descifrarlos con total precisión.

Lector: *Yo he llegado a tener simultáneamente cuatro aplicaciones de meteorología en mi móvil y, por increíble que parezca, ninguna coincidía en el pronóstico del tiempo. Y lo que es peor: ninguna acertaba.*

Llovía con encono, como digo, de camino a casa esa noche. La estación quedaba a un paseo de quince minutos de la factoría, y luego me esperaba un trayecto de una hora —ya a cubierto, afortunadamente—, jalonado de tres trasbordos, hasta mi barrio. Panorama idóneo para pensar, pues la oferta del señor Bragado me había sumido en un hondo conflicto moral. Me interesaba el ascenso, claro que sí, pero por otra parte era consciente de que no se fundamentaba en mis aptitudes profesionales, sino en el diamantino presentismo de que había hecho gala los últimos meses. No premiaba mi capacidad, sino ese estado abominable que es la esclavitud. Ciertamente, en caso de aceptar, el ejemplo para con mis compañeros, e incluso conciudadanos, podía tacharse sin rodeos de deleznable. Además, la subida de sueldo era rácana. Sacando arrestos de no sé sabe dónde conseguí incrementarla levemente tras una incómoda negociación. Aun así, resultaba suficiente para arreglarme la existencia. Le pedí a Bragado un margen de veinticuatro horas para meditar la propuesta.

No se lo tomó muy bien. Creo que esperaba que me hubiese puesto de pie y lo hubiera estrujado con un agradecido abrazo filial, cuando no con un efusivo beso en la mejilla.

—¡Pedir, pedir, pedir! —exclamó escamado—. No sabéis hacer otra cosa más que pedir. Si he de hablarte con franqueza, no me lo esperaba de ti. ¿Tú también, Próspero, hijo mío? —entonó. Su manía de aludirnos como a vástagos no dejaba de ser desconcertante, pues Bragado era apenas un par de años mayor que yo—. Pues nada, piénsatelo y mañana me das una respuesta. Para que luego digan que no soy un jefe tolerante...

Cuando llegué a mi casa aún no había tomado una decisión. Abrí la puerta y me deslicé a oscuras por el pasillo. Había adquirido tanta destreza manejándome en penumbra que si el día de mañana una degeneración macular me privaba de la visión (cosa que no descartaba, pues ya sabes de mi naturaleza optimista hacia todo lo que tiene que ver con enfermedades: me siento

capaz de contraerlas todas) esa etapa fatal me habría servido de efectivo entrenamiento. Bebí un sorbito de leche directamente del *tetra brick*, asegurándome de cerrar la puerta del frigorífico durante el trago para limitar el coste del fulgor eléctrico; me dirigí al cuarto de baño, donde me lavé los dientes sin agua, y me acosté con la esperanza de que una consulta con la almohada despejase mis dudas. Actualmente, todos los artículos domésticos son inteligentes, incluso las almohadas; supongo que estas, en su versión racional, no solamente te dan masajes nocturnos en las cervicales, sino que están dispuestas a sostener un animado coloquio con su propietario sobre cualquier tema, de los resultados de la jornada de fútbol a cuestiones políticas. La mía solo responde muda a mis consultas, como es tradición.

A la mañana siguiente fui a ver al señor Bragado y le dije que aceptaba su oferta.

Lector: *¡Menos mal! Anda que, si no llega a aceptar, lo busco y personalmente le doy dos tortas.*

El mandamás se levantó de su sillón y me despachurró con un paternal abrazo seguido de dos fraternales besos, uno en cada mejilla, un palmetazo en el hombro, una carantoña en el cuero cabelludo y la promesa de llevarme un sábado al parque de atracciones. No bien me hube liberado de su pegajoso trato, llamé a las señoras de la Cruz Roja y, tras exponer honradamente mi nueva situación, renuncié al importe pendiente de la compra de alimentos.

He mantenido hasta el día de hoy, no obstante, mi política de ahorro en todo lo concerniente a mi manutención y los gastos del hogar, porque, por un lado, mi nuevo sueldo tampoco da para hincharme a langosta y, por otro, una vez que te sumerges en las tranquilas aguas de las marcas blancas y las ofertas de productos a punto de caducar contemplas las etiquetas con muchos dígitos como una bandera roja que desaconseja el chapuzón.

Y así fue como, entre extraños ardides y una pizca de fortuna, sobreviví a mi divorcio.

Sigo sin ser pobre y sigo sin tener mucho dinero, pero ahora vivo un poco mejor que antes.

El rescate emocional de Angustias

Hubo un tiempo, inmediatamente posterior a mi divorcio, en que me hubiera gustado zarandear de las solapas a los dirigentes del FMI, el G7, la ONU, la UE, KFC y el resto de los organismos que se dedican a analizar las causas de los cataclismos económicos en el mundo y gritarles: «¡Estáis errando el tiro! ¡Estáis mirando en la dirección equivocada!». Lo que verdaderamente depaupera las economías no es la subida del IPC, ni el desempleo, ni los impuestos altos, ni los bajos, sino los divorcios. Millones de personas se divorcian simultáneamente en el planeta, y un amplio porcentaje pasan los meses siguientes enclaustrados en sus casas, forrados en pijamas de franela, hinchándose de comida basura, sorbiendo refrescos carbonatados ricos en azúcar y flagelándose con *El diario de Noa* o cualquier otra pastelada de las que incitan al llanto. Esclarecidos mandatarios: ¿no han caído ustedes en la cuenta de que el desplome de los balances nacionales siempre coincide con una notoria revalorización de las empresas que dispensan *pizzas* a domicilio o fabrican pañuelos desechables? Da igual el periodo histórico que elijas: millones de personas están, todas a la vez, varadas en sus casas por tristeza, incapaces de salir a la calle, de volver a frecuentar bares y restaurantes, de masticar en cines y teatros, de toser en la ópera, de gastarse el sueldo en *boutiques chic*, de lucir tipazo en el gimnasio, de comprar manjares y vino bueno en el supermercado, de patearse centros comerciales en busca de perfumes caros y ampollas *flash* con ácido hialurónico..., y todo porque sienten que han fracasado en uno de sus más importantes proyectos vitales, si no el que más. Ahora mismo hay en toda gran ciudad miles de divorciados y divorciadas sonándose los mocos al unísono, atrincherados en sus sofás y parapetados bajo mantas de viaje, como si quisieran camuflarse en su propio hogar; ¡y no consumen! Si estos gerifaltes globales tuvieran los pies en el suelo, seguramente tropezarían con algún *kleenex* arrugado arrojado por una ventana, impregnado de lágrimas resecas, y dirían, como sabios que son: «¡Eureka!». Y lo mismo que rescatan a los bancos, empezarían a rescatar emocionalmente a los divorciados, aunque solo fuese para reflotar la economía mundial.

Me he documentado al respecto, y las sociedades más prósperas han sido aquellas que no contemplaban el divorcio. ¿Por qué floreció el Imperio romano? Porque en aquella orgiástica bacanal en que todos se liaban con todos tal medida no era necesaria (el matrimonio, en las contadas ocasiones en que se daba, constituía una mera transacción). El primer país que incluyó la disolución matrimonial en su código civil fue Francia, en 1804. ¿Qué ocurrió a continuación? Que Napoleón comenzó a perder batallas.

No seré yo quien cuestione ese recurso necesario al que yo misma me he acogido. El divorcio

debe estar encajado en la jurisprudencia de cualquier nación que se precie de moderna. Ahora bien: las autoridades han de establecer programas que mitiguen la pesadumbre que asola a muchos de quienes lo invocan, por el bien de la economía. Me atrevo incluso a lanzar alguna idea. Como pasamos una temporada sin despegarnos del televisor, habría que crear un canal específico (DTV, o Divorcio Televisión) para tan amplia audiencia, que programase maratones de veinticuatro horas de contenidos humorísticos, como monólogos, series cómicas, cámaras ocultas y, una vez al día, *Aterriza como puedas.* En las pausas publicitarias, solo anuncios de medicamentos contra la ansiedad y de los que ayudan a dormir bien, y de infusiones como tilas y valerianas. También se podría instaurar una ayuda pecuniaria a los divorciados; una especie de cheque similar al que otorgan en algunos países a los jóvenes cuando cumplen dieciocho años para que lo gasten en productos culturales, con el mismo carácter restrictivo: solo podríamos canjearlo en restaurantes, pubs y centros comerciales de alto *standing*. Sin duda, la perspectiva de degustar un menú con estrella Michelin o adquirir un vestido de Valentino serviría de eficaz acicate para sacarnos de nuestro lúgubre ensimismamiento.

La razón de esa masiva debacle anímica no estriba en el dolor por haber perdido a nuestra media naranja (no en sentido funerario; no es la viudez lo que aquí nos ocupa). Sé de buena tinta que hay personas que consideran que se han quitado a un marido pelmazo o a una esposa insidiosa de encima y experimentan la misma desazón. De entrada, uno se siente tonto: durante un tiempo creyó que la unión con la otra persona sería para siempre, y claramente se equivocó. Fallar es de humanos, pero estarás de acuerdo conmigo en que no es lo mismo equivocarse en la elección de unos zapatos que en la de un cónyuge. Empiezas entonces a hilar recuerdos que vaticinaban que no estabais hechos el uno para el otro. Tus amigas, que no se callan nada, te lo decían: «Es atractivo, pero tan sosainas...». Tu hermana, que no tiene filtro, alegaba: «Es simpático, pero algo cascarrabias». Tus padres decretaban: «Parece buen muchacho, pero tacaño como él solo, ¿no te parece?». Y a ti no te lo parecía en absoluto: lo juzgabas atractivo, simpático, buen muchacho, divertido, comprensivo y generoso. ¡Ay, pero qué tonta! ¡Qué estimación más desacertada! Y eso que otra cosa no, pero tiempo hemos tenido suficiente para ir descubriendo gradualmente sus defectos. Siempre me ha llamado la atención que las personas que se acercan a un famoso para pedirle un autógrafo o una foto determinen al instante: «¡Qué majo es!». Emiten alegremente su veredicto tras una interacción de treinta segundos. ¡Se necesitan años para desentrañar el verdadero carácter de una persona! Quizá las taras de nuestros futuros compañeros saltaban a la vista, pero al principio esas imperfecciones o no las advertíamos (el amor es ciego) o se nos antojaban pequeñas manías graciosas que formaban parte de su encanto. Uno de los rasgos distintivos de las inteligencias superiores es saber calibrar enseguida lo bueno o lo malo que se les pone por delante. De ahí que cuando constatas que has tardado quince años (en mi caso) en descubrir que aquel tipo era un impresentable, te sientas estúpida.

La desfavorable y tardía valoración genera un conflicto filosófico si has tenido hijos (como

yo). Tras el divorcio, es probable que pienses: «Jamás debí unirme a esa persona». Pero, claro, de aquella infausta coalición salieron uno, dos, tres o más retoños adorables; lo que más quieres. Si nunca te hubieras unido a aquella persona (en santo o civil matrimonio, o en su más sencilla variedad de «pareja de hecho», como hice yo), esos pequeñuelos no habrían venido al mundo. ¿Cómo repudiar algo que te ha dado lo mejor que te ha sucedido? ¡Y, sin embargo, lo repudias! Y, sin embargo, menos mal que te uniste a él, porque si no, esas vidas no se habrían creado. Y, sin embargo, podrías haber engendrado otras, con otra persona. Y, sin embargo, no serían tus hijos... Es decir, serían tus hijos, pero no *estos*, que son los más requeteguapos de la galaxia. ¿Dónde estarían tus hermosos vástagos si no te hubieras cruzado con aquel zopenco? ¡Ay! ¿Y dónde están los que no has tenido? ¡Es para volverse loca! Arrepentirte de haberte unido a un tipo equivale a renegar de tus hijos, pues lo segundo es consecuencia de lo primero. Y así puedes tirarte horas en bucle, con la mirada perdida en las cajas de *pizza* vacías que se amontonan en la mesita del salón.

Una vez ratificada tu estulticia, es posible que te sientas sola o solo. Quieras o no, tu universo, tal como lo conocías, se ha desmoronado; te habías acostumbrado a vivir en pareja, a consensuar decisiones, a compartir tareas, y a partir de ahora tendrás que enfrentarte a la realidad cotidiana en solitario. Quien más quien menos se definía a sí mismo por su relación marital; como parte de un equipo. Ahora le toca redefinir su individualidad. Obviamente, el ser humano está capacitado para defenderse en esta jungla sin ayuda de nadie, pero ¿cuánto hace que no te veías en la necesidad de hacerlo todo por tus medios? Puede que transitaras de una juventud al amparo de tus padres a una madurez en compañía, sin entreactos; en tal supuesto, deberás arreglártelas en singular por primera vez. Por otro lado, a partir de ahora pasarás mucho tiempo solo; tus hijos estarán con el otro progenitor algunas veces. ¿Te aburrirás? ¿Se te caerá la casa encima? ¿Deberás reanudar viejas amistades o buscar nuevas? Da igual que hayas dejado o te hayan dejado; la soledad, a cierta edad, produce vértigo, y este conduce a la angustia.

Aún hay más. En ese ramillete de sensaciones puede injertarse el sentimiento de culpa. Vale que nuestro ex fuese un imbécil de tomo y lomo, pero ¿es exclusivamente suya la responsabilidad del trompazo conyugal? Empiezas a pensar que quizá en determinadas ocasiones pecaste de inmadura o intransigente. Aquella vez que irrumpiste en la habitación que él usaba como despacho y, por décimo sábado consecutivo lo encontraste enfrascado en el montaje de la maqueta del galeón San Francisco II, de sesenta y ocho metros de eslora por cincuenta y dos de altura (en sus medidas originales), perteneciente a la Armada Invencible... ¿te comportaste como una chiquilla cuando de un manotazo le infligiste al navío más daños que los cañonazos de sir Francis Drake? Puede ser. ¿Reaccionaste con excesiva soberbia cuando sometiste tu cabellera a un elegante alisado japonés y él, al verte, no te dijo: «Qué bien te queda», ni siquiera lanzó la obligada pregunta de: «¿Te has hecho algo en el pelo?» que establecen los estatutos de la pareja, y estuviste sin dirigirle la palabra doce días? Quién sabe. Siempre te queda la duda de si pudiste

hacer algo más por salvar la relación, igual que, imagino, al pintor le surge la duda de si debe dar una pincelada más a su cuadro o darlo por terminado tal como está.

Las preguntas se agolpan en tu cabeza, pues a falta de más estímulos externos que las pelis románticas y los anuncios de crema reafirmante a base de baba de caracol (que retrasa el envejecimiento porque es un animal muy lento), centrifuga que da gusto. «¿Y si no estoy preparada para mantener una relación?»; «¿Y si no sirvo para esto?». Es en estas situaciones en que compruebas tu pequeñez en el universo cuando te lanzas a proclamar acres invectivas: «¡No quiero saber nada de los hombres!» (supongo que otras personas cambian «los hombres» por «las mujeres»). Pero como enseguida te percatas de lo endeble de la profecía, matizas: «Saber sí que quiero, pero ¡con tal de no volver a pasar por esto!». Te acuerdas de tu tía Remedios, que cuando murió el perro que tan feliz la había hecho durante dos décadas padeció tanto que juró no volver a tener mascota. La alegría que le aportaba en vida no le compensaba el dolor de su óbito. Luego concedes que has sido muy dura comparando a tu ex con un perro. ¡Pobre chucho!

Este aciago cóctel no estaría completo sin unas gotas de vergüenza. Vale que todos conocemos a un tal Agustín o una tal Esperanza que se han divorciado, pero, como tantas otras cosas, el divorcio es algo que les pasa a los demás. Nos gusta despertar la envidia de nuestros 4.673 amigos de Instagram demostrándoles que tenemos una existencia perfecta. Les ponemos verdes de pelusa subiendo fotos de hoteles normalitos que, a la luz del atardecer y desde cierta perspectiva, parecen alojamientos de lujo; de playas vulgares plagadas de algas que, a última hora y bajo el influjo del crepúsculo, dan el pego como espectaculares dunas tropicales de aguas cristalinas; de raciones de oreja a la plancha con caña de cerveza que, con gracia en el encuadre y abusando del desenfoque, parecen platos salidos de la cocina de Paul Bocuse, que en gloria esté. Cuando regresamos de unas vacaciones, pregonamos que nuestro hospedaje era «comodísimo y en primera línea de mar», ocultando, como es natural, que el goteo incesante de un grifo no nos dejaba dormir en toda la noche, que las paredes eran de algún material no más grueso que el papel, lo que nos permitía escuchar las intimidades de nuestros vecinos de corredor, y que el desayuno bufé consistía en café frío y bollo industrial; y que, por supuesto, que no estaba en primera línea, sino en quinta o sexta, justo en aquella rotonda al pie de la autopista, por donde no dejaban de circular ruidosos camiones incluso a las tres de la mañana. ¡Y qué decir de los billetes de avión! ¡Los sacamos baratísimos! ¿Has escuchado a alguien admitir que el destino que eligió para su veraneo era espantoso, la playa, un asco, el apartamento, un cuchitril con cucarachas, y que, además, el lote le salió por un ojo de la cara! No, ¿verdad? Esos lugares repugnantes, sin embargo, existen, pero debe de ser que nadie los visita. El caso es que, si escondemos esas minucias porque nos harían pasar vergüenza, ¿cómo no avergonzarnos del patinazo más morrocotudo de nuestras vidas? ¿Puede ser perfecto un matrimonio o convivencia que se despedaza? No solo no es perfecto, sino que no hay relación de pareja más fallida que la que se resquebraja. ¿Qué pensarán los demás? «Ay, la pobre Angustias», dirán en fingido tono plañidero. «¡Qué mal lo estará pasando!» «Si se veía venir, ¡anda que no la advertimos! Pero

ella, nada, erre que erre.» «¡Qué pena!» Y entre el bochorno y la certeza de que inspiras lástima no levantas cabeza (ni la vista del televisor).

Urge que las autoridades sanitarias tomen cartas en el asunto. Pero no por nosotros, los ermitaños del divorcio, que en cierto modo disfrutamos paladeando nuestro duelo, sino por otra porción de separados y separadas que no calificaré de escasa, a la que el trauma produce algún tipo de pinzamiento cerebral que desemboca a su vez en comportamientos erráticos e incomprensibles. Sin dejar pasar dos horas de su ruptura, que lejos de hundirlos les pone de excelente humor, se embadurnan en colonia, se repeinan y empiezan a salir todas las noches de lunes a domingo, bamboleando melena y llaves del coche. Regresan a casa a las cuatro de la mañana, bamboleando las piernas. Como digo, algo debe de cortocircuitarse en su masa encefálica para que, a los cuarenta y cinco años, obren como si tuvieran dieciocho. Tampoco ellos ayudan a levantar la economía, pues solo gastan en ron con cola, en cantidades industriales, eso sí.

Antes de que las asociaciones que pintan algo en el tema salten sobre mi yugular, me apresuraré a admitir que existe un tercer grupo de divorciados: aquellos que, dotados de una flema para mi gusto monstruosa, siguen haciendo su vida como si tal cosa inmediatamente después de haber partido peras con sus parejas. Ni se deprimen ni se vuelven jacobinos de la noche. ¿Que hay que ir al trabajo? Continuarán levantándose a la hora acostumbrada con indignante parsimonia. ¿Que el divorcio los pilló a mitad de temporada de una serie? Al día siguiente se pondrán tan panchos frente al televisor para retomarla donde la dejaron. A los de ese plantel, cuya membresía no calificaré de escasa, el divorcio les afecta lo mismo que una mota de polvo en la hombrera, que puedes quitar de un suave manotazo y olvidarte de ella para siempre. Son personas con un dominio de sí mismas realmente asombroso, ideales para el ejercicio de oficios como crupier, verdugo y soldado en una trinchera, en los que el mínimo temblor de pulso resulta incompatible con el desempeño de sus funciones. Si por la expresión de sus rostros debiéramos guiarnos, nunca distinguiríamos si acaban de despedirlos de su empleo o les ha tocado la lotería. Este colectivo existe, y a pesar de que, como repito, va sobrado de elementos, la cifra total de divorciados es tan descomunal que aquellos que no somos témpanos de hielo seguimos formando un censo millonario.

Pienso que la mejor forma de que te hagas cargo de cómo viví aquellas semanas de zozobra, y cómo las superé, es copiando aquí las páginas de mi diario correspondientes a esas fechas. El autor de este libro me pidió que redactara para él mis sensaciones y peripecias tras el divorcio, y como ya están escritas, ¡para qué trabajar dos veces! Máxime cuando sospecho que los beneficios generados por las ventas, si los hay, no los va a compartir con esta caterva de incautos que se ha buscado y entre la que no me duelen prendas contarme. Como la propia palabra denota, los diarios recogen sucesos y pensamientos de *cada uno de los días* de un periodo concreto; ahora que lo releo, me doy cuenta de que, presa del desánimo, me salté la obligada cita con el

cuaderno varios días. Aun incompletas, estas anotaciones creo que describen bien aquel trance y puede que sirvan para que otros a los que les ha tocado la misma papeleta se vean reflejados.

Domingo, 6 de marzo

Me he escaqueado del trabajo una semana, alegando que había contraído una fuerte gripe con fiebre alta. Quedarte en casa en días laborables contribuye a que pierdas la noción del tiempo, como cuando estás de vacaciones, lo que deriva en que los martes no difieran en nada de los sábados, ni los jueves de los domingos. Pero, al contrario que en periodo de asueto, cuando tienes el ánimo a ras de suelo ni siquiera las comidas ayudan a dividir en franjas cada jornada. No dosificas tus ingestas en desayuno (en algún momento entre las ocho y las diez), comida (entre dos y tres) y cena (entre nueve y diez), como el resto de la población, sino que te sorprendes a ti misma engullendo la pizza más estrafalariamente aderezada del mundo (de pimientos con piña y salsa barbacoa, por ejemplo; es una suerte que algunos establecimientos permitan al consumidor diseñarlas con ingredientes de su elección) a las once de la mañana; las porciones sobrantes, si es que haylas, te las zampas a las cinco de la tarde; a las siete vuelve el hambre a pellizcarte el estómago, y encargas otra pizza aún más estrambótica que devoras no bien el repartidor te la ha llevado a casa a las siete y media. Después de dos trozos te percatas de que, en realidad, tampoco tenías tanto apetito, así que reservas el 75 % restante para cuando las células del buche reanuden la revolución de los jugos gástricos. Por norma general esto suele ocurrir a las tres de la mañana, un momento tan bueno como otro cualquiera para vaciar la caja de cartón.

El hecho de que por las noches no pegues ojo, y en horario de hegemonía lunar esas ideas delirantes sigan recorriendo cavidades hipotalámicas tragando neuronas como el Pac-Man circulitos, no ayuda a normalizar tu ritmo circadiano. El sueñecito puede invadirte a las once de la mañana o a las siete de la tarde, después de las respectivas degluciones de pizza. *Como el primer día olvidaste de subir las persianas cuando te levantaste de la cama, no distingues cuándo el sol brilla en su apogeo de cuándo se ha retirado a descansar, cediendo el testigo al famoso satélite de la Tierra. En una ocasión me enteré de que era de noche cuando telefoneé a la pizzería y me respondió un contestador automático informándome de los horarios; una elegante forma de decirme que no eran horas de llamar. Consulté mi reloj y eran las cinco de la madrugada.*

Como «día» y «noche» se convierten en conceptos que no significan nada para ti, estableces espontánea e involuntariamente otro método para partir en dos las jornadas: las llamadas de tus amigos. Mientras están trabajando tienen el detalle de dejarte en paz; es a partir de las seis o las siete de la tarde cuando se acuerdan de ti y empiezan a asaetearte infatigables a través del móvil. Al principio, naturalmente, respondes.

—¡Qué tal, Angustias! ¿Cómo te encuentras? —inquiere Luz.

—Estupendamente —mientes arrebujada en la manta, con la boca llena y voz ronca.

—No sé, no sé. No te noto muy animada. —Luz siempre ha tenido una sensibilidad exacerbada para detectar estados de ánimo.

Y procede a continuación a decirte cosas que ya sabías:

—Piensa en positivo. —(Ya lo intentas.)

—Estabas casada con un cretino. —(Con lo rico que es nuestro idioma, no recoge el diccionario ningún insulto específico para las personas con las que has roto y que, sin lugar a dudas, eran peores que tú y, por tanto, no merecían tu amor ni tu compañía. «Mentecato», «mastuerzo», «zoquete», «gaznápiro», «cantamañanas», «lechuguino», «lerdo» o «pendejo» lo mismo sirven para describir a tu ex que para increpar al tipo que te ha pisado el dedo gordo con una bota militar en un autobús concurrido.)

—Ya sabes lo que dicen: «Mejor sola...». —(Efectivamente, conoces el refranero, siempre certero.)

—Encerrándote en casa no ganas nada. —(Eres consciente de que recluirte en tu domicilio carece de utilidad, pero alguna fuerza invisible te retiene. Es como cuando sales de ver una película realmente conmovedora: pasa un rato hasta que dejas atrás el temblor de barbilla y la pena por el protagonista que ha muerto para salvar a la humanidad justo cuando acababa de encontrar el amor de su vida y recobras la compostura. Si necesitas un periodo de aclimatación tras una película que dura hora y media, ¿qué impasse *no necesitarás después de una relación de quince años?)*

Y, por último, recurre al consabido:

—Debes salir. ¿Por qué no quedamos el jueves a tomar algo? ¿Qué tal si nos hacemos un cine?

Quienes te animan a salir y airearte ignoran que no solo te lo impide la aflicción. Tu desconexión con el mundo alcanza un punto en que el proceso de darte una ducha, lavarte el pelo, secártelo, untarte crema hidratante, elegir ropa mona y tal vez aplicarte en la cara algún ungüento de los que mejoran la luminosidad, alargan tus pestañas o simplemente disimulan imperfecciones se te hace muy cuesta arriba. Es como pedirle al atleta que acaba de cruzar la meta de un maratón y permanece agachado tratando de recuperar el resuello que se deje de gaitas, se enfunde un equipo de nieve y se vaya a esquiar.

Te inventas cualquier pretexto para eludir la invitación, que usas también cuando después te llaman Consuelo, Esperanza, Victoria y Paz para proponerte lo mismo.

Siempre reprocharé a los ingenieros que crearon los smartphones *o los antecesores de estos, los celulares que no eran* smart*, el que sus ingenios nos hagan siempre accesibles. Antaño, fuera de casa no estabas localizable. Eso sí, cuando el timbrazo del teléfono perturbaba la tranquilidad de tu hogar te veías obligado a descolgar para saber quién deseaba comunicarse contigo, pues nada en el pertinaz ring ring delataba su identidad. Ahora, como llevamos el artilugio siempre encima, cualquiera puede entablar conversación con nosotros en cualquier momento. Con respecto a amigos y conocidos, puedes evitar la*

comunicación ignorando su llamada, pero eso le crea a uno cierto cargo de conciencia: estás dando a entender a esa persona que te aprecia que estás ocupado en otro menester o que te has dejado el aparato en otra habitación, cuando es mentira. Y endosar una bola al jefe cuando has llegado tarde al trabajo tiene un pase, pero engañar a un allegado..., le deja a una un injusto regusto amargo, del que te librarías si no existieran estos dispositivos intrusivos.

(También en estos días me pesa en la conciencia el estar ocultando a mis padres el ominoso final de mi relación. Tarde o temprano debería contárselo, no hay duda, pero intuyo que la noticia va a provocarles un serio disgusto, que prefiero posponer hasta que se me ocurra una forma de relatarla sin infligirles daño alguno o el menor posible.)

Al día siguiente me abstuve de responder llamadas. Pero cuando actúas de ese modo, los comunicantes recurren invariablemente a los mensajes de texto o de voz, los cuales puedes desatender igual, pero con menor cargo de conciencia. Y que me aspen si sé por qué, pues se supone que, si atiendes las llamadas al instante porque llevas el móvil en el bolsillo, por la misma proximidad puedes contestar, o por lo menos, leer los mensajes en riguroso directo. ¿Nunca has enviado unas frases amistosas a alguien y no las has leído hasta seis horas después? Si en vez del breve escrito le hubieses llamado, seguramente te habría atendido. Por una extraña diplomacia de las telecomunicaciones, los mensajes obligan menos que las llamadas.

«Estás bien??? Te he llamado y no me lo has comido», leí de madrugada, a sabiendas de que dos palitos azules me dejarían en evidencia; pero a esas horas el remitente estaría durmiendo y no me importunaría de vuelta.

*«*Cogido. Puto corrector!», proseguía la misiva.*

«Holaaa!», respondí, siguiendo la costumbre de repartir las ideas en varios mensajes, en vez de soltarlas todas a la vez. No quiero que los demás piensen que soy inteligente.

«Perdona, chica», proseguí.

«He estado liada virgulando el sogatino y corticando el gorgotán.» La clase de afirmación que nadie puede rebatir.

«Me encuentro geniaaaal!», concluí.

A medida que se acercaba el fin de semana se ha intensificado su campaña, pues las opciones de ocio aumentan viernes y sábados. Victoria me tentó con el plan de salir una noche a bailar. Conoce mi afición por esta actividad, aunque hacía siglos que no la practicaba. Tienes hijos, acentúas tu vida hogareña y realmente termina apeteciéndote más quedarte en casa viendo una peli y levantarte temprano que trasnochando en una disco bajo luces estroboscópicas. Como dije antes, no tiene una dieciocho años. Hay una edad para cada cosa. Tampoco los bebés están en edad de desmadrarse de madrugada, ni los octogenarios montan grupos de rock. Le agradecí sinceramente el ofrecimiento, pero con la misma sinceridad lo decliné.

Lunes, 7 de marzo

Tras una semana de desidia absoluta (aproveché que los niños estaban con su padre), hoy he vuelto al trabajo. Dediqué el domingo a hacer acopio de fuerzas mediante dosis adicionales de pizza, palomitas y refresco de cola, con azúcar, cafeína y todos los extras. Cuando me he secado el pelo, antes de salir a la calle, me di cuenta de lo mucho que me había crecido en siete días. Camuflé mis ojeras con un cóctel ganador de base en polvo y corrector, e insuflé algo de vida a mis mejillas con iluminador y cuatro capas de colorete; me pinté los labios de rojo lirios de Crimea y al ir a enfundarme el pantalón tuve que cambiarlo por una falda amarillo limón con cinturilla elástica porque no me entraba. Me habría gustado calzar tacones, pero me dio la impresión de que tenía los tobillos hinchados, así que los sustituí por unas deportivas naranjas fluorescentes algo desgastadas, pero gratamente cómodas. En la oficina todo el mundo se volvía para mirarme con ojos como platos y la boca abierta, lo que me convenció de que había escogido indumentaria y avío correctos.

Cuando reapareces tras un trance de esta magnitud, tus compañeros se dividen automáticamente en dos: los que saben lo que te ha pasado y los que no. Los primeros, aquellos con los que tengo más confianza, estaban al corriente porque se lo había contado yo misma. Los otros son esas personas a las que ves a diario, pero de las que conoces poco más que sus nombres y apellidos. Los saludas cortésmente cuando coincides con ellos en la máquina de café, intercambias un par de frases sobre el atasco matinal o el volumen de trabajo, pero a fin de cuentas desconoces si están casados, solteros, viudos, si tienen o no hijos o si dedican sus ratos libres a montar en patinete o a ver películas afganas. Lo mismo ellos de mí. En teoría, este último grupo debía de haber permanecido ajeno a mi problema personal y, por tanto, haberse tragado la trola de la gripe, pero ¿y si se había corrido la voz? De pronto, no sé si por las compasivas miradas que atraía o por la inédita amabilidad con que me trataban, me convencí de que todos en la plantilla estaban al cabo de la calle. Lo cual generó alguna conversación desconcertante.

—Qué tal, Angustias —me dijo una representante de ese colectivo con quien tropecé cuando fui a sacar un café—. Ya me he enterado... Chica, no sabes cuánto lo siento. ¿Cómo te encuentras?

—Pues... Mucho mejor, gracias.

—Puf, se pasa mal, ¿eh?

—No te imaginas.

—Claro que me lo imagino. Todos hemos pasado por eso alguna vez. La última, me tiré dos semanas en cama.

—¿La última vez? ¿Te ha sucedido muchas veces?

—¡Ni te cuento! —Y en tono confidencial, añadió—: Creo que soy propensa.

—¿Hay personas más propensas que otras?

—Naturalmente. ¿A ti no te había ocurrido antes?

—Tan fuerte no.

—Por eso es tan importante vacunarse.

—¿Existe una vacuna?

—¿Cómo? —soltó extrañada—. ¡Desde hace décadas, mujer! Lo bueno es que el tiempo todo lo cura. Bueno, todo no. Pero esta clase de males, por lo general, sí.

—Supongo.

—Ahora lo importante es cuidarse, recomponerse poco a poco.

—En eso estoy.

—Procura comer bien y descansar por las noches. Haz ejercicio. Eso siempre ayuda.

—No sé si me apetece.

—Ya verás: en pocos días, ¡como nueva!

—Eso espero. No creí que fuese a resultar tan duro. Pero, en fin, quizá todo se deba a mi talante sentimental. Una se enamora y...

—¿Enamorarse? ¿Qué diantres tiene eso que ver con la gripe? —Me miró extrañada y un tanto amoscada—. Chica, si sigues con fiebre, mejor vete a casa. —Y se alejó refunfuñando—. Qué manía tiene la gente de venir enferma al trabajo. ¡Nos pegan todos sus virus!

No transcurrió ni una hora desde la conversación en la máquina de café cuando me llamó a su despacho el jefe de mi departamento.

—Pase, pase, Angustias; siéntese —me dijo. Tomé asiento y él inmediatamente se levantó y se situó pegado a la ventana abierta. Ejecutó su movimiento con pasmosa sincronía con respecto al mío; ni por un solo segundo hubo dos traseros pegados a las sillas ni dos traseros oscilando en el aire; parecía que lo hubiéramos ensayado. Se cruzó de brazos y colocó una mano delante de la boca, a modo de mascarilla, con el índice pegado a la nariz—. Si no está totalmente recuperada de la gripe, quédese en casa unos días más. Yo mismo me encargaré de su trabajo. Agradezco su profesionalidad, pero por encima de todo está la salud. No sea que empeore y al final... Una gripe mal curada puede llevarle a... Es decir, no estoy sugiriendo que vaya a morirse, pero..., el caso es que sí, que un día se morirá, de eso podemos estar seguros. No solo usted, por desgracia; yo también. Lo cual es terrible.

Próspero es bien conocido en la compañía por ser un hipocondriaco incorregible.

—Estoy perfectamente —respondí.

—Ah, ¿sí? —Respiró aliviado—. En ese caso... En fin, tenía entendido que ha estado usted indispuesta.

Suspiré hondamente.

—Bien no he estado, Próspero. Pero no era un mal fisiológico.

Descartada la posibilidad de contagio, se sentó.

—Pues si hay algo que yo pueda hacer...

Del nuevo jefe de suministros también se sabía que se había divorciado recientemente,

razón por la cual había atravesado una etapa de graves penurias económicas. Entre eso y que tiene fama de ser un pedazo de pan, no vi motivo para reprimir una violenta llorera.

—Es que me he divorciado y..., y... —balbucí antes de que los pucheros me dejaran sin habla.

—¡Angustias! —exclamó, no sé si dirigiéndose a mí o describiendo mis pesares.

Próspero alargó una mano como para coger la mía, pero se frenó; se levantó como para darme un abrazo, pero se sentó otra vez; estiró un brazo para rascarse la cabeza, pero se quedó a medio camino, como si estuviera saludando a un amigo en la lejanía.

Finalmente se pronunció mirando la mesa.

—Bueno, eso... Me hago cargo. Por si le sirve de lenitivo, yo mismo... Ya conoce el refrán: «Mal de muchos, consuelo de...». Ojo, que no estoy llamándole tonta. Quiero decir que nadie está libre. Fíjese en nuestro director general, el señor Bragado; es bien sabido que él también... ¡Quién iba a decirlo! Pero sí, se pasa mal; por unos motivos o por otros, es una fase dura. Yo me refugié en el trabajo, lo cual no recomiendo. Pero es cierto que mientras uno está concentrado en un informe, la mente se desvía de pensamientos desagradables e inútiles a otros un poco menos desagradables e igual de inútiles. Pero ¿sabe qué? —añadió, girando el periscopio de su cabeza hacia mí—. Cada día me digo: «Ahora estás mejor que antes». Y es la verdad. Dentro de un tiempo, lo verá igual. «Ahora estoy mejor que antes», se dirá. Requiere un esfuerzo, pero vale la pena situarse en un futuro cercano y ver las cosas desde esa perspectiva. Estamos en marzo. ¿Sabe ya dónde irá de vacaciones en verano? Imagínese en la playa, bebiendo un delicioso mojito y charlando animadamente con un caballero atractivo. Ahora mismo está en la playa, con el mojito y con..., bueno, solo con el mojito. ¿A que lo ve diferente?

—La verdad es que no —refuté—. Pero le agradezco su comprensión.

Miércoles, 9 de marzo

No sé si fue el sermón de Próspero, que efectivamente el trabajo me sirvió de distracción o que el paso de los días suavizó mi malestar, pero lo cierto es que a lo largo de esta segunda semana de calvario he ido sintiéndome mejor que en la primera. El contacto con la gente en la oficina atenuó mi sensación de soledad; empezaba a comprender que las malas decisiones no le convierten a una en tonta; la fusta de la culpa ya solo me hacía ligeras cosquillas. Únicamente perduraban la vergüenza, aunque en un grado inferior, y las dudas en lo tocante a si estaba preparada para establecer nuevas relaciones de pareja. Pero al mismo tiempo comprendía que como los divorcios están tan a la orden del día, quizá muy pocas personas están capacitadas para iniciarlas, y no por ello dejan de hacerlo.

Los palos de la vida sirven de enseñanza, cavilas. Te instruyen acerca de la volubilidad de la existencia. En tanto en cuanto tu periplo está sujeto a drásticos cambios, muchos de ellos motivados por factores externos, concluyes que nada es para siempre. Hasta la relación

más sólida puede verse quebrada por la maceta que a uno de los dos le cae en la cabeza desde un sexto piso, o hecha papilla por un tráiler que al otro le pasa por encima. Y si no puedes controlar el destino, ¿acaso no resulta más práctico disfrutar el presente? Decretas que el romanticismo es una patraña: entreguémonos al amor mientras nos haga felices, y cuando la llama de la dicha comience a debilitarse, apaguémosla de un soplo y busquemos cerillas en otra parte.

Con todo, mis amigas seguían martirizándome con planes a cuál más peregrino. Paz, que es periodista, me invitó a asistir con ella a la presentación de un licor de orujo recién lanzado al mercado, con barra libre; lo desestimé por peligroso, dadas las circunstancias. Luz, que es sindicalista, me azuzó a participar en una manifestación, pero pasar de la nada al todo en lo que a contacto humano se refiere se me antojaba un contraste desmesurado. Consuelo, que es economista, me animó a inscribirme en un taller de economía doméstica para divorciados; no le di con el teléfono en la cabeza porque no estaba delante, pero supuse que cualquier cosa que me recordara mi nuevo estado civil por ahora no me convenía; Esperanza, que es consumista, me tentó con una tarde de compras por la zona pija de la ciudad, pero resolví que gastar la mitad de mi sueldo en trapitos, si bien podía recomponer mi ánimo, no era seguro, por lo que me parecía más sensato no gastarlo.

Cuando me llamó Victoria, que es abogada criminalista, creí que iba a proponerme presenciar un juicio por asesinato; pero no.

La buena de Victoria seguía empeñada en el tema del baile; ahora me doy cuenta de que vio que esa antigua afición mía podía sacarme del atolladero. En todos los grupos de amigos hay un cascarrabias al que nada le parece bien, un graciosillo, un bebedor empedernido que, en cuanto miras para otro lado, le da un sorbo a tu cerveza y un alma caritativa que se desvive por los demás. No estoy dispuesta a asociar los nombres de mis amigas a esas personalidades por la sencilla razón de que no quiero que me persigan calle abajo propinándome bolsazos en la cabeza, pero Victoria bien merece una excepción: si hay una mujer que siempre tiene a punto una solución para los problemas ajenos, es ella. Además, es guapa, la tía, sus ojos poseen una luz especial (brillan constantemente como si acabara de llorar) y su melena rojiza es tan exuberante y frondosa que, si te ocurre lo típico de que se te cae en ella una moneda de cinco céntimos, puedes darla por perdida. Sería la candidata perfecta para despertar envidia, pero como es tan bondadosa, ni siquiera puede una cogerle manía.

—¡Que no voy a ir de discotecas, Victoria! —fue mi primera reacción.

—¡Pero escúchame, Angustias! ¡Que no vamos a ir a ninguna discoteca! —repuso, estoica.

Me informó a continuación de que acababa de apuntarse a unas clases de baile de salón. Iba con su chico, con el que llevaba saliendo algún tiempo después del divorcio de ambos. Se entendían muy bien. pero tenían pocas cosas en común. Él es un maniático de los coches de

carreras y ella, en sus ratos libres, se encierra horas en la cocina tratando de emular recetas de los grandes chefs; y no le salen mal a la condenada, quizá por aquello del karma. Que cada uno se entregase a un hobby *por su cuenta era genial, añadió, pero ¿y si encontraban un entretenimiento adicional que los divirtiese a ambos? Ni él ni ella eran buenos bailarines, pero si lo hubiesen sido, ¿para qué recibir clases? Suponía que las lecciones estaban destinadas a personas que simplemente les apetecía iniciarse en una práctica tan saludable como amena, así que, por probar, se apuntaron: la primera clase era gratis.*

Salieron del local entusiasmados. La música que debían acompañar con sus contorsiones era de la buena: tangos, boleros, vals, salsa, rock and roll. El nivel de los asistentes era variado, pero todos derrochaban simpatía. La profesora, una tal Karen, se mostraba paciente y encantadora.

—¡Y te aseguro que se hace ejercicio! —añadió Victoria—. ¡Acabamos sudando como pollos!

—Me alegro por vosotros —repliqué.

—¿Por qué no vienes mañana a la próxima clase? A modo de prueba. Si no te gusta, con no volver... Por lo menos tú, que bailas tan bien, no te sentirás ridícula al principio como nosotros.

—No sé, Victoria. Precisamente porque no se me da mal, a lo mejor no encajo.

—En nuestro grupo hay bailarines decentes y verdaderos patosos, como nosotros. Pero la academia dispone de clases para niveles más avanzados. Vente el jueves a nuestra clase y Karen te transferirá al adecuado. El local está al lado de tu casa, justo enfrente de la Ferretería Gutiérrez, ¿la conoces?; habrás pasado cien veces por la puerta. ¿Quedamos allí a las ocho?

Le dije que lo pensaría. Y lo pensé: me devané los sesos buscando motivos para no acudir, pero no encontré ninguno. Hallé, en cambio, multitud de razones para aceptar: me gusta bailar, eso es innegable; la primera sesión era gratuita y sin compromiso; liberar tensiones durante un rato podía tener un efecto beneficioso para la tirantez de mis nervios; la academia estaba a dos manzanas de mi domicilio; hacer un poco de ejercicio podría compensar los excesos de carbohidratos a que había sometido mi cuerpo en fechas recientes; y, por último, no estaba de más ampliar conocimientos en ramas musicales de enjundia.

Jueves, 10 de marzo

He llamado a Victoria y le he dicho que no.

No dudo que fuera un buen plan, pero cuatro días trabajando sin ganas me han dejado muy fatigada.

Sábado, 12 de marzo

Son muy suyas, y a veces me sacan de quicio, pero francamente no puedo quejarme de mis

amigas. Hoy se ha presentado por sorpresa en mi casa el equipo al completo: Victoria, Paz, Luz, Consuelo y Esperanza. Con cosas de picar y varias botellas de vino blanco que inmediatamente han ido a enfriarse al frigorífico, excepto una, que fue a parar al congelador para poder ser descorchada cuanto antes.

—¡Angustias! ¡Pero qué bien te sienta ese..., ese... lo que sea de franela! —dijo a modo de saludo Esperanza—. Y esos kilos de más... ¡Estás estupenda!

Le di las gracias por los cumplidos y creí conveniente devolvérselos resaltando que las nuevas bolsas que le colgaban debajo de los ojos le hacían una mirada muy interesante.

—Podríais haber avisado y no me habríais pillado con estas pintas —añadí, excusándome para desaparecer en mi dormitorio y arreglarme un poco.

—Te habrías inventado alguna excusa para impedir que viniéramos, picarona. ¡Que nos conocemos! —dijo no sé quién.

Supongo que para solidarizarse conmigo, enseguida empezaron a despotricar de los hombres.

—El mío está dominado por su madre, con quien estuvo viviendo una temporada, cuando se divorció —se lamentó Victoria, ondeando su melena pelirroja.

—Eso no es nada —intervino Consuelo—. Al mío le cantan tanto los pies que podrían hacer el dúo de las flores con tanto brío que si María Callas y la Caballé levantasen la cabeza llorarían de pura rabia.

—Bah, minucias —apostilló Paz—. Mi ex se quedó calvo por llevarme la contraria.

—¡El mío desaparece todos los sábados con su grupo de moteros! —reveló Luz.

—¡El mío hacía lo mismo, solo que con una agrupación ciclista! —protestó Paz, actualmente sin pareja.

—¡El mío prefiere un club de montañeros! —cacareó Consuelo.

—¡El mío se escapa con amigotes a correr en coche en un circuito de carreras! —lamentó Victoria.

—No sé por qué extraña razón los hombres tienen que llevar a cabo actividades en grupo —se preguntó Paz—. O muy enérgicas y deportivas, o completamente sedentarias, como la ingesta de botellines en un bar. Pero siempre en rebaño, como las ovejas.

—¡Como borregos! —exclamó Consuelo.

—¡No como nosotras! —prorrumpió Esperanza.

—¡Eso! ¡Brindemos por la individualidad! —propuso Luz.

Como tal despliegue de reproches contra el género masculino inducía a cuestionar su relación con los hombres, pronto se apresuraron a matizar:

—Eso sí. ¡En la cama es...! ¡Uf! —reveló Victoria.

—¡Y el mío más! —contraatacó Consuelo.

—¡Pues el mío, ni te imaginas! —se postuló Luz.

—Anda, que si no fuera por eso... —murmuró Esperanza.

En realidad, no hablaban de sus chicos, sino de ellas mismas. Como si estuvieran alabando un abrigo de visón recién comprado; el pobre visón sacrificado les traería sin cuidado: lo que estarían resaltando sería lo superiores que se sentían con él sobre los hombros.

—Habló Esperanza, ¡la voz de la experiencia! —malmetió Paz, provocando tal explosión de carcajadas, y tan estruendosas, que temí que los vecinos llamaran a la policía municipal denunciando que en mi piso se estaba celebrando una fiesta de quinceañeras piripis.

Da la casualidad de que Esperanza es la exesposa del dueño de la empresa donde trabajó, el señor Bragado. Nos conocimos hace ya unos cuantos años, en una cena de Navidad en la que cada uno se pagaba lo suyo; no hubiera permitido otra cosa el cicatero empresario. Ella, para chincharlo, me invitó luego a cinco gin tonics, gesto que creó un lazo indeleble entre nosotras. Cuando se divorciaron, Esperanza se entregó a una frenética búsqueda de novio sometiendo a un ejército de aspirantes a exhaustivos exámenes no precisamente escritos, si bien, en parte, orales. Es un poco estirada, bastante chiflada y, desde luego, el tipo de compañía con la que uno no se aburre. Ahora sale con Germán, un dibujante o diseñador o algo así.

—Doy fe de que hay hombres que no dan la talla —respondió Esperanza—. No como nosotras, que siempre la damos.

—¡Faltaría más! —corroboró Luz.

—¡Otro brindis por nosotras, que somos unas diosas! —dijo Consuelo.

No sé si los chicos, cuando se reúnen, tienen el mismo tipo de conversaciones; si tan pronto nos ponen a caldo como ensalzan hasta la estridencia virtudes imaginarias. A ellos les cuesta más abrirse; tal vez sea esa la razón por la que muchos prefieren armar estrapalucio con terceras personas, y si son de las inscritas en la Liga de Fútbol Profesional, mejor que mejor.

La visita de mis amigas no se prolongó mucho. Esperanza estaba deseando volver a casa del diseñador, donde iba a pasar la noche, y Paz, una vez nos echamos al coleto la cuarta botella de vino, desconectó un poco del grupo y empezó a seguir el rastro de sus hijos adolescentes a través del localizador del móvil. Comoquiera que estaban en algún sitio donde no debían estar, los llamó, y dado que no la contestaban, decidió ponerse la chaqueta e ir directamente a rescatarlos de cualquier botellón.

En fin, me alegro de que hayan venido. Cuando alguien pasa por una mala racha, está bien que se apoye en sus amigos. Además, para eso están, qué narices.

Lunes, 14 de marzo

Me he encontrado con Próspero, mi jefe directo, en la impresora. No es que se hallara en la bandeja, metamorfoseado en din A-4, sino que estaba junto a la impresora.

—¿Alguien puede explicarme —preguntaba él en tono lastimero a nadie en particular—

cómo es posible que cada vez que envío un documento a imprimir deba reponer el papel? ¿Es pura casualidad; es decir, la máquina se queda sin papel siempre que yo envío un documento, o es que aquí nadie repone los folios más que yo?

—Es la máquina, que le tiene manía —apunté cuando llegué a su altura.

—Ah, hola, Angustias. Es que este misterio me tiene intrigado. Por cierto, ¿cómo va su mojito?

—¿Mi mojito?

—Su visualización del verano, la playa, el mojito... De un futuro inmediato mucho mejor.

—Oh, no me ha dado tiempo. Me carga de tanto trabajo...

—Pues no será trabajo de impresora. ¡Y ahora no hay folios! ¡Maldita sea! ¿Alguien sabe dónde están los folios?

Miércoles, 16 de marzo

Inasequible al desaliento, Victoria insiste en que vaya a las clases de baile, pues tienen un precio asequible y te dejan sin aliento.

Le he dicho que mañana le daré una respuesta. Esta semana me encuentro con más fuerzas, así que es probable que acuda.

Jueves, 17 de marzo

Cualquier cotilla que haya pasado esta tarde, de ocho a nueve, por delante del ancho ventanal de la Academia de Baile La Chatunga, habrá creído, gracias a la perfecta insonorización del local, que lo que allí dentro se celebraba era un congreso de mimos en su receso vespertino, bien regado de alcohol.

Nunca dejará de maravillarme lo mucho que cambian las cosas cuando se les quita su sonido original. Así, si a una película de terror le extirpas el zahiriente chirrido de violines, puede dar el pego como una cinta de troncharse de risa. De una pareja que dialoga en un filme italiano podemos llegar a suponer, por sus vehementes aspavientos, que están discutiendo, cuando lo más probable es que se estén jurando amor eterno. A la retransmisión de un partido de fútbol le privas de los obligados alaridos del comentarista y se queda en nada, como si a una paella le retirases el marisco, la verdura, la carne de conejo o lo que sea que lleve, que sobre este particular no hay unanimidad. Sin la música de fondo, un director de orquesta pasaría por un tipo de esos que dirigen el tráfico en los aeropuertos a golpe de pala (marshalls, *creo que los llaman), solo que vestido de cóctel. Yo misma he experimentado rotundos equívocos presenciando determinados espectáculos sin audio. Hace unas semanas, paseando por la calle, me deslicé por pura casualidad junto a un enorme escaparate (del suelo al techo) al otro lado del cual se distribuían, despatarrados por el suelo, hombres y mujeres ligeros de ropa, que no por ser escasa estaba mal escogida en cuanto a uniformidad cromática, pues era toda blanca. Pensé lo mismo que habrías pensado tú en mi lugar: que se*

trataba de la sede de alguna secta de esas en las que abducen a la gente, la violan, le sacan el dinero y finalmente acaban apareciendo en los informativos de televisión. Alcé la vista en dirección al cartel de la puerta y descubrí que era el Centro de Yoga Samarkanda. Pero claro, sin la musiquita esa chill out *con flautas nepalíes que también usan en los gabinetes de masajes, una se confunde.*

Pero los que allí estábamos no éramos mimos ni estábamos ebrios, a no ser que fuera de ritmo. La Academia de Baile La Chatunga se estructura en un escueto recibidor y una diáfana sala como las de las clases colectivas de los gimnasios, solo que un poco mayor. Una de sus paredes, que puede que alcance doce metros de longitud, está cubierta por completo de espejos; las otras lucen pintadas de vibrante fucsia. Al fondo hay un par de vestuarios, dotados de respectivos y coquetos aseos. A las ocho en punto, una docena de alumnos nos agrupamos en torno a Karen, y dos minutos después, lo que tardó la monitora en introducir y hacer sonar en un equipo estéreo un disco de salsa, todos nos movíamos por la sala, por parejas, impulsados por la música. A mí me tocó un señor de unos setenta años que se llama Fermín, muy gracioso, pues, aunque todos vestíamos con ropa cómoda e informal, él no comparecía en clase si no era con su traje de raya diplomática y una gardenia en la solapa. Cuando digo que «me tocó» quiero decir que me fue adjudicado, pues por fortuna no me tocó más que las manos y, con sutil donaire, la cintura. Apurada la salsa, Karen decidió animar la sesión con unas canciones de bachata, ese género que mi ex creía que era una variedad caribeña de la música de J. S. Bach. Tuve la suerte de que mi compañero en este tramo de la clase fue un chico cuyo nombre no recuerdo, pero que se tomaba aquello de un modo muy profesional, y que no cesaba de recordarme las instrucciones que Karen me había dado al principio: «Chassé *a la derecha con el pie derecho...». Cuando faltaba un cuarto de hora para las nueve, la maestra dio un giro radical y puso un disco de rock and roll clásico, terreno en el que nunca me había adentrado, pero que superé con prestancia, ya que solo requiere tres pasos y unos giros, bastante vigorosos, eso sí.*

De vez en cuando echaba una ojeada a Victoria. Como no hay cosa que más le guste en el mundo que agitar su pelazo cítrico, estaba en su salsa (nunca mejor dicho), no así su chico, Agustín, a quien puede que se le dé bien mover los pies sobre los pedales de un coche, pero lo que es el parqué de un salón de baile... Baila tan mal que, si se presentase a un concurso de nuevos talentos de televisión, lo ganaría. No obstante, se le veía encantado, y a ella también.

Karen es una cubana de unos treinta y cinco años, risueña y con curvas muy bien repartidas. Tanto es así que algunos varones del alumnado se pirraban por bailar con ella. Fermín, el septuagenario, se equivocaba a veces a propósito para que Karen tuviera que cogerle de las manos y mantener sus trémulas turgencias pegadas a su pechera de tergal durante cinco zumbones minutos. (Sospecho que ella era consciente y las picardías del viejo le divertían como al que más.)

El propio Fermín corroboró su inofensiva triquiñuela después, cuando al término de la clase entramos todos, excepto Karen, que tenía que impartir otra, en el bar de al lado a tomar unas cervezas.

No contaba yo con esta segunda parte de la velada, cuya existencia desconocía y que me habría saltado de buena gana si Victoria no me hubiera llevado a rastras (literalmente: tirándome con disimulo de la manga) para que no me escabullese. Excepto a ella y a Agustín no conocía a nadie, y se me antojaba una tertulia bastante embarazosa. Además, había sudado mucho y me moría de ganas de ponerme bajo el chorro de la ducha.

Locuaz como es, le faltó tiempo para contar mi historia. Me sentó como un tiro, y le eché una mirada de lanzallamas que a punto estuvo de dejarla calva, que es lo peor que puede pasarle. Pero enseguida se me olvidó el enfado, porque los otros pupilos de Karen replicaron cortésmente contando sus propios lances.

Al truhan de Fermín se le había muerto su esposa hacía un año. Se habían conocido de niños y desde entonces nunca, hasta que ella falleció, se habían separado. No tenía hijos. Sumido en la depresión, había encontrado en el baile (una vieja afición, como en mi caso; solo que más vieja aún) un reducto de alegría. «Me da la vida», llegó a decir. Quien no había superado una grave enfermedad se había divorciado, igual que yo, y quien no estaba infelizmente casado tenía problemas en el trabajo que relegaba por un rato al trastero de su mente danzando en la academia.

No es que fuera gente con problemas; es que todo el mundo los tiene.

Constituían, simplemente, una muestra demográfica como otra cualquiera.

Lo cual me ha hecho pensar. Vista desde el espacio, soy una hormiguita más, con los mismos problemas o parecidos que el resto. Nada me hace más importante ni especial que los demás. Ni tampoco más tonta o desafortunada. No tengo nada de qué avergonzarme.

Sábado, 19 de marzo

Por ser el Día del Padre he llamado a mi madre.

No por nada, sino porque quería avisar de que iría a su casa a comer, y es con ella con quien habitualmente reporto para cuestiones organizativas.

Le he regalado a mi padre un frasco de Agua Bruta, que es la colonia que usa desde hace cincuenta años y que me ha costado encontrar, pues ya no la venden casi en ningún sitio. No sé dónde demonios la consigue él. En la perfumería de barrio donde la he localizado solo les quedaba esta unidad, y creo que está caducada: el precio en la caja venía en pesetas. Pero dudo que él note la diferencia.

Les he dicho que las cosas entre mi ex y yo iban mal y hemos decidido separarnos. Que, de hecho, ya nos habíamos separado hacía quince días, pero que no se lo había dicho para no preocuparlos. O sea, la verdad. Que los niños están estupendamente y «yo estoy mejor que nunca», he añadido para mitigar aún más el golpe. Se lo han tomado mejor de lo que

esperaba, posiblemente porque a los padres no podemos engañarlos y algo en su fuero interno les alerta cuando sus hijos no están bien. Por lo que a mí respecta, es una exageración, lo sé. En cualquier caso, estoy mejor que hace dos semanas. Y sé que pronto estaré mejor que hoy. Y puede que en un breve espacio de tiempo me sienta, efectivamente, mejor que nunca. Curiosamente, al pronunciar la frase me he acordado de Próspero.

Jueves, 24 de marzo

¡Segunda clase de baile! Ha estado genial. Acabo de llegar a casa: son las doce de la noche y hasta hace nada seguíamos en el bar tomando cervezas y unas raciones. Estoy agotada. Ducha y a la cama.

Lunes, 28 de marzo

He coincidido con Próspero en la máquina de café.

—Creía que no tomaba usted café. No suelo verlo en el office *—le he dicho.*

—Lo dejé una temporada —me ha contestado—. Ahora he vuelto a consumirlo, pero como sube la tensión, solo me permito uno al día.

—Ya, ya lo sé.

—¿Ya sabía usted que solo tomo un café al día?

—No, que sube la tensión. Acabo de decirle que creía que no lo tomaba.

—Es cierto. ¿Es usted muy cafetera?

Yo estaba removiendo mi pequeña dosis con la cucharita de plástico. De pronto, no sé por qué, he salido con una pregunta extemporánea:

—¿Por qué no nos tuteamos? Si a usted le parece bien.

—Oh, claro, por supuesto; si usted no tiene inconveniente.

—Claramente no tengo inconveniente, pues soy yo quien lo ha propuesto.

—Tiene usted razón.

—Vaya, va a ser más difícil de lo que pensaba. Bien, pues si está usted de acuerdo, contaré hasta tres y a partir de ese momento nos pasaremos al «tú».

—Es usted muy graciosa.

—Cállese de una vez. Uno. Dos...

Ángel, solo y al cuidado de sus niñas pequeñas

Desconozco si, como me consta que antaño sucedía, a los jóvenes que se aprestan a casarse por la Iglesia siguen impartiéndoles un cursillo para inculcarles ciertos valores, entiendo que cristianos, con objeto de que lleven su vida marital por el camino que marca la sagrada institución, pero, sin entrar a peritar el sentido y la eficacia de dichas enseñanzas, soy de la opinión de que un cursillo similar, aunque laico, debería impartirse entre aquellos que se disponen a ser padres. No para adiestrarles en el manejo de los recién nacidos, porque ya se sabe que vienen al mundo sin manual de instrucciones y esto, al fin y al cabo, no deja de tener su gracia; y además, siempre hay una suegra, un cuñado o un vecino atento a elucidar si el bebé llora porque tiene hambre o porque le duele algo; no con ese objetivo, como digo, sino para apercibirte de que, como se te ocurra divorciarte en el periodo que se extiende desde que tus hijos nacen hasta que se valen más o menos por sí mismos, vas a vértelas negras. Puede que incluso, siendo conscientes de lo que en tal caso se nos vendría encima, redoblásemos esfuerzos para mantener a flote nuestra relación al menos durante unos años con esa persona que ya no soportamos por puro egoísmo: en aras de evitar una hecatombe personal.

Porque cuando te divorcias y tus hijos son aún pequeños —mis hijas tienen ocho, seis y cuatro años— te encuentras, de pronto, pluriempleado: con el trabajo que llevas a cabo en la oficina o cualquiera que sea tu entorno laboral y el que te ocupa en casa, en el parque, en la consulta del pediatra y demás escenarios donde se desarrolla la proterva acción infantil, tareas que no queda otra que realizar en solitario. Con la diferencia (digna de subrayarse) de que en el primero te pagan y el segundo no solo no te reporta ningún beneficio económico, sino que te cuesta dinero. Esa salvedad conlleva, por lo menos, una ventaja: al no tener dos pagadores, la declaración de la renta puede salirte «a devolver».

Ambas jornadas, la laboral y la otra, se suceden sin pausa, y hasta se solapan, por lo que solo cuando logras insertar a tus hijos en sus camas y tras leerles un cuento consigues que se duerman, puedes obtener unos minutos de descanso. Que realmente no se saborean, pues, como estás exhausto, después de dedicar un rato a pasar al tuntún de un canal a otro en la televisión, y al darte cuenta de que los párpados se caen con el peso de la persiana metálica de una carnicería turca, acudes raudo a desmayarte en la cama, donde, si bien es el mejor sitio para descansar, uno no es plenamente consciente de la tregua.

Y la jornada infantil... ¡es tan larga! El cuidado de los hijos a jornada completa y por parte de un solo progenitor abarca no solo el denominado *tiempo de calidad*, o lapso que dedicamos a

organizar un pícnic con comiditas de plástico en el suelo del salón, a ayudarles a resolver esos problemas de matemáticas que siempre tienen a Juanito de protagonista (ese niño odiosamente rico que atesora naranjas, gallinas y balones de reglamento) o a repasar los días de la semana en inglés (por cierto: ¿*tuesday* era martes o jueves?). Por no hablar de ver en familia, por decimosexta vez en una semana, *La sirenita,* actividad verdaderamente enervante. ¿Nunca has preguntado algo a tus hijos mientras están atendiendo a alguna de esas películas? ¡No te escuchan! Las películas para niños, y las de Disney en particular, los idiotizan. Nos desgañitamos alertando del peligro de adicción que suponen los *youtubers* para los adolescentes y, sin embargo, aceptamos sumisamente el idéntico efecto que los dibujos animados ejercen sobre los pequeñuelos. No sé quién accedió a criogenizar a Walt Disney, pero que mal rayo lo parta: ¡qué necesidad hay de que, una vez descongelado, ese sádico siga torturando a generaciones de siglos venidos!

No, la jornada incluirá también (y recurriendo a la jerga deportiva que tanto nos gusta) numerosos *minutos de la basura:* tiempo inútil, accidentado, enmarañado, imposible de evitar y que conduce únicamente al desgaste psicológico de ambas partes. Así, en el transcurso de cualquier día normal, papi tendrá que enfrentarse a descontroladas oleadas de ceñudos enfurruñamientos, agudos estallidos emocionales tales como lloros, gritos y alaridos sinsentido, rotundas negativas a ingerir alimentos, dolores y picores hasta en los sitios más extraños del cuerpo; habrá de llevar a los críos al médico, al parque y al colegio (y ojo con llegar tarde); por cierto, en el caso de los que aún no saben hacerlo por sí mismos, deberá adecentarlos mínimamente antes de salir a la calle; habrá de proferir varias veces en un mismo día aquella célebre amenaza cargada de reminiscencias de su propia niñez: «¡Cuento hasta tres: como no recojas tu habitación...!». Y todo esto, ahora que las nuevas tecnologías permiten a los jefes molestarte a cualquier hora, al tiempo que intentas responder un correo electrónico, atender una llamada o (por dejar lo más importante para el final) ponerte un nuevo episodio de *Empeños a lo bestia.* ¡Y que no se te ocurra quejarte!

Ah, y, dicho sea de paso: ese olorcillo a chamusquina... ¿no será el pollo que tienes en el horno?

La sociedad cree (a pies juntillas) que no lo conseguirás, y escudriña cada uno de tus movimientos con verdadero ojo crítico, como si fueran jueces de saltos de trampolín dispuestos a darte puntos en una pizarra electrónica. Y si un día apareces de mal humor, o si una regañina se resuelve con un calculado acceso de llanto por parte de tu adorable hija menor, el jurado, veloz y con una sonrisa pérfida de «ya lo sabíamos», puntuará gustosamente el conjunto de tu labor por debajo de cinco.

Te pasas el día dejándote la piel, contando las horas que faltan para que los niños se metan en la cama y puedas, pues eso, desconectar el mundo abriendo una lata de cerveza y trasteando con el mando de la tele... Y cuando llega ese ansiado momento, cuando ya nada puede turbar la paz de tu conciencia ni de tu humilde morada, recibes un mensaje de tu ex que te pregunta: «¿Qué ha

dicho la pediatra de Sofía?». Entonces das un salto en el sofá, entras en un estado espasmódico, derramas la cerveza y miras alrededor desesperado como si esperases encontrar a la doctora en la repisa, a la vez que tratas de buscar un pretexto plausible de por qué no has llevado a Sofía al pediatra que no sea el lastimoso: «Porque se me ha olvidado».

Te sientes incomprendido, y solo, porque sabes que cualquier comentario que no sea de entusiasmo y agradecimiento será malinterpretado. Has de saber (cuanto antes, mejor) que para el mundo eres un tipo con suerte. El padre marcado por la desgracia de no haberse divorciado se perderá ese regalo que es poder asistir como único testigo, 24 horas ininterrumpidas —excepto cuando están con el otro progenitor—, al irrepetible proceso evolutivo de sus hijos en años cruciales. En cambio, tú..., tú eres un privilegiado. Incluso llegarás a convencerte de que todo se debe a una extraña conjunción de astros, alineados favorablemente para lograr una especie de ventajosa relación causa-efecto que explica a las mil maravillas lo que te ha pasado: te has divorciado para poder cuidar plenamente de tus hijos.

El mundo pone en duda tu capacidad, pero el siguiente en pensarlo serás tú. ¿No será que, efectivamente, soy un mal padre?

Pero ¡cómo no vas a dudar de ti mismo! ¡Si ni siquiera te reconoces! En el remoto supuesto de que no estén divorciados o en el más probable de que sí lo estén, pero no tengan hijos o sean mayores, tus amigos, por entero ajenos a tu martirio, te dirán, cuando respondes con doliente negativa a su propuesta de salir a tomar unas cañas: «¡Quién te ha visto y quién te ve!». Y si no lo dicen es porque te aprecian, pero no hay duda de que lo piensan. (La transformación física también será notable: o bien engordarás, por buscar consuelo en la comida precocinada, o bien perderás kilos a marchas forzadas a causa del estrés.) A consecuencia del cambio, aflorará una parte de ti mismo que no conocías. Tendrás que hacer frente a situaciones que, de criar a los hijos en pareja, nunca se te habrían planteado, y son del todo inimaginables. Para salir del paso, deberás desarrollar nuevas aptitudes. Amigo mío, por si no te has enterado, no eres un papá al uso; eres un papá divorciado, con todo lo que eso implica, que no es poco.

Tendrás que cambiar de hábitos. Y no me refiero solo a acostumbrarte a seguir los partidos de fútbol a través de las exclamaciones de los vecinos que llegan por el patio comunitario; hablo de necesidades *básicas* del ser humano. Por ejemplo, ir al baño. Si tienes a tu cargo hijos pequeños, olvídate de ir al baño cuando el cuerpo te lo pide; de ahora en adelante irás *cuando puedas.* Y, a menudo, no podrás. En el mejor de los casos, cuando puedas, además de forzar la máquina (puesto que con toda probabilidad en ese momento no te apetece) quizá debas efectuar el proceso íntegro *con la puerta abierta,* con un nene o una nena sonriente al otro lado contemplándote con curiosidad angelical. ¿Eres de los que se limpian de pie? Evitaré hacer comentarios.... Tengo entendido que el cerebro humano tiende a borrar imágenes desagradables percibidas en los primeros años de vida, lo cual es una espléndida noticia..., a menos que cuando sean mayores les dé por psicoanalizarse.

Desplegarás sorprendentes habilidades de enorme trascendencia de las que nunca te habrías

creído capaz. En mi caso, por ejemplo, hacer una coleta. A ti, el uso de la coleta en tu hija, la niña más guapa del mundo, aunque llevara el pelo cortado con motosierra, te parece una floritura superflua. Sin embargo, tras un par de indirectas aquí y allá (sobre todo, cuando te la devuelven de la clase de infantil cinco días seguidos con unos magníficos penachos ondeando en lo alto de la cabeza), reconsideras tu postura al respecto.

Así que te pones manos a la obra. Enseguida te das cuenta del altísimo grado de dificultad que entraña la operación, la cual, para empezar, requiere unos dedos finos y habilidosos que en nada se parecen a los tuyos. Requiere dedos finos y también un mínimo de buen gusto, es decir, estar dotado de cierto criterio estético. Como no lo tienes, el primer día, la niña, cuando la plantas todo satisfecho frente al espejo, aparece con la coleta del lado izquierdo muy cerca de la oreja y la del lado derecho exactamente en la coronilla. Además, y sin que le encuentres explicación, una coleta *contiene,* al parecer, mucha cantidad de pelo y la otra, en cambio, unos pocos y traslúcidos mechones. Y como no quieres que llegue tarde, la das por buena. Tranquilo: varios días y unos cuantos tirones de pelo después tendrás las coletas controladas.

Te cruzas con un conocido por la calle, quien, al verte rodeado de niños como si fueras un monitor de granja-escuela, te pregunta:

«¿Cómo lo llevas?».

Entonces das unas pataditas al suelo, te rascas detrás de la oreja (vale, pero *bajo ningún concepto* sueltes de la mano a los críos), mientras piensas qué contestar. Porque es difícil: ¿cómo resumir semejante torbellino de acontecimientos y sensaciones tan perversamente conectados entre sí en una sola frase clara y precisa?

Eres una persona con su faceta profesional condicionada en gran medida por el cuidado de los pequeños. Un ser humano con su espacio personal usurpado (sin tiempo para hacer ejercicio o leer un libro o, qué narices, dedicarte a buscar nueva pareja en Tinder). Eres un adulto conminado a pasar las tardes y los fines de semana en horario continuo atendiendo a sus hijos, tarea que se siente incapaz de llevar en solitario. Porque en ese carácter solitario reside la complejidad del menester. Muchos de los cometidos que voy a describir en las siguientes páginas ya los realizaba antes; otros no, porque de ellos se encargaba mi exmujer. Cuando los progenitores viven juntos, actúan como Mulder y Scully, como Starsky y Hutch, como Sherlock y Watson, como Maggie y Bianca (no sé quiénes son, pero mis hijas no dejan de citarlas), como Ramón y Cajal, como Alaska y Dinarama (un momento: ¿estos no eran más de dos?). Se reparten el trabajo, por lo que este se reduce, y no tienen que poner los cinco sentidos en cada operación porque seguramente lo que se le escape a uno lo detectará el otro. Al principio también les cuesta, como ocurre con todo, pero con el paso del tiempo van perfeccionando su sincronía hasta desarrollar lo que podríamos denominar «automatismos». Cuando uno está solo, el transcurso de las semanas y los meses lo único que consigue es desesperarse más.

Abrumado por ese cúmulo de cosas, ¿qué responder? Mejor responde que bien, que estás

viviendo la mejor etapa de tu vida, porque como expongas la mínima objeción o un ligero tic debajo del ojo revele el menor atisbo de duda, el conocido que te para por la calle y todos tus conocidos, familiares y la lista completa de amigos de Facebook, extrañados ante tu flagrante extravagancia, te dirán: «Bueno, ¡es lo que toca!».

No les culpes. Lo que despiertas, en el fondo, es curiosidad. Durante siglos, las mujeres fueron las encargadas de sacar adelante a los hijos. Asumían ese papel porque era el que estaban *obligadas* a desempeñar en una sociedad eminentemente machista. Comprende, pues, que el resto de la humanidad te escudriñe como a una atracción de feria: de lo tuyo no existen cuantiosos precedentes. Algo han oído de un nuevo tipo de padre de familia en estos tiempos en que el divorcio está a la orden del día, y cuando descubren que no se trata de ninguna leyenda urbana, que tú (su conocido, su amigo, su pariente) eres uno de ellos, lo primero que quieren saber, francamente, es qué tal te las apañas.

De eso se trata. De salir airoso de la situación. Por ellos, los niños; pero también por ti. Por más que dudes de si eres un buen padre, lo eres: sacrificarás lo que haga falta para que a los pequeños les vaya bien. Si no puedes responder hoy ese email intempestivo..., ya lo harás mañana. ¿Te entran ganas de gimotear cuando, cada mañana, a la siete y media, suena el despertador y sientes la arrebatadora urgencia de quedarte en la cama una hora más, pues no entras a trabajar hasta las diez? Te tragarás las lágrimas: es hora de levantarte, preparar la ropita de los nenes y organizar el desayuno de los campeones.

Por más que tus hijos estén convencidos de que eres Supermán, no lo eres. No quieres medallas; no eres un héroe. Pero, cuidado, tampoco eres un villano. Si los demás se pusieran por un momento en tu lugar (¡a ver, valientes! ¿un voluntario?) se darían cuenta de ello al instante.

Una noticia buena y otra mala. La buena: lo conseguirás. La mala: no será fácil. Este capítulo se ha escrito con la única intención de ayudarte a que esta faceta de tu vida se haga más llevadera. Lo que sigue es un sofisticadísimo manual para padres o madres separados con hijos pequeños, en el cual encontrarás solución a esos conflictos de prioridades que cada día (cada cinco minutos, en realidad) te asaltarán exigiéndote decisiones inmediatas. Para que, mientras llega el día en que tu descendencia llegue a la adolescencia (tranquilo: ¡llegará!), superes las pruebas más enrevesadas y el jurado levante sus pizarras con brío otorgándote la máxima puntuación.

La aventura del saber

Pocas sensaciones hay tan placenteras en la vida de un divorciado o una divorciada como la que experimenta cuando acaba de dejar a sus hijos en el cole. Nada hay comparable a su satisfacción cuando los ve unirse a la fila de los de su clase, arrastrando esas ergonómicas mochilas con ruedas que ya hubiera querido para sí en su niñez. ¡El colegio, el templo sagrado de la sabiduría!

Durante unas cuantas horas, los pequeños aprenderán allí una o dos palabras nuevas en inglés, pondrán a prueba su cerebro con retorcidos problemas matemáticos (como sumas, restas, multiplicaciones y divisiones), estrecharán lazos de amistad..., mientras su padre o madre dispone de un poco de tiempo para sí mismo o misma.

De hecho, lo que te pide el cuerpo, mientras abandonas las académicas instalaciones, es ponerte a bailar claqué sobre la acera, dar unas joviales palmaditas en la papelera y hasta quitarle la escoba a la tendera del ultramarinos que barre la acera y dar con ella unos pasos de vals. Tal es el sentimiento que te invade de:

¡Libertad!

En efecto, a partir de dicho instante eres un hombre o una mujer libre, pero no eches las campanas al vuelo porque de ningún modo aprovecharás esas horas para ver en la tele viejos capítulos de *Frasier* o jugar al *FIFA,* sino para desplazarte a tu lugar de trabajo, donde deberás rendir cuentas a tu superior o lidiar con inexorables clientes, redactando informes, contestando llamadas, asistiendo a reuniones..., y así hasta que llegue la hora de la salida y conduzcas al borde de la infracción por exceso de velocidad (señores agentes, apiádense de los divorciados, que no damos abasto) para no llegar tarde al centro escolar donde niños y maestros aguardan impacientes tu aparición, lo que podría acarrear graves consecuencias. Por ejemplo, que en un entendible pero fatal desliz los docentes llamaran a tu ex para preguntar, en tono desabrido, por qué nadie se ha personado a recoger a los pequeños.

Es en mitad del estallido de júbilo cuando te acomete uno de esos momentos de culpabilidad. ¿Cómo es posible que me alegre de haberme *separado* de mis hijos?, te preguntas. ¡Si son lo que más quiero en el mundo! ¡Soy un ser humano aberrante! ¡Soy un mal padre! ¡Una mala madre! (Otra vez la misma cantinela.) Avergonzado, giras sobre ti mismo para comprobar si alguien ha sido testigo de tu infame itinerario completo, desde que saliste del cole hasta lo del vals. Así es la vida de un papá separado o una mamá separada. (Aunque algunos conocidos que no se han divorciado me han transmitido que, a veces, también están como locos por deshacerse de sus vástagos; en fin, creo que tienen menos razones para el desapego temporal, pues como se dividen las tareas entre dos, hacen la mitad de las cosas que nosotros.)

Tu relación con el colegio de tus hijos es, forzosamente, de amor-odio, intenso en ambos casos. Por un lado, la escuela es tu aliada: las largas horas que tus hijos pasan allí es tiempo que tú puedes aprovechar con fines muy dignos, como ganarte el pan. Pero, por otra parte, el colegio, o para ser más exactos, la obligatoriedad de llevar a tus hijos al colegio con una hora límite de entrada y en las más elevadas condiciones de presentabilidad y pulcritud, carga sobre tus hombros tal presión..., que ríete tú de cuando tu jefe te ordena que tengas listo un informe «para ayer». Por tanto, a nadie debería extrañar que cuando te quitas de tus hombros esa pesada carga, tu organismo reaccione liberando un torrente de endorfinas que, como todo el mundo sabe, son esos opiáceos naturales que te hacen sentir como cuando España ganó el Mundial.

¿Recuerdas esa escena en *Kramer contra Kramer* en la que Dustin Hoffman, a la mañana

siguiente de ser abandonado por su mujer, se ve en la tesitura de preparar a su hijo para ir al cole? Cuando le explica al chico lo sucedido, ¡lo hace mientras orina! (Para que luego digan que no sabemos hacer dos cosas a la vez.) Y cuando intenta hacerle el desayuno, de lo abrumado que se halla, el desastre es tan absoluto que la cocina está en un tris de acabar incendiada.

Bueno, pues de lo que se trata es de evitar que a ti te pase lo mismo.

Los preparativos para ir al cole engloban: despertar a tus hijos, lograr que se levanten de la cama, prepararles el desayuno, lograr que se lo tomen, instarles a que se sienten un rato en el váter a ver qué sale de allí (líquido, sólido y/o gaseoso), limpiarles los mocos, quitarles el pijama, vestirlos o encomendarse a algún comisionado del santoral para que se vistan solos, lavarles la cara (la arraigada costumbre de bañar a los niños por la noche te libra de males mayores), peinarlos (o sea, eliminar los remolinos en la parte de atrás de la cabeza de los niños y urdir coletas en la de las niñas), prepararles el piscolabis de media mañana, ponerles los abrigos (si la meteorología lo hace necesario), colocarles las mochilas en la mano, coger las llaves de casa, las del coche, pasarles la mano por el pelo una última vez, verificar que ni tú ni ellos os dejáis nada en casa y salir.

Peccata minuta, ¿verdad?

Cuando estaba casado, mientras mi entonces esposa despertaba a las niñas, yo les preparaba el desayuno; mientras ella las peinaba, yo revisaba las mochilas para asegurarme de que no faltaba nada. Es decir, podían realizarse dos acciones a la vez, lo que acortaba el tiempo necesario para efectuarlas. Ahora que estoy solo, debo dedicar unos minutos a cada apartado, además de ocuparme de algunos que hasta ahora no habían entrado en mis competencias.

Sería fantástico que te dijeran que tienes todo el día para llevar a cabo tal cúmulo de acciones; sin embargo, a los profes les sienta muy mal que los niños comparezcan en el colegio a última hora de la mañana, lo que significa que lo anteriormente enumerado hay que hacerlo no deprisa: hay que hacerlo *cagando leches.*

Como cualquiera que tenga un coeficiente intelectual por encima de uno podrá comprender, cuantos más niños tienes, mayor dificultad entraña la operativa.

¿Entiendes ahora lo de los pasos de claqué?

Mis niñas entran a clase a las nueve y media de la mañana. A esa hora, puntualmente, el timbre que marca la hora de entrada resuena en el patio del colegio. Los cristales de las aulas tiemblan. Todo el mundo da un respingo. Los que están entrando en las instalaciones meten la directa. Es el final de la cuenta atrás. Como en esas series de televisión en las que hay que desactivar una bomba con temporizador incorporado; igual. Más te vale haber cortado los cables adecuados a tiempo para evitar la catástrofe, amigo.

Con esa hora en mente, estimo primordial determinar el toque de diana. Para ello, desandaremos los pasos anteriores, empezando por calcular lo que se tarda en llegar al colegio desde casa en función de la distancia. Es como uno de esos problemas matemáticos de Juanito: sale de casa en su coche deportivo que circula a ciento veinte kilómetros por hora; dado que el

colegio se encuentra exactamente a dos kilómetros trescientos veinticuatro metros del domicilio familiar, ¿cómo se llama la madre?

Acto seguido, tendremos en cuenta las variables personales. ¡Ya nos gustaría a todos que existiera una regla universal, una fórmula infalible en la que intervinieran el número de hijos, el tiempo medio que cada uno de ellos precisa en el baño, la avidez o desidia con que se toman el desayuno y su grado de colaboración en lo tocante al acicalamiento! Por desgracia cada caso es un mundo: por raro que parezca, un único hijo propenso al estreñimiento y tres hijos entusiastas de las dietas ricas en fibra pueden alcanzar registros similares. ¿Sabes por dónde voy?

Lo primero de todo, para no convertir el proceso en una ceremonia de la confusión que acabe traumatizando a tus hijos —y con el tiempo te recuerden como el tipo que les provocó una calva en el occipital cuando trataba de peinarlos—, es efectuar una planificación. Diseñar una tabla de Excel mental en la que conste cada una de las etapas del proceso y el tiempo estimado. Si puedes sumarlos mentalmente, genial; si no, hazlo en una tabla de Excel de verdad. Es ridículo, pero nadie se va a enterar. Añade diez minutos más de margen, por si acaso. Memoriza la cifra resultante (un fragmento de tiempo) como si fuera el número PIN de tu tarjeta SIM. Y ya está. No es tan complicado, ¿no?

De acuerdo: siete y media de la mañana. Suena tu despertador. ¡Buenos díaaas!

07.31 Bellas y bellos durmientes

Empecemos por el principio. Despertar a los hijos, de entrada, es una putadita: una de esas cosas que le hacen a uno sentir mal. Te introduces en su habitación, deslizándote sobre el parqué para no hacer ruido, y los ves allí, durmiendo como benditos, acurrucaditos, el pelo deliciosamente alborotado, rubor en sus mejillas... ¡Quién es el guapo que desbarata esa primorosa escena! Te rompe el corazón, pero... te ha tocado. Entonces debates cómo proceder. Subir la persiana bruscamente implicaría una paulatina iluminación del habitáculo, pero también un ruido ensordecedor. La luz eléctrica es silenciosa, pero los pobres se despertarían de un salto pensando que se han quedado traspuestos debajo de un foco del Estadio Olímpico de Atatürk. No..., lo mejor, sin duda, es acercarse tiernamente a ellos, destaparlos un poco, amorosamente, y susurrarles alguna palabra bonita que, los saque de su ensueño, como: «¡Que llegamos tarde!». No, en serio. ¿Has probado con empezar a entonar a media voz la canción de *Aladdin*? (Ya sabes a cuál me refiero: «Un mundo ideaaaaal...». Estoy seguro de que te la sabes de memoria, de tantas veces que la has visto.) Claro que dependiendo de la ductilidad de tus cuerdas vocales el intento puede dar peor resultado que la persiana y la bombilla juntas.

No te desanimes si no surte efecto a la primera; de hecho, no pasará. Lo más probable es que te llegue una voz categórica desde debajo de dos palmos de mantas espetándote: «¡No quiero!». En el mejor de los casos, oirás en tono meloso: «Un minutito máááás»..., incluso en niños pequeños que aún no tienen la menor noción de lo que «un minuto» significa en términos

temporales. Lo sustancial aquí es que el toque de corneta ya ha sonado. Mientras se desperezan, para no perder unos preciosos segundos, puedes ir pasando al punto dos...

07.52 ¡A DESAYUNAR!

El desayuno, también conocido como La Comida Más Importante Del Día, es, de todo el proceso, posiblemente el punto que debe cumplirse más a rajatabla. Obviamente, que los niños vayan al cole con los calcetines desparejados no es tan dramático como el que no hayan desayunado. A fin de cuentas, los calcetines infantiles están tan recargados de estampados coloridos que hay que fijarse mucho para detectar que no hacen juego. En cambio, si acuden al colegio sin haberse metido entre pecho y espalda nada desde la cena, cabe la posibilidad de que se desmoronen sobre el pupitre, el profe les interrogue sobre su alarmante debilidad y el ingenuo niño destape la negligencia, de nuevo con nefastas consecuencias para ti.

No descubro nada si saco a relucir el efecto mimético que gobierna el comportamiento de los niños. Lo copian todo, y nosotros, sabios adultos, debemos dar ejemplo. Traducido al lenguaje de los donuts: deberías dejar que los niños vean que tú te tomas tu tiempo para *disfrutar* de un delicioso desayuno cada mañana. Da igual que sea un café con tostadas que un zumo de naranja con un sobao pasiego: de lo que se trata es de transmitirles lo imprescindible de empezar el día recargando las pilas con un desayuno opíparo. Sí, puede parecer demasiado exigente, sobre todo, si piensas en esos días en que estás esperando el ascensor cuando te das cuenta que aún tienes puestas las zapatillas de casa. Pero es que ocuparse de los hijos es un trabajo *exigente.* En un mundo perfecto, deberías arreglártelas para insertar en tu ya de por sí apretada agenda matinal un poco de tiempo *para ti mismo...;* aunque, en realidad, no sea para ti, sino para hacer una demostración ante el cliente como las que realizan a domicilio los vendedores de aspiradoras. ¡Hmmm!, ¡qué rico! Relámete y sonríe, y respira hondo, aunque veas a medio metro de ti cómo tu hijo está metiendo los dedos en el tarro de la mantequilla y se dedica después a pintar un cuadro abstracto con ellos sobre el jersey que te ha costado veinte minutos ponerle... Y, como siempre, con el cronómetro en marcha.

Si pudieras parar el tiempo.... Desde que te levantas hasta que dejas a los niños en el cole consultas tantas veces la hora que desearías tener instalado en casa un sistema de megafonía con la información horaria que te ahorrara los dos segundos que pierdes cada vez que avizoras el reloj. Creo que sería un gran invento que, hasta donde sé, nadie aún ha patentado. «Ocho cero cinco: introduzca el vaso de leche en el microondas y caliéntelo durante cincuenta segundos»... «Ocho treinta y dos: inserte el zapato derecho en el pie correspondiente y a continuación ate los cordones»... Ya, ya sé que el tiempo es inexorable, pero unas veces parece más inexorable que otras.

Ay, lo que darías por lograr que los pequeños saltaran directamente de la cama a la mesa del desayuno..., y se lo zamparan con ganas. Pero no, ellos no están (generalmente) por la labor. Es

una lucha, un tira y afloja constante, en el que, no obstante, uno siempre puede recurrir al viejo truco de engatusarlos implicándoles en la tarea. Hacer del desayuno un juego: incluso todavía en la cama, pregúntales qué les apetece desayunar, y pídeles que te ayuden a prepararlo. Seguramente si ellos mismos se han encargado de calentarse la leche y untar la mantequilla en el pan, se tomarán el desayuno con más ganas. (Puede que, incluso, tengan más maña que tú.)

Es posible que se dé el caso extremo de que cada uno de tus hijos (si hay más de uno) exija un desayuno diferente. Te han salido hijos *gourmet*, qué le vamos a hacer. A mí me sucede: la mayor solo toma un vaso de leche con una galleta, mientras que de las dos pequeñas una se decanta por leche con cacao soluble y un *muffin* mientras que la otra acompaña el cacao con cereales. Iluso de mí, hasta hace poco pensaba que todos los cereales son más o menos iguales, que simplemente aportan textura a la bebida, pero debe de ser que no, porque cada cierto tiempo esta última se harta de los Choco Chispis y solicita Corn Smacks, o como demonios se llamen. Confieso que me entran ganas de imprimir una carta y entrar en la cocina con un paño en el brazo y una libreta y tomar nota. Se empieza desarrollando gustos exquisitos con seis años y se acaba celebrando el decimoctavo cumpleaños en un restaurante con tres estrellas Michelin.

En esta fase, preparar tazas y utensilios la noche anterior es cuestión de vida o muerte (del progenitor).

Para complicar más el asunto, los niños, desde bien pequeños, sacan el funcionario que llevan dentro y, a media mañana, sienten la apremiante urgencia de desayunar *otra vez*. De modo que, en mitad del desbarajuste tempranero, deberás reservar tiempo para prepararles ese segundo desayuno, que puede consistir en un bocadillo, una pieza de fruta, algún zumo, o, como recomiendan ahora los nutricionistas, una bolsita de frutos secos. Ten en cuenta que elaborar un bocadillo puede llevar entre cuatro y cinco minutos, pues requiere cortar el pan, abrir el sobre con lonchas de jamón cocido, separarlas una a una (tarea harto complicada, pues quien las mete ahí se ocupa con encono de que queden bien adheridas entre sí), depositarlas en el pan, cerrar este y envolverlo con papel de aluminio. Si luego, en el cole, se comen el bocadillo, lo dejan a medias, lo donan generosamente a algún compañero glotón o es este quien se lo arrebata con malas artes, queda ya fuera de tu jurisdicción; en realidad, lo haces para que entre el claustro académico no se extienda el rumor de que eres un cutre que no dota a sus hijas del correspondiente tentempié.

08.26 Fuera del armario

En pie y desayunados, ya solo *(¡solo!)* queda asearlos y vestirlos. ¿Te has fijado que en las películas las familias suelen desayunar perfectamente aseadas y engalanadas, casi como si fueran a salir a la calle con la taza de café en la mano? Eso queda muy bien en las familias del cine, pero en lo que se refiere a un padre en casa solo con uno o varios niños lo más sensato es dejar lo de

arreglarse para el final, si no quieres que la ropa que aún rezuma aroma a suavizante acabe adornada de lamparones.

Como hemos bañado a los niños por la noche, el momento del aseo matinal no encierra grandes misterios. Otra cosa bien distinta es vestirlos y peinarlos.

Partamos de un hecho indiscutible: para vestir a alguien, igual que para desvestirlo, se precisa su colaboración. Unos brazos que se niegan a separarse del cuerpo o unos pies danzantes pueden multiplicar por cuatro el tiempo necesario en la operación. Cuando esto ocurre, además, se incrementa en ti la sensación de estrés, lo que puede llegar a originar uno de esos momentos de ofuscación en que te vienen a la mente palabras que jamás deberían ser pronunciadas en presencia de niños (y que con buen criterio no salen de tu boca).

Aquí la previsión no empieza la noche anterior: empieza *años* antes, enseñando a los niños desde muy pequeños a vestirse y atarse las zapatillas ellos solitos. En realidad, pasa lo mismo con las comidas. El tiempo empleado por un niño en vestirse, como es lógico, supera con creces al de un adulto; sin embargo, evita la tentación de ayudarle a sacar la cabeza por el cuello del jersey: el tiempo que él o ella utiliza tú puedes dedicarlo a revisar que todo está en orden en la mochila, por ejemplo.

Mención aparte merecen los bebés. El proceso de vestir a un bebé, en invierno, con varias capas de ropa, *body* y cambio de pañal pondrá a prueba los nervios del padre más paciente. Pero si has tenido en cuenta el tiempo necesario en la planificación previa, no hay por qué preocuparse.

En el caso de los niños que no utilizan uniforme, optar por la ropa cómoda es una decisión inteligente. Lo que es cómodo para tu hijo es cómodo para ti. Por eso te recomiendo que repitas metódicamente esta salmodia mientras te enfrentas al armario:

- Zapatillas de deporte con velcro mejor que con cordones.
- Pantalón de pernera ancha, tipo chándal, mejor que ajustado.
- Sudadera con cremallera mejor que sin ella.
- Plumífero con cremallera mejor que abrigo con botones.

No está en mi ánimo hacer apología del chándal; cualquier clase de prenda es válida siempre y cuando no quede atascada en alguna extremidad de tu hijo. (Sé de camisetas infantiles cuyas mangas largas son más *estrechas* que los antebrazos de un niño.)

Y, por encima de todo, consulta antes de salir de casa la previsión meteorológica. Ya sabemos que eres un tipo duro que lo aguanta todo, pero tus hijos no. En este sentido, hay que vestir a los niños con total precisión: no queremos que pasen ni frío ni calor. En invierno, toda la colección de complementos (guantes, gorro, bufanda, botas de agua en su caso) debería estar siempre a mano, a no ser que quieras pasarte veinte minutos buscando el guante perdido por toda la casa.

8.47 Por los pelos

Entramos en el espinoso asunto del pelo. Quizá no se te había pasado por la cabeza si eres de los que se han apuntado a la moda del rapado al cero o debido a tu alopecia incipiente; o puede que, al contrario, estés obsesionado con ello si eres un devoto de aquella estética metrosexual que se instauró con fuerza a finales de los noventa y que tiene en la adoración al gel fijador su máxima expresión de fervor. Sea como fuere, los niños tienen que salir de casa peinados. Y, como en otras cosas, conviene diferenciar entre las técnicas de peinado para niños y para niñas.

Supongo que a mí me resultaría más sencillo peinar a niños, pues, como varón que soy, sé que basta con reproducir sobre su cuero cabelludo el mismo procedimiento que aplico al mío (sin gel fijador). Me atrevo a aventurar que para las madres también debe de ser más fácil, porque la longitud del pelo redunda irremisiblemente en la complejidad de su atusado, que va del brete máximo de las melenas que llegan a la cintura a la ausencia total de dificultad en cortes de tipo militar. Sin embargo, no podemos pasar por alto una extraordinaria peculiaridad: el remolino. El remolino es esa porción de cabello normalmente ubicada en la coronilla que por efecto de los cambios de postura nocturnos amanece como si hubiese sido expuesta durante toda la noche al chorro huracanado de un secador. Se trata de un fenómeno singular donde los haya, puesto que, por razones que se escapan a toda lógica, el mechón afectado resiste de forma contumaz, sin alterarse lo más mínimo, la acción alisadora del peine, y no contento con ello, también incomprensiblemente, desaparece radicalmente de escena con el paso de los años. ¿Acaso el cabello infantil tiene una composición distinta al cabello de los adultos? ¿Dormimos nosotros con mayor moderación, a consecuencia de la cual nuestra frágil pelambrera se hace tenazmente indemne a los devastadores efectos de la almohada? No hay manera de saberlo, pero lo que sí se sabe es que por mucho empeño que pongas —por mucha agua que le eches— el remolino de tu hijo no va a desaparecer; así que mejor no pierdas demasiado tiempo con eso.

Bien distinto es el caso de las niñas, siempre que lleven el cabello largo, claro está. Dependiendo del tipo de pelo (liso, rizado, intermedio) habrá que inclinarse por una modalidad de peinado.

Una norma no escrita exige que las niñas vayan al colegio con el pelo recogido. Al principio, a todo padre le resulta chocante, puesto que, si no me equivoco, la mayoría de nosotros vemos en una melena suelta, oscilante y sedosa la viva imagen de la belleza. Y te preguntas: ¿tiene el pelo suelto alguna connotación negativa? ¿Una melena al aire es señal inequívoca de un pelo sucio? ¿Huele peor que estando recogido? ¡No! Si acaso, todo lo más, el pelo suelto puede ser más incómodo para la chiquilla o producirle calor en verano. ¡Pues será porque aún no ha llegado a la edad en que las amigas le digan eso de que «para estar guapa hay que sufrir»!

Así que no te queda más remedio que hacer algo con su pelo. No he consultado ningún tratado peluquero al respecto, pero basándome en mi experiencia puedo afirmar que existen cuatro formas de recoger el pelo de una niña. (Existen más, entre las que se cuentan las intrincadas

trenzas o los indescriptibles recogidos que les hacen cuando las encomiendan portar las arras en una boda, pero, con tu permiso, vamos a dejarnos aquí de pirotecnias.)

La cola de caballo.

Es a los peinados infantiles lo que las motocicletas de 125 cc a los vehículos de motor: lo más bajo de la gama. Y lo más sencillo: basta con abarcar con ambas manos el extremo de la melena asegurándose de no dejar ningún mechón suelto y anudarla a continuación en la nuca. La cola de caballo es válida para cualquier tipo de pelo, pero por desgracia su uso se limita a melenas de un largo considerable, o por lo menos suficiente para que alcance hasta la nuca y quede aún una parte sobrante que asome.

Las pinzas.

Son muy fáciles de poner, pero al contrario que la cola de caballo, dan mejor resultado en cabellos no excesivamente largos. Mejor, también, en cabellos lisos que en rizados. Para el que no sepa de que se trata, me refiero a esas pinzas que son como las que se usan para fijar papeles a una tablilla, pero en miniatura. Constan de un diminuto muelle en su interior que hace que, al apretar con los dedos un extremo de la pinza, el extremo opuesto se abra. También se fabrican en formato clip u horquilla, normalmente engalanadas con lazos, ositos o efigies de Hello Kitty.

La coleta ladeada.

Versión simplificada de la modalidad número 4, reduce el tiempo necesario y las posibilidades de error al 50 %. Las niñas la prefieren, porque reduce en la misma proporción el riesgo de tirones. Para ello, cogeremos un peine y le haremos la raya a un lado a la niña; sin soltar la mata de pelo que pasa por encima de la cabeza, le haremos otra raya en el lado contrario, a la misma distancia del centro que la anterior. Y cuando tengamos bien delimitado esa especie de plumero, lo anudaremos a uno de los lados de la cabeza, generalmente el derecho (*su* derecho). Resulta realmente vistoso el efecto cascada del copete en su caída sobre la oreja derecha. (La coleta *única* también se puede erigir en el centro, de forma que el pelo se derrame hacia atrás; pero el resultado no es tan agradecido.) Cuanto más volumen tenga el pelo, más fácil te resultará.

Dos coletas.

El *summum* de la complicación. Consiste en realizar sobre la cabeza de la niña un trabajo de arado, según el cual, con la ayuda de un peine, se practique una raya en el medio y dos más a cada lado, aproximadamente, por encima de las orejas. De ese modo se acotan dos mechones idénticos que, acto seguido, hay que conseguir anudar a los lados de la cabeza respetando en la medida de lo posible la proporción y la simetría. Lo peor que puede pasarte es que seas un perfeccionista: fantasearás con la idea de usar escuadra y cartabón. La dificultad de la doble coleta estriba, sobre todo, en el manejo del pelo; esto es, lograr introducir cada mechón por su respectiva goma sin que se deshaga. A tal efecto, deberemos juntar los dedos de una mano (la derecha, si eres diestro) a la manera de los italianos cuando discuten, y rodear el manojo de

dedos con la goma. Una vez maniatado tú mismo, abriremos los dedos, para que, en colaboración con sus compañeros de la otra mano, que aprisionan con fuerza el tirabuzón, acierten a amarrar este haciendo girar la goma sobre sí misma cinco o seis veces. Y aquí debo hacer una anotación sobre las gomas: cuanto más elásticas, mejor. Existe un tipo de gomas de elasticidad limitada, una especie de cintas planas como las que usan en el supermercado para atar los espárragos, pero más tensas, que resultan del todo desaconsejables porque reducen notablemente la movilidad de esas salchichas de Frankfurt que tenemos por dedos. Carecen, además, de ese tacto rizado tan agradable, como de felpa, de las gomas verdaderamente eficaces.

Ahora que tienes a tus hijos preparados, sé lo que estás pensando: «¿Y yo cuándo me aseo?». Déjame que te diga una cosa: buena pregunta.

Si tus hijos están ya creciditos y son tan responsables como para estar solos en el salón cinco minutos sin que derrumben el edificio, a lo mejor puedes darte una ducha rápida. A todos nos gusta salir a la calle duchados. Pero si tienes hijos pequeños y no estás dispuesto a levantarte media hora antes, tendrás que efectuar una suerte de *falsa ducha:* esto es, conseguir dar la impresión de que te has duchado sin que te haya tocado una gota de agua. Bueno, esto no es del todo cierto porque tendrás que abrir el grifo del lavabo para, por lo menos, lavarte la cara con esa fricción varonil que parece destinada a obtener un efecto exfoliante. No queremos que los demás padres te vean con legañas. Lavarte la cara y las manos no te llevará más de treinta segundos. Un buen repaso con el desodorante *roll-on* y un toque de colonia harán el resto.

Ten en cuenta que a la hora en que compareces en el cole no solo hay niños: también están sus padres y madres. Más adelante nos detendremos en el tema de la socialización, una cuestión de enjundia para un padre divorciado si quiere volver a estar en el mercado. Que nuestra imagen es nuestro escaparate es algo que no hay que olvidar en ninguna situación.

Y como puedes adivinar, tu relación con el embrollado mundo lectivo infantil no concluye cuando dejas a los peques en el centro. Actividades extraescolares, reuniones, tutorías, supervisión de deberes..., te someterán a un programa de inmersión total con peligro de ahogamiento. Pero es que ni siquiera cuando descanses entre las confortables cuatro paredes de tu casa estarás a salvo de la maligna influencia académica. Las nuevas tecnologías, tan serviciales para algunas cosas, se alían en este campo para enredar aún más tu existencia, acribillándote por varios frentes a través de sus famosas notificaciones. Los profesores, entre cuyos cometidos no está, desde luego, el de hacer la vida más fácil a los padres, se comunican con estos a través de múltiples canales —correos electrónicos, aplicaciones, videoconferencias, sin menoscabo de la clásica agendita de papel y anillas que convierte la mochila de los niños en una especie de paloma mensajera, con sobrepeso, pero mensajera al fin y al cabo—, de tal modo que, o estás pendiente de *todos* ellos *todo* el tiempo, o lo más probable es que alguno de sus avisos se te pase por alto.

Me imagino a los maestros reunidos en esa sala sagrada y herméticamente cerrada donde

conspiran a la hora del recreo:

—¿Qué opináis, chicos? —dice el profe de Ciencias Naturales—. Voy a pedir a los alumnos que traigan mañana un periódico viejo, un poco de fieltro como el que se pone bajo las patas de las sillas para que no chirríen y un rollo de cinta de carrocero. Es para un experimento. ¿Creéis que debo comunicarlo a los padres por correo electrónico?

—¿Te has vuelto loco, Juan Ramón? —tercia el de Inglés—. ¿Qué pretendes, *que lo lean*? Haz lo que quieras, pero yo en tú lugar pondría un aviso en esa aplicación del demonio de la que nadie recuerda su clave de acceso.

—¿Y si lo escribes *a mano* en la agendita que va del cole a casa y de casa al cole guardada en las mochilas? —propone la preceptora de Lengua—. Me consta que solo el 9 % de los padres la leen.

—No sé, no sé... —titubea el de Ciencias—. Seguro que debe de existir un método aún más inextricable. Ahora que lo pienso: está esa otra aplicación...

—Sí, pero si te decantas por ella, acuérdate de enviar el mensaje encriptado.

—A propósito: ¿estáis de acuerdo en que pidamos el dinero de anticipo de la excursión al MAMAS (Museo de Arte Moderno y Abstracto Selecto) en bitcoins?

Nada de esto, sin embargo, es comparable en iniquidad al tute al que los propios padres y madres se someten en grupos de WhatsApp. Durante siglos, el mundo de la enseñanza ha funcionado a la perfección sin este invento mezquino y abominable, y, aun así, de un tiempo a esta parte ha calado la idea de que si no estás en el grupo correspondiente a la clase de tus hijos eres un miserable y, como poco, un bicho raro. Pues qué quieres que te diga: a mí lo que me parece raro es el trajín incansable que se traen los padres y las madres del grupo, clasificables en varios tipos:

- El listillo: No solo lo sabe todo de lo relacionado con deberes y exámenes, sino que se entera antes que el resto del más nimio cotilleo. Es, sin lugar a dudas, la persona a quien preguntar si no recuerdas la fecha del próximo examen de Mates, pero su listeza deviene en tan marcado protagonismo que no termina de caer bien a nadie.
- El parco: Es aquel que cree que la aplicación se rige por las mismas normas de los telegramas del pasado, en que le cobraban a uno en función de la longitud del texto. De ahí que se exprese casi siempre con una sola palabra: «Ok», «Vale», «Perfecto», «Gracias».
- El participativo: Cuando alguien pregunta en el grupo de quién es el jersey rojo que un niño se ha llevado a casa por error, inmediatamente responde: «Mío no», como si a alguien le importase. Madres y padres participativos: ¡no saturen el grupo de mensajes inútiles! ¡Respondan: «Sí, es mío», cuando el jersey sea suyo, y déjennos a los demás en paz!
- El plasta: Va un paso más allá del participativo, y aprovecha el canal para bombardearnos con mensajes que no tienen nada que ver con los alumnos, ni con el colegio, ni con la infancia, pudiendo llegar a pedir a los miembros del grupo una valoración positiva en Google para el restaurante de su cuñado.

- El hipocondriaco: Está perfectamente informado sobre plagas de piojos, brotes de gripe, caídas en el patio..., y tremendamente preocupado al respecto.
- El silente: A los demás les consta que está, pues su nombre aparece en el apartado «Info del grupo»; pero como si no estuviese. Jamás ha escrito comentario alguno ni respondido a otro. Es probable que, sabedor de la futilidad de este sistema, se haya hecho miembro para que no lo tomen por miserable o bicho raro, aunque ha silenciado las notificaciones para que le dejen vivir tranquilo.

La actividad académica de los niños, como dije, no termina en el cole: también hacen horas extras. Los deberes están claramente concebidos por los profesores para que los chiquillos odien los estudios. Y para que los padres odien a los profesores.

Sí, porque al igual que los docentes son los encargados de velar por las evoluciones estudiantiles en el colegio, en casa esa tarea recae en los padres, la inmensa mayoría de los cuales no hemos nacido con vocación pedagógica. Esta responsabilidad que nos han endosado tiene un pase cuando los padres viven en pareja, pues mientras uno prepara la cena el otro puede sentarse con los chavales a repasar la lección. Uno solo también puede hacerlo, sin duda, siempre y cuando tenga la habilidad de saltear unas verduras en la sartén al tiempo que resuelve una ecuación matemática, prepara la ropa del día siguiente, pide cita con el pediatra y hace el pino con una sola mano.

Eso no es lo peor. Lo más deprimente es constatar que los niños, con seis u ocho años, saben más que tú. La primera vez que mi hija mediana abrió el cuaderno en casa para realizar unas divisiones, y me pidió ayuda, me acerqué ufano a la mesa de estudio para brindarle una clase magistral. ¡Unas simples divisiones a mí! Pues bien, cuando encontré escrito en su libreta:

$$9463 \mid \underline{34}$$

los ojos empezaron a darme vueltas en las órbitas y los pies a zapatear por bulerías. Le dije a la niña que «una división puede hacerse de muchas formas», le pregunté cómo se lo habían enseñado a ella..., todo ello, por descontado, para ganar tiempo y encontrar una salida digna a tan devastador aprieto. Me disponía ya a agarrar la calculadora cuando apareció la mayor. «Se hace así y así», explicó, generando, sin saberlo la pobre, un complejo enorme en su padre, no ya porque ella supiese realizar una división, sino porque su hermana, dos años menor, lo entendió a la perfección... y el papá se quedó alelado.

Cuando los adultos de la casa aún no se han divorciado, es posible que a uno se le den las matemáticas mejor que al otro, o la gramática, las ciencias o el inglés. Antaño yo solía ayudarlas con los ejercicios de lengua y mi ex con la aritmética. Pero el progenitor separado, a diferencia del emparejado, debe tener conocimientos de todas las materias. Aunque creo que todos nosotros preferiríamos estar peor preparados y vivir mejor.

Recomiendo, por tanto, a fin de evitar esos sucesos desagradables, actualizarse un poco en las

materias que estudian tus hijos, en primer lugar, para que encuentren en ti un apoyo, y en segundo, porque hacer una división a mano es muy útil para..., bueno, para..., supongo que para algo.

VAMOS AL PARQUE

Si eres un progenitor dinámico, intrépido, una auténtica persona de acción, la *experiencia parque* te resultará tediosa, cuando no frustrante. A menos que tu encantador hijo se dedique a tirar arena a los ojos de otro niño, se caiga y se haga un rasponazo en las rodillas o sea tu hijo el que reciba en los ojos la arena de algún asilvestrado botarate, y te veas obligado a intervenir, al parque se va a *no hacer nada*. Y lo que es peor: de pie. En este tipo de recintos, los bancos escasean, y los pocos que hay suelen estar ocupados por ensimismados abuelitos que llevan a sus nietos al parque y cuyos traseros necesitan el asiento mucho más que tú.

Ahora es cuando mi ex, si leyera esto, diría: «Es que al parque no vas a pasártelo bien tú; van a pasárselo bien tus hijos».

No le faltaría razón. Pero ¿hay algo de malo en que tanto hijos como padres disfruten de una agradable tarde de primavera al aire libre entre columpios, toboganes y balancines?

De nuevo debo remitirme al pasado y exponer que antes de divorciarme, mi ex y yo nos turnábamos para llevar a las niñas al parque o íbamos los cinco juntos. Pero para un adulto solo acompañar *a diario* a sus hijos pequeños a estos espacios de juegos es un martirio chino, que puede atenuarse si antes se llevan a cabo unos pequeños preparativos de índole técnica:

1. La mochila. No estás llevando a tu hijo a escalar el Everest; sin embargo, una sencilla lista de supervivencia hará la estancia en el parque más soportable. Por ejemplo, bajo ningún concepto olvides meter en la mochila un buen cargamento de pañuelos de papel; por alguna razón, las fosas nasales de los niños están programadas para segregar continuamente material de desecho, y pedirle un *kleenex* a una madre u otro padre, aunque serviría para potenciar las relaciones sociales, podría menoscabar considerablemente tu ya de por sí endeble prestigio como progenitor. Tampoco estaría de más, dicho sea de paso, añadir un paquete de toallitas húmedas, habida cuenta de la conocida y extraña predilección que tienen los intestinos infantiles por los lugares menos oportunos a la hora de culminar su engorrosa actividad. La hora del parque suele coincidir con la hora de la merienda, de modo que dejarse en casa el sándwich, el zumo y la pieza de fruta puede constituir un serio problema: no te quedaría más opción que regresar (con los niños) a casa por la merienda, con la absurda sensación de derrota que eso implica. Y agua: es fundamental. Ten presente que la mayoría de las madres y padres incluyen en la mochila una botella de agua mineral (rellena con agua del grifo, por supuesto), y que forzar a tu hijo a beber de la fuente o (lo

que es peor) a que pida a su amigo que le deje beber de su botella (la madre o el padre se llevará una mano al cuello, por miedo al subsiguiente trasvase de gérmenes) está muy mal visto.

2. El atuendo. En realidad, no hace falta ponerle al crío nada especial para ir al parque, aunque el sentido común desaconseja, por ejemplo, decantarse por calzado tipo sandalia, proclive a llenarse de arena cada cinco minutos, lo cual puede terminar siendo bastante molesto para el padre, que se ve en la tesitura de acudir puntualmente a la llamada de su hijo para proceder a un vaciado de zapatos y limpieza de ambos pies. Bueno, y también es molesto para el crío.
3. Dinero. Soy perfectamente consciente de que no andas boyante de pasta, pero unas moneditas en el bolsillo te sacarán de algún apuro. Una bolsa de gusanitos (que cuesta menos de cincuenta céntimos) o un helado en verano (con moderación), mantendrá a tu retoño contento durante toda la larga tarde de juegos.
4. Material adicional para jugar. Los parques infantiles suelen estar magníficamente equipados —algunos parecen diseñados por Frank Gehry—, pero, pese a todo, puede darse el caso de que tu hijo, después de lanzarse treinta veces seguidas por el tobogán decline hacerlo treinta y una, y, con un buen trecho de tarde aún por delante, declare a voz en grito: «¡Papiiiii! ¡Me aburrooooo!». En estas situaciones, llevar al parque un balón de fútbol, un *kit* de cubo y pala o cualquier otro de esos juguetes que compraste en la tienda de todo a cien y que terminan siendo los favoritos de todo peque rebelde que se precie (¿por qué no jugarán con la granja de ponis de Playmobil que te costó cien euros?), te solucionará la papeleta.

Una vez en el parque, es momento de dar a los chicos un poco de rienda suelta. Obviamente, no podemos bajar la guardia: si estás allí es para vigilar a los críos, pues la mayoría utiliza las instalaciones como si estuvieran haciendo prácticas para entrar a trabajar en un circo. (De hecho, por lo que de allí se deduce, las de equilibrista, trapecista y contorsionista son vocaciones tan tempranas en el ser humano que uno inevitablemente se pregunta cómo es posible que los espectáculos circenses estén de capa caída.) La actitud adecuada —y la más extendida, me da la impresión— es la de una «vigilancia relajada», esto es, no tanto la de un árbitro de baloncesto que no para de meterse en medio y manosear la pelota, como la de un juez de silla de tenis, que se mantiene a una distancia prudencial de los jugadores y al mismo tiempo se las arregla para no quitarles ojo (solo que sin silla). Pero, en general, los parques son seguros y están bien acotados; representan, en definitiva, un plácido lugar de esparcimiento, y allí los niños deben desfogarse, tener libertad. En otras palabras: alcanzar tal estado de agotamiento que garantice una plácida noche de dulces sueños. Y a los niños también.

Muy bien. Y ¿ahora qué?

Me encantaría poder decirte que podrías aprovechar el tiempo de parque para darte también a ti mismo un poco de rienda suelta. Para hacer ese tipo de cosas que distinguen a un *Homo*

sapiens vivo, como leer un libro o escuchar algo de música. Sin embargo, si lo hicieras estarías cometiendo un error de consecuencias imprevisibles: concentrarse en la lectura resulta incompatible con la vigilancia visual y aislarse del mundanal ruido con unos auriculares impide escuchar los angelicales alaridos de tus hijos en caso de que estos te reclamen. (Por razones obvias, leer y escuchar música al mismo tiempo queda absolutamente descartado.) Recuerda que estás allí con una misión, y que si no fuera por esa misión daría lo mismo que dejaras en el parque a los niños y te fueras a dar un paseo. Naturalmente, no es ese el caso.

Puedes practicar, eso sí, la fotografía. Tanto si quieres pasar por un tipo artístico y sensible, reutilizando aquella cámara compacta que tu ex y tú comprasteis cuando hicisteis el crucero por el Nilo de ocho días/siete noches (en aquellos tiempos en que viajabais y erais felices), como si te basta y te sobra con el obturador de tu móvil, aprovecha las tardes con buena luz y cúrrate retratos decentes de tu chavalería. (No te pongas muy pesado: el interés de los padres en sacar una foto suele ser inversamente proporcional al interés de los hijos en posar.) Luego, cuando tengas veinte minutos libres en casa, sea ahora o dentro de diez años, edítalas (existen multitud de aplicaciones de retoque gratuitas y *online* donde probar con diferentes filtros y efectos) y, con el tiempo, reúnelas en un álbum, que también puedes editar y encargar *online* (sale caro, pero si haces un par de álbumes al año no te vas a arruinar). Titúlalo *Momentos inolvidables en el parque.* Una advertencia: utiliza la cámara solo de vez en cuando y *solo* con tus hijos; la visión de un hombre merodeando por un parque infantil cámara en ristre puede llevar a conclusiones erróneas por parte del resto de los padres allí presentes.

En los parques, por cierto, se manejan unos códigos que conviene conocer. En determinados aspectos, es el mundo al revés. Creemos en una sociedad mejor, presagiamos que el día en que en el planeta reine la bondad llegará y aleccionamos a nuestros hijos para que sean ciudadanos ejemplares en esos Mundos de Yupi. Por tanto, te encontrarás con que los parques son un banco de pruebas idóneo para inocular en los pequeños de la casa los sanos virus del civismo, la generosidad y los buenos modales..., sin que el hecho de que tu comportamiento cotidiano contravenga de forma reincidente esos hermosos valores suponga problema alguno.

Para explicarlo mejor, te propongo este sencillo test:

1. Justo cuando tu hijo se dispone a tirarse por el tobogán, un travieso chavalín se abre paso a codazos y se planta delante para tirarse él primero. ¿Cuál es tu reacción?

    a) Haces como cuando aquel tipo trató de colársete en la pescadería y le gritas: «¡Eh! ¡Alto ahí! ¡Ponte a la cola, listillo!».
    b) Te acercas a tu hijo y le dices dócilmente: «No pasa naaada, deja que se tire y luego te tiras tú».

2. Tu hijo está tranquilamente jugando con la arena cuando un pequeño rufián se le acerca y le arrebata el rastrillo. ¿Qué haces?

a) Le quitas bruscamente el rastrillo al delincuente juvenil en potencia mientras le dices: «Pero ¿qué te has creído?», y te acuerdas de su padre, probablemente, el fulano que esa misma mañana trató de birlar una plaza de aparcamiento que tú habías visto antes.

b) Le dices a tu hijo: «No pasa naaaada, hay que compartiiiir».

3. Ahora es tu hijo el que le quita el juguete a otro. ¿Y bien?

a) Piensas: «¡Ese es mi hijo! ¡Qué carácter!».

b) Proyectas bien la voz desde el esternón y le dices a tu hijo: «Oye, ¿cuántas veces tengo que decirte que las cosas se piden *por favor*?».

(Tres respuestas *a:* estás invalidado para acercarte a menos de cincuenta metros de un parque infantil.

Una o dos respuestas *a:* lo siento, pero aún te queda un largo camino por recorrer.

Tres respuestas *b:* «¿Tienes algo que hacer el viernes por la noche? ¿Aceptarías cuidarme a mis niñas?».)

En general, el gran aliciente del parque infantil para los adultos es su valiosa condición de escenario ideal para las relaciones interpersonales. Los parques, podría añadirse sin exagerar, son uno de los espacios públicos más propicios para socializar, por la naturalidad y fluidez con que el inicio de conversaciones puede desencadenarse. En eso se parece un poco a los lugares escogidos por los adolescentes para celebrar el *botellón* —donde, al parecer, la actividad de los asistentes también posee cierto carácter *estático*—, con la lógica salvedad de que aquí el trasiego de bebidas se reduce a zumos en *tetra-pack* y yogures bebibles. (De hecho, ¿en qué crees que se convierten los parques infantiles después de las diez de la noche? ¿Pensabas que las temblorosas pintadas que aparecen en las paredes laterales del tobogán de un día para otro brotan por arte de magia?)

Lo realmente difícil en un parque infantil, por tanto, es tirarse en él una hora y media y no hablar con nadie. Allí, *alternar* (como decían nuestros abuelos) no es que resulte sumamente sencillo: es que forma parte de la experiencia. En los parques, el tema de conversación flota en el ambiente; o, para ser más precisos, se balancea en el columpio y se revuelca en la arena. ¿Sabes de algún padre o alguna madre a quien no le guste hablar de sus hijos? Desarma cualquier asomo de desconfianza, nos suelta la lengua. Hablar de los hijos despierta la solidaridad paterna y materna; nos recuerda que formamos parte de un mismo cuerpo de élite, con una misma misión. Crea una robusta sensación de camaradería.

Esto es un verdadero regalo para el padre divorciado. Los parques para niños, llenos de madres y padres que, como tú, van allí a no hacer nada, suponen un excelente decorado para establecer contactos. ¡Qué digo un excelente decorado! ¡Los parques son una sucursal de Tinder

en potencia y a pie de calle...!, donde, además, la selección de perfiles se ha hecho previamente de forma espontánea. ¿Alguna vez te has parado a hacer un análisis sociológico de *tu* parque? Cada parque, en función de su emplazamiento, constituye una muestra demográfica bastante fiable del estilo de vida de un barrio, zona o distrito. Cada barrio tiene unas peculiaridades sociales dignas de considerar. Vaya, que es posible que, si entablas un cordial *tête à tête* con una mamá o un papá seguramente también divorciados, compartas con ella o él algo más que el haber traído hijos al mundo. Aparte de que viva cerca de tu casa, hay bastantes posibilidades de que pertenezcáis a un mismo estrato social o incluso tengáis amigos o conocidos en común. Por ahí se empieza...

El objetivo primordial, en cualquier caso, es combatir el tedio, y para ello lo mismo te da intercambiar chascarrillos con padres, madres, tíos o abuelos. Pero, oye, imagínate que de uno de esos cónclaves al aire libre surge una bonita amistad. ¿A que empezarías a ir al parque con otro ánimo?

Naturalmente, no todo el mundo posee el don de la palabra y algunos están tan oxidados que podrían caer en la tentación de soltar de buenas a primeras aquella muletilla clásica de: «¿Estudias o trabajas?». Para todos ellos, hay una pregunta infalible que apela a la anteriormente citada camaradería paternal/maternal y que, de tan manida, esconde mejor que ninguna tus oscuras intenciones:

«¿Qué edad tiene el tuyo?».

Dicha interpelación es el secreto mejor guardado de un parque infantil. Si uno pega la oreja puede escucharla hasta una docena de veces en una misma tarde. Planteada en el momento justo —cuando tu hijo y su hijo juegan juntos, o pelean juntos—, puede dar lugar a una conversación muy provechosa, aproximadamente en los siguientes términos:

Tú: ¿Qué edad tiene el suyo?

Mamá de Rodrigo: Seis.

Tú: *(Lanzas un silbido de admiración.)* ¡Está muy alto para su edad!

Mamá de Rodrigo: Sí. *(Sonríe y carraspea.)* ¿La suya?

Tú: La mía está en un percentil cincuenta.

Mamá de Rodrigo: No, que qué edad tiene.

Tú: *(Te ríes encantadoramente.)* Ah. Seis.

Mamá de Rodrigo: También está grande.

Tú: Psá. ¿Cómo se llama?

Mamá de Rodrigo: Yo, Estefanía, y ¿usted?

Tú: Me refería al niño. Yo me llamo [pon aquí tu nombre].

Mamá de Rodrigo: Ah. *(Ahora ella ríe encantadoramente.)* Rodrigo. Se llama Rodrigo. Por cierto, encantada.

Tú: El placer es mío. Yo soy el papá de ese trasto llamado [pon el nombre de tu hijo o hija].

¡Qué hermosura! De crío, quiero decir. *(Breve pausa contemplando el horizonte.)* ¡Ah, qué inmensa suerte tenemos de poder disfrutar de este entrañable esparcimiento vespertino con los pequeños en tan encantador enclave...!

Pero, aparte de querer mostrarte como un padre amoroso con sus hijos y asquerosamente pedante (si algún día llega a descubrir que lo primero tiene sus matices significará que os habéis conocido bastante), supongo que te gustará que piense que, además de progenitor modélico, eres un tipo interesante, divertido, ingenioso, culto, con buena conversación... Entonces habrá llegado el momento de expresar todo eso en una sola frase:

Tú: Pues parece que se ha quedado buena tarde.

Pero, para ser honesto, ni hipótesis de esta índole compensan el mal trago de una tarde de parque. En cuanto llegas a sus confines estás deseando largarte, sensación que se acrecienta con el paso de los minutos, pues al matador y prolongado aburrimiento se une el brutal cansancio que empieza a doblarte la espalda y aflojarte las piernas a consecuencia del engarce de quehaceres que vienes llevando a cabo desde primera hora de la mañana. Sientes una acuciante necesidad de regresar a los dominios seguros de tu domicilio, donde las obligaciones que aún te esperan (realización de deberes, verificación de duchas y preparación de cenas), por ser más activas, liquidan el esplín. La progresiva desesperación suele erupcionar en forma de grito de: «¡Niños, a casa!», respondido habitualmente con la petición, por medio de ruegos y llantos, cuando no de hostiles refriegas, de una prórroga de cinco minutos. A la cuarta prórroga comienzas a notar cómo se te hinchan las venas del cuello y te pones a recoger todos los útiles pueriles desperdigados por el suelo, te das la vuelta y emprendes el camino a casa, tímidamente, claro, mirando de reojo para comprobar si la prole te sigue o estás a punto de convertirte en un padre que abandona a sus hijos a su suerte, en plena vía pública, al anochecer y en un lugar por donde, cuando sale la luna, corren el alcohol y las drogas que da gusto.

La maniobra suele dar el resultado esperado: que tus hijos lo dejen todo y salgan corriendo tras de ti para no quedarse a pasar la noche a la intemperie. Pero con todo y con eso, no basta un chasqueo de dedos para transportarte a tu piso. A pesar de que darías cualquier cosa porque tus hijos te arrastraran a ti, eres tú quien debe tirar de ellos para evitar que la hora de la cena coincida con la del desayuno. Tus ganas de que concluya la jornada son tan grandes que, si por ti fuera, harías un *pack* con todo lo que resta por hacer y obligarías a tus hijos a estudiar bajo la ducha al mismo tiempo que comen una tortilla con tal de acabar antes. No lo haces porque se mojarían los libros de texto, y ya sabemos que los profes tienen muy malas pulgas. El espectáculo al que asistes es, por desgracia, el contrario: mis hijas, por ejemplo, reptan por la acera a velocidad de tortuga y hasta se detienen a diario a contemplar el escaparate de una joyería que acaban de abrir en el barrio, hipnotizadas por el fulgor de pendientes y collares como si al día siguiente, en vez

de examen de Mates o Lengua, tuvieran una cena de aniversario. Las niñas se extasían devorando con los ojos pulseras de plata y sortijas de lapislázuli, y como no reaccionan ni con palabras dulces ni con tirones de coletas, y a mí me interesan esas piezas lo mismo que un frasco de arenques caducado, y, por otra parte, soy de esas contadas personas que no se conforman con quedarse en la superficie de las cosas, sino que gustan de profundizar, no me queda más alternativa que enfocar la vista más allá del cristal y contemplar a la chica que regenta el establecimiento, una escultural madurita, de curvas esculpidas en gimnasio, apostada en el mostrador, sonriendo, sin duda, porque cree que soy yo quien obliga a las niñas a realizar la inoportuna parada, con objeto de echarle un vistazo a la dueña, y no al revés, como en efecto sucede. Me declaro inocente.

A SU SALUD

No sé si le ocurre al resto de los mortales, pero desde que tus hijos nacen hasta que tienen edad para ingresar en el ejército se establece una relación tan estrecha con su pediatra que llegas a plantearte si debes hacer hueco en la mesa de Nochebuena para que venga a tu casa a cenar. A diferencia de otros facultativos, que gustan de ser tratados por su apellido (precedido del vocativo «doctor»), a nuestra pediatra nos dirigimos por su nombre de pila (Teresa) y ella saluda a mis niñas, según entran por la puerta, llamándolas por el suyo, sin que sea perceptible el mínimo temblor de párpado por su parte. Calculo que debe de estar a cargo de la salud de no menos de quinientos infantes, ¡y no se olvida del nombre de ninguno! Yo, si tuviese quinientos hijos, sospecho que me olvidaría del nombre de por lo menos cuatrocientos noventa y cinco, y eso que sería su padre. Claro que esta capacidad de retentiva en un médico no tiene ningún mérito; si durante la carrera han debido memorizar compuestos como «dimetilaminofenildimetilpirazolona», ¿cómo no van a recordar un simple «Sofía»?

Bien pensado, tampoco debe extrañar el alto grado de confianza que se forja entre pediatra, niños y padres, pues a estos profesionales sanitarios hay que visitarlos muy a menudo. Con todo, son visitas que van espaciándose en el tiempo, porque mientras a tu hijo mayor lo llevabas al médico en cuanto se caía y se hacía un arañazo en la rodilla, cuando tienes al segundo ya estás tan curtido que restas importancia a la excoriación y, si te animas a traer al mundo un tercero, resuelves una caída de cabeza desde tres metros de altura con un coscorrón adicional, para que aprenda a estarse quieto. Aparte, la medicina infantil ha progresado mucho, y bastan dos fármacos para sanar el 90 % de las dolencias de los destetados. Lo mismo da que haya que paliar un poco de fiebre que malestar abdominal, irritación de garganta o dolor de oídos: una pareja de milagrosos brebajes llamados Dalsy y Apiretal, y como nuevos. Me sorprende enormemente que sepamos quién inventó la penicilina (¡la penicilina!, ¡eso qué es!) y no haya una estatua dedicada a los creadores de estos dos preparados a la entrada de todos los dispensarios. Me rio yo de

Mickey y Minnie: ¡esos sí que son amigos de los niños! Si de mí dependiera, comercializaría peluches de Dalsy y Apiretal, uno naranja y el otro rosa, y les produciría una serie de televisión, y hasta un parque temático, no en Orlando, sino en alguna ciudad-balneario de los Alpes suizos, donde todo es bueno para la salud. De verdad que se me escapa cómo las farmacéuticas y el emporio Disney, que andan a la par en términos de poder, no han llegado hasta la fecha a un acuerdo de colaboración.

Lo que tampoco termino de entender es cómo es posible que los niños adoren a sus pediatras. Con las barrabasadas que estos les hacen. En este punto, Teresa es demoledora. Aún no te ha dado tiempo para tomar asiento cuando sitúa a la niña en una camilla, le quita la ropa, le mete un palo por la boca, te aplica una especie de ventosa metálica a diez grados bajo cero en el pecho, ilumina sus orejas con una linterna de bolsillo, la pesa, la mide..., y no te digo nada si de lo que se trata es de ponerle una inyección. Pero gozan de amplia experiencia, y saben que si al término de la inspección regalan a los críos el palito con el que le han examinado la boca, estos se marchan tan felices. El otro día una de mis hijas insistió en que le comprase un helado. «Vamos a hacer una cosa —le planteé—. Voy a comprármelo para mí, y cuando me lo haya comido, el palito te lo regalo, como acostumbra Teresa. ¿A que eso te hace inmensamente feliz?» Por alguna razón, su reacción (llantina, bramidos, pataletas) distó mucho de la que exterioriza cuando sale de la clínica tras una exhaustiva revisión.

Como es natural, toca a los padres poner en práctica los tratamientos prescritos por los pediatras. Cuando estás divorciado, esto exige un alto nivel de compenetración con tu ex, pues si el tratamiento dura diez días es probable que ambos progenitores deban repartirse el trabajo.

Una de las curas más frecuentes en menores es la destinada a acabar con los piojos, ftirápteros asiduos a las cabezas de los niños. La primera vez que detecté que mis hijas se rascaban mucho el cráneo pensé simplemente que no se habían lavado bien el pelo. A la mañana siguiente, un compañero de trabajo me informó de que un bichito inmundo deambulaba por el cuello de mi camisa, hecho que, en un arrebato de lucidez, relacioné con la picazón de mis niñas y, asaltado por la sospecha, como novato en esas lides, consideré necesario acudir a la pediatra a que la confirmase. Me dijo que tenían pediculosis, a lo que respondí que creía que en los pies no les pasaba nada. Traducido al lenguaje profano, aclaró que se trataba de piojos, por lo que, una vez confirmados los temores, me gasté medio sueldo en un espray, una loción, un champú y una especie de peine gigante denominado lendrera. Me habría costado menos llevarlos a una peluquería a que las rapasen al cero.

Aunque la doctora siempre está ahí para cualquier cataclismo que pueda originarse, juzgo conveniente disponer de un pequeño botiquín en casa, pues gran parte de los males de los niños pueden tratarse intramuros. En dicho botiquín no deben faltar, qué duda cabe, los milagrosos Dalsy y Apiretal, un bote de solución yodada para desinfectar heridas, el inevitable termómetro y varias docenas de cajas de tiritas. Los niños, a quienes les priva disfrazarse, consideran estas una especie de aderezo a su indumentaria, por lo que al mínimo rasguño o el más insignificante golpe

demandan la aplicación cutánea de una tira adhesiva, muchas de las cuales, por cortesía de avispados empresarios, lucen, impresos, dibujos animados de moda. Me parece discriminatorio con respecto a los adultos, abocados a cubrirnos con tiritas de color carne, o transparentes, cuando lo justo sería que pudiésemos encontrar en las farmacias modelos gris marengo, con raya diplomática, de pata de gallo o cuadros Burberry, aptos para combinar con nuestro atavío diario.

El traspaso de niños por vacaciones de progenitor a progenitor debe ir acompañado de la transferencia añadida de la tarjeta sanitaria, documento imprescindible para que puedan atenderlos en cualquier punto de la geografía nacional donde estés pasando el asueto. Hasta tal extremo resulta esencial, que ya puede el crío entrar llorando en el centro de salud playero con una picadura de medusa, una brecha sangrante en la cabeza, vómitos y una oreja colgando que, si no portas la dichosa tarjeta entre los dientes, el bulldog con chaquetilla blanca que custodia la entrada te pondrá mil impedimentos para que el médico lo reconozca. Y es lógico, porque si lo piensas, cuando te personas de esa guisa en un ambulatorio costero, lo más seguro es que seas una familia no residente en el país, que haya cruzado en avión cuatro continentes con la picadura de medusa, la brecha y todo lo demás, con el único objetivo de molestar y alterar su tranquila rutina de pequeña población.

Si acabas de divorciarte, tienes hijos pequeños y has leído esta treintena de páginas, lo más probable es que ahora mismo estés buscando en Internet un vuelo barato a Tonga para una persona. Ciertamente, condensada en tan poco espacio gran parte de la problemática que rodea a esta situación familiar, cualquiera que posea un grado de sensibilidad mayor que el de un Cornetto se sentirá asaltado por una ola de pavor. Pero como no quiero despedirme dejándote un mal sabor de boca, añadiré, a modo de optimista colofón, que no es tan fiero el león como lo pintan. En un par de años lo tendrás todo tan controlado que funcionarás por automatismos. Además, piensa que esta etapa de la vida de los niños es pasajera, y que en menos que canta un gallo se habrán convertido en lozanos adolescentes, lo cual, a menos que ahora venga alguien y diga lo contrario, estoy convencido que debe de ser un auténtico chollo para padres divorciados.

Guerra (con hijos adolescentes)
y Paz

No descubro nada si afirmo que hay cosas en la vida que es mejor hacerlas a dúo. Aparte de alguna que, por obvia y procaz, prefiero omitir, puedo citar ahora otras muy evidentes. Salir a cenar fuera siempre es más agradable si cada comensal tiene a alguien enfrente con quien departir durante esas esperas entre plato y plato que en determinados restaurantes pueden llegar a resultar desesperantes. Caminar por la montaña no solo es más grato cuando se hace en compañía, sino también más seguro: si uno de los dos excursionistas tropieza y se descalabra, el otro puede socorrerlo e incluso, dependiendo de la magnitud del descalabramiento, librarle de una muerte probable y terrible, presa del frío y los lobos. El montaje de los muebles de Ikea requiere ineludiblemente de la concurrencia de, al menos, dos personas, y no, como pueda parecer, para que una lea en voz alta las instrucciones mientras la otra aprieta los tornillos; no. Solo para interpretar correctamente los dibujitos de los manuales se necesitan cuatro ojos y dos cerebros, bien despejados, por cierto. Los dueños de esta cadena sueca enfocan el conjunto de sus estrategias a las actividades en pareja, por eso cuando recorres sus laberínticos pasillos con tu marido o esposa, garantía de discusión, nunca te aburres.

Pienso también que criar hijos adolescentes únicamente solo puede llevarse a cabo sin riesgo para la salud mental de los progenitores si ambos se implican en la tarea. Me quito el sombrero ante esos padres solteros y esas madres solteras que deciden echarse a las espaldas tan estresante carga. Desde aquí les digo: mientras tengáis solo un niño y sea pequeño, pase; pero si os da por aumentar el clan... ¡no sabéis lo que os espera cuando crezcan!

Porque, como digo, para meter en vereda a hijos adolescentes se precisan dos adultos. Fundamentalmente, por un par de razones:

a) Solo de ese modo se produce un equilibrio de poder. Es decir, un hijo adolescente frente a dos padres está en franca minoría; dos hijos, en igualdad; y a partir de tres, como los críos carecen por completo de sentido corporativista y mira cada uno por su propio beneficio, los padres pueden, aun así, establecer una especie de gobierno de cooperación y, aunque con encarnizada oposición, lograr imponer su autoridad. Porque de eso se trata: de imponer la autoridad. ¿Por qué, si no, los agentes del orden iban a patrullar emparejados? Simplemente, porque a uno solo se lo comerían vivo los maleantes.

b) Por cuestiones organizativas. En el momento de escribir estas líneas todavía la naturaleza

> no ha solucionado la cuestión de la ubicuidad del ser humano, y todo apunta a que la cosa seguirá sin resolverse muchos años. Los padres de hijos adolescentes deben comparecer a la vez en varios sitios: una casa particular donde se está celebrando una fiesta, la salida de una discoteca, un partido juvenil de fútbol, otro de baloncesto, la sala de espera de urgencias... Dado que es imposible, como decimos, que uno solo se persone en dos de estos lugares al mismo tiempo, el problema del desdoblamiento solamente puede solventarse si los padres son dos y actúan de forma simultánea y perfectamente coordinada.

Soy una madre divorciada, actualmente sin pareja, con tres chavales en ese tramo de edad que va desde que les cambia la voz hasta que recibes una llamada intempestiva de Nicolás [pon en su lugar el nombre de cualquier amigo de tus hijos] que te informa de que tu retoño está tirado en un banco de la calle, vomitándose encima y con una pérdida de conocimiento tal que no es posible espabilarlo ni con las bofetadas más vigorosas.

Mi conflicto derivado de la separación, pues, no es económico, ni social, ni psicológico, ni está relacionado con un engorroso cambio de domicilio. Mi dificultad ha sido el lograr hacerme con mis hijos.

Tras el estirón, en los niños se da un curioso fenómeno bien conocido por cualquiera que tenga que soportarlos. Mientras son pequeños, gravitan alrededor de sus padres, como si no hubiese nada más importante, pero en cuanto crecen un poco, el eje de su órbita pasa a estar ocupado por sus amigos. Dicho de otro modo: durante la más tierna infancia, sus padres lo son todo para ellos, y nada más cumplir los trece (puede que antes), vaya usted a saber por qué, llegan a la conclusión de que los seres que les dieron la vida ya no les sirven para nada y buscan el calor de los componentes de su pandilla como la Tierra busca el del Sol. Se trata de una incoherencia manifiesta, pues si algo caracteriza a los adolescentes es su rebeldía, y para poder ser rebelde es necesario tener algo contra lo que rebelarse. Ese «algo» somos nosotros, los padres. Sin nosotros, por tanto, los adolescentes no serían rebeldes ni, en consecuencia, adolescentes. Por desgracia, no se dan cuenta de ello, lo que da lugar a un exasperante círculo vicioso: ellos nos ignoran de forma creciente, nosotros tratamos de impedirlo reforzando nuestra jerarquía, siendo aún más vigilantes y estrictos, por lo que les damos más razones para sublevarse, pero sin que ello evite que sigan ignorándonos. Entonces nosotros endurecemos nuestra severidad..., y vuelta a empezar.

Debe de ser que su capacidad de entendimiento está todavía en fase de desarrollo. Igual que el bigotillo aún no se ha convertido en mostacho cerrado, a su cerebro aún deben de faltarle algunos lóbulos por florecer, lo que merma inevitablemente su facultad de raciocinio. Desconozco la etimología de la palabra «adolescente», pero si viene de «adolecer» está muy bien escogida. Los chavales adolecen de muchas cosas, entre ellas, de una sesera terminada.

Lo cual es una pena, porque yo me pregunto: ¿cuándo pueden unos padres disfrutar de sus hijos? La respuesta es: nunca. O quizá solo un par de años. Desde que nacen y hasta que cumplen

los diez, son un quebradero de cabeza: comen mal, su frenética actividad vuelve loco a cualquiera (se dedican a cascar jarrones con balones de fútbol o ensayar mareantes coreografías y cantar chirriantes melodías a grito pelado) y con desmesurada frecuencia hay que llevarlos al médico para que les trate fiebres, toses, extrañas infecciones, luxaciones y magulladuras. De adolescentes, se avergüenzan de ti: si los llevas en coche al instituto, te pedirán que les dejes dos manzanas antes para que sus amigos no vean que aún dependen de sus papás. Y, por último, cuando se hacen mayores de verdad, y encuentran pareja, trabajo, casa propia..., en el mejor de los casos vendrán a visitarte un domingo de cada dos. Solo en el breve periodo que va de los diez a los doce años, cuando han aprendido a comer más o menos decentemente y a no romper cosas, accederán a sentarse en tus rodillas para ver una peli y se irán a la cama cuando se lo ordenes.

Puesto que voy a nombrarlos con frecuencia en las páginas siguientes, te presentaré a mis hijos: Hugo (diecisiete), Alba (quince) y Mateo (trece). Tengo la compartida (sí, generalmente se omite lo de «custodia», del mismo modo que se habla solo de «la condicional» cuando se hace referencia a la libertad de los presos; y es que delincuentes y adolescentes guardan mucha relación), la cual, en esta situación, es la opción menos mala: solo paso con ellos la mitad del tiempo. El padre de las criaturas pasa la otra mitad, y hasta donde yo sé, también se les suben a las barbas.

En este preciso instante levanto la vista del ordenador y esto es lo que veo: Hugo está despatarrado en el sofá viendo una serie de vikingos que se divierten cortándose las cabezas unos a otros; Alba lleva cuarenta y cinco minutos encerrada en el baño; y Mateo, algo más de dos horas en su habitación jugando con la consola. De un momento a otro voy a interrumpir la redacción de este escrito para ponerme a hacer la cena. Suele ocurrir en este momento del día que, una hora después, solo uno de ellos se ha sentado a cenar. Lo mejor que puedes hacer en estos casos es adoptar mi técnica, implantada después de muchos meses de sufrimiento, y que consiste en citarlos a una hora; igual que si nos citásemos en un restaurante, pero en casa. «A las diez, en la mesa del comedor», les digo. Y a esa hora, con mayor o menor puntualidad, abandonan sus enriquecedoras actividades y van dejándose caer delante de los platos. Te ahorras el tener que ir habitación por habitación convocándolos y ellos sienten que disfrutan de cierta libertad. ¡Qué paciencia hay que tener!

Lo siento por los nostálgicos que siguen escribiendo cartas a mano y pagando con calderilla en el supermercado, pero opino que el teléfono móvil, también llamado celular inteligente y *smartphone,* es el gran aliado de los padres divorciados con hijos adolescentes. Se ha tratado de vilipendiar este delicioso invento diciendo, entre otras cosas, que nos hace perder un montón de horas al día y que incluso crea dependencia. Pues bien, yo replico: ¡benditos aparatos! Dado que una de las funciones de estos dispositivos es la de efectuar y recibir llamadas telefónicas (¡sorpresa!), considero de vital importancia dotar de ellos a nuestros hijos no bien han cumplido

los trece, a más tardar. De ese modo, puedes llamarlos cuando te han dicho que llegarían a casa a las once y a las doce y media siguen sin aparecer.

No es tan sencillo, sin embargo. Está demostrado que nueve de cada diez llamadas a los hijos no son respondidas. ¿Por qué no te cogen el teléfono? Es un misterio. Quizá sus conductos auditivos, como su cerebro, no estén desarrollados del todo y sean incapaces de percibir las frecuencias que emiten los teléfonos móviles; o lo que es lo mismo, que estén sordos como tapias. Que los llevan encima es indudable: antes se cortarían un brazo que alejarse más de dos palmos de su terminal. Aun así, dudo de esta explicación, pues cuando están en casa y les llama algún amigo, escuchan el timbre a la perfección y hasta responden con diligencia. Otra posibilidad es que estén en un cine y hayan tenido que silenciar el móvil. Vale, pero mis hijos no son tan cinéfilos como para desoírte tantas veces. O en una discoteca, donde el ensordecedor ruido ambiente neutraliza el más discreto del dispositivo. Tampoco me cuadra, porque los sábados a las cinco de la tarde y los domingos por las mañanas no hay discotecas que valgan, y tampoco me cogen el teléfono. En último caso, he llegado a barajar también como plausible argumento el que escuchen con nitidez la llamada y, simplemente, no quieran atenderla. «¡Sacrílega!», «¡Abyecta!», «¡Descastada!», «¡Mala madre!», tal vez estés pensando. «¿Cómo puede usted concebir siquiera que unos hijos rechacen alevosamente, y puede que, con premeditación y nocturnidad, la llamada de su ser más querido?»

Bueno, pues ocurre.

Cuando después de nueve intentos infructuosos, al décimo contestan y les preguntas por qué no han atendido hasta ese momento tu llamada, las excusas que esgrimen son de lo más variopinto:

«Aquí no ha sonado».

«No lo he escuchado.»

«Estaba entrenando.» (Pretexto válido incluso si entre la primera llamada y la novena han pasado seis horas.)

«Tenía el móvil en la mochila de Nicolás.»

«Me había dejado el móvil en casa de Nicolás.»

Sí, otra de las características de los adolescentes es que creen que sus padres son tontos.

Cuando estés planteándote comprar a tus hijos un móvil, elige siempre uno barato. Ellos desearán, como es natural, un iPhone de última generación; claro, ¡y yo! Pero por alguna extraña razón, a pesar de que una vez que lo consiguen pasa a ser su posesión más preciada, lo pierden con pasmosa facilidad. Y coincidirás conmigo en que, ya que se va a perder, mejor que sea un aparato relativamente económico a uno en el que te hayas dejado el sueldo de un mes.

Diría que lo primero que has de hacer cuando das el paso de obsequiarles con un *smartphone*, antes incluso de efectuar la primera inútil llamada, es activar la función de geolocalización. Sirve para saber en todo momento en qué parte del mundo está el móvil, y es de suponer que, con él, tu hijo. Esto resulta especialmente beneficioso por las noches, cuando se acerca la hora establecida

de regreso y necesitas comprobar que, efectivamente, el crío está de camino a casa. Pero, en general, es una herramienta muy valiosa siempre.

Lo mejor que puede pasarte cuando lo consultas es detectar que tu hijo está en el parque de al lado de casa haciendo botellón. Esto sucede algunas veces. Otras, se te hiela la sangre al descubrir que el parque no es el de debajo de casa, sino uno de las afueras, muy famoso, por cierto, porque sale asiduamente en la sección de sucesos de los periódicos como escenario de brutales reyertas de bandas juveniles a machetazo limpio. Como es natural, lo llamarás, y con la misma naturalidad, el chico o la chica no te contestará. Entonces no te quedará más remedio, sean las diez de la noche o las tres de la mañana, que coger las llaves del coche y conducir al borde del paroxismo hasta el lugar de los crímenes para rescatarlo.

En una ocasión estaba yo en casa de unas amigas, en los preámbulos de lo que se auguraba iba a ser una apetecible cena —debían de ser las ocho de la tarde—, cuando me dio por consultar dónde se hallaba en ese instante el mayor de mis hijos. (Al final la operación se convierte en una especie de vicio y te ves cerciorándote cada media hora.) Esa vez se me heló la sangre y hasta el zumo de limón que tenía en la mano, el cual se transformó instantáneamente en granizado. Mis amigas pudieron escucharme gritar:

—¡Ostras! ¡Está en Consuegra, Toledo!

La localidad de Consuegra, Toledo, se ubica a dos horas en coche de la ciudad donde vivimos. No conocemos a nadie allí, y, de hecho, no recuerdo haberla visitado jamás en mi vida. Decir que me alarmé resta muchos enteros a la sensación de pánico indescriptible que me invadió. ¿Qué leches hacía mi Hugo en Consuegra un sábado a las ocho de la tarde cuando solo un par de horas antes lo había visto salir tranquilamente de casa con su indumentaria oficial de aspirante a rapero? Enseguida pensé que lo más probable era que le hubiesen robado el móvil. El ladrón habría salido corriendo con su suculento botín y a esas alturas, imparable en su huida, habría penetrado ya en la provincia de Toledo.

Llamé a Hugo, claro; no me lo cogió, por supuesto. Insistí, con idéntico resultado. Volví a consultar el móvil..., y entré en tal estado de conmoción que mis amigas vinieron a socorrerme agitando pañuelos delante de mi cara, echándome vasos de agua por la cabeza y una de ellas estuvo a punto de practicarme el boca a boca. Consuegra, Toledo, había quedado atrás, y ahora se aproximaba a Campo de Criptana... ¡Ciudad Real!

Por fin, como es de rigor, al décimo intento, me contestó.

—He ido con el padre de Nicolás, y Nicolás, a ver al hermano de Nicolás, que trabaja ahí.

¡Pero, pero, pero, pero, pero! Me hubiera gustado decirle tantas cosas a la vez que, sumida en el más profundo aturullamiento, no me salía ninguna. ¡Pero por qué demonios tenía él que ir a ver al hermano de Nicolás, estuviese en Consuegra, en Campo de Criptana o en Venta de Pantalones, provincia de Jaén! ¡Pero cómo se le ocurría salir de casa a las seis para hacerse un viaje de más de cuatro horas (contando ida y vuelta) si tenía que estar en casa a las doce! Este tipo de salidas las hace uno, yo qué sé, si va a pasar un apacible fin de semana rural, pero para

efectuar un saludo exprés... ¿a quién se le ocurre? ¿Te has dado un golpe en la cabeza, hijo? ¿Se bajarían del coche al llegar, le darían dos besos y dos abrazos al hermano de Nicolás y volverían sin perder tiempo por donde habían llegado? Pero ¡qué absurdez! Y, sobre todo, Hugo, querido mío: ¡por qué no me lo habías dicho!

Cuando logré formular algunas de estas preguntas, Hugo me respondió con el clásico balbuceo adolescente, una técnica muy pulida para salir del paso con monosílabos, interjecciones y frases inconexas a la vez que incompletas.

Por medio del geolocalizador pude constatar que al rato volvía a pasar por Consuegra, señal de que estaba de regreso. A las doce llegó a casa como si tal cosa. Le faltó entrar silbando por la puerta.

Esos hechos imprevistos, de los que podría disertar aquí largo y tendido, son los que de verdad te alteran como padre o madre. Más aún si estás divorciado, porque al chupártelos tú solo dejas sin efecto refranes como «la unión hace la fuerza» o «cuatro ojos ven más que dos». Lidiar con hijos adolescentes como único adulto a tiempo parcial exige organización, y estas infaustas improvisaciones te rompen los esquemas. En cuanto crecen un poquito, se impone llevar una agenda de su vida social, bastante más agitada que la tuya, por cierto. Es decir, que, a partir de entonces, debes llevar *dos* agendas, la de ellos, con sus horas de llegada, cumpleaños de amigos, fiestas varias, graduaciones, entrenamientos, partidos...; y la tuya, con tus reuniones, tus comidas de trabajo, tus videoconferencias... La mente humana no da para tanto, créeme, de ahí que sea mejor tenerlo todo escrupulosamente anotado. Es por eso que digo que cuando los chicos se salen del guion, tú, que pensabas que lo tenías todo controlado, te pones de los nervios.

A veces es el propio calendario el que, con sus inoportunas festividades, desbarata la armonía. En la última Nochevieja, sin ir más lejos, di permiso a Alba para que volviera a las seis de la mañana; una noche es una noche, y, además, me constaba que celebraría la entrada en el año nuevo bien encerradita en casa de unas amigas. Para Hugo, por ser el mayor, no dispuse hora límite. A pesar de lo que puedan traslucir algunas vivencias expuestas aquí, es bastante responsable, teniendo en cuenta que la responsabilidad en los adolescentes es un concepto que oscila entre nulo y escaso. Aun así, si lo comparamos con lo que anda suelto por ahí, es un niño muy centrado. Supuse, por tanto, que no regresaría a casa mucho después de su hermana.

Tras la cena y una copa en casa de mis padres, volví a la mía con Mateo, el pequeño, no sin antes dejar a Hugo y a Alba a la puerta de sus respectivas fiestas. Dormí un poco, pero como puedes imaginar, a las cinco ya estaba otra vez despierta deseando oír las llaves de la niña girando en la cerradura, pues nunca hasta esa fecha había llegado tan tarde. A las cinco y media, un timbrazo del teléfono me hizo saltar de la cama. Era el ínclito Nicolás. «Hugo se encuentra..., se ha puesto... malo..., hemos... llamado a una ambulancia..., se lo ha llevado al hospital...», traduje hilvanando sentencias sueltas de su farfulla.

¡Mi niño, en coma etílico! Me eché un abrigo por encima y me preparé para salir... ¡Pero no podía irme! Me di cuenta de que estaba súbitamente abocada a una insólita situación: debía

esperar a que la niña llegara de su fiesta para poder ir a urgencias a ver cómo estaba el niño, damnificado tras la suya. ¿Ves lo que te digo? ¡Eso con dos adultos en casa no ocurre! Por otra parte, no quería que Alba se enterase del incidente, más que nada por no preocuparla. Así que no me quedó otra alternativa que aguardar en mi habitación, conteniendo como podía mi creciente angustia, a que la niña volviese a casa; cuando esto sucedió, a las seis y media, y antes de que se arrojase vestida en su cama (tampoco llegó en plenitud de facultades, ni mentales ni motoras), me levanté y le pregunté ocultando mi histeria qué tal se lo había pasado; y segundos después de que ella desapareciera tras su puerta, salí a hurtadillas (como si la hija fuese yo y Alba, la madre) y me dirigí como un rayo al hospital, donde afortunadamente encontré a Hugo consciente y de buen humor. De esto Alba no tiene noticia todavía.

Comoquiera que el cerebro de estos zangolotinos va alcanzando progresivamente su completa madurez, hay un momento en que la neurona de la estética aflora y ya no les vale el salir a la calle de cualquier forma: quieren ponerse guapos. Esto, en los chicos, pasa por querer afeitarse, y en las chicas, por acortar la longitud de sus faldas. El fin de semana que Hugo anunció su intención de podar su incipiente pelusilla facial estaba conmigo; me preguntó cómo se hacía, como si yo dedicase un rato cada mañana a desmocharme la barba. Le dije que, antes de proceder al rasurado, suponía necesaria la adquisición de una cuchilla, que compraría de buen grado cuando bajase al supermercado. Equipado con ella, se metió en el baño..., y cuando reapareció, parecía que acababa de pasar por el *set* de maquillaje de *Carrie*. No había centímetro cuadrado de barbilla y alrededores sin su correspondiente corte, todos supurando sangre. Le apliqué rápidamente una toalla mojada en agua fría, esperando que eso cerrase los poros, mientras él despotricaba contra las cuchillas, contra mí por haberlas comprado y contra el mundo, pues estaban esperándolo sus amigos y no podía aparecer de esa guisa. Agregué polvos de talco y, en última instancia, cuando los cortes se hubieron sellado, una pequeña porción del corrector antiimperfecciones de mi propio neceser. Esa noche, cuando volvió a casa, me saludó con un gruñido: «¡Es que antes hay que echarse espuma!», dijo, trasladándome la información que había sacado de no sé dónde. Para que luego digan que los padres no aprendemos cosas de los hijos.

Estábamos de vacaciones en la playa cuando le dio por pedirme que le depilase las piernas. Tenía sentido, pues es en verano y con bañador, y no en pleno inverno, cuando las extremidades inferiores quedan expuestas. Y, actualmente, el pelo en las piernas está muy mal visto; en realidad, muy poco visto, porque un amplio porcentaje de los hombres se ha empeñado en rapárselas como si fuera a disputar el Tour de Francia; o es que se han vuelto todos ciclistas, lo cual es posible, a tenor de cómo van de atestados los arcenes. Ciertamente, a sus dieciséis años (que tenía entonces) lucía ya una espesa pelambrera en espinillas y muslos impropia de su juventud. Convertimos pues la habitación del hotel en un gabinete de esteticista y, a falta de mejor instrumental, desenfundé mi *epilady*. Cinco minutos después llamó a la puerta un empleado del establecimiento para rogarnos que bajásemos el volumen de los alaridos, pues los

vecinos de la habitación de al lado se estaban quejando. Descartado ese sistema, optamos por afeitar las piernas igual que la cara: con cuchilla y, ahora sí, espuma. Surgió entonces una duda bastante incómoda: si bien, como todos sabemos, por abajo las piernas limitan con los pies, ¿dónde terminan por arriba? Ni él, ni, por supuesto, yo, estábamos dispuestos a extender la depilación más allá de las fronteras del pudor, por lo que decidimos de común acuerdo, y sin necesidad de debatirlo, concluir el trabajo un poco por encima de la mitad del muslo, aproximadamente a la altura de la pernera de un boxer. Total, como sus bañadores son de estilo surfero, más largos que cortos, tampoco era necesario seguir más allá.

En cuanto a la niña, debes estar apercibido para cualquier sorpresa. Los *tops,* a partir de cierta edad, se convierten en prenda obligada, y, por consiguiente, el salir con el ombligo al aire haga calor, frío, llueva o nieve, en costumbre arraigada. Asumido esto, para lo que no estaba preparada era para encontrarme un día en el cesto de la ropa sucia con un vestido que no había visto nunca y cuya longitud, de los hombros al borde de la falda, no debía de superar los cuarenta centímetros. A saber dónde lo había comprado y dónde lo guardaba, porque en su armario, que me encargo de ordenar, nunca ocupó espacio alguno. Sospecho que lo llevaba en el bolso, bien plegadito (de ese modo debía de tener el mismo tamaño que una servilleta de bar), y que en cuanto salía de casa ataviada según los cánones de la decencia, le faltaba tiempo para meterse en cualquier baño público a adecentarse, pero a su modo.

Meses antes de ese hallazgo había estado hablando con Alba sobre conceptos como el «recato», palabra en desuso que no sale a relucir en una conversación desde 1876. La niña pareció estar de acuerdo conmigo, por lo que dijo a propósito de su uniforme de voleibol. «¡Es una vergüenza que a las chicas que practicamos este deporte nos exijan usar esos minúsculos pantaloncitos!», se quejó, y con razón.

Pero con los adolescentes no sabes a qué atenerte. Estábamos por entonces en lo más crudo del invierno, en esa época del año en que a las siete de la tarde ya es noche cerrada. Al día siguiente de aquel circunspecto coloquio madre-hija, alrededor de esa hora y con una temperatura exterior que habría hecho las delicias de un turista lapón, veo que la niña se marcha al entrenamiento bien abrigada con un plumas hasta la cintura, pero cubierta por abajo tan solo con sus «minúsculos pantaloncitos» de voleibol.

—Espera un momento, cariño. ¿Vas a salir así?

—¡Tengo *volley*! —contestó cantarina.

—Lo sé. Pero ¿por qué no te pones un pantalón de chándal o algo? —Reconozco que lo de «algo» sonó muy vago, pero cualquier cosa que se hubiese puesto por encima, incluso un saco de arpillera, me habría valido.

—¿Por qué? —respondió impaciente, con los brazos en jarras.

—Hija, para empezar, porque hace un frío de mil demonios. Además, ya es de noche, las calles deben de estar solitarias...

—¡Tengo derecho, como mujer, a ir vestida como me dé la gana!

—De acuerdo —convine. Y lo estoy. Pero, en la otra mano, no deseo que le pase nada malo a mi hija—, pero ¿no decías ayer que era una vergüenza el que os obliguen a jugar con ese trocito de tela que ni siquiera tapa por completo el trasero?

—Mamá, no lo entiendes.

—Pues no.

Y con una mueca de fastidio, repuso:

—Una cosa es que nos obliguen y otra que nosotras nos lo pongamos *porque queremos.*

Ante tamaña incoherencia no me quedó más remedio que echar mano de una de esas frases que ya usaban nuestros antepasados:

—¡Cuando seas mayor de edad podrás salir a la calle como te dé la gana, pero mientras vivas bajo este techo...!

Y le ordené que se cubriera con un pantalón de chándal bajo la amenaza de castigarla sin salir el fin de semana.

Lloros, refunfuños, juramentos, imprecaciones...

—¡Eres la peor madre del mundo!

Esta clase de improperios duele, pero mi experiencia me dice que son opiniones transitorias.

No debo pasar por alto el asunto de los horarios de los entrenamientos, otra de las anotaciones fundamentales en tu agenda. Ignoro qué clase de Voldemort los diseña, pero están concebidos para confundir al padre más cuadriculado. Puede que esa mente pérfida establezca los entrenos de voleibol los lunes a las seis de la tarde, los miércoles a las ocho y los viernes a las siete y media; otro Voldemort, el del fútbol, sin encomendarse a nadie excepto a la federación pertinente, estipulará que los principiantes del balón deban entrenar los lunes a las ocho, los miércoles a las siete y los viernes a las seis y media; y un tercero, visitas a la cancha de baloncesto los lunes a las siete, los miércoles a las siete y media y los viernes a las ocho. Para complicar aún más el calendario, surgirán obras en los pabellones o partidos inesperados entre semana, que obligarán a trastocar determinadas fechas, horarios o recintos.

Habrá transcurrido más de la mitad de la temporada y aún no serás capaz de memorizar semejante berenjenal, y cuando creas que ya lo tienes controlado, habrá empezado una nueva temporada y los horarios cambiarán.

De verdad aprecio que unas personas que no van a hacer fortuna con esto dediquen su tiempo a supervisar el esparcimiento deportivo de chavales que no son sus hijos. Desde aquí mi más sincero agradecimiento. Pero, por otro lado, me da la sensación de que estos diligentes entrenadores cobran por horas, o lo que es lo mismo: si no entrenan, no cobran. De ahí su pertinaz empecinamiento en que los ejercicios se celebren a toda costa. Podemos estar bajo la influencia de una ciclogénesis explosiva que deposite en las calles un metro de nieve y las azote con vientos de ochenta kilómetros por hora, que tus niños deberán entrenar. Puede asolarnos una pandemia global que paralice las ciudades, y los entrenamientos de adolescentes serán la última actividad social que se suspenda. Y la primera en reanudarse.

Naturalmente, mientras tus hijos aún no estén en edad de vagar solos por las calles, esas tardes de entrenamiento anulan por completo los quehaceres vespertinos de los padres. Y vuelvo a lo de siempre: si estás divorciado, no puedes repartirte el trabajo. Si, además, hay que encontrar hueco para unas clases particulares o sesiones para tratar la dislexia, ve pidiendo cita en el psiquiatra (para ti, claro). Lo mismo ocurre con los partidos, que suelen celebrarse en fin de semana. ¿A ninguno de estos incansables organizadores se le ha pasado por la cabeza que quizá nos gustaría irnos a pasar sábado y domingo al campo? Se habla mucho de la conciliación del trabajo y la vida familiar, pero nada de la conciliación de las actividades extraescolares de los hijos y la vida familiar. Dudo de que los jugadores profesionales de las diferentes disciplinas estén sometidos a códigos tan rigurosos. A veces los partidos se celebran en el polideportivo de al lado de tu casa, pero otras debes trasladarte a la otra punta de la ciudad, lo que propicia que todos los sábados por la mañana, y algunos domingos, hordas de coches surquen las calles en todas direcciones cargados de niños y adolescentes vestidos de corto para disputar partidos en los que lo importante no es ganar, ni siquiera jugar bien, sino «disfrutar» y «desarrollar un espíritu de compañerismo», según dicen. ¡Pues para eso mejor organizo un pícnic con sus amigos donde y cuando me dé la gana!

Otro de los aspectos para los que te gustaría contar en casa con el apoyo de un aliado en la gobernanza es el de la higiene. Todos los chicos sin excepción —me consta por lo que hablo con amigas y conocidas— pasan por una etapa en la que rehúyen del agua y el jabón como si fuesen a provocarles llagas en la piel. Al principio, se introducen en el baño y, con ánimo de despistar, dejan correr el grifo, con el consiguiente desperdicio de agua, mientras se dedican a trastear en el móvil completamente vestidos y tranquilamente acomodados en la taza del váter. Cuando consideran que ha transcurrido el tiempo estimado de una ducha, cierran el chorro y salen del aseo exactamente igual que entraron. Al cabo de unas semanas, descartan, por innecesaria, la técnica de la picaresca y, con idéntica parsimonia, declararán que ya se ducharán mañana. Y no puedes hacer nada, porque ya están creciditos y no es plan de desnudarlos, agarrarlos del pelo y situarlos, valiéndote de tu fuerza, bajo el agua caliente para, después, frotarles el cuerpo con una esponja (aplicando más presión de la necesaria a modo de represalia).

Esta alergia temporal a la limpieza corporal contrasta, curiosamente, con la pulcritud a la que pretenden someter su ropa. Basta que se lo hayan puesto dos horas una tarde para que un pantalón vaquero, lavado el día anterior, termine en el cesto de la ropa sucia. Hay quien asegura que los jóvenes de hoy están muy concienciados con el cuidado del medio ambiente: no he escuchado sandez mayor. ¡Con el agua y la electricidad que consume un programa de lavado! No discuto que la ropa interior, los calcetines, las camisetas y, en general, todas aquellas prendas que están en contacto directo con las glándulas sudoríparas haya que incluirlas en la colada, pero ¿unos *jeans*? ¿Un jersey de lana? ¿Una sudadera? Una vez leí, de hecho, que los vaqueros no hay

que lavarlos *nunca*. No soy tan drástica en ese sentido, pero, por lo que a mí respecta, puedo ponérmelos seis, ocho, diez veces hasta que considero que merecen un revolcón en la lavadora.

Como estás sola en tareas gubernativas, aunque les repitas esto cincuenta veces hacen caso omiso. Si fueseis dos, la perorata se repetiría no cincuenta, sino cien, y puede que surtiera algún efecto. En consecuencia, cada día encuentras el cesto a rebosar y has de dedicar un buen rato a separar pantalones y sudaderas de bragas y calzoncillos y trasladar la ropa del primer grupo a sus respectivos armarios, donde, por cierto, reina el caos más absoluto.

La ciencia, que a veces patina, ha asignado la denominación de *síndrome de Diógenes* a la manía de ciertas personas de acumular objetos inservibles creyendo que algún día les serán de utilidad. Su ansia de almacenamiento llega a tales extremos que las pirámides de basura, como poco, hacen impracticable la vida en sus hogares y atufan a los vecinos; poniéndonos en lo peor, hunden el suelo, haciendo necesaria la intervención del cuerpo de bomberos (no porque se desate un incendio, sino porque, como su nombre indica, los bomberos brillan por su cuerpo, generalmente musculado y único capaz de desalojar toneladas de cochambre). Produce lástima que se haya vituperado de tal modo al bueno de Diógenes, egregio griego (no leas eso en voz alta si no quieres que parezca que estás haciendo gárgaras), quien ya tenía suficiente desgracia con semejante nombre. Como es sabido, las ciencias se dividen en exactas y otras que nadie osa calificar de inexactas, pero que a todas luces lo son, como la Psicología. Solo así se explica que el trastorno antes descrito difame a Diógenes y no sea conocido, simplemente, como *síndrome del adolescente*.

Durante una temporada, las habitaciones de los yogurines, tan desordenadas como sus cabezas, pasan a estar adornadas por cordilleras de ropa sucia (sí, encontrártela en el cesto del baño, después de todo, es excepcional), platos con restos de comida, cartones de *pizza* (en ocasiones, con *pizza* en estado de descomposición), envoltorios de galletas, bollos, patatas fritas y una amplia variedad de comestibles de los que desaconsejan los nutricionistas, botellas de refresco vacías, papelajos arrugados y un sinfín de productos que, si no los arrojan al cubo de basura, digo yo que debe de ser porque consideran que aún pueden servirles de algo. Completan el cuadro diversos dispositivos electrónicos sin batería e, invariablemente, una cama sin hacer. Exhortarles a que estiren, al menos, las sábanas, es batalla perdida; y, en el fondo, llega a carecer de sentido, pues como se pasan el día apoltronados sobre el colchón, nunca luce en su versión más acicalada. Dos sinónimos de «cama» de origen castizo aluden de forma incuestionable a este desastroso espectáculo: «catre», que evoca «cutre», y «piltra», que subraya su carácter de piltrafa.

Al final te toca a ti recoger, y nuevamente el ser el único jefe de intendencia en casa supone un grave inconveniente, pues, como ocurre con los ojos y la vista, cuatro manos recogen más (y mejor, y en menor tiempo) que dos. Aunque, a decir verdad, más que ejercer de jefe ahora lo harás de empleado del hogar.

Los psicólogos se han forrado publicando muchos libros sobre cómo reconducir la conducta

de los púberes levantiscos. Últimamente defienden la tesis del *refuerzo positivo*, que aboga por no castigar cuando hacen las cosas mal, sino por premiar cuando las hacen bien. En el fondo, constituye la misma técnica de la zanahoria y el asno, el perro de Pávlov y el galgo que corre tras la liebre; o lo que es lo mismo, apela a la condición de animal irracional de los jovenzuelos. Y no me parece mal, pues como ya he dicho, y no me cansaré de repetir, al cerebro adolescente le falta todavía el último hervor para poder funcionar racionalmente como el de los humanos adultos.

¿Te imaginas que el *refuerzo positivo* se aplicase al conjunto de la población? Los agentes de tráfico dirían al matrimonio que ha sobrepasado en cincuenta kilómetros por hora la velocidad máxima permitida: «¡Qué pena! Si hubiesen ustedes respetado las señales indicadoras habrían ganado... ¡Un fin de semana para dos en el Hotel Rural El Berraco, en Jaramillas del Mastuerzo!». Al carterista sorprendido *in fraganti* robando monederos, los policías le notificarían: «El día que deje usted de esquilmar al prójimo será recompensado con... ¡Una jornada de puertas abiertas, libre de vigilancia, en la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre!». Y al depravado que intenta engatusar con caramelos a los niños a la salida del colegio: «Abandone esa fea costumbre y le obsequiaremos con... ¡Una visita a los vestuarios, duchas incluidas, del equipo alevín de fútbol-sala del colegio de huerfanitos de San Toribio de Mogrovejo!». Afortunadamente, la realidad es distinta, pero solo porque a los adultos no se nos puede comparar con asnos, galgos y perros de Pávlov, en general, y a los adolescentes sí.

No seré yo quien, no obstante, disuada de comprar libros de psicólogos, pues de algo tienen que vivir los pobres (sus tarifas de consulta, bastante abultadas y, a veces, sin factura, no son suficientes). Pero opino que, en relación con el desorden, no hay que desesperarse, ni comprarle al crío una *tablet* cada vez que hace la cama. Al cabo de un par de años, a lo sumo, cambia radicalmente, y despierta en él un proceloso interés por mantener su habitación dentro de los límites de lo presentable. Esta metamorfosis suele coincidir con dos fenómenos que irrumpen de pronto en su vida: su fijación por los *youtubers*, que presumen en sus vídeos de muchas cosas, entre ellas de habitaciones monísimas de casa de muñecas; y las visitas de sus amigos, pues no quieren quedar como unos cerdos ante quienes de la noche a la mañana pasan a ser su anclaje al mundo.

Volviendo al asunto de las duchas, tampoco es necesario adoptar ninguna medida coercitiva, pues, como mencioné, es un trance pasajero. Transcurridos unos meses, asistirás con asombro al fenómeno opuesto: como si quisieran recuperar las duchas que no se dieron, se pasarán una hora bajo el agua. Y por más vueltas que le he dado, no me salen las cuentas. Si divides el cuerpo en siete partes (cabello, rostro, brazos, piernas, torso, espalda y zonas íntimas/trasero), una hora de ducha equivale a 8,5 minutos por parte. O lo que es lo mismo, que dispones de 8,5 minutos para lavarte ambos brazos y otros tantos para enjabonarte la cara. Digo «enjabonarte», pero podría decir «sacar brillo», porque con tan generosa dedicación ni un tratamiento regenerador con gel exfoliante daría mejor resultado.

Algún indicio, sin embargo, me lleva a sospechar que sus lavados no eran tan minuciosos

como el moroso correr del cronómetro podía sugerir. El sonido del agua correr indicaba que, en efecto, el agua corría, pero a través de la puerta del baño también se escuchaba a Alba cantar los éxitos musicales de Olivia Rodrigo, por lo que me la imaginaba alcachofa en mano, emulando un micrófono, pero sin extender la esponja por tronco y extremidades. En cualquier caso, en remojo estaban: lo prueba el hecho de que salían tan arrugados que se echaban diez años encima.

No conozco a nadie que, cuando se hospeda en un hotel, salga de paseo por la mañana dejando su habitación como los chorros del oro. Antes, al contrario, lo normal es que quede la cama revuelta, la toalla de baño tirada de cualquier manera sobre la misma (si no en el santo suelo), la encimera del baño hecha cisco y el espejo lleno de salpicaduras de espuma de afeitar. Y las luces encendidas, si no fuese porque al extraer la tarjeta la corriente eléctrica se corta automáticamente. Algunos, más concienzudos en su dejadez, rehúsan activar el mecanismo de la cisterna, y no digamos usar la escobilla. Es lo que yo denomino «el efecto hotel», basado, por un lado, en la certeza de que alguien vendrá después a arreglar nuestro desaguisado y, por otro, en que el estar fuera de nuestro espacio, sin nadie cerca que nos conozca para recriminarnos la actitud, nos otorga una especie de libertad negligente que nos lleva a actuar de un modo distinto, más descuidado, de como lo haríamos en casa. ¿Has oído alguna vez que las estrellas del rock destrocen habitaciones y arrojen televisores por la ventana *en su propio hogar*? No, ¿verdad? Lo hacen en los hoteles, que no son suyos. «El efecto hotel» se practica también fuera de estos establecimientos, como demuestran esos turistas que orinan en las esquinas y se plantan en los restaurantes de playa sin camiseta, conductas que estoy segura refrenan en sus respectivas tierras, donde cualquier vecino, al verlos, les reprocharía: «¡Serás cerdo!».

Algo de eso hay también en el abandono con que los hijos adolescentes tratan sus habitaciones, que no por propias dejan de ser, en cierto modo, ajenas: su ecosistema natural es la calle, sus seres más queridos, sus amigos, y el domicilio familiar, «la casa de mi madre». Para ellos, la vivienda donde residen con sus consanguíneos es algo así como un hotel adonde acuden a dormir y comer y al que, si se lo permitiésemos, llegarían a la hora que quisieran y del que saldrían cuando les diera la gana, como el huésped de un Hilton. «¿Qué te has creído, que esto es un hotel?» es otra de esas frases ancestrales que resuenan en toda casa con adolescentes, que ya nosotros oíamos de boca de nuestros padres y a la que ahora recurrimos para amedrentar a nuestros hijos.

No te comas la cabeza: tus críos adolescentes creen que eres una camarera de hotel y que recoger habitaciones y baños forma parte de tus obligaciones. Puedes negarte a hacerlo, naturalmente, pero eso no cambia su opinión. Exactamente, lo mismo sucede con las comidas, momento en que cambias de profesión (pasas a ser cocinera), pero no de servidumbre.

Lo que les pones de comer es su equivalente a un menú del día, con derecho a elegir primer plato, segundo y postre. Porque, realmente, solo un progenitor extremadamente afortunado tiene hijos con los mismos gustos culinarios. Lo habitual, en cambio, es que a uno le encanten las

judías verdes y sus hermanos las detesten; que otro salive con la coliflor y al resto solo su olor les produzca náuseas; que el tercero aprecie las características organolépticas del pescado y los demás las rechacen visceralmente. No creo estar exagerando si afirmo que solo dos platos seducen por igual los paladares juveniles del mundo entero: las hamburguesas y la *pizza*. La culpa de esto la tiene la globalización, porque si no nos llegasen noticias gastronómicas del extranjero, los chavales no conocerían estas especialidades que, por foráneas, anteponen a nuestros suculentos y antediluvianos guisos patrios. Y los padres, dado que las hamburguesas las venden ya preparadas y listas para freír y las *pizzas* basta meterlas en el horno quince minutos para que queden doraditas, promovemos estas excentricidades que, a fin de cuentas, requieren menos tiempo y aparataje que la cocción a fuego lento de un estofado nacional.

También en el apartado alimenticio el progenitor divorciado parte en inferioridad de condiciones, pues cuando ya hay dos comensales (los adultos) que se sientan a la mesa a dar cuenta de una receta previamente acordada, al resto de la clientela (los adolescentes) no le queda más remedio que adaptarse. Pero cuando estás solo, eres uno más. Y te ves en un callejón sin salida, pues por un lado quieres que tus hijos coman bien para que terminen de desarrollarse sanos y fuertes, y por otro no estás dispuesto a cocinarle a cada uno un plato distinto. Al principio, intentas persuadirlos mediante la dialéctica.

—¡Mamá, odio las lentejas! —te suelta uno.

—Hay que comer de tooodo..., y las legumbres aportan muchas vitaminas, además de hierro.

—¡Arggg! ¡Está asqueroso!

—¡La comida no da asco! —refutas—. A ver si creéis que a mí me gusta comer de todo. Pues no. A mí hay platos que no me gustan, pero si me los ponen, me los como y no pasa nada.

Son las mismas quejas que expresan cuando son pequeños, que se prolongan en el tiempo, quizá porque sus estómagos están tan inmaduros como su materia gris.

—¡Podrías haber hecho hamburguesas! —gruñe uno.

—¡O *pizza*! —propone otro.

—¡O patatas fritas! —reclama el tercero.

Para responder a esto, los padres disponemos de otra frase lapidaria que nos pasamos de generación en generación:

—¿Es que os habéis creído que esto es un restaurante?

Para cortar de raíz estos brotes sediciosos solo hay una solución: identificar los únicos cuatro o cinco platos que todos toleran y repartirlos en un cuadrante inamovible. Esto es relativamente sencillo, pues muchos niños comen en el instituto, por lo que, excepto los fines de semana, solo hay que administrarles la cena. En mi caso, el menú semanal ha quedado así:

- Lunes (cena): Salchichas con tortilla.
- Martes (cena): Hamburguesas con ensalada.
- Miércoles (cena): Emperador a la plancha con cualquier verdura que no les provoque arcadas (el emperador o pez espada resulta muy socorrido, pues como es marrón, no parece

pescado, lo cual engaña los sentidos de los adolescentes, que creen estar comiendo carne).

- Jueves (cena): Sopa (parece poca cosa, pero una buena sopa con su caldo de cocido —que ya venden envasado— y sus fideos se me antoja un alimento bastante completo).
- Viernes (cena): *Pizza* (es tradición en mi casa poner *pizza* los viernes, día al que todos llegamos cansados y no apetece ni cocinar ni discutir).

Para los fines de semana tengo otros platos estrella, como la pasta con salsa *bolognesa* y el arroz a la cubana, pero entre que de vez en cuando salimos a comer fuera y que algunos domingos lo hacemos en casa de los abuelos, puedo permitirme mayor flexibilidad. Eso sí, entre semana ya puede estar viniéndose el mundo abajo que los lunes hay salchichas con tortilla, y los jueves, aunque estemos expuestos a una ola de calor de cuarenta y cinco grados a la sombra, la sopa calentita no falla.

Pero si hay un hito que marca el tránsito de todo niño a adulto es la aparición de un súbito interés, o intensa curiosidad como mínimo, por el sexo. Cuando menos te lo esperas, descubres que uno de tus retoños ha empezado a salir con Carlota o Daniel. Es fácil destapar los precoces *affaires* de los adolescentes, porque al mismo tiempo que su cacumen a media cocción les dota de un estólido arrojo, capaz de lanzarlos con la alegría de un descerebrado a las aventuras más temerarias (al episodio de Consuegra me remito), les priva de la habilidad necesaria para mantenerlas en secreto. Basta registrar su mochila, por ejemplo, para encontrar una cajetilla de tabaco, señal inequívoca de que se han iniciado en el insalubre vicio de fumar (en este supuesto, y ante tus enérgicas recriminaciones, alegará que no es suya; que se la está guardando a Nicolás). Cuando llegan a casa por la noche con unas copas de más, tratan de mantener la compostura convencidos, pobrecitos míos, de que no se les nota. Les falta el dominio de la situación de los adultos, esa astucia que solo aporta el paso de los años, razón por la cual al final todas sus peripecias salen a la luz. Es lo que acontece también con sus tempranos amoríos, de los que enseguida tienes noticia gracias a un susurro que captas al vuelo en plena conversación por el móvil, una marca rojiza en el cuello o una vecina chismosa que le ha visto dándose el lote en el portal con Carlota o Daniel.

Cuando ese mojón (en el mejor sentido del término) aparece de pronto en la carretera de su vida, se impone intercambiar unas palabritas con él o ella. En esencia, para dilucidar si sabe lo que hay que hacer para evitar embarazos, prevenir enfermedades y, también, para asegurarte de que conoce ciertas reglas relativas al respeto hacia uno mismo y hacia los demás.

Hay otras vías a través de las cuales pueden obtener información, alguna solvente (como las charlas que imparten en colegios e institutos), y otras no tanto (la calle). Pero no puedes lavarte las manos: en el fondo se trata de educar a tu hijo o hija como ser humano, y los principales responsables de ello son los padres. Opino que ambos progenitores deben involucrarse en esta incómoda tarea, pero al mismo tiempo juzgo que, por semejanza anatómica, la charla sobre aspectos fisiológicos con la hija debe capitalizarla la madre y, con el hijo, el padre. Tampoco es

cuestión de que lo hagamos nosotras todo. Igual que fui yo quien habló con la niña cuando cumplió doce años y la ilustré acerca de los cambios que iba a experimentar su cuerpo, advirtiéndola de que, pese a que podían ser aparatosos y dolorosos, no debía asustarse, pues es algo que nos sucede a las mujeres desde el inicio de los tiempos (sinceramente, no me imagino a mi ex enseñándole a Alba cómo se pone un tampón), creo que el padre, por su experiencia y sus órganos comunes, es quien debe llevar la voz cantante en esa conferencia con el chico.

El problema que surge cuando estás divorciada y detectas que tu hijo se ha echado novia es que no estás segura de si esa conversación la han mantenido, y, si se ha producido, en qué términos.

Así que un día te sientas con Hugo y le preguntas por esa tal Carlota.

—¿Quién es Carlota?

—Una amiga.

—Muy efusiva en sus expresiones, ¿no?

—¿Por qué?

—No, por nada —dices, mirándole el cuello—. Una cosita... ¿Tu padre te ha hablado de...?

—¿De...?

—Pues..., de *eso.*

—¿De *eso?*

—Bueno, ya me entiendes. De... *eso.*

—Ah, de *eso.*

—¡Eso! ¿Habéis hablado?

—Algo me dijo.

—¿Qué te dijo? En fin, a grandes rasgos —musitas, porque el tema no deja de ser embarazoso, nunca mejor dicho.

—Pues *eso.*

—¿Qué?

—Me dijo lo que pasa si haces *eso...*

—Ajá.

—Y no usas... *eso.*

—Bien, bien. ¿Y qué puede suceder si haces... *eso* sin usar... *eso*?

—¡Mamá! ¿Tenemos que hablar de *eso*?

—Es que *eso* es importante.

—Pues si haces *eso* sin usar *eso,* puede ocurrir... *eso*.

En ese instante corroboras que lo sabe todo al respecto, y te quedas más tranquila.

—No sabes el peso que me quitas de encima, hijo mío.

—Estamos hablando de las espinilleras para el fútbol, ¿no? Si no las usas, algún defensa un poco bestia puede romperte la pierna de una patada. —Va y me dice muy serio. Y cuando hubo comprobado que el estupor descoloraba mis facciones, añadió—. Que no..., ¡que es broma! —Y

se echó a reír—. ¡Tendrías que haberte visto la cara! —Graciosillo que me ha salido. Para quedarte conforme del todo, lo mejor es que llames a tu ex y le preguntes.

Porque no quiero terminar este escrito sin glosar una gran verdad, que no por desagradable es menos cierta: no importa que te lleves bien, mal o regular con tu ex; por el bien de los hijos, es preciso mantener con él o ella cierta coordinación.

Soy consciente de que muchas parejas terminan abruptamente, y que a veces esa persona que daba sentido a tu mundo, a la que amaste durante años, pasa a convertirse, tras la ruptura, en el ser vivo al que odias con más viveza. A veces, ese antiguo cariño se torna en brutal indiferencia, lo cual no resulta menos triste. En contadas ocasiones te encuentras con alguien que presume de que se lleva de maravilla con su ex y hasta se van juntos de vacaciones con sus respectivas nuevas parejas; también hay gente que cuenta que ha sido abducida por extraterrestres. Habrá que creérselo. En el fondo da igual el cariz, amable o dramático, de la separación: cuando hay hijos *de por medio* (expresión que no me gusta nada, porque más bien son los padres quienes están en medio y a merced de los tiránicos pipiolos), conviene conservar cierta relación con la otra parte, aunque sea a través de austeros mensajes de móvil, para buscar avenencia en las acciones. O lo que es lo mismo: que cuando uno diga «blanco» el otro no diga «negro». Y, también, por supuesto, para verificar que la información que te aportan los menores sobre supuestos permisos, prebendas y beneficios otorgados por tu ex, son auténticos y no cuentos chinos fabricados en las fantasiosas molleras adolescentes.

Afirmaciones como: «Papá me ha dado permiso...» o «Papá me ha subido la paga, así que me la deberías subir tú también...» saldrán con sorprendente reiteración de sus lindas boquitas, y como si fueses un buen periodista de los que apenas quedan, tendrás que contrastar los testimonios de tus fuentes. Y la única manera, querido o querida, es llamando o enviando un mensaje al susodicho, te apetezca o no.

Porque los adolescentes, a pesar de su cortedad mental, son muy pillos, y tratarán de aprovecharse de que sus padres están separados para pescar en río revuelto (lo que, como se sabe, proporciona ganancias a los pescadores). Podría citar ahora otro refrán que viene al pelo: «Uno por otro, la casa sin barrer», lo que en el lenguaje de los divorciados significa que, por un descuido en la comunicación, algún aspecto de la crianza de los hijos ha quedado desatendido y estos han terminado haciendo lo que les ha dado la real gana. Y ha quedado dicho que hasta que no sean mayores de edad, necesitan autorización de sus padres hasta para respirar. Como mínimo.

Si siempre es preferible acabar bien cualquier tipo de relación humana, en el caso de los divorciados con hijos no es que sea preferible, sino forzoso. Aun así, cuando no es posible —también es forzoso comer todos los días y hay gente que desgraciadamente no puede—, se produce una de las situaciones más duras de las derivadas del divorcio: el tener que hacer de tripas corazón y tratar con esa persona a la que mandaste a freír puñetas.

Los separados sin hijos tienen la ventaja de que pueden freír sus respectivas puñetas sin que

necesiten verse las caras o hablarse nunca más. Pero, como seguro se han encargado de repetirte tus amigos y amigas, habitualmente dispuestos a jorobar un poquito, lo malo de divorciarse con hijos es que, aunque ya no estéis juntos, siempre seréis los padres de esas maravillosas criaturas, lo que os une para el resto de vuestras vidas.

Ante esto solo cabe conformarse y pensar que, quién sabe, tal vez cuando sean mayores y funden sus propias familias, puedas librarte de tu ex de una vez por todas. Es cuestión de tener paciencia; y salud para vivirlo.

Ulises: en busca de la vida social perdida

Yo ya me había olido algo, como cuando al poco de empezar a salir, acurrucados en el sofá de mi casa después de dar buena cuenta de un plato de *gnocchi*, le propuse que nos pusiéramos *Descalzos por el parque* y, mirándome entre burlona y estupefacta, me espetó que, si estaba loco, que eran las once de la noche, estábamos a 10 de enero y es por los pies por donde se cogen los resfriados. Pensé: «¡Qué novia más bromista me he echado!», pero con el tiempo se me fue revelando que hablaba en serio. En cuestión de películas, es de ese tipo de personas que dice: «¿Nos hacernos un cine?» para describir la acción de asistir a un pase cinematográfico en una sala de proyecciones, expresión que solo utilizan quienes van al cine de Pascuas a Ramos y cuando no tienen nada mejor que hacer. La locución «hacerse un cine» desconozco quién la inventó, probablemente, un arquitecto habituado a «hacer» cines, rascacielos, hospitales, edificios de oficinas y bloques de viviendas. Cada vez que la escuchaba me imaginaba a mí mismo y a mi ex montando ladrillos uno sobre otro con puñaditos de cemento en un solar. Lógicamente, quienes sentimos que esos templos sagrados de culto al celuloide son nuestra segunda casa —entre las que veo en las salas de versión original y las que elijo de mi colección de 4.500 DVD o de las que cuelgan en Filmin, la plataforma de los cinéfilos de postín, veo una media de trescientas sesenta y cinco películas al año; una más, si es bisiesto— jamás usamos esa manida frase hecha que describe el acceso al séptimo arte como un plan ocasional que puede o no llevarse a cabo. Pasa lo mismo con quienes se alimentan casi exclusivamente de comida oriental; nunca los oirás decir: «¿Nos hacemos un chino?». Pues bien, así es la mujer con quien me casé. Para ella, la Filmoteca Nacional y El Buda Feliz son la misma cosa.

Debo reconocer que al principio no le di mayor importancia. «Está bien que seamos polos opuestos —me decía a mí mismo—. Así nos complementamos.» Además, no todo en ella eran carencias: excelente como profesional del ramo administrativo, era muy ducha haciendo cuentas, cualidad que me pareció muy aprovechable llegado el momento de pedir una hipoteca. Para ser justos, debo admitir que es una mujer muy guapa: tiene la mirada picarona de Catherine Deneuve, las cejas de Audrey Hepburn, los ojos ligeramente saltones como Anna Karina y la estructura facial, labios incluidos, de Jeanne Moreau, y se las apaña para que la mezcla no parezca un cuadro de Picasso. Es una buena chica, por cierto, aunque algo callada, sobre todo, cuando al principio quedábamos con mis amigos y entre ellos y yo nos dedicábamos a polemizar sobre cuál era el mejor director de la *nouvelle vague* o el disco más redondo de Belle and Sebastian.

Con el tiempo quedó claro que no me seguía, y la falta de sintonía en temas culturales se convirtió en una fuente de roces que añadir a las propias de la convivencia. En una ocasión alabé el grupo que estaban pinchando en Radio 3, cuyo nombre no recuerdo (seguramente era Big Yellow Russian Carpet o cualquier otra efectiva combinación de cuatro palabras en inglés aparentemente inconexas), pero sí que, como era de rigor para sonar en esa emisora, había grabado un EP de cuatro canciones en el estudio casero de Jorge Explosión en Gijón. Con eso basta para saber que una banda es buena (pasa lo mismo con cualquier película que se haya programado en un cine de arte y ensayo o de una obra de teatro que se estrene en una sala alternativa, detalles que dotan de vitola de excelencia al producto), y andaba yo comentándolo en su presencia cuando me soltó: «Pues donde esté Luis Miguel...». Me jacto de no haber escuchado nada de Luis Miguel, pero estaba seguro de que no ha pisado en su vida un estudio casero y que ni siquiera tiene publicado ningún EP, así que me lo tomé como una ofensa personal. ¿Quién era ella, una ignorante total en lo que a música, cine, teatro, libros y arte se refiere, para afirmar que el tal Luis Miguel es mejor que Six Russians Yellow Wardrobe? Lo habría aceptado como una muestra más de su absoluta inopia intelectual si se hubiera limitado a comentar sencillamente que le gustaba más; ya se sabe que sobre gustos... Los míos, como dijo Oscar Wilde, son de lo más simple: lo bueno siempre me satisface. No puede opinarse lo mismo de los suyos. Su desafortunado comentario derivó en una civilizada, pero frustrante discusión que me convenció aún más de que no estábamos hecho el uno para el otro. Qué quieres: hay parejas que protagonizan febriles desencuentros por el reparto de las tareas domésticas, faceta que en nuestro caso nunca constituyó un problema, o por la educación de sus hijos y nosotros, que no los tuvimos, nos enzarzábamos en estériles disputas sobre cantantes y grupos, actores y actrices, escritores y artistas plásticos. Por si no acabas de comprenderlo, y para que te pongas en mi lugar, te diré que pertenezco al exclusivo grupo de seres humanos que consiguieron evitar escuchar *Despacito* en plena cresta de la ola. Como bien recordarás, aquella infernal cancioncilla atronaba en todas partes a todas horas y realmente había que hacer esfuerzos hercúleos para permanecer ajeno a su influencia, esfuerzos que yo hice de buen grado por el bien de mi reputación y por el goce que experimentaba después observando las caras de asombro en los demás cuando aseguraba que no tenía ni la menor idea de qué tipo de tonada se escondía bajo tan vulgar título. Una vez, por equivocación, caí en un bar amenizado por música comercial —en los que frecuento solo ponen indie pop y rock de garaje de los sesenta— y, ante la sospecha de que los acordes iniciales de una canción pudieran ser los de *Despacito* me tapé los oídos con los dedos índices y estuve diciendo «ba, ba, ba, ba, ba» durante tres minutos.

La gota que colmó el vaso llegó un día en que estábamos hablando de acometer una reforma en el baño y saqué a colación la archifamosa magdalena de Proust. Es verdad que no tenía nada que ver una cosa con la otra, pero no necesito un contexto específico para dejar constancia de mi sapiencia allá donde estoy. ¿Adivinas con qué me salió? Dijo que no la había probado, pero que dudaba que fuera mejor que las de La Bella Easo. Admito que el escritor francés era un

consumado peñazo, un habilidosísimo maestro en el arte de dar cien mil vueltas para no llegar a ninguna parte, pero conocer la magdalena y lo que representa en su tocho *À la recherche du temps perdu* (1913) es de cultura general. Aprovechando que aún no habíamos empezado la reforma, me encerré en el baño a llorar.

Aunque es cierto que no he escrito ni un mísero microrrelato, que no sé tocar ni la pandereta, ni pintar cuadros, ni hacer fotos y que me tiembla el pulso cuando trato de grabar un vídeo con el móvil (pega que disculpo alegando que aprendí la técnica de Woody Allen en *Maridos y esposas*, de 1992), mi vida entera ha girado en torno a la cultura, algo de lo que me siento orgulloso. Cuando tenía once años pasé una tarde entera con mi hermano mayor, que me saca quince, y el bueno de Joaquín en vez de llevarme a un parque infantil o a comer un Mac Menú tuvo la brillante ocurrencia de meterme en un pequeño, encantador y hediondo cine donde echaban una reposición de *Dersu Uzala* (Akira Kurosawa, 1975). A cualquier otro niño las dos horas y media de película le habrían resultado soporíferas (y a muchos adultos poco preparados), pero a mí la experiencia completa me subyugó: el reto de leer los subtítulos con un ojo mientras con el otro admirabas los paisajes; la caspa en el respaldo, el olor a lejía, el suelo pegajoso... (No sé si te has fijado, pero en este tipo de cines, al contrario que en las grandes cadenas donde programan películas de superhéroes y *Star wars*, no hay sillones de relax; las butacas son pequeñas, incómodas y las filas más estrechas que las de un avión de Ryanair. Solo así, pasando penurias, puede uno considerarse un amante genuino del cine, porque demuestra que es capaz de paladearlo incluso en las condiciones más adversas. Sale con dolor de espalda, pero enamorado de Godard. Me figuro que algo similar sucede entre los viajeros. Ya puedes haberte pateado la India, Camboya, Filipinas y Myanmar, que si te has hospedado en hoteles de cinco estrellas eres un simple turista y no se te convalida como viaje verdadero: solo quienes se mueven con mochila y se alojan en alberges apestosos llenos de chinches gozan entre los entendidos de estatus de trotamundos auténticos.) Aquella sesión tuvo mucho de rito iniciático para mí, de bautismo de fuego, de acta fundacional, y desde entonces Joaquín ha sido mi referente, mi gurú, mi guía espiritual. Ciertamente no entendí ni papa, pero no te imaginas lo que fardé al lunes siguiente en el cole cuando lo relaté. ¿Qué otro niño de once años puede presumir de saber quién era Akira Kurosawa?

En los días posteriores me di cuenta de que mejor aún que saber mucho de cultura es pregonarlo. ¿De qué sirve haberte tragado la filmografía íntegra de Mohammad Rasoulof o leído la obra completa de todos los premios Nobel de Literatura desde 1901 si luego no puedes mirar por encima del hombro al resto de la humanidad? Es como esas calculadoras humanas que aparecen de vez en cuando en televisión (o, mejor dicho, que supongo que aparecen, porque yo no veo ese invento para el populacho): si no exhiben su habilidad en público, esta carece de sentido y aplicación. He ido muchísimas veces solo al cine, al teatro, a conciertos... Pero es mil veces mejor asistir con gente, a ser posible de extracción cultural inferior. A la salida puedes recrearte en tu labor docente e impartir clases magistrales que la audiencia celebra generalmente

con bostezos y otras muestras de admiración. Como no siempre es posible reunir tan lamentable compañía, las más de las veces me conformo con acudir con amigos tan sabihondos como yo, y al término de la película, del concierto o de lo que sea, debatimos acaloradamente en el bar más cercano sobre las virtudes y los defectos del espectáculo que acabamos de presenciar, pronunciamos solemnes anacolutos, comparamos la obra con otras precedentes del mismo autor, trazamos posibles influencias..., todo con objeto de dilucidar quién sabe más. En esas ocasiones suele pasar que la barra empieza a quedarse desierta a nuestro alrededor, lo que solo puedo achacar al miedo de la clientela a estar cerca de nosotros y salir perdiendo en la comparación.

Pero un día te casas y antes de que te des cuenta estás haciendo planes con tu pareja y dejando de lado a tus amigos. Y si tu pareja es como mi ex, que solo asistía a una exposición tirada por una reata de percherones normandos y con la promesa de ir como contrapartida de compras a un centro comercial, de pronto, quieras o no, te ves abocado a un drástico cambio de costumbres. Como matrimonio moderno que éramos gozábamos ambos de cierta independencia, y de tanto en tanto me escapaba al cine, solo o con algún amigo (si lo hacía acompañado, la película era seguida de unas cañitas en algún bar de barra de aluminio, cabezas de gamba en el suelo, azulejos en las paredes y pizarra con los precios de las raciones, de lo más rancio cuando lo regentaba el clásico cincuentón fondón y absolutamente *hipster* en cuanto un tipo con barba se había hecho con el traspaso y puesto el delantal), pero irremediablemente la agitada vida social de antaño se fue diluyendo. Todos esos momentos se perdieron en el tiempo, como lágrimas en la lluvia...

Y al día siguiente te divorcias —en mi caso no exactamente al día siguiente, sino a los cuatro años; no duramos mucho, aunque a mí se me hizo más largo que el metraje de *Lo que el viento se llevó* (Victor Fleming, 1939)— y alguien tan sociable como yo lo primero que piensa es en salir y divertirse. No sé qué hubiera hecho si me hubiese separado cumplidos los cincuenta, pero tenía treinta y cuatro, estaba en la flor de la juventud, pletórico de energía y podía beberme media docena de cañitas y fumarme otros tantos porritos (a los bohemios nos gusta hablar en diminutivo) sin sentirme por la mañana como Jack Lemmon en *Días de vino y rosas* (Blake Edwards, 1962) o Ray Milland en *Días sin huella* (Billy Wilder, 1945). Tras una mudanza que me costó un riñón —no porque tenga muchos muebles, sino por la ingente cantidad de libros, vinilos y la antes mencionada colección de películas en DVD que me acompañan en esta larga travesía— y convencido de la necesidad de sentirme otra vez yo mismo, lo cual pasaba por recuperar la actividad grupal, procedí a tirar de agenda y lanzar fichas (como dicen ahora los jóvenes) a mis antiguos compañeros de correrías ilustradas.

El primero al que llamé fue a José María, un fanático del neorrealismo italiano, Ennio Morricone, Nino Rota, Mina y en general de todo lo que el país transalpino ha dado al mundo, incluida la *pizza.* Nos habíamos conocido en la Facultad de Filosofía y Letras (en la cafetería de la facultad, para ser exactos), donde ambos cursábamos estudios. Atraído siempre por lo italiano,

se había casado con una gaditana. La juzgaba muy parecida a Rita Pavone (por las pecas), esa era la razón.

—Ulises, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo te va? —dijo tras ver mi nombre en la pantalla de su móvil y descolgar.

—¡José María, *mon copain*! Bueno, ya sabes, la vida... Como dijo Kerouak, «es un guiño y estrellas parpadeantes».

—La verdad es que nunca entendí esa cita. Encierra un significado muy profundo. ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Seis meses, un año...? Creo que, desde aquel ciclo sobre cine bielorruso, ¿no?

—Moldavo. No te confundas, amigo, que existen entre ambos notables diferencias.

—Claro, claro.

—Pues verás, Gloria y yo... ¿Te acuerdas de *Secretos de un matrimonio,* de Bergman? (1973). Pues así andamos. Andábamos, de hecho. Nos hemos divorciado.

—¡Vaya, lo siento! Aunque ahora, a toro pasado, espero que no te moleste que te diga que siempre me pareció un poco seta. Cuando quedábamos, ella no abría la boca en toda la noche. Qué chica tan rara. ¡Con lo amena que es nuestra conversación! Por cierto, de Bergman prefiero *El séptimo sello* (1957) y el resto de las películas en blanco y negro, con ese blanco tan blanco y ese negro tan negro. Cuando se pasó al color, perdió en matices.

—Ya, bueno. Oye, ¿qué te iba a decir? El viernes por la noche hay un concierto en El Tugurio Bandarra de un grupo nuevo, indie, que ahora mismo no me acuerdo de cómo se llama, pero que ha grabado un EP de cuatro canciones en el estudio de...

—¡Brrrrrrum!

—¿José María? ¿Qué es ese ruido? ¿Qué haces con la boca?

—¡Brrrrrrummm!... Perdona, chico, pero estoy dándole el puré al niño haciendo el avión. ¡Pero no lo eches, truhan, trágatelo! Eeeaaa... ¡pa dentro!

—Te estaba diciendo lo del concierto... ¿Te apuntas?

—¡Brrrrrrum! ¿El viernes? ¡Vale, genial! Ah, no, perdona. No podré. Es el cumpleaños de la madre de Rocío y toca cena familiar, ya sabes.

—Vaya. Vale, no importa: puedo sacar un par de entradas para ir el sábado a ver esa obra de teatro alternativo que se ha llevado dieciocho premios Max. Lo cual constituye un hito porque solo hay dieciséis categorías. Es una distopía muy ácida que denuncia los efectos en la sociedad de la economía capitalista.

—¡Qué original! A nadie se le había ocurrido antes. Pero el sábado... Tenía algo el sábado. Ah, sí. Iremos a un espectáculo infantil de tarde. Los Pica-Pica. ¡Brrrrrrummmm!

—Esto empieza a las diez.

—Justo cuando empieza la final de *La isla de las tentaciones,* que Rocío y yo no nos pensamos perder.

—¿*La isla de*... Rocío... tú...?

—Ya lo siento, chico.

—Bueno..., en fin. Ya quedaremos otro día. Avísame cuando tengas una noche libre.

Estaba claro que con José María no se podía contar. Se había echado a perder, más de lo que me había echado yo, pues aún no se había divorciado. Y además veía *La isla de las tentaciones*, que fuese lo que fuese sonaba a bodrio televisivo. Se había vuelto un apóstata de la cultura. Repasé otra vez los contactos de la agenda y me detuve en Germán. ¡Ah, Germán! Él no me fallaría. Algo mayor que José María y yo, lo conocimos en una *performance* en la que aparecían veintidós hombres y mujeres desnudos disputando un partido de fútbol de noventa minutos en un escenario grande. La obra consistía en eso: en darle puntapiés a un balón en el tiempo que dura un encuentro balompédico —había goles, saques de esquina y de vez en cuando los actores y las actrices se endiñaban unos a otros soberanas patadas que un árbitro, también como Dios le trajo al mundo, y a quien se distinguía porque llevaba otro pito en la boca, sancionaba con faltas y tarjetas amarillas o rojas, según la intensidad de la acometida; recuerdo que uno de los jugadores hubo de ser retirado en camilla con rotura de ligamentos y causó baja en el espectáculo durante tres meses, en los que fue sustituido por un suplente—, y, aunque no me interesa el fútbol, ni a mis amigos tampoco, nos pareció muy sugestivo porque, en realidad, se trataba de una metáfora para reivindicar la sanidad pública. Germán es un redomado amante de las artes plásticas y escénicas y, además, trabaja como diseñador gráfico *freelance*, por lo que, aunque fuese por interés profesional, siempre estaba al día de este tipo de saraos de elevada catadura intelectual. Por si fuera poco, se había divorciado, de modo que no podría salirme con que debía ir al cumpleaños de su suegra, y tenía una hija, sí, pero ya era mayorcita (debía de tener dieciséis años) y no estaba en edad de deglutir purés mediante la absurda técnica de convertir una cuchara en un DC-10.

Lo llamé, le expliqué mi tesitura y muy amablemente me dijo que contara con él para lo que quisiera; que, si necesitaba hablar o desahogarme, podía pasarme por su casa a tomar un vino (es muy fino). Repuse que lo que más me apetecía era salir por ahí, ver alguna exposición, personarnos en la presentación de algún libro, y su respuesta me dejó de piedra.

—Pues verás —dijo—, estoy saliendo con una chica. Se llama Esperanza. Una mujer estupenda. Entre nosotros, está un poco como una cabra, pero es muy divertida. Ya te contaré: no empezamos con muy buen pie... Pero después de aquel pequeño malentendido hemos conectado de una forma muy potente y arrebatada. Y, claro, son los fines de semana cuando aprovechamos para vernos. Los viernes salimos por ahí y luego el sábado y el domingo nos quedamos en mi casa o en la suya. Estamos al principio de la relación... Lo entiendes, ¿no?

Debí de haberlo sospechado, porque ciertamente Germán, con su pinta de dandi, no podía seguir solo mucho tiempo. Lo taché mentalmente de mi lista (también mental) y comencé a agobiarme. Estábamos a jueves y se me agotaba el tiempo para conseguir engatusar a algún incauto para que accediera a quemar alguna de las noches del fin de semana. Discurrí que a esas alturas de semana solo me quedaba la opción de impetrar a mi hermano Joaquín, quien, si bien

ya frisaba los cincuenta, no había perdido un ápice de su integridad como partisano de las artes. Como él ya estaba al corriente del ominoso desenlace de mi matrimonio, pude ir directo al grano.

—Vente a casa y vemos una de Éric Rohmer —propuso.

—Tengo una idea mejor —objeté—. Salgamos por ahí. Vayamos a un cinestudio y después a cenar y tomarnos unas cervecitas. Vamos, ¡anímate, hombre!

—Uf, Ulises. Si yo te contara... La espalda me está matando. Tengo un dolor de rodillas que no me deja vivir. No sé qué me pasa en el hombro izquierdo que no puedo moverlo; se me ha descuajeringado. El médico me ha diagnosticado pie de tenista y codo de atleta..., ¿o es al revés? ¡A mí, que no he hecho deporte en mi vida! Estoy hecho unos zorros, Uli, y el frío de la noche no creo que sirva más que para empeorar mi situación. Y las cervicales... El agarrotamiento del cuello me impide asentir con la cabeza, y como, en cambio, sí que puedo negar, me digan lo que me digan respondo que no. En este caso, por fortuna, mis palabras y mi gesto coinciden: lo siento, pero no; no estoy para salir. Pero vente a casa, vemos una peli..., y si de paso me traes una caja de Tylenoles, que se me han terminado, miel sobre hojuelas.

Cuando llegué a su casa —¿qué otra cosa podía hacer? El panorama, según me lo había descrito, era negrísimo y al fin y al cabo es mi hermano—, previa parada en una farmacia y en una tienda de alimentación para comprar una caja de cervezas, no lo encontré tan mal como esperaba. Prueba de ello es que los analgésicos ni los tocó, pero de las doce cervezas se pimpló ocho. Creo que se sentía solo: nunca se había divorciado, de lo que se desprende que nunca se había casado; nunca le conocí pareja estable, y medio siglo consagrado al cine de autor pasa factura en las articulaciones. Nos tragamos tres películas de Rohmer, pero como son todas iguales al final ya no distinguía qué nínfula pubescente pertenecía a cuál. En definitiva, en vez de hacerme él el favor a mí, se lo hice yo a él.

Excepto por aquella salida hogareña pasé el resto del fin de semana en mi casa, viendo cine español y leyendo, por turnos, tres libros de Paulo Coelho a la vez. La noche del sábado tuve una pesadilla en la que me convertía en Eduardo Noriega caminando solo por una Gran Vía desierta, y no estoy seguro, pero puede que tuviera algo de metafórico.

A mediados de la semana siguiente hice la ronda habitual (solo llevaba haciéndola unos días, pero amenazaba con volverse rutinaria e infructuosa) y esta vez contacté con Charly, un pulcro sibarita cultural, de reluciente calva y una barbita blanca que parece recortada con escuadra y cartabón, que trabaja como director comercial en una agencia de comunicación. La empresa se encarga de la promoción en medios de artistas variopintos, restaurantes *gourmet* y bodegas cuquis, y, aunque su función en la misma no implica tratos con los distinguidos clientes salvo para el envío de las facturas y puntuales invitaciones al teatro para estrechar lazos, nunca le falta una fiesta o presentación donde acoplar su oronda anatomía, lo que le causa un embeleso que roza el delirio. No solo porque así puede dar rienda suelta a sus inquietudes epicúreas, sino, sobre todo, porque de ese modo tiene ocasión de informar a todo desconocido que se le ponga delante, en los primeros tres minutos de conversación, que sus ídolos son Barbra Streisand, Judy

Garland y Rocío Jurado, que fue tres veces campeón de España de aeróbic y que su color favorito es el *crème brûlée*, información normalmente recibida con ardiente alborozo por señoras ansiosas por hacerse un amigo gay. Su don de gentes es prosopopéyico, arrollador; cae bien a todo el mundo, de modo que no existe mejor plan para alguien que quiere pasarlo bien que adosarse a su magna figura.

—Esta noche inauguramos una exposición de una ricachona a la que le ha dado por pintar —me dijo—. Vente: ¡habrá tanto *champagne rosé* que la galería parecerá la casa de Hello Kitty!

Y allá que fui. Cuando llegué, Charly contaba a un grupo de arrobadas señoras la doble alegría que se llevó el día que le calificaron de «no apto» para el servicio militar por pies planos, pues al regocijo de saberse exento de sus obligaciones para con el ejército se unió el de verse encerrado en una sala del hospital castrense con un centenar de jovencitos en calzoncillos. La picardía fue recibida con el júbilo esperado por el corrillo de damas, todas de alta alcurnia a juzgar por las exquisitas mechas de su teñida pelambrera, y en esas estaba cuando me divisó y, llevado por su riguroso apego a las normas de la *socialité*, me presentó a la concurrencia. Resultó que una de las circundantes era la ricachona pintora, quien me tendió una mano blanda, me agradeció mi presencia en el acto y me preguntó qué me parecían sus lienzos. Respondía al nombre de Chefita.

No me había dado tiempo a echarles un vistazo, pero para no desairarla, viré la cabeza trescientos sesenta grados y aprecié que se limitaban a albergar brochazos y rayajos sin ton ni son, en clara muestra de que una vez había visto un cuadro de expresionismo abstracto y había pensado: «Eso puedo hacerlo yo». Naturalmente, sus chafarrinadas no transmitían fuerza ni emoción alguna, y si un niño de seis años las hubiese contemplado habría pensado lo mismo que ella ante las obras de los maestros del género, solo que con razón.

—Pues he decirle que si Pollock y Klee levantaran la cabeza pensarían: «Se nos ha acabado el chollo» —decreté.

No por exagerado fue entendido como irónico el halago, y la ricachona pintora se emocionó, convulsionó hasta el punto de derramar unas gotas de su *rosé* en la tarima flotante y me dio las gracias por segunda vez, ahora por mi entusiasta valoración. Y añadió:

—Es usted muy amable. Ha citado a los dos más grandes, y no les llego ni a la suela de los zapatos. —Como si fuese necesario aclararlo.

—¡Qué modesta es usted! —repuse.

Ya fuese por mis hiperbólicas alabanzas o por una inclinación espontánea, debí de caerle bien a la excelsa señora, pues cuatro copas de *rosé* después se tomó la molestia de hacerme un *tour guidée* por la exposición, explicándome minuciosamente el significado de cada cuadro. Cuando todos nos disponíamos a irnos, le dijo a Charly:

—Querido, ¿por qué no te traes a tu simpático amigo a la paellada que damos el sábado en casa?

Charly me dedicó una dulce sonrisa y una mirada melosa que fácilmente interpreté como: «Si

dices que no, aquí termina nuestra amistad». Ultimátum del todo innecesario, ya que hambriento de planes como estaba, que no de arroz, y, aun cuando era consciente de que podría sentirme desubicado compartiendo paella con gente que no conocía, por nada del mundo pensaba declinar la invitación.

El sábado sobre la una Charly pasó a recogerme en su Mini edición limitada Jean-Paul Gaultier. No tengo coche, y Chefita vivía en un chalé a las afueras.

—No tendrías que haberte molestado —me dijo al ver que portaba una botella de vino de obsequio a la convidante. Me había costado cincuenta euros, cantidad de la que me dolió deshacerme, pero que juzgué acorde con el nivel de vida de tan bien posicionada persona—. Tienen una de las mejor surtidas bodegas de la provincia.

—Pues no se hable más —repuse—. La dejo en el coche y ya me la pimplaré yo. Soy más de cervecita, pero tarde o temprano se presentará la ocasión de descorcharla, supongo. Y dime: ¿es muy de fiestuquis esta gente?

—Todos los meses organizan algo —contestó Charly, completamente ajeno a los desaires, improperios y gestos impúdicos que su parsimonia al volante inspiraba en otros conductores—. En ese caso celebran que al marido de Chefita lo han despedido con sesenta y cuatro años de la eléctrica donde trabajaba como directivo.

—Qué putada. Pero ¿cómo es que celebran que lo hayan despedido?

—Porque al día siguiente lo contrataron de la competencia.

—Joder, ¡los hay con suerte!

Charly aminoró aún más la marcha para atisbarme con sorpresa y algo de desprecio.

—No es suerte. Es que es un gran profesional.

—Sí, ya, claro. Y entonces ¿por qué lo han despedido?

—Perdona que te diga, monín, pero hoy en día los despidos no guardan relación con el talento de los empleados.

—Coño, y la suerte tampoco. Yo también me tengo por un gran profesional y dudo mucho que si me echaran a la calle a los sesenta y cuatro años me ficharan *ipso facto* de la competencia. Encima le habrán dado una indemnización de aquí te espero... Ahora podrá comprarse otro chalé. ¡Qué mal repartido está el mundo!

Dicho lo cual, Charly me ignoró hasta que llegamos a la casa de la afortunada pareja, una de esas edificaciones modernas de líneas rectas, hormigón visto y amplios ventanales que solo por lo avanzado de su diseño no caben en el concepto algo más tradicional de mansión. Chefita y su marido (o, mejor dicho, el personal de servicio del matrimonio) habían dispuesto varias mesas redondas en las inmediaciones de la piscina, justo al lado de la pista de tenis, sobre las que al poco de nuestra llegada unos camareros recién apeados de una furgoneta depositaron sendas paellas de generoso tamaño. La idea, pude deducir de la ausencia de sillas, era que cada ración, previamente servida por alguno de esos mozos de chaquetilla blanca, se consumiese informalmente de pie. Chefita me saludó calurosamente y me presentó a su insigne esposo, Capi.

No me atreví a preguntar si el apodo era diminutivo de algún nombre o es que tenía el título de patrón de barco, como es preceptivo entre los de su laya. Luego desaparecieron y no volví a verlos hasta que terminamos de comer. Efectivamente, el acto tenía todos los mimbres para que me sintiera desplazado, ya no solo porque el 99 % de congregados (de un total de cien, aproximadamente) eran desconocidos para mí (y yo para ellos), sino por el propio empaque de los mismos y el entorno, pero Charly, riguroso observador de las reglas sociales, no se separaba de mí ni a sol ni a sombra (ni en el sol y sombra que aportaba el parterre) y se ocupaba de presentarse y presentarme a cualquiera que se acercaba a nosotros a menos de diez metros. Volaba el *rosé*, pero también circulaban vino blanco, tinto, sangría y un sinfín de deleites líquidos con diversos grados de contenido alcohólico. No fue hasta las cinco o así que terminamos de comer y aparecieron los licores digestivos. Fue entonces cuando divisé que un enjambre de invitados se arremolinaba en torno a Capi, sentado a una mesa.

—Ahora viene lo mejor —me indicó Charly, llevándome de la manga al lugar donde se desarrollaba la acción—. Capi lee las cartas. Lo hace como *hobby*. Y la verdad es que debe de tener un don, porque acierta casi siempre.

Apenas diez minutos de contemplación del espectáculo me sirvieron para darme cuenta de que la lectura de cartas del tarot por parte de Capi era el peaje que los asistentes debíamos pagar por habernos puesto hasta las trancas de paella y champán. Aunque lo disimulaban bien y parecía que lo hacían encantados, los comensales iban desfilando a regañadientes ante el dueño de la casa, ocupando la silla frente a la suya y sometiéndose a sus desvaríos. Llegué a pensar que lo de la paellada y todo lo demás no era sino una excusa del ejecutivo eléctrico para poder salirse con la suya y echar las malditas cartas a unos cuantos incautos.

—Ahora tú, vamos —escuché que dijo al cabo de un rato, señalándome con un dedo y apuntando después a la silla.

En este punto sí que me disponía a negarme (como cualquiera que tenga un poco de cultura, no creo en esas patrañas, por más que Orson Welles hubiera convertido a Marlene Dietrich en pitonisa en *Sed de mal*, de 1958), pero un sutil pellizco de Charly en el muslo me disuadió.

Así que no me quedó más remedio que tomar asiento frente al despótico cartomante y prestar atención al tejemaneje que se traía con la baraja. Después de mezclar las cartas no sé cuántas veces, dijo: «Oh, oh», lo que, sin duda, no contribuyó a que me sintiera más relajado. Luego resopló con desánimo, me miró con pena, se rascó una axila y anunció:

—No hace mucho has terminado una relación... Sí, la conjunción de La Emperatriz, El Carro y El Loco lo dicen claramente. El Colgado indica eso mismo, que te has quedado colgado. —Y soltó una risita.

«Vaya morro se gasta este menda —pensé—. Yo creía que los videntes adivinaban el futuro, no el pasado. Claro, si hubiera tenido pareja lo más seguro es que hubiera venido con ella, ¡no te digo! Lo mismo ni habría venido yo. Todos hemos pasado por una ruptura alguna vez, y como

me ha visto joven, la última forzosamente no ha podido ocurrir hace veinte años. Menudo mamarracho.»

—¡Qué portento, ha dado en el clavo! —exclamé. Murmullos de admiración (hacia él) siguieron mi declaración.

—Hum —murmuró sin hacer caso de las favorables murmuraciones, a las que, sin duda, estaba acostumbrado—. Aquí veo que... Sí, lo veo claramente. Muy pronto vas a hacer un descubrimiento que va a cambiarte la vida.

En fin, con dicho aserto quedaba corroborada la patochada del suertudo individuo. Un descubrimiento... ¡Qué concepto tan amplio, donde cabía casi cualquier cosa!

Me disponía a expresar mi contrariedad con alguna otra lisonja cuando me vi súbitamente depuesto de mi silla, ocupada rápidamente por otro convidado ansioso por quedar bien ante el clarividente patricio. Cuando quise darme cuenta eran cerca de las doce de la noche, momento que Chefita y Capi ordenaron sacar más champán y nos conminaron al resto a acompañarlos en un brindis de «celebración de la amistad en este momento tan especial», pues tal era el lema de la fiesta. De no se sabe dónde empezó a sonar música de reguetón, lo cual ya era excesivo hasta para el entregado Charly, que me condujo de nuevo mediante otro tirón de manga ante los eximios esposos para despedirnos y agradecerles su hospitalidad y acto seguido, en su coche, hasta mi casa.

El fin de semana siguiente conseguí convencer a Enrique de que fuésemos a ver un concierto de Black Pillow Blood Party, un cuarteto de Zamora que había grabado un EP de cuatro canciones bla, bla, bla. Enrique es un tipo maravilloso, pero tiene dos graves defectos. Uno es que, si bien sabe mucho de un montón de cosas (posee una notable biblioteca de libros de historia, así como una envidiable colección de discos de jazz y música clásica), se calla todo lo que sabe; no le gusta fardar, libera su erudición a cuentagotas y solo ante preguntas directas, y por tanto constituye un acompañante aburridísimo para listillos locuaces como yo. No significa esto que sea parco de palabras: el chico habla, pero de los temas de los que habla la gente normal. He llegado a pensar que esconde su sapiencia para no dejarnos mal a los demás. Además, prefiere lo antiguo a lo moderno; se le cae la baba si visita una iglesia románica y se le saltan las lágrimas si cae en sus manos un volumen de Emilia Pardo Bazán o José María de Pereda, pero la música *indie*, los escritores posmodernos o el nuevo cine malayo no desencadenan proceso fisiológico alguno en su persona. Desde luego, él no tenía ni idea de quiénes eran Black Pillow Blood Party, pero lleva casado mucho tiempo y no tiene hijos, así que accedió a venir al concierto quizá porque no se le había presentado un plan mejor.

El grupo sonaba absolutamente fresco y actual, es decir, igual que las bandas británicas de 1993, y el garito, de techo bajo, roña en las paredes, linóleo que parecía haber sido fregado con caramelo y paupérrima iluminación, era deliciosamente desagradable, lo que avalaba a los presentes como auténticos *connaisseurs.* Aunque solo lo manifestó cruzándose de brazos, creo que Enrique disfrutó mucho del concierto, y eso que fue bastante largo: veinticinco minutos de

reloj, durante los cuales los BPBP tocaron todo su repertorio (las cuatro canciones de su aclamado EP) y una versión de un tema del famoso trío canadiense de los noventa Holly Bean Baby Queen, que como bien recordarás grababan para el sello Misery Records, fundado por Steve MacManaman, quien fuera líder de los imprescindibles Red Mouse Faced Sweepers, de donde salió, por cierto, el insigne batería Jon Woodgate, quien luego de la disolución de Red Mouse Faced Sweepers emergió como cantante y guitarrista de Steel Heels Horny Nuns, nunca suficientemente reconocidos.

Antes dije que Enrique tiene dos defectos. A su desquiciante discreción intelectual se une el que es muy mirado con el dinero. Soportó estoicamente los cincuenta grados del local sin atreverse a pedir en la barra una mísera cervecita, estoy seguro de que por no desembolsar los diez euros que por ella pedían. Es cierto que puedes encontrar botellines más baratos en otros sitios, pero no tienen el mismo sabor (me refiero a los sitios, pero también es verdad que en antros de esta ralea las birritas saben mejor). Por lo que a mí respecta, lo doy por bueno como canon que da derecho a solazarse en un ambiente bohemio de excelente cochambre.

Cuando salimos del local, sudorosos, con los rostros enrojecidos y al borde de la deshidratación, con un pitido en los oídos, dolor de espalda, medio cegatos por los focos, las Converse bañadas en líquidos de insondable procedencia, pero bien satisfechos por haber añadido una muesca más a nuestro amplio historial cultureta (sobre todo, un servidor), se hizo patente la necesidad de ingerir algún tipo de bebida que nos devolviera al mundo de los vivos, preferiblemente a base de cebada.

No fue difícil encontrar un bar de los que a mí me gustan, pues el cuchitril del concierto estaba situado en pleno casco antiguo, donde el ratio de tabernas de azulejos y camareros con barba por metro cuadrado es mayor que en el resto de la ciudad. De hecho, en la zona se halla uno de mis favoritos, La Recauchutada, allá por los años noventa conocido como Casa Cecilio. Más o menos recientemente, hará unos diez años, reabrió igual que estaba con dos únicas modificaciones: la del nombre y la ausencia tras la barra del insigne Cecilio, probablemente jubilado, sustituido ahora por un cuarentón equipado con la correspondiente barba y las reglamentarias gafas de pasta. A qué respondía la flamante denominación no estaba claro: no había señora operadísima a los mandos ni neumáticos remendados a la vista. Encontramos una mesa al lado de la ventana. Si en los ochenta y noventa (y puede que antes) la clientela se caracterizaba por un mimetismo casi exacto con el citado Cecilio (señores de abdomen abultado, calva reluciente y denodada afición al dominó, pasatiempo al que el propio Cecilio se entregaba a veces sin dejar de echar un ojo al mostrador), actualmente se repetía el fenómeno, de tal modo que todos en la concurrencia llevábamos barba y gafas de pasta excepto Enrique, que tenía la mala costumbre de afeitarse y en 2006 se había sometido a una operación de miopía. Fue el mayor derroche que se le conoce. Con el devenir de los años, Enrique había vuelto a desarrollar una o dos dioptrías, lo que le servía para reforzar su aversión a todo tipo de gasto oneroso, con el pretexto de que aquel no había servido de nada. Pero al mismo tiempo se negaba en redondo, por

pura cabezonería, a usar lentes, con montura o de contacto, argumentando que ya se había operado, de resultas de lo cual veía poco o nada de lo que ocurría a más de cuatro metros de su persona. Solo cedía a la hora de conducir, operación para la que recurría a unas pequeñas gafas de armazón dorado absolutamente trasnochadas.

—Joder, macho, qué concierto hemos visto, ¿eh? —exclamé mientras nos sentábamos.

—No tengo palabras —dijo Enrique.

—Además, ha empezado muy puntual.

Arqueó una ceja.

—¿No se suponía que empezaba a las nueve?

—Por eso. A las diez y media estaban en el escenario como un clavo. ¿Pedimos la carta? —propuse. Me había percatado de que Enrique trataba de avizorar el enunciado de una pizarra situada detrás de la barra, sin duda, para sondear los precios, pero la distancia y la caligrafía de médico aplicada se lo estaban poniendo difícil. Mi querido amigo solo presta atención a la parte derecha de los menús, en la que se indican los importes, y una vez identificado el más bajo, desliza la vista a la izquierda y, cualquiera que sea el plato al que le corresponda, lo pide. Se cuenta que en un restaurante de alta cocina ordenó una ración de pan y unas olivas. Solicité seis veces la carta a un camarero quien, dándose por enterado la última, me entregó diligentemente una octavilla prensada entre dos láminas de plástico verticales sujetas por una base roja en la que se leía: «Mahou»—. Pues, oye —proseguí—, ya que te ha gustado el concierto... La semana pasada se anunció el cartel del Trash Crap Festival 2026 y los Black Pillow Blood Party están confirmados. ¿Por qué no sacamos las entradas?

—¿En 2026? ¿Y ahora me lo dices? ¡Ulises y su famosa manía de dejarlo todo para el último momento! Tendré que mirar la agenda.

—Eso, mira la agenda y me dices lo que sea.

El mismo camarero que nos había dado la carta se apostó a nuestro lado y sin levantar los ojos de una libreta preguntó: «¿De beber?».

—Dos cervecitas, ¿no? —respondí mirando a Enrique—. Tienen aquí unas birritas artesanales que son una delicia, incluida la que hacen ellos: La Recauchutada. Las hay de muchas clases: negra, Lager, IPA, con limón, con sabor a butifarra, a morcilla de Burgos...

—Yo un vermú.

—Ah, ¡también es artesanal!

—Pues un vino. Y no me digas que pisan ellos las uvas porque me voy.

—Es ecológico y sin sulfitos —terció el empleado.

—¡Pues un agua con gas!

Pedimos las bebidas y seguimos rastreando la carta por si encontrábamos algo de comer cuya nomenclatura estimulase nuestros jugos gástricos.

—¡Pero esto qué es! ¡Pero esto qué es! —prorrumpió Enrique, amostazado.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Una lata de sardinas, doce euros. Una de mejillones en escabeche, quince. ¿Dónde me has traído? ¡Esa lata de sardinas la compro yo en el supermercado de debajo de mi casa por un euro! ¡Nos van a dar un sablazo de aquí te espero! Y todo conservas y embutido; ¿qué pasa, que no tienen cocina?

—Enrique, no lo entiendes: aquí, además de las sardinas, estás pagando la atmósfera del local...

—¿Qué atmósfera ni qué atmósfera? Muy alternativos, muy bohemios, pero en el fondo sois todos unos pijos; los dueños de los bares lo saben y establecen los precios a medida de vuestras absurdas ínfulas. Pero ¡fíjate! ¡Un plato de cecina, veinte euros!

—Es artesanal.

—Hombre, para chasco. Estaría bueno que por veinte euros te pusieran unas lonchas de El Pozo. Y en cualquier caso, no creo que sea mejor que la de mi pueblo, donde te sirven unas raciones espléndidas por menos de la mitad. ¡A saber lo que nos clavan por el vino y el agua con gas! La verdad es que no tengo mucha hambre...

Se pasó la velada comparando los precios y la calidad del producto de los establecimientos urbanitas con los de su pueblo. Que si Jaramillas del Mostrenco (que así se llama) por aquí, Jaramillas del Mostrenco por allá... Yo me había terminado mi cervecita y él alargaba a pequeños sorbos su agua carbonatada cuando dijo:

—El próximo fin de semana Inés y yo iremos al pueblo. ¿Por qué no vienes con nosotros? Te lo he propuesto muchas veces y todavía no te has dignado a conocerlo. Te sorprenderá.

—Seguro. Debe de tener una actividad cultural que ya quisieran en Londres, Nueva York...

—Alberga una pequeña librería muy bien dotada. —Y guiñando un ojo, añadió—. Y está a veinte kilómetros del MAMAS.

—¿Sí? —dije engatusado. El Museo de Arte Moderno y Abstracto Selecto es de lo mejorcito en este país en arte moderno, abstracto y selecto.

—Anímate, hombre. Te vendrá bien cambiar de aires, puros y frescos por la zona. Corre por allí un vientecillo vigorizante. Por no hablar de la gastronomía, reconstituyente.

Pedí la cuenta y por la reacción de Enrique (lividez, espasmos) temí que hubiéramos de llamar a los servicios de urgencias. Mi promesa de que iría a visitar Jaramillas del Mostrenco pareció resucitarlo.

Nada más llegar al pueblo sentí unos deseos irrefrenables de abandonarlo. Pero no me hallaba en disposición de hacerlo; vamos, que no podía: Enrique e Inés me habían llevado en su coche. Estuve tentado de pedirle a mi ilustrado amigo que me dejara en la parada del autobús, confiando en que hubiera alguna y que allí se detuvieran vehículos que circulasen en dirección a un municipio de mayor empaque de donde a su vez partieran autocares, trenes o barcos, si hacia falta, que me devolvieran a lo que consideraba civilización. Como buen *millennial*, me precio de tener las ideas clarísimas, ir de frente, con la verdad por delante y decir siempre lo que pienso, pero me pareció feo responder así a la hospitalidad que tanto la pareja como los padres de

Enrique me brindaban. Así que hube de conformarme con lo que mi equivocada decisión me deparase y mentalizarme de que iba a pasar dos días alejado del mundanal ruido.

Los padres de Enrique nos recibieron a mesa puesta y bien puesta: tras posar en ella diversos tipos de quesos y embutidos de la región plantaron en el centro una fuente con un guiso de costillas que habría resucitado a un muerto. O al reparto completo de *The walking dead*, dada la cantidad. No cesaron de insistir en que comiera más hasta que me embuché tres platos. Luego del almuerzo, Enrique me condujo a la habitación que iba a servirme de alojamiento, prolijamente guarnecida con una cama, un armario de cuatro cuerpos reliquia de la Guerra Civil y un crucifijo de origen incluso anterior. «Si quieres echarte un rato, hazlo. Nosotros vamos a hacerlo», me dijo, y lo juzgué de perlas: pensé que quedarme un rato solo, aunque fuese en aquella mazmorra provecta, me ayudaría a poner en orden mi atribulado pensamiento.

No era, lógicamente, la primera vez que daba con mis huesos en un pueblo. Gloria y yo hicimos varias escapadas rurales que evoco con sumo agrado, aunque como podrás comprender, en los primeros estadios del amor las visitas turísticas no constituían el principal aliciente de aquellas estratégicas excursiones. El mío era aprovechar la paz y el silencio reinantes, así como la comprensión de mi pareja, para ponerme al día con la filmografía de algún gran director europeo, razón por la cual siempre exigía que el hotelito campestre tuviera WiFi y llevaba conmigo un ordenador portátil para poder conectarme a Filmin. Gloria fruncía el ceño cuando, tras una cena con velas, me tumbaba en la cama y comenzaba el visionado de alguna de Godard, Truffaut, Chabrol, Resnais, De Sica, Rossellini, Visconti, Fellini, Bergman o Buñuel. Nunca entendí por qué.

A la media hora del inicio de la película ella me despertaba de un codazo, rezongaba algo ininteligible y se daba la vuelta en la cama, dándome la espalda. Tampoco supe nunca la razón.

En alguna ocasión también viajé a alguna población rústica para asistir a algún festival de música independiente. En estas demarcaciones están muy al día de esta variedad, debido a que la única frecuencia que llega es la de Radio 3.

Pero, en líneas generales, los entornos bucólicos no me atraen lo más mínimo. ¿Cómo pueden sobrevivir sin cines de versión original? Quiero decir... ¡sin cines de ningún tipo! Sin teatros, ni salas de exposiciones, ni locales de conciertos... Por lo que pude apreciar a mi llegada, Jaramillas del Mostrenco se limitaba a una calle principal, que no era otra cosa que la carretera comarcal, a cada lado de la cual se distribuían cinco o seis casas; en dicha calle había un sucedáneo de bar, que, en realidad, se trataba de la sede social de las peñas locales, por lo que a las once de la noche cerraba sus puertas; la susodicha librería, encomiástico apelativo empleado por Enrique para referirse a un quiosco de prensa donde dispensaban *Los grandes clásicos de la literatura* de Planeta DeAgostini; una carnicería; una panadería; y, al fondo a la derecha, según entrabas desde la ciudad, una iglesia no lo suficientemente antigua como para captar la atención del turista. Y eso era todo. Menos mal que en el trayecto en coche le hice jurar a Enrique que iríamos al

MAMAS, donde, aunque no entendiera ni papa de las obras de arte siempre podría hacerme un selfi y subirlo a Instagram.

Tras la apacible siesta dimos un paseo por las cuatro calles que componían el término municipal y entramos en el almacén que hacía las veces de bar para cenar. Confieso que Enrique tenía razón en cuanto a los precios, las calidades y las cantidades que allí administraban, y, aunque el exiguo montante corrió de mi cuenta, mi amigo, que extiende su hipersensibilidad por la economía a terceros, estuvo a punto de sufrir un síncope. De regreso a la casa de sus padres, me encerré en mi habitación, saqué el portátil, me puse a ver *La dolce vita* (Federico Fellini, 1960) —necesitaba impregnarme de animación cosmopolita—... y lo siguiente que recuerdo es a Enrique llamando a mi puerta, entrando disfrazado de guarda forestal (botas de *trekking*, pantalón de parches, cortavientos de The North Face) e informándome a voz en grito de que eran las seis de la mañana, hora idónea, según él, para salir a caminar por el campo.

Lo que él entiende por «caminar por el campo» no es, sino arrearse una paliza de cuatro horas zancajeando por alguna escabrosa montaña, operación para la que yo no estaba preparado ni espiritual ni materialmente, pues mis inseparables Converse constituían el único calzado que me había llevado para todo el fin de semana. Aun así, insistió tanto que el debate derivó en una suerte de regateo, al final del cual acordamos emprender una suave caminata por las inmediaciones de Jaramillas del Mostrenco, en lo más llano de su orografía. «¡Y luego al MAMAS!», le advertí antes de emprender la marcha.

Salimos de la casa, él con su terno de aventurero, yo con mi uniforme de chico alternativo de ciudad, casi a la vez que el sol lo hacía de detrás de las cumbres que se divisaban en la lejanía. La sensación térmica era de frío, pero la ausencia de nubes en el cielo presagiaba una mañana agradable con subida paulatina de la temperatura. Entramos en el bar, ya abierto, y nos jamamos dos bocadillos de tortilla, «para coger fuerzas», dijo Enrique, y otros tantos cafés con leche (lo sufragué yo). Media hora después nos alejamos de la calle principal, o carretera comarcal, por la derecha, y zigzagueando un poco fuimos a parar a la plazuela de la iglesia. Con la excusa de contemplar su campanario me detuve un instante con objeto de recuperar el resuello y rodeamos a continuación el recinto religioso, a cuya espalda ya solo había una explanada de arena primero, y verde campiña después. Atravesaba esta un sendero abierto entre la maleza que al parecer conducía a una ermita de no sé qué siglo, de la que quedaban cuatro piedras; si bien era posible atisbarla incluso desde la parroquia, señal de que no quedaba muy lejos, a mí se me antojó una distancia considerable. Me detuve de nuevo, obligándole a él a pararse también, e iba a comunicarle que ya me dolían los pies cuando un vozarrón procedente de la planicie arenosa, en cuyo extremo aún estábamos, llamó nuestra atención.

—¡Eh, Enriquete! ¿Qué haces ahí pasmao? ¡Anda y arrea, que tú y tu amigo nos estáis jeringando la partida!

Por su natural brusquedad, nunca he sabido discernir si la gente de pueblo, cuando se dirige a mí, lo hace amablemente, me está echando la bronca o se está burlando. Puede que tengan la

capacidad de expresar las tres cosas a un tiempo. En este caso, y, aunque era a Enrique a quien iba encaminado el exhorto, me ocurrió lo mismo. Quien había hablado era uno de los dos tipos de unos cincuenta años que ocupaban el centro de la explanada. Portaban en las manos unas bolas que parecían de acero, que el rudo nativo entrechocaba, provocando un amenazante «cloc, cloc» que intercalaba a modo de puntos y comas en su discurso.

—¡Buenos días, Marcial! —contestó Enrique—. Ya nos vamos. Es que aquí mi amigo está admirando el paisaje.

—¡Bonita mañana tenemos! —replicó el que hablaba a base de rugidos—. ¿Qué, te presta el pueblo? —Y se echó a reír.

Enrique me habló por lo bajo:

—Te pregunta a ti.

—No he entendido qué ha dicho.

—Que si te gusta el pueblo.

—Ah. —Y elevando algo la voz, respondí—. Sí, sí, me presta muchísimo. O sea, que me encanta.

El lugareño soltó otra carcajada, secundada por su compañero.

—¿Ya estáis dándole a la petanca? —les preguntó Enrique.

—¿Cómo si no? Aquí estamos tirando unas bolas. ¡Lo mejor del mundo! —De nuevo risotada —. ¿Oye, por qué tú y tu amigo no venís y echamos una dupleta? Quien pierda paga unos sol y sombra en el bar, jo, jo, jo.

—No sabemos jugar, Marcial... —dijo Enrique.

—¡Si esto es muy fácil! Solo hay que tirar la bola de forma y manera que quede lo más cerca posible del boliche. ¡Eh, pero sin despegar los pies del suelo!

—Venga, que jugando se aprende —insistió el otro.

—¡Animarse, Enriquete y compañía! —reiteró Marcial.

Aunque la pareja de aldeanos me intimidaba bastante, lo estimé mejor plan, menos cansado, que el peregrinaje campo a través hacia la ermita y quién sabe si más allá. Además, no quería que me tiraran al pilón; había oído que era arraigada costumbre de los pardales con los foráneos que les contrariaban. Le hice saber a Enrique con un gesto mi aquiescencia, aunque me creí en la obligación de añadir: «No te preocupes, que los sol y sombra los pago yo».

Nos explicaron por encima las reglas, me endilgaron tres bolas y se echaron a un lado con aire exultante, esperando asistir a mi debacle deportiva. Mecí un par de veces la primera, para calibrar su peso y aplicar la fuerza precisa en el lanzamiento, y arrojándola como se lo había visto hacer, a la remanguillé, amén de con cierto temple de cosecha propia, describió en el aire una suave parábola hasta que, al tomar tierra, impactó con una bola del equipo rival, que salió despedida un par de metros, para, acto seguido, rodar remolona hasta quedar pegada al boliche, que es esa otra bola, más pequeña, a la que hay que aproximarse con las grandes. Solo a raíz de la reacción de los paisanos tuve constancia de que había ejecutado una jugada maestra.

—¡Ahí va la hostia! —regurgitó Marcial—. ¿Qué te paice cómo la ha arrimao el zagal, Abelardo? ¡Este sabe más que Calepino!

—¡Me cago en Calepino! —dijo Abelardo, el compinche de Marcial.

—¡Eh, Enriquete! —prosiguió el primero—. Aquí tu amigo nos ha engañao. Ha jugao antes.

Lo desmentí, y aclaré que mi lanzamiento había sido absolutamente perfunctorio.

—¡Pero qué ice el andoba! —repuso Marcial dirigiéndose a Enrique. Y luego, señalándome con un dedo bronceado y regordete, añadió—: A mí no me hables en francés.

—No, si no... —empecé a decir.

—Perdonad a mi amigo —me interrumpió Enrique—, pero es que tiene una tía lejana en la Borgoña.

—¿Ein? —dijeron los dos caballeros.

—Oye, que no es galicismo —le susurré a Enrique cuando pasaba a mi lado—; viene del latín.

—Ya lo sé, melón, pero ¿qué quieres, que les diga que eres un puto pedante?

—No, no —me apresuré a responder.

—Pues córtate un poco, jolín.

Cuando le tocó el turno a Enrique, la más precisa de sus bolas quedó a más de un metro del boliche. De las esferas de los labriegos (si es que la labranza era su oficio), una aterrizó muy cerca del objetivo, casi tanto como la primera de las mías. No era cuestión de ir a buscar una cinta métrica, así que de haber tenido que dilucidar ganador, les habría cedido gustoso el honor.

Lancé entonces mi segunda bola, con tan mala suerte que embistió primero la mejor situada de las de ellos, distanciándola del boliche un metro; una bola de Enrique después, la cual, gracias al nuevo empuje, se adosó sorprendentemente al blanco; y con todo y con eso deambuló ella misma un poco más hasta encontrar excelente ubicación.

—¡Amos no me jodas! —exclamó Marcial, dándose unos palmetazos tremendos en los muslos—. ¡Este sabe más que el maestro Ciruelo!

—¡Me cago en el maestro Ciruelo! —dispuso Abelardo.

—Es la suerte del principante —me excusé.

Cuando dejó de abofetearse las cartucheras, Marcial dio unos pasos hacia mí; puso su cara a un palmo de la mía, y con los ojos cargados de ira y soltando espumarajos por la boca (al menos esa impresión me dio en aquel momento), me dijo:

—¿Qué te has creído, que aquí nos chupamos el dedo? Mucho cuidao, que torres más altas han caído. ¡Ándate con ojo! —Se dio la vuelta, y antes de regresar a su posición anterior, se giró otra vez y me espetó—: ¡Afrancesao! —Y ambos prorrumpieron en sonoras carcajadas.

En aquel instante no pude por menos que pensar lo a gusto que estaría yo en mi casa viendo una película de cine *noir*, que quién me mandaba a mí ir a pasar un fin de semana a un pueblo dejado de la mano de Dios, que qué se me había perdido allí y cómo se me había ocurrido acceder a participar en una partida de petanca (¡de petanca!) con aquel par de cenutrios.

Visualicé el pilón, y temí que en ausencia del mismo lo que tuvieran fuese un pozo de la época de los romanos, de cincuenta metros de profundidad.

Consulté con la mirada a Enrique, quien me confirmó lo que debía hacer con otra que decía claramente: «Ya puedes cagarla, pero bien». Así que efectué mi último lanzamiento lo peor que pude, pero engañosamente, como si quisiera hacerlo bien, no fuese a ser que el dejarme perder se lo tomaran a mal. Y con la misma cadencia continuó la partida hasta que se consumó la victoria, aplastante, de los lugareños.

Al rato estábamos en el bar pidiendo dos sol y sombra, una cervecita para mí y un vino cosechero, servido directo de la garrafa al vaso, para Enrique. De repente, Marcial y Abelardo se habían transformado en los seres más pacíficos y amigables de la submeseta norte y parecían incluso encantados de hacer los honores a un forastero, según ellos francófono, como yo.

—Tendrías que haberte visto: ¡te has quedao como un flan! —decía entre risas Marcial—. ¡Te has cagao la pata abajo! ¿Pensabas que íbamos a tirarte al pilón?

—Nooo, qué va, ¿un pilón... yo... pensar...? Ay, qué gracia.

—Si ya no tenemos pilón. En los años sesenta se descubrió que se había construido sobre una necrópolis del siglo I. Así que entre conservar el pilón o excavar la necrópolis y conseguir que el yacimiento romano apareciera en las guías de la región, como comprenderás... Aquí donde le ves, Abelardo trabaja en la Oficina de Turismo y enseña las ruinas a quien lo solicita. Tiene la carrera de Historia del Arte, además de ser ingeniero agrónomo. ¿Otra cerveza? Esta la pago yo.

Tanto se había destensado la relación que me entraron ganas de pedirles la revancha. Estaba picado: sabía que podía ganarlos. Pero esa no era la única razón: durante la media hora larga que nos habíamos pasado tirando bolas me lo había pasado francamente bien. Hasta entonces tenía la idea de que la petanca era, bueno, ya sabes, un pasatiempo de jubilados en el parque, pero había descubierto que podía ser entretenida para cualquiera, independientemente de su edad, lugar de residencia o inquietudes culturales. Cada vez que te balanceabas para tirar una bola te embargaba una especie de presión que hacía que, una vez arrojada, estuvieras deseando lanzar la siguiente. Y además, parecía que se me daba bien. ¡Igual estaba dotado de un don natural para la petanca!

A la tercera cerveza (y otros tantos sol y sombra; a lo largo de los años Enrique había adquirido la habilidad de alargar un chato de vino dos horas), y ya con una ración de oreja en la barra (a las doce de la mañana), les pedí la revancha, que de buen grado concedieron.

—Ahora mismo, si queréis. ¿O tenéis algún otro plan? —preguntó Marcial.

—¡Vamos para allá! —respondí.

De camino a la explanada de detrás de la iglesia, Enrique me dijo:

—¿Pero no querías visitar el MAMAS?

—Ya iremos mañana.

Matamos el rato antes de comer dándole a las bolas (ganamos nosotros), y continuamos por la tarde, tras la siesta. Tumbado en la cama después de comer me dediqué, en vez de a dormir o a ponerme una peli, a analizar mi técnica de lanzamiento y elucubrar cómo podía mejorarla.

Repasaba mentalmente las jugadas de la mañana y me decía: «A lo mejor, si la hubiera tirado más hacia la derecha me habría arrimado más al boliche». Confieso que hasta llegué a buscar en YouTube vídeos de las estrellas de esta modalidad, estudiando su sistema de juego y aprendiendo sus tácticas. Para colmo, descubrí que los mejores jugadores del mundo son franceses, y que la petanca proviene de allí (de la Provenza), así que, fíjate, igual algo de sangre gala sí que tengo... Acabé de pie en la habitación, simulando lanzamientos sin bola (lo que podría denominarse *air* petanca) y exclamando: «*Mon dieu!*», «*Oh là là*», «*C'est magnifique!*» o «*Merde!*», según fuera el resultado de mis experimentos. Tanto me metí en el papel que cuando salí del cuarto le pedí a Enrique que me preparara un *café au lait.*

No fue hasta que el sol se escondió por detrás de los montes cuando dimos por terminada la jornada deportiva, no sin antes expresar yo la conveniencia de exigir a la alcaldesa que instalara iluminación artificial en el descampado para poder jugar de noche. El numeroso público que se había reunido para admirar mis evoluciones secundó la moción con sonoros aplausos, vítores y proyección de boinas. Otros nativos se habían medido a nosotros, siempre con resultado favorable para mí y para Enrique, que no daba crédito a lo que veía. A la mañana siguiente no me apetecía otra cosa que seguir jugando a la petanca; claro que mi amigo, a quien no le estimulaba el plan de coger el coche para llevarme al museo, se cuidó muy mucho de recordarme mi intención inicial. Y así habríamos continuado todo el domingo de no ser porque a las once y media apareció el párroco rogándonos «por los clavos de Cristo» que dejásemos de hacer «ese ruido del demonio» que se propagaba por cada rincón de la iglesia amenazando con interferir dramáticamente en su sermón dominical, que casualmente versaba sobre el pasaje de San Juan en el que dice eso de: «El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra» (habrían parecido efectos especiales); porque a las dos paramos para tomarnos un aperitivo y, de seguido, comer; y porque a eso de las seis Enrique, harto ya de tanta bola (y creo que algo celoso por haberle *robado el show,* como dicen los angloparlantes), sugirió que fuésemos terminando porque no quería encontrar atasco a la vuelta.

Me había enganchado. Ese lunes, ya en mi lugar de residencia, peiné Internet en busca de clubes de petanca en la ciudad. Localicé uno, y me personé en la sede, y allí me dijeron que había de federarme si quería jugar con ellos, y me federé, y empecé a entrenar un par de tardes a la semana, y me enfundé una camiseta con mi nombre a la espalda, y gané algunas partidas y perdí otras, y conocí gente muy maja, sencilla y simpática... Ayer mismo hemos estado celebrando el cumpleaños de uno de los socios con una cena fantástica en la que disfruté como un niño. Sigo siendo un plasta del cine, la música y los libros, asistiento a conciertos y representaciones cuando puedo, que no es siempre: ahora mi vida social ha echado de nuevo a rodar. ¡A ver si aquel gusarapo tenía razón cuando predijo en su espectáculo esotérico que pronto iba a hacer un descubrimiento que me cambiaría la vida!

Milagros (perdón, Mila)
se empodera

Tengo entendido que es costumbre entre quienes acaban de divorciarse el retirar de paredes y repisas fotos de sus ex. Y lo comprendo: si los han expulsado de sus vidas, resulta lógico que quieran desalojarlos también de sus casas, aunque sea en su representación fotográfica. Yo misma he realizado dicha operación. De ahí viene precisamente la frase: «No quiero verlo ni en pintura», heredada de aquellos tiempos en que, como aún no se había inventado el arte fotográfico, la única manera de retratar facciones humanas era en óleo sobre lienzo. Por aquel entonces lo que hacían era vaciar los muros de cuadros, lo cual era un fastidio porque pesaban lo suyo, dejaban cerco en la pared y luego a ver dónde los guardaba uno; de aquello, supongo, nacieron los museos.

Lo que quizá me diferencie del resto de las personas separadas es que he quitado de mi vista, además, mis propias fotos; no aquellas hechas por mí, sino esas en las que salgo yo.

¿Por qué he obrado de ese modo? La explicación es muy sencilla. No soporto contemplarme tal y como era antes; no me reconozco. Y no por el físico, que también. La mujer que aparece en antiguas instantáneas simplemente es otra.

No vi mi divorcio como un problema o un fracaso, sino como una oportunidad: la de convertirme en la mujer que siempre había querido ser.

Hasta tal punto es así, que aun a día de hoy no estoy segura de si aproveché la separación para modelarme a mi antojo o si, por el contrario, mandé a tomar viento fresco a mi ex como primer paso para conseguir ese objetivo.

Siempre me he considerado una mujer atractiva a la que le gusta gustar. Creo que soy inteligente, creativa y decidida; tengo buenas ideas y se me ocurren muchas maneras de ponerlas en práctica.

La vida, en cambio, me llevó por otros derroteros.

Conocí al que luego sería mi marido cuando yo tenía diecinueve años. A los veintiuno me casé. A los veintitrés di a luz a nuestra hija. Me dediqué en cuerpo y alma a ella durante los quince siguientes. Desconozco quién confecciona los trajes de padres responsables, pero los tejen con hechuras que a nosotros nos venían grandes; a él más que a mí. Solo quien haya pasado por lo mismo sabrá la energía desbordante que una madre joven puede volcar en el cuidado de su bebé. Iba con mi niña a todas partes: de paseo, a la compra, al parque, al pediatra, de excursión, a una amplia variedad de espectáculos infantiles. Y no me cansaba. Perdí, a cambio, el contacto

con las que habían sido mis amigas, todavía en edad de salir y pasarlo bien mientras yo empujaba la sillita por las calles o permanecía en casa preparando purés. Solo una de ellas se mantuvo fiel a lo que por entonces no era más que una incipiente amistad, pues hablar de afectos *de toda la vida* resulta incongruente cuando acaban de cumplirse los veinte. Yo, que creía en mi potencial creativo y mi instinto de emprendedora, hube de claudicar y aceptar un trabajo insulso de oficinista en una empresa de paquetería para llegar a fin de mes.

Mi ex era también muy joven cuando empezamos a salir, y a esas edades las personalidades y ambiciones aún no están bien definidas. Inevitablemente, las nuestras terminaron de forjarse por imitación, tomando cosas el uno del otro. Al fin y al cabo, es el aprendizaje de la vida, el trato con las personas que nos rodean, lo que nos hace fuertes o débiles, desconfiados o crédulos; digamos que las cualidades que trae uno de serie, en bruto, terminan de perfilarse en la etapa en que maduramos a través de nuestras experiencias. Y la persona que más cerca tenía en esa etapa crucial era él.

El chico guapo, impulsivo y soñador del que me enamoré se convirtió enseguida en un juvenil anciano de aspecto abandonado, con impulso suficiente solo para levantarse a por otra cerveza del sofá y más que soñador, somnoliento. Abrumado por la temprana paternidad, se desentendió de nuestra hija; menos mal que ahí estaba yo para tirar del carro (nunca mejor dicho) por ambos. ¿Qué se le pegó a él de mí? Probablemente, la chispa que me empujaba a estar siempre haciendo algo, que al entrar en contacto con su aguada personalidad provocó algún tipo de cortocircuito que le mantenía siempre echando humo, quejumbroso, amargado. A mí él me contagió su conformismo: era eso lo que nos había tocado y nada podía hacerse para cambiarlo.

Durante muchos años no fuimos realmente una pareja, sino dos personas que alguna vez se habían querido y seguían compartiendo techo porque tenían una hija en común. Pero la niña creció, cumplió los dieciocho y, quizá porque lleva en la sangre eso de emparejarse pronto, se echó novio y, un par de años después, se fue a vivir con él. Cuando ocurrió, yo tenía cuarenta y tres. ¡Era aún muy joven! Miré al hombre con el que convivía, lo vi despatarrado en el sofá, fofo, descuidado, avinagrado por un trabajo anodino que odiaba, y me pregunté: «¿Qué hago yo con este señor?».

Me di cuenta de que había consumido una buena parte de mi vida y aún no había podido realizarme. Comprendí que había llegado el momento de hacerlo.

Asomé la cabeza por la puerta del salón y notifiqué: «Quiero el divorcio».

Lo primero que hice, al mes y medio de acaecida esta escena —y de eso hace ya dos años—, fue cambiarme el nombre.

«Milagros» nunca me gustó. Me refiero al apelativo onomástico, no al concepto que representa, porque reconozco que los milagros, en su acepción cristiana, son una cosa bonita e interesante. Implican final feliz; por ejemplo, si escasea la comida, se hace un milagro, se multiplican las raciones de pan y peces, y todos contentos. Por eso mismo contrasta tanto un

significado tan sugerente y apetitoso con una palabra tan brusca. A mí me suena a «magros», a explotación agrícola (tal vez por lo de «agros»; «mil agros» podrían equivaler perfectamente a cincuenta hectáreas), y ya puestos, pienso que quedaría mejor para designar herramientas concebidas para hacer agujeros en la pared, en plan: «Pásame el milagro, que voy a colgar la barra de las cortinas». «¿Con broca del cinco o del seis?» Es, por si fuera poco, un nombre antiguo; cualquiera que sepa que te llamas así y no te haya conocido personalmente pensará que naciste en tiempos de la Primera Guerra Mundial. Esa es la razón por la que no me importa reprobarlo aquí: dudo mucho que entre los lectores de este libro haya alguna Milagros, porque seguramente todas han pasado ya a mejor vida y, para su desgracia, no se han visto favorecidas con la verosimilitud de su definición y, por tanto, no han resucitado.

Como mi familia y mi mejor amiga siempre me han llamado «Mila», decidí que es un nombre más idóneo. A mi entender evoca a la Venus de Milo, que no deja de ser una diosa; pero más femenino aún. Es corto, fácil, sexi e internacional; sugiere origen eslavo, como Milla Jovovich.

Me informé sobre el papeleo necesario para verificar el cambio y me presenté con la documentación en el registro.

Cuando expuse mi caso al funcionario, hizo lo que todo funcionario ante cualquier tipo de petición ciudadana: consultar con su compañero de al lado. Tras una breve deliberación de diez minutos, regresó a su puesto y me dijo:

—Lo siento, pero «Mila» es un diminutivo; no se contempla como un nombre distinto de «Milagros». Un cambio de nombre es un cambio de nombre. Los diminutivos no se consideran un nombre distinto. Ocurre algo similar con las personas que se llaman «Esther» y quieren registrarse como «Ester», sin hache. Es el mismo nombre. La modificación, por tanto, no procede y puede usted seguir llamándose Milagros y permitir a sus amistades que la llamen «Mila».

—Pero estará usted de acuerdo conmigo en que «Milagros» y «Mila» no se parecen en nada...

—Que pase el siguiente.

No quería seguir llamándome Milagros. Deseaba disolver el espantoso patronímico en el mismo agujero negro por donde había desaparecido mi matrimonio. Convencida de que tenía razón, hice lo que todo ciudadano hace cuando obtiene una respuesta que no es de su gusto por parte de un trabajador de la administración: volver al día siguiente con la esperanza de que le atienda otro y le dé una segunda opinión, a ser posible distinta, lo que, por cierto, suele ocurrir con asombrosa frecuencia.

El funcionario en cuestión, escuchada mi solicitud y ojeando los papeles, hizo lo que se le presupone (fue a conferenciar con un compañero) y a la vuelta me comunicó:

—De acuerdo. Firme aquí y en un par de semanas recibirá la resolución favorable por correo certificado.

Mi casa seguía recordándome esa etapa aciaga de mi vida, en la que el matrimonio y la

maternidad me anularon como persona. Era la misma en la que había residido con mi ex; la que habíamos adquirido antes de casarnos gracias a la hipoteca concedida por un banco de la que, después de tantos años, restaba poco por pagar. Compré su parte al padre de mi hija para quedarme con ella, pues, aunque la consideraba el teatro de mis dramas, la verdad es que me sentía cómoda sobre sus tablas y entre sus bastidores. La consideraba algo mío, como a mi niña (que ya de niña no tiene nada); también la niña me recordaba mis años perdidos y no pensaba prescindir de ella.

Se imponía, no obstante, acometer algunos cambios en su apariencia, con el doble objetivo de borrar esos vestigios del pasado e imprimir en ella con más fuerza mi personalidad. Empecé por convertir la abandonada habitación infantil en un despacho-taller donde entregarme a una actividad por la que siempre me había sentido atraída y que, por unas cosas u otras, jamás había llegado a consumar: el diseño de joyas. Bueno, por unas cosas u otras no: especialmente porque mi ex, cuando me escuchaba hablar de dicha inquietud, ponía una cara de desprecio que daba a entender que constituía una soberana tontería y desactivaba mis ganas antes de empezar. De tanto exhibir el gesto se le quedó prendido a la cara, y allí donde iba se paseaba con un continuo rictus de desagrado que generaba un efecto recíproco, pues desagradaba a los demás.

Modifiqué tres veces la distribución de los muebles del salón, hasta que me satisfizo el resultado. Vendí el sofá, donde el señor con quien me casé había dejado de recuerdo la marca eterna de su abultado trasero, de tanto tiempo que pasaba allí apoltronado viendo la televisión, y compré un *chaise longue* de vibrante color chocolate 90 % cacao. Llené el piso de plantas, sobre todo, la terraza acristalada, que, aunque estrecha era alargada —corría paralela al salón y el dormitorio principal— y muy luminosa. Llegué a instalar macetas en el rellano. Por supuesto, me hice con un nuevo colchón, porque el anterior, a semejanza del sofá, había mutado en un novedoso modelo a dos alturas, una la original, del lado donde yo me acostaba, y otra, como un valle ignominioso, donde recostaba él su orondo corpachón.

Lo que más quebraderos de cabeza me dio fue la elección de un estilo para la decoración. En la actualidad hay seis tendencias disponibles, que a simple vista parecen pocas, pero que, en realidad, son muchas si tenemos en cuenta que hace veinticinco años no había ninguna. O, mejor dicho, había dos: la de nuestros padres, caracterizada por robustos muebles de caoba o cualquier otra madera oscura, indefectiblemente provistos de vitrinas donde poder almacenar, de un modo muy vistoso, cristalerías, figuritas de porcelana, utilísimas bandejitas de plata y otros enseres de capital importancia; y la que imperaba cuando los de mi generación nos casamos, que, en cambio, basaba su encanto en estructuras de bordes más o menos redondeados, más o menos aerodinámicos —como si estuviesen pensados para circular por autovía; pero es que por entonces esas curvaturas eran sinónimo de modernidad— y maderas de cerezo o cualquier otra variedad de tono claro. Todos nuestros padres habitaban entre esos muebles de impronta señorial y todos los jóvenes, al comprar el pisito donde viviríamos con nuestros maridos o esposas, nos decantábamos por aquellos de líneas más simples que en los años noventa empezaron a verse en

algunos muestrarios y que, además, no eran tan aparatosos como los primeros y, por tanto, cabían mejor en espacios reducidos.

Los seis estilos entre los que puede elegirse hoy en día son: el minimalista, el nórdico, el colonial, el *boho-chic*, el étnico y el industrial. Querer salirse de alguna de esas categorías descolocaría al decorador más competente. Lo bueno que tienen es que son géneros abiertos, aplicables en cualquier parte. Por ejemplo, es perfectamente posible encontrar un comedor de estilo nórdico en la provincia más calurosa de Ecuador, un salón industrial en la más apartada de las aldeas de Castilla-La Mancha, un apartamento étnico en la Quinta Avenida de Nueva York e incluso aires minimalistas en propiedades que no son de futbolistas.

Pensando que hacía juego con el estilo de las joyas que diseñaba en mis ratos libres escogí la estética étnica, aun discrepando con el término, que no hace referencia al conjunto de etnias, sino que es un eufemismo para designar solo la india y la africana, y opino que la caucásica y la latina, pongo por caso, son tan respetables como otra cualquiera. Afronté el problema, como es natural, de que como nunca he estado en la India ni en África (los viajes que hice con mi exmarido no traspasaron jamás un radio de 500 kilómetros), solo sabía cómo ornamentan las casas en esas latitudes por las fotos que aparecen en las revistas de decoración del mundo occidental. Guiada por su inspiración, compré algunas telas estampadas con motivos zoológicos (elefantes, cebras), un par de lamparitas parecidas a las que, supongo, despachan en los bazares de Marrakech, cojines balineses, una máscara de segunda mano que el vendedor me aseguró ser fruto de un enconado regateo con un nativo senegalés, un puf tunecino y algunas fruslerías más, y di por terminada mi conversión a un estilo asiático-subsahariano-magrebí de lo más resultón.

Me faltaba por resolver la cuestión de qué poner en los huecos que habían dejado en la pared y las repisas las fotos que retiré. Una de las sábanas africanas, colocada encima del sofá, redujo en gran medida la dimensión del conflicto. Para el resto, opté por seleccionar algunos de los diseños de joyas que más chulos me parecían y los enmarqué, encargando lógicamente el tipo de marcos que usan en Kuala Lumpur. Y asunto zanjado.

En una de las fotos que descolgué de la pared, y que durante décadas estuvo entre mis favoritas, aparezco en el bautizo de un sobrino, probablemente, a la entrada del restaurante, con mi hija en brazos. La niña debía de tener por entonces tres o cuatro años; yo rondaba, por tanto, los veintiséis. Pese a que me encantaba la instantánea, meses después de acaecida la escena con mi ex antes descrita empecé a odiarla con todas mis fuerzas, lo que me llevó a ocultarla, con otras muchas, en el sótano de casa. Aquella imagen plasmaba con infausta precisión lo que yo había sido y había dejado de ser.

Me exaspera oír a la gente decir que no se arrepiente de nada de lo que ha hecho en su existencia. Que hasta las malas decisiones depararon buenas lecciones. ¡Pamplinas! Yo me arrepiento de un montón de cosas; si volviera a nacer y dispusiera de información sobre la repercusión de mis actos, evitaría cometer los mismos errores. Incluso los más nimios. Por

ejemplo, si ahora tuviera veintiséis años y asistiera al bautizo de mi sobrino, por nada del mundo me pondría ese pantalón blanco que realzaba unas crecientes caderas, ni me cortaría el pelo a lo chico, como alguien que antepone la comodidad a la estética y que únicamente pretende ahorrarse los veinte minutos bajo el secador.

Esa jovencita de la foto (que soy yo) se parece a mí como Danny DeVito a Hugh Jackman. Antes de guardarla en la caja de la vergüenza la examiné detenidamente. Solo cinco años antes lucía un tipito que quitaba el hipo, y no porque diera susto. En aquella nefasta imagen se aprecia a una chica de edad indeterminada entrada en carnes; que, sin estar contenta con ello (aquí de lo que se trata es de sentirse a gusto con uno mismo; bravo por aquellas y aquellos que están felices con su kilos), se ha resignado de tal modo que ni siquiera repara en que el color blanco va a acentuar sus redondeces; que se mantiene ajena a las últimas tendencias en peluquería; y que *carga* satisfecha (la sonrisa lo delata) con lo único que da sentido a su vida. El hecho de que no aparezcan otras personas en la foto subraya la soledad de las inmortalizadas: se tienen la una a la otra; no hay nadie más.

Me dieron ganas de romperla, lo confieso, pero me contuve y la lancé sin compasión al fondo de la caja, donde enseguida quedó sepultada por otras iguales o peores. Acto seguido me miré en el espejo del pasillo. Alcé los brazos, apretando los puños, y me recreé en la contemplación de mis nuevos bíceps, tríceps y deltoides. Con esa chica sí que me identifico.

Empecé a ir al gimnasio poco después de acortarme el nombre. Quería reinventarme también físicamente, parecerme otra vez a aquella adolescente delgada y bien proporcionada que fui antes de conocer al mendrugo que luego sería mi marido. No soy psicóloga, pero tampoco tonta, y advierto claramente que mi interés en recuperar mi silueta de juventud tiene un fuerte significado simbólico: de ese modo cerraba el paréntesis que abrí al casarme y reanudaba mi relato vital. De aquella etapa queda mi hija; lo demás es como si no hubiera ocurrido. Tal como lo pienso, lo escribo. Así de clara tengo mi transformación.

Confieso que me costó habituarme a la dinámica interna de los gimnasios. Empezando por sus vestuarios. No estaba preparada para ciertas visiones. El primer día estaba atándome las zapatillas sentada en un banco próximo a las duchas cuando levanté la vista y me topé, a escasos centímetros de mis ojos, con una especie de melocotón gigante, blanquecino y tembloroso, que resultó ser el trasero en pompa (glúteos en extensión, en lenguaje *fitness*) de una señora secándose concienzudamente los dedos de los pies. Dime alguna otra situación en la vida en que puedas disfrutar de semejante panorámica a tan corta distancia. Es un privilegio que brindan en exclusiva los vestuarios de gimnasios y piscinas. A juzgar por el tiempo que empleó en la faena, la señora en cuestión debía de tener diez dedos en cada pie, en vez de cinco; que estaba a salvo de hongos quedaba fuera de toda duda.

Concedo que los vestuarios cumplen determinada función: sirven para que los clientes se desvistan, se duchen y se vuelvan a vestir. Lo que no concibo es que algunos olviden ahí dentro toda moderación. Es como poner música al máximo volumen a las doce de la mañana: está

permitido, pues no es horario nocturno, pero, aun así, quizá haya alguien a quien le moleste. Personas sin mesura como la señora de las nalgas al aire (¡póngase usted primero las bragas y luego séquese con toda cachaza los dedos de los pies, caray!) obligan a otras a *mirar para otro lado;* es decir, que desde el instante en que uno detecta su presencia, ya no puede mirar libremente en todas direcciones, porque sabe que en una zona concreta de su campo visual hay algo que le desagrada. Y el tener que estar pendiente de dónde miro y dónde no me resulta muy incómodo y hasta diría que coarta mi libertad.

Novata como yo era en esas lides, al principio me dejé llevar por el tópico en decadencia que dictamina que las mujeres debemos dedicarnos a las clases colectivas, mientras que pesas y máquinas están hechas para los musculados machotes, y me pasé varios meses peregrinando de clase en clase (aeróbic, *spinning, aerobox, bodyattack, bodybalance, bodypump, cardiobox, step, burn, crossfit*...) aprendiendo más inglés que otra cosa. Mi primer objetivo era perder unos kilos y tonificarme, pero con estas modalidades, tal vez por falta de constancia, no lo conseguía. Hablé entonces con uno de los monitores, quien me informó de que el ejercicio de fuerza también quema calorías.

No sé si es por lo escueto de la ropa, por los insinuantes «ahhhh» y «gmffff» que se escuchan por doquier, por el sudor, que al salpicar al de al lado crea un indeleble vínculo de intimidad, por la exacerbada tensión que planea en el ambiente o porque el esfuerzo dispara estrógenos y testosterona, lo cierto es que en los gimnasios se liga; ¡vaya si se liga!

En mi primer día en la sala de máquinas, un monitor me explicó cómo efectuar correctamente cada ejercicio. Tras un fugaz recorrido por los distintos aparatos e impartidas las explicaciones pertinentes, me dejó a mi aire. Al poco rato, mientras me sofocaba dando tirones a unas poleas, apareció un madurito y me dijo:

—¿Me permites? Debes arquear la espalda y mantener rectos los brazos. Mira, así. —Y, como buen samaritano, se puso a predicar con el ejemplo, brindándome la ocasión de apreciar la contracción de sus bíceps.

«¡Qué señor tan majo!», pensé. Le agradecí las indicaciones y reanudé las sacudidas poniendo cuidado en realizarlas como me había enseñado. Diez minutos después, se acercó otro caballero.

—Perdona... Si lo haces así corres el riesgo de lesionarte. No arquees tanto la espalda... —Ocupó mi lugar para hacerlo él—. ¿Ves? Y, sobre todo, no mantengas los brazos tan rígidos. Fíjate en los míos. Deja que adopten una postura natural.

Me sorprendieron sus directrices, que rebatían drásticamente las del anterior asesor. Total, que la siguiente serie la llevé a cabo curvando la espalda y doblando los brazos.

—Ten cuidado —comentó un tercer espontáneo—. Debes coger la barra de aquí y de aquí. Mira, ¿ves cómo lo hago yo? Espalda recta, brazos alineados y piernas ligeramente flexionadas. ¿Es tu primer día en el gimnasio? ¿Te apetece que tomemos una barrita energética a la salida?

Fue entonces cuando me di cuenta de que la ayuda que me brindaban estos compañeros no era desinteresada, sino una mera maniobra de aproximación. Pretendían romper el hielo, crear un

ambiente de complicidad y, seguramente, acabar practicando conmigo otro tipo de ejercicios. Cuando esa mañana abandoné el recinto lo comenté divertida con la chica de recepción.

—Sabía que vienen aquí a ponerse como animales —dije—, pero no se me había ocurrido que acabaran convirtiéndose en moscardones —dije.

—Eso —dijo tranquilamente, mientras mascaba un chicle con la boca abierta— tiene fácil solución.

—Ah, ¿sí? —inquirí.

—Claro. Ponte auriculares.

Respondí que con el irritante *chunda chunda* que amenizaba las sesiones ya tenía música suficiente.

—No, mujer. Si la gente no se pone auriculares en los gimnasios para escuchar música.

Con un mohín de fastidio, como si tuviera que explicar algo evidente, me aclaró que estos accesorios son un elemento más de la parafernalia gimnástica, como los pantalones cortos, los guantes acolchados y las zapatillas «de uso exclusivo», como reza el cartel de la entrada, solo que su función es la de desbaratar cualquier intento de otra persona de interactuar contigo. Cuando un donjuán de las mancuernas cede a la tentación de intentar darte la tabarra, al divisar los cascos desiste automáticamente del empeño, consciente de la imposibilidad de trabar conversación con alguien que no va a oírlo.

Ese mismo día, por la tarde, adquirí una pareja de auriculares que elegí, como es lógico, no por la calidad de transmisión del sonido, sino por el efecto «cancelación activa de ruido», tal y como constaba en la caja. Lo cual tenía el beneficio colateral de amortiguar la infernal música ambiental.

Pero ni con esas, oye. Al día siguiente, bien taponadas mis orejas, veo que un audaz jovencito se dirige hacia mí portando su teléfono móvil, cuya pantalla a continuación me enseña.

«¿Quieres tomar un batido de proteínas a la salida?», había escrito en él.

Rápida de reflejos, guiñé los ojos y creo que le respondí (digo «creo» porque las espumillas de mis oídos dificultaban incluso la audición de mi propia voz):

—¡Oh, lo siento! No me he traído las gafas de cerca.

Y tras echarme una ojeada calibrando mi edad, desapareció avergonzado de haber tratado de conquistar a una viejecita inexpugnable.

El caso es que a los seis meses de sacrificio empezaron a notarse los resultados. Me deshice de esos kilos que me estorbaban, y como al mismo tiempo el trabajo con pesas estaba ensanchando mis músculos («hipertrofia» lo llaman en el mundo del *fitness;* palabra que a mí siempre me suena a enfermedad de extrema gravedad), mi cuerpo comenzó a cincelarse de una forma bastante satisfactoria. Reduje volumen de donde me sobraba y lo aumenté donde yo quería. Poco a poco me veía como quería verme; como consideraba que me correspondía. Soy una mujer fuerte, y deseaba ampliar dicha fortaleza, que hasta entonces se había circunscrito al plano emocional, al aspecto físico.

No me gustaría que malinterpretaras lo que hice a continuación. Sé que lo fácil es deducir que buscaba validación; que los demás expresaran lo buenorra que me estaba poniendo. ¡Exprímete la cabeza un poco más, querido lector! No necesito ayuda externa para mantener erguida mi autoestima. Ya sabía yo que se me estaba quedando un tipazo. Lo que perseguía era presentarme en sociedad; presentar a la nueva Mila.

Utilicé para ello las redes sociales; la primera, Facebook. Hasta entonces me había empleado con discreción en esa plataforma, que usaba muy de vez en cuando para subir fotos de alguna comida o excursión. No soy, ni por asomo, de los pesados que publican tres veces al día ni de los ignorantes que, a falta de ideas originales, se dedican a compartir frases lapidarias que en el cien por cien de los casos contienen faltas de ortografía. En el fondo todos lo hacen para presumir: de frenética actividad o de idiotez supina. Así que me dije que era un buen escaparate para lucir mi flamante fisonomía, adjetivo válido en sus dos acepciones: la de «nueva» y la de «lucida, resplandeciente».

Exhibí de entrada un selfi en el *gym,* con la cadera ligeramente ladeada y lo suficientemente revelador en virtud del *culotte* ceñido y el exiguo *top* que fuera de esas dependencias algunos denominan «sujetador». Las reacciones no se hicieron esperar. Mi grupo de «amigos» de Facebook está formado por algunos familiares, mi querida Lourdes —último reducto de mis amistades juveniles— y 347 personas que no conozco de nada. Aun así, las respuestas vinieron de todos los flancos.

«¡Guapaaaa!»

«¡Qué bien te veo!»

«¡Pero bueno!»

«[Tres caritas amarillas con corazones en los ojos].»

«*Top model!*»

A varios de estos comentarios repliqué, haciendo alarde de modestia, que la imagen era obra del PhotoShop. Lujo que me permití porque resultaba evidente que no lo era.

Pero la exclamación que más ilusión me hizo fue:

«¡Pensé que era tu hija!»

Mi veinteañera hija tiene la fortuna de haber heredado mis genes en lo que a atractivo físico se refiere. Ha sacado, eso sí, la descomunal boca de su padre, pero como ella reúne tras la misma una preciosa colección de amarfiladas piezas dentales, en vez de la desordenada hilera amarillenta del progenitor, el detalle no arruina el conjunto, en el que resaltan unos ojos grandes y brillantes como los míos, una naricita respingona como la mía y un contorno facial con forma de avellana, ni muy alargado ni excesivamente redondo, como el mío.

Debo añadir que en el tiempo que llevaba separada, además de crecer como persona había dejado crecer mi pelo, permitiendo que recuperase la longitud y ondulación de mis años mozos. Con respecto al color, algunas canas traicioneras habían hecho acto de presencia, pero habría aplacado su aparición sediciosa aplicándome un represor tinte castaño que recordaba su tono

natural. Dejando a un lado la modestia, esa infame consejera, puedo afirmar que la suma de las mejoras anatómicas, el cabello largo y la seguridad en mí misma que transmitía mi mirada deparaba la estampa de una mujer bastante más joven de lo que era. Por otra parte, y como persistía en cumplir cada mañana con mi disciplina de gimnasio, la metamorfosis de mi porte iba progresivamente en aumento, por lo que, pasado un año, estaba aún más cañón.

A aquella pionera foto siguieron otras de similar jaez. En una se me veía en el salón de casa ejecutando una plancha (posición que, para quien no lo sepa, consiste en tumbarse boca abajo manteniendo la posición horizontal con codos y pies como únicos puntos de apoyo en el suelo); en otra, en cuclillas en una habitación, con una de las piernas estratégicamente adelantada (como una superheroína a punto de pasar a la acción); también me retraté frente al espejo, formando con un brazo un ángulo recto que resaltaba bíceps y deltoides...

Y, a juzgar por las contestaciones de familiares, amigos y desconocidos, la nueva Mila era muy bien recibida.

En vista del éxito obtenido, al poco tiempo inicié también campaña en Instagram. Y digo «campaña» porque en cierto modo se parecía bastante al arranque de las campañas electorales de los políticos, con la única diferencia de que en vez de la *tradicional pegada de carteles* (tradicional desde las primeras elecciones generales), yo estampaba fotos en Internet. Ellos recolectan votos, yo *likes.* Coincidió con la llegada del verano, por lo que en algunas fotos se me podía admirar en la playa, tomando el sol en la clásica pose de *piernas frente al mar* (un género en sí mismo), mostrando así la rotunda curvatura de mis cuádriceps y mis bonitos pies, o parada en el paseo marítimo, envasada en un precioso pareo.

Los veintisiete seguidores que tenía en Instagram cuando empecé a publicar esta serie fotográfica se elevaron rápidamente a 463. Como puedes imaginar, no conozco personalmente a 463 personas, pero eso no impidió que se me agasajara con una salva de piropos y mensajes privados que solicitaban mi número de teléfono. Los celos de mi hija, que también intenta abrirse paso entre las multitudes de Instagram, aumentaron exponencialmente cuando de las 463 personas pasé a 2.749. Empezaron a seguirme algunos famosillos de medio pelo. Un día se pusieron en contacto conmigo las responsables de una firma de bisutería, interesadas en enviarme un paquete regalo con algunas de sus creaciones, y conminándome a que, si me gustaban, publicase algunas fotos con las piezas. Me había convertido en un embrión de *influencer*. De modo que no solo mis allegados entablaron conocimiento con la nueva Mila, sino que esta empezó a llamar la atención incluso de gente que no había conocido a la antigua.

Escapa a mi entendimiento cómo es posible que, de todas las religiones que siguen imperando creadas alrededor de dioses y diosas (Yahvé, Buda, Alá..., Liza Minnelli, divinidad de los gais), ninguna rinda culto a la Diosa Fortuna, deidad que, sin embargo, ya era venerada por griegos y romanos en la antigüedad. Estos últimos incluso dedicaron un día del calendario (romano también), el 11 de junio, a celebrar su mecenazgo y solicitar su protección. Los griegos, perdidos

en su inextricable alfabeto, la llamaban Tique. Cuando hoy decimos que alguien tiene muchas papeletas para que le pase algo bueno o malo estamos actualizando la célebre expresión griega «tiene muchos tiques». Por eso mismo también los cines despachan tiques: porque el que te toque una buena película o un bodrio infumable es una lotería. Sinceramente, no me explico cómo aquellas devociones ancestrales se perdieron y hoy no perduran liturgias alrededor de la musa que rige el mundo. Deberían implantarse en todos los países Academias Nacionales de la Suerte, dedicadas a su estudio, que no a convocarla, pues si hubiera algún modo de atraerla ya no sería azar. La fortuna es caprichosa e inasible. ¡Y hay gente que dice que no existe! Pero vamos a ver, almas de cántaro: cuando alguien es favorecido en un sorteo con el número que porta, ¿qué otro factor interviene si no es la suerte? Cuando caminas por la acera y te encuentras un billete de cincuenta, que no es de nadie, que quizá lleve ahí días sin haber sido reclamado, ¿es tal hallazgo producto acaso de tu intelecto? Sospecho que esas personas que reniegan de la suerte son las mismas a las que más les beneficia; pero claro, si admitieran que deben a ella sus éxitos estarían desprestigiando su talento. Por eso aducen que sus «golpes de suerte» no son sino triunfos de su ingenio. Y añaden que la suerte se persigue. ¡Anda ya! ¿Pero a quién queréis engañar, impostores? La fortuna no puede ni provocarse ni repelerse; es, por definición, algo que se manifiesta al margen de nuestra voluntad y a espaldas de nuestros esfuerzos. Como todas las divinidades, esta también es juguetona a veces con los humanos, y así como el de la competencia nos envió un diluvio universal, la Diosa Fortuna se entretiene despachándonos algunas dosis de mala suerte. Estas raciones nefastas las reparte sin que nunca hayamos sabido por qué: hay personas a las que jamás les corresponden y otras que las reciben sin cesar. Entre estas últimas están aquellas que nunca encuentran sitio para aparcar y que, desesperadas después de una hora buscándolo, dejan el coche dos minutos en una plaza para minusválidos para recoger un paquete y cuando regresan descubren una multa prendida del limpiaparabrisas (por cierto, siempre me he preguntado si alguien, por muy guardia urbano que sea, está legitimado para tocar un objeto de tu propiedad sin tu permiso; si mañana voy por la calle y un agente me toca la parte posterior de la falda te juro que del guantazo que le meto se le quitan las ganas de tocar hasta en la banda municipal).

La suerte existe, claro que existe; ahora bien, sea buena o mala, el cómo la administres ya solo depende de ti. Que abandones el bingo con un pequeño botín en el bolsillo o lo dilapides en sucesivos cartones hasta que lo pierdas por completo, es cosa tuya.

De acuerdo con lo anteriormente razonado, la confluencia de eventos que acaecieron a continuación y que procedo a narrar solo puede achacarse al influjo de la suerte.

La empresa donde llevaba veinte años trabajando, y en la que debido a mi carácter aplicado por un lado y el paso del tiempo por otro había escalado algunas posiciones, empezó a ir mal. Los ingresos comenzaron a reducirse y los gastos se mantenían, de modo que sus directivos decidieron, a modo de solución, reducir también los segundos. Y una de las partidas en la que introdujeron las tijeras fue la plantilla. Nos dieron entonces la oportunidad de acogernos a un

despido pactado, recibiendo una indemnización completa en función de los años trabajados. En un primer momento, ni me lo planteé, pues naturalmente no quería perder mi sueldo a fin de mes y quedarme a la intemperie de un árido mercado laboral. Algunos compañeros, bien porque rondaban la edad de jubilación, bien porque tenían un sólido plan B, lo aceptaron.

Soy de esas personas que duermen como troncos, que ya es decir, porque a inertes a los troncos no los gana nadie (los lirones, por el contrario, duermen muy poco porque se pasan las horas procreando). Solo las patadas de mi exmarido, quiero pensar que involuntarias, y su recital de ronquidos como trombones seguidos de aflautados silbidos eran capaces de despertarme; pero a los cinco minutos ya estaba otra vez sumida en el sueño. Sin embargo, por alguna razón, hubo una noche, por esas fechas, en que Morfeo (mira, otro dios) se negaba a visitarme. Y mientras lo esperaba por el conocido y desesperante método de dar vueltas en la cama —carezco de la práctica de otros insomnes que se levantan, pican algo en la cocina y se ponen a ver la tele como si tal cosa, a las cuatro de la mañana; curiosa manera de invocarlo—, se me ocurrió que la medida de la empresa no podía ser casual. Que si se me la proponía justo en ese momento decisivo de mi vida era por algo. «¿Qué pasaría si me acogiese al ofrecimiento?», me pregunté. «De entrada, me darían un buen dinero; no en vano llevo dos décadas quemándome las pestañas en sus mustias oficinas», me respondí. «¿Y qué podría hacer con ese dinero?», me cuestioné acto seguido, porque esa noche estaba muy preguntona. «Si tuviera en mente un proyecto en qué invertirlo, indudablemente el poder contar ahora con ese capital inesperado supondría una gran suerte», me contesté a mí misma. «¿Y no tengo ningún proyecto en mente? ¿No hay nada que siempre me hubiera gustado hacer y de pronto, gracias a esa inyección económica, haya llegado el momento de materializar?», inquirió el lado izquierdo de mi cerebro, que es el relacionado con la comunicación.

«¡Pues claro que sí!», exclamé, ya en voz alta y dando un bote en la cama.

En ese proceso de redefinición personal, y tras modificar mi nombre, mi casa y mi aspecto físico, solo estaba pendiente el cambiar de trabajo. Como revelé páginas atrás, desde joven había sentido la vocación de diseñar joyas; ahora, de hecho, contaba con un taller en casa, resultado de las variaciones a las que la había sometido.

Con el dinero de la indemnización podía crear mi propia firma de joyas; podía, además, alquilar un local donde venderlas. De pronto, se disiparon las dudas: ¡era mi momento! Echada para delante como soy, al día siguiente firmé la conformidad con mi despido.

¡Qué maravilla, el poder dedicar las mejores horas de cada día a mi gran afición, diseñando joyas sin parar y montándolas en mi coqueto estudio con materiales primorosamente escogidos de fabricantes mayoristas!

Me sentía orgullosa de convertirme en emprendedora, aunque no tenía ni pajolera idea de en qué consistía eso de emprender. Suponía que debía crear una página web y conseguir el susodicho local, pero después, ¿cómo dar mis creaciones a conocer? Ese era el quid de la cuestión, como habrían dicho mis apreciados romanos del siglo I (tampoco me disgustan los del

XXI). Entonces caí en la cuenta de algo que estaba sucediendo paralelamente: tenía un montón de seguidores en Instagram. ¡Cada día, 23.965 personas (a esa cifra ascendían ya por entonces) iban a pasar por delante de mi escaparate virtual! Ese es el que denomino *mi segundo golpe de suerte,* porque mi presencia en la red social del postureo obedecía a otras razones, y, sin embargo, ahora que necesitaba un nutrido público para promocionarme, ahí lo tenía. Y, presumiblemente, la cifra seguiría subiendo. Podría haber tomado la decisión de emprender y no disponer de ese grueso colchón de *followers,* al igual que podría haberlo tenido y que no se hubiesen dado las condiciones idóneas para empezar a trabajar por mi cuenta. Ambos elementos habían coincidido en el tiempo. *¡O, Fortuna, Imperatrix Mundi!*

Mientras seleccionaba mis mejores bocetos y dibujaba otros nuevos, me dediqué a pensar qué nombre ponerle a mi firma. «Joyas Mila» se me antojaba demasiado serio y soso, y probablemente estuviera ya registrado. La marca incluía mi nombre, lo que me complacía, pero no acentuaba la naturaleza artesanal de mis productos. Necesitaba que la gente supiera que eran joyas hechas a mano, en un pequeño taller casero. Cogí un bolígrafo y un papel y escribí dos palabras: ni nombre y «artesanía». Enseguida surgió la vitola ideal: ¡Milartesanías!

Contraté a un informático con buenas referencias para que diseñara la página web, al tiempo que rastreaba las calles buscando un local donde comercializar los abalorios. Uno recoleto, donde cupieran unos expositores y un sucinto mostrador, me servía. Y fue cuando se produjo el tercer giro venturoso de los acontecimientos.

Una tarde quedé a tomar un vino con Lourdes, mi amiga (ahora ya sí) de toda la vida. Llevábamos unos meses sin vernos, por lo que nos pusimos al día. Y cuando dos amigas que llevan meses sin verse se ponen al día, requieren un mínimo de seis horas y suministro de bebida en consonancia. Yo ya estaba al corriente de que ella acababa de sucumbir a esa plaga llamada divorcio, pero lo que en esa ocasión me desveló es que andaba muy atareada reformando de arriba abajo su casa. Todo lo que yo había acometido en términos de decoración ella lo había realizado en el ámbito de las chapuzas domésticas; hasta estaba haciendo sus pinitos en fontanería. Se había convertido en una manitas, por lo cual la felicité, pues demostraba que no hay tarea atribuida a los hombres que una mujer no pueda hacer igual o mejor.

—¿Y a ti cómo te va? —me preguntó después.

—Me despedí de la empresa —referí, añadiendo los detalles de mi salida— y estoy montando una firma de joyería. ¿Te acuerdas de que siempre me atrajo ese mundo? Milartesanías, se llama. Ya tengo una página web muy chula, donde se puede comprar, y ahora lo que estoy buscando es un local para la venta física. ¡Pero no encuentro ninguno que se ajuste a mis necesidades!

Lourdes me preguntó qué características debía reunir ese local, y se las resumí. No olvidaré su respuesta:

—¡Lo tengo!

—¿Que tienes qué?

—¡El local!

Y me explicó que contiguo a la Ferretería Gutiérrez, a la que por lo visto acudía con inusitada frecuencia, y justo enfrente de la Academia de Baile La Chatunga, había un pequeño espacio comercial en alquiler que cumplía los requisitos. No lo había examinado por dentro, claro está, pero de tanto pasar por la puerta había advertido a través del escaparate que, pese a sus reducidas dimensiones, era desahogado y óptimo para albergar varios expositores.

—Además, está muy bien situado —agregó—. ¡En pleno centro y pared con pared con la mejor ferretería de la ciudad! ¿Tú sabes el trasiego de gente que tiene? Y si un día te hace falta una herramienta para montar una pieza, vas al lado y se la pides a don Benito, gran ferretero y mejor persona.

Como pasaba tan a menudo por allí, Lourdes se ofreció a tomar nota del teléfono que ilustraba el cartel de «SE ALQUILA» y enviármelo. A la mañana siguiente yo ya lo tenía en el móvil; llamé, y por la tarde fui a verlo. No sé si porque realmente era fabuloso o porque yo estaba tan ilusionada con el plan que todo me parecía bien, el local me encantó, y procedí a formalizar el contrato con el propietario.

Completamente lega en cuestiones industriales, pedí cita en el Centro de Ayuda al Emprendedor Reticente para Sociedades y Empresas (el inefable CAERSE), oficina dependiente del ayuntamiento, y allá que me fui para que me explicaran qué formalidades legales son necesarias cuando quiere ponerse en marcha un negocio. Todo fueron facilidades. El comprensivo funcionario me informó de que necesitaba instalar dos cuartos de baño, una rampa para el acceso de personas con movilidad reducida, un detector de metales, un extractor de humo y quince extintores. Pese a que le expliqué que en una pequeña joyería era poco probable que se declarase un incendio por descuidar unas chuletas en una barbacoa, el hombre insistió, así que abandoné la oficina, como puedes imaginar, presa del entusiasmo más desbordante. No hace falta ser muy sagaz para adivinar que repetí la visita al día siguiente, esperando que el informante hubiese abandonado su puesto para cumplir rigurosamente con su pausa de dos horas para el café. Efectivamente, en su lugar había un sustituto igual de complaciente que enumeró otra lista de requisitos que se diferenciaba de la anterior en que no había extractor de humo ni detector de metales, tan solo siete extintores y, eso sí, un purificador de aire y un desfibrilador por si acontecía que un cliente, impresionado por la belleza de mis artículos, sufría una parada cardíaca. Confieso que esta gestión se me hizo muy cuesta arriba, porque no me quedó más remedio que repetirla otro día y esperar agazapada en las instalaciones municipales a que alguno de los dos funcionarios previos saliese a desayunar y el otro se pusiera a departir alegremente con un compañero sobre lo inhumano de sus horarios, posibilitando que la ventanilla fuese ocupada por un tercer empleado público. Cuando esta intrincada concatenación de eventos finalmente se produjo, cogí número de la máquina que los dispensa, esperé mi turno y formulé mis incertidumbres al tercer burócrata. Este me dijo que solo precisaba instalar un extintor y solicitar una licencia de actividad.

Tras entregar los papeles pertinentes, sometí el local a una ligera reforma (instalación de

extintor incluida, por descontado, pues para cerrármelo por incumplimiento de la normativa no me cabe duda de que todos los funcionarios del país se hubiesen puesto de acuerdo). La trastienda era suficientemente holgada para montar allí el taller, lo que me permitió aligerar el que había montado en casa y dedicar esa habitación a llevar la contabilidad y las ventas *on line.*

Debía decorar el espacio, pero ¿bajo qué criterios estéticos? Como mis joyas tienen cierto aire étnico, decidí ampliar ese carácter al conjunto del negocio, incluidas la tienda y yo misma. Sí, me di cuenta de que, si iba a pasarme ocho horas todos los días detrás del mostrador, mi aspecto formaría parte de la imagen de marca y, por tanto, había de ir en consonancia. ¿Por qué, si no, los mancebos de las farmacias, que ni siquiera son farmacéuticos, visten con bata clínica o chaquetilla neutra? Claramente, para informar al infeliz que entra en sus dependencias de que se halla en un negocio muy higiénico donde se cuida de la salud. ¿Te imaginas a farmacéuticos ataviados como dependientas de Zara? ¿A dependientas de Zara vestidas de empleados de gasolinera? ¿A carniceros con indumentaria de libreros? ¿A libreros que no lleven jersey de lana incluso en pleno verano? Los restaurantes llevan esta técnica al extremo, y caracterizan a sus camareros de acuerdo con la especialidad culinaria: los de las *trattorias* italianas parece que se van a poner a cantar *O sole mio* en cualquier momento y los de los restaurantes chinos parecen chinos. En el ámbito del comercio, está todo muy bien estudiado.

Reconozco que hasta ese momento no estaba adscrita a ninguno de los estilos homologados por las revistas de moda. Durante mi etapa de casada había apostado por la comodidad, que suele ser sinónimo de sencillez; después de que el gimnasio hubiese comenzado a esculpir mi figura, las prendas deportivas (sudaderas, *leggings*, zapatillas de *running*) se habían convertido en fieles compañeras, lo que no supuso un auténtico cambio, pues son también cómodas y sencillas. Pero ahora que me había transformado en una nueva mujer, el arrimarme a alguna corriente de las que imperan en la industria textil era una cuestión pendiente de resolver. Además, tenía pensado posar en mi cuenta de Instagram con mis alhajas, y suponía que unos pendientes en primer plano no quedarían bien al lado de una solapa donde se leyera: «Nike». Por ese necesario mimetismo con mi marca, lo lógico era que abrazase el estilo étnico, pero ¿en qué consistía eso realmente? ¿Debía apostarme cada mañana en el local vestida únicamente con una minúscula falda de paja, que es, según he podido ver en algún documental de televisión, el uniforme oficial de las mujeres de las tribus más auténticas del África central? No era de recibo: cabía la posibilidad de que algún viandante confundiese mi inofensiva tiendecita de joyas con uno de esos establecimientos del Barrio Rojo de Ámsterdam. Las palabras clave «moda» y «étnica» en Internet me desvelaron que lo que el mundo de la moda entiende por tales conceptos es una mezcla de otros de los que seguramente las mujeres de los poblados del África profunda jamás han oído hablar, como *«hippy»* y «bohemio», y que, en líneas generales, implica conjuntar telas de tonos tierra con otras muy coloridas y colgarse a discreción complementos artesanales en aquellas zonas del cuerpo susceptibles de suspender objetos, como orejas, cuello y muñecas. Como el suministro de

complementos lo tenía cubierto con los de mi creación, fui una tarde de compras a un centro comercial y renové mi armario.

Pude abrir las puertas al público un 23 de enero. Me faltaba lo más difícil: conseguir que por esas puertas abiertas entrara el público. Las ventas a través de la web fueron moderadamente bien desde el principio, gracias, sin duda, a mi campaña en las redes sociales, pero lo que es la tienda no la pisaba nadie. Y cuando digo nadie, quiero decir exactamente que, durante la primera semana, para mi desazón, ni un solo ser humano traspasó el umbral de mi bonito local. Las personas se detenían en el escaparate, echaban sus vistazos de rigor, y se iban con sus monederos a otra parte. La única clientela potencial fija estaba constituida por un padre y tres niñas que cada tarde, no sé si de camino a o de regreso del parque, se paraban y dedicaban un rato a contemplar mis piezas con sonoro alborozo (por parte de las niñas; el padre no hacía más que repetir: «Vamos, chicas, que aún tenéis que terminar los deberes y ducharos, ¡y además hoy toca lavado de pelo!». Pero las crías, entre ese planazo y admirar las joyas, preferían recrearse en lo segundo).

Tan metódico era el peculiar cuarteto en su periplo vespertino que al cabo de unos días salí de mi escondrijo tras el mostrador, me apoyé en la jamba de la puerta y crucé unas palabras con las pequeñas. A partir de ese momento, el padre no pareció tener tanta prisa. Y a la semana siguiente regalé una pequeña pulserita de hilo a cada una. Lógicamente, el señor exhortó a las niñas:

—¿Qué se dice...?

—¿Usted gusta? —planteó una de ellas.

—No, hija, no; eso es cuando estás comiendo.

—Usted primero —propuso la segunda.

—Tampoco. Eso es cuando vas a entrar en un sitio al mismo tiempo que otra persona.

—¡Ya lo sé! ¡Gracias! —acertó la mayor.

—No hay por qué darlas —dije—. Me gusta veros cada tarde por aquí.

—Es usted muy simpática —añadió la última—. Y tiene razón mi padre: también muy guapa.

—¡Calla, niña, y tira para casa! —exclamó el progenitor, muerto de vergüenza—. ¡Mira que eres mentirosa!

No pude reprimir una carcajada.

—¿Vuestro padre ha dicho entonces que soy fea?

—¡No, no! —se apresuró a esclarecer, oscureciéndolo aún más—. ¡Eso es verdad! Es decir, que no es verdad que sea usted fea, sino que lo que no es verdad es que yo haya dicho que es guapa. Lo cual no quiere decir que usted no lo sea, porque, ciertamente lo es. Pero no me he pronunciado al respecto; o no lo había hecho hasta ahora, que no me ha quedado más remedio declarar que es guapa a fin de desenmarañar el malentendido.

—Aclarado —repuse—. Me llamo Mila, por cierto.

—Oh, bonito nombre.

—Lo sé. Ejem, habitualmente, cuando una persona se presenta, la otra también dice su

nombre.

—¡Qué despiste el mío! Tiene usted razón. Soy Ángel. —E intentó darme la mano, pero como cargaba en ambas con cachivaches de las niñas, lo que me ofreció fue un cubo de plástico con pala y rastrillo, que yo, por no desairarlo, estuve a punto de aceptar.

A medida que se acercaba el Día de San Valentín, el ambiente en la tienda fue animándose. Empezaron a entrar hombres para preguntar precios, pedir que les sacara algún artículo del expositor y, algunos, a comprar. No hay cliente más indeciso que el varón que se dispone a adquirir una joya o bagatela para su pareja. De entrada, no son en su mayoría verdaderos expertos en la materia, y dudan de si su elección será del agrado de la agasajada. Y, al margen de la estética, el miedo de que los pendientes sean demasiado grandes, el anillo se salga del dedo o la pulsera baile por holgura en la muñeca les hace vacilar hasta el borde de la parálisis. Es en ese instante cuando te piden, enormemente azorados, si puedes probarte tú el objeto en cuestión; sí, azorados, porque lo que están solicitándote en el fondo es que poses unos segundos como modelo para ellos, aunque solo sea con un brazalete en la muñeca o una sortija en el anular. No te digo nada si se trata de un colgante que pende del cuello y cae sobre el escote. Cuando aprendí que dicha dinámica se repetía invariablemente, les ahorraba el trago probándome la pieza antes de que me lo pidieran.

Como soy de natural parlanchina y quería conocer el perfil de mis clientes, entablé conversación con varios. ¡Y anda que no averigüé! Uno que entró blandiendo un llavero con el logo de Ferrari (aunque las llaves eran de un Dacia) compró una pulsera con una piedra de ópalo rojizo que, según me contó, hacía juego con el color de pelo de la chica con la que estaba saliendo. Otro, examinando detenidamente el corte de las piezas, me explicó que también era diseñador, aunque gráfico; me pidió un collar que encajase con una mujer bastante pija y algo atacada de los nervios (no la describió en esos términos, pero fue lo que deduje de sus palabras). Un tercero, que entró tosiendo («Espero que no sea cáncer de pulmón», soltó a modo de saludo), era jefe de no sé qué en una fábrica de sanitarios y buscaba algo en tonos alegres: acababa de empezar a salir con una subordinada que había pasado por un bache emocional del que afortunadamente se había repuesto... «Y que sea barato», añadió, pues parece que no andaba el hombre muy sobrado de recursos.

Las ventas previas al Día de los Enamorados fueron suficientes para salvar el primer trimestre, y poco después llegó el Día de la Madre, que acabó por redondear la primera mitad del año. Y así he seguido hasta hoy, que me siento muy orgullosa y feliz.

No quiero poner el punto final a estas páginas sin aclarar algo que seguramente te estás preguntando: esta mujer exuberante que presume de causar tan favorable impresión en los hombres, ¿no ha rehecho su vida? ¿De verdad ha ignorado las impetraciones de los forzudos del gimnasio, las lisonjas de su cáfila de seguidores en Instagram y los chicoleos de los señores que

pasan por delante de su tienda? Pues me complace responder que sí, que, en efecto, hago caso omiso de esas muestras de admiración.

Después de veinticinco años ejerciendo de madre abnegada y esposa renegada, es hora de disfrutar de mi libertad; de ser responsable única de mi vida y mi felicidad. Estando sola puedo hacer lo que quiero y estructurar el día a día a mi antojo.

No quiero decir con esto que haya tachado eternamente a los hombres de mi lista de prioridades o que descarte drásticamente relaciones esporádicas. Pero en este momento me niego a que un enamoramiento o un ligue de una noche condicione, aunque sea mínimamente, esta etapa en la que, por fin, empiezo a ser la mujer que siempre quise.

Es por ello que desde aquí recuso públicamente la expresión «rehacer la vida», generalmente empleada para referirse a quien, tras salir de una relación, ha iniciado otra. Pongo en duda su exactitud gramatical, pues la vida no puede hacerse dos veces, como un bizcocho que ha salido mal; nadie es capaz de *volver a hacerla* desde el principio cambiando algunos ingredientes y ajustando el tiempo de cocción para que, al segundo intento, quede mejor. La vida corre y no puede desandarse. Y, aunque la frase se aplique en el sentido de «reformar», cualquiera que se haya divorciado —que a fin de cuentas es el tema de este libro— puede reacondicionar su existencia con la concurrencia de otra persona o sin ella. Depende solo de ti.

Nota explicativa con agradecimientos

Es posible (aunque poco probable) que entre las doscientas cincuenta mil personas que os habéis comprado este libro exista alguna que haya seguido mi accidentada trayectoria y se esté preguntando: «¿Y este graciosillo? ¿No era un tipo que escribía de música?». Pues bien, sí. Me he pasado la mayor parte de mi carrera garrapateando escritos relacionados con la música, entre ellos innumerables artículos y entrevistas y algunos libros. Lo cual ya de por sí es para tomárselo a broma; aunque juro que hay colegas que se toman esa especialidad muy en serio y escriben de discos como si fuesen enmiendas a la Constitución. Hace ya algunos años amplié mi tóxico campo de acción a cualquier tema que me echasen (si no, ya me contarás cómo voy a hacer frente a un segundo divorcio).

En 2014 me llamaron de una sección *on line* de *El País* llamada *Buenavida* y me propusieron escribir un artículo sobre el yoga. Para camuflar mi total desconocimiento del tema (aunque entrevisté a un par de gurús), enfilé mi prosa irremediablemente a la gracieta. Como resultado, en *Siete cosas que no sabía del yoga* (afilado título) acabé hablando de Nacho Cano, Kenny G, el pollo al curri y los pantalones *hippies* anchos de tiro bajo. Pensé que con tales patochadas había truncado mi carrera en ese medio nada más empezar, pero me consta que fueron celebradas en la redacción y, desde luego, me permitieron seguir escribiendo en el suplemento hasta su defunción en 2021 (eludo responsabilidades).

Entre 2017 y 2019 firmé para la sección *Icon* de la web de *El País* una serie de artículos (no fueron concebidos como serie, pero, a pesar de su carácter inconexo, puede considerárselos así) en los que desgranaba experiencias personales desde los más diversos ángulos. Títulos como *Comí 10 raciones de fruta y verdura al día durante una semana y me pasó esto, Estuve un mes sin probar ni una gota de alcohol y me pasó esto, Ponemos a un periodista a decir la verdad sin filtros durante una semana y esto es lo que pasa...,* dan una idea del calado de su contenido y su variedad. No nacían con vocación de hacer reír, pero como realmente plasmaban vivencias mías y yo las contaba sin complejos..., solo podían producir ese efecto. Y tuvieron mucho éxito. A raíz de uno titulado *Cada segundo que pasé con mis hijas en Disneyland París fue un calvario* me entrevistó un rendido Carles Francino, de la SER (obviamente, advertí a la chica de producción que se puso en contacto conmigo de que yo *no soy* un tipo gracioso; que si esperaban un entrevistado con chispa iban a quedar ampliamente defraudados...; aun así, se empeñaron, y si quedó gracioso, que no lo sé, debió de ser por mis aberrantes balbuceos). Poco después se publicó *Cuando un escritor hipertímido se vuelve personaje de «Sálvame»: «Me he convertido*

en un idiota», con similar impacto. Jordi Évole puso en un tuit: «Con este relato de @mabargueno te partes. Y no solo eso. Es muy de verdad y hace pensar. Gracias por escribirlo». (Juro que es verdad: lo publicó el 21 de junio de 2019; puedes buscarlo en Google con las palabras clave. En mi caso no es necesario porque lo tengo ampliado y enmarcado justo enfrente del cabecero de la cama, rodeado por guirnaldas de luces LED que no se apagan, barras de incienso y varios ramos de olorosos nardos en honor de Évole, que sigue vivo y a quien deseo que Dios guarde muchos años.)

El humor siempre me ha subyugado, interesado, impresionado y picado la curiosidad. Antaño, cuando afirmaba en público que una de mis películas favoritas es *Aterriza como puedas* —algún guiño le dedico en este libro—, la gente retrocedía dos pasos y me informaba de que acababa de recordar que tenía cita con el dentista, de lo que yo deducía que preferían sacarse una muela a estar en mi compañía (tiempo después se convirtió en una cinta de culto y ya no me miran mal). Martes y 13 eran titanes (también lo son por separado), Juan Carlos Ortega es un portento y Mr. Bean, un coloso. Aborrezco lo zafio, pero no por ello debo ocultar que una serie de televisión como *La que se avecina* me parece un auténtico monumento al humor y a la inteligencia (¡cada frase es graciosa!). Y en cuanto a los libros, cada vez que me tropiezo en alguno de ellos con un pasaje divertido, lo leo y releo tratando de desentrañar de dónde surge su comicidad: si es del tipo de lenguaje, del contraste, de la hipérbole, de la ironía, del absurdo, de la literalidad, de algún juego de palabras... (No, no soy rápido leyendo libros; pero créeme que soy aún más lento escribiéndolos). Junto con ver ganar al Atlético de Madrid, el humor es de las cosas que más me apasionan (tal vez porque se prodiga igual de poco).

Es por ello que quiero aprovechar estas líneas explicativas para diseminar algunos agradecimientos a esos maestros del humor en la literatura de quienes seré pupilo vitalicio (puede que cuando cumpla 165 años les llegue a la suela del zapato, pero estoy decidido a irme antes de este barrio; y espero que, llegado el crucial momento, no se me pase la película de mi vida ante mis ojos, porque como dice Eduardo Mendoza, si ya es una faena morirse, mucho peor es morirse viendo cine español). Quiero hacer constar desde estas páginas mi humilde agradecimiento a los siguientes estilistas del humor: Eduardo Mendoza, S. J. Perelman, Woody Allen, Enrique Jardiel Poncela, Álvaro de Laiglesia, Wenceslao Fernández Flórez, John Kennedy Toole, Gary Shteyngart... Así como a otros que, sin ser novelistas humorísticos *sensu stricto*, saben sacarle punta cómica hasta a la situación más grave: Benito Pérez Galdós, Armando Palacio Valdés, Evelyn Vaugh, Nicholson Baker, Richard Russo, Jeffrey Eugenides, Jonathan Franzen, David Foster Wallace, Zadie Smith...

(En el caso de los ya fallecidos, los derechos de los agradecimientos recaen en sus herederos.)

Notas

1. Instituto Nacional de Estadística. Una de las tres webs más visitadas por el escritor, junto con la de COP (Colegio Oficial de la Psicología de Madrid) y el simulador de pensiones de la Seguridad Social. *(N. del A.)*

1. Por si quieres ejercer de cuñado o cuñada en alguna reunión familiar, aquí te dejo la fuente. De nada.

Martínez-Carrión, José Miguel. *La talla de los europeos, 1700-2000: ciclos, crecimiento y desigualdad. Investigaciones de Historia Económica*, vol. 8, núm. 3, páginas 176-187 (octubre del 2012).

1. Me vas a perdonar, pero como mujer de ciencias que soy, que no de letras, no tengo ni capacidad ni ganas de escribir, de modo que, con permiso de mi terapeuta, he soltado al autor de este libro estas grabaciones, cuya transcripción espero que sirva para ilustrar mi accidentada historia.

1. Aprovecho para aplaudir la medida de unificar protestas: se reduce de ese modo el número de vías cortadas y se incrementa la cifra de asistentes, tanto si son contados por la organización como por la Delegación del Gobierno.

2. No obstante, me gustaría animar desde aquí a los fabricantes de taladros a que no escatimen en la longitud de los cables; por darles más del medio metro habitual no van a arruinarse, y los usuarios quedaríamos muy agradecidos porque nos ahorrarían el tener que recurrir a un alargador para lograr hincar la broca allí donde deseamos.

3. Cuando una tiene a gente trabajando en su casa no sabe bien qué actitud adoptar. ¿Hay que quedarse husmeando, apoyada en el quicio de la puerta, pese a lo incómodo de la postura y de la situación (obliga a cruzar algún comentario con el operario, que no puede sino estar dirigido a indagar en los sinsabores o las anécdotas de su oficio, por más que ambas cosas te importen un pimiento), y lo inútil del acto en sí, pues tu presencia no ayuda en nada a las labores, antes al contrario, puede entorpecerlas por la verborrea y el clima de presión que introduce? ¿Hay que ir un paso más allá e invitarle a un botellín? ¿Hay que largarse pitando y reaparecer solo cuando la obra ha terminado, aun a riesgo de denotar excesiva confianza y permitir que se lleven a cabo desaguisados irreparables? ¿Hay que aparecer de vez en cuando preguntando simplemente: «¿Cómo va?». Me gustaría saber qué hay que hacer en esos casos para los que nadie ha dictado protocolo.

4. Sin embargo, lo de que montar en bicicleta no se olvida una vez que aprendes es una patraña de aquí te espero. Para ejemplo, mi ex: alegando que no tenía pueblo, y que, por tanto, había crecido en un entorno cien por cien urbano, jamás había llegado a aprender a montar en bici de niño. Durante la etapa de casados, no obstante, experimentó un súbito interés por la vida sana y se compró una de Decathlon. Dedicó varios sábados por la mañana a tratar de manejarla sin caerse, aprovechando que en un parque cercano había una zona poco transitada donde nadie podía reírse de sus primerizos trompicones (el problema de los adultos que desean adiestrarse en la conducción de bicicletas es que no pueden usar ruedines; a ver, por poder pueden, pero se arriesgan a salir en la portada de todos los periódicos de tirada nacional). El caso es que aprendió (¡para chasco!), y a lo largo de los tres meses siguientes aprovechó ese ratito matinal para darse puntuales garbeos por la ciudad. Como le ocurría con todo excepto con el bricolaje, al término de ese plazo se aburrió y dejó el velocípedo varado en el trastero. Un par de años después se le ocurrió volver a utilizarlo... Y no fue capaz de recorrer veinte metros sin tener que apoyar los pies en el suelo para no darse un piñazo. Desde entonces mantengo que el popular dicho es una milonga, detrás de la cual está, seguramente, la UCI (Unión Ciclista Internacional), deseosa de ganar adeptos a su causa.

YO, TÚ, EX
Diez historias para tomarse el divorcio con humor
Miguel Ángel Bargueño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Miguel Ángel Bargueño, 2022
Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2022

ISBN: 978-84-480-3153-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!